

¿Y si aquello que no lograras recordar
pudiera explicar por qué vas a morir?



AVÍSAME CUANDO ESTÉ MUERTO

FRANK GRAN

AVÍSAME CUANDO ESTÉ MUERTO

FRANK GRAN

@ 2018 FRANK GRAN

Diseño cubierta: Frank Gran

1ª Edición: Octubre 2018

Derechos exclusivos de edición en español para todo el mundo

www.fkgran.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización escrita del editor.



A mi padre. Un hombre valiente, de grandes convicciones y fuerte corazón. De alma noble y honestidad excelsa. Por tus lágrimas y tus sonrisas, que no siempre fueron visibles.

PRÓLOGO

AVÍSAME CUANDO ESTÉ MUERTO. Lo más seguro cuando leas esto, lo esté. No me queda demasiado tiempo. La vida se me escurre por los poros de mi piel quemada. Me siento exhausto de respirar, de intentar sobrevivir en este mundo que ahora descubro no haber entendido nunca. Ni él a mí.

Si estás leyendo esto, es que, por alguna extraña razón, he llegado a tus manos. ¿Quién soy? Nadie. No nos conocemos. Ambos somos unos auténticos desconocidos. Jamás nos hemos visto. Tú no has oído hablar de mí, al igual que yo de ti. No tenemos ningún amigo, ni familiar, ni enemigo alguno en común. Así que imagino que, de recibir esto, lo más seguro te desprendas del mensaje sin más, sin apenas leerlo, pues yo haría lo mismo.

Si aún sigues leyendo, te preguntarás por qué me dirijo a ti. Qué busco con este fortuito encuentro. Es simple. Dejo constancia que me voy. Me marcho, y lo hago para siempre. He perdido el sano juicio, y ahora, en este momento efímero de lucidez, esto es lo más sensato que se me ocurre. Es lo correcto. Al borde de la muerte, sin fuerzas ni ganas de seguir luchando, me acuerdo de toda mi existencia. He superado el umbral de la muerte, y eso, me da la suficiente entereza para pensar con frialdad. Ando un paso por delante de la muerte, pero ahora, por primera vez, la espero paciente. Necesito parar. Huir de aquí de una maldita vez, y éste es el único camino que me queda para lograrlo.

Seré breve, pues se me acaba el papel donde romperme en palabras. Esta es mi última declaración, y, por tanto, lo único que me ata aún a este mundo. Es un adiós. Un hasta nunca de un desconocido a otro desconocido. Sin más. Si nunca sabes de mí por la prensa, las noticias u oyes un rumor que pueda ser yo, seguramente lo sea. Gracias por brindar sentido a esta muerte merecida.

Bernie Miller

DÍA 1

1

DESPIERTO. El sueño me absorbe de tal manera que me cuesta huir de sus garras. No me siento con fuerzas. En sueños, la vida es más fácil. Mucho más. Es algo que aprendes en la adolescencia. Si el mundo exige tal nivel de lucha, es mejor fabricarse uno en el que estar a tus anchas. Éste es el mío, y poco a poco, se desvanece. Se pierde inexorable junto al tiempo. Se hace añicos como cientos de espejos golpeados entre sí.

Sintió la brisa en su rostro y supo al instante que todo terminaba allí. En aquel momento entendió lo incomprensible. Desconocía como había acabado en aquella vieja embarcación que flotaba a la deriva, pero tenía claro que, si se encontraba allí, en alta mar, en aquellas lamentables condiciones, era porque algo no iba bien.

Una náusea descomunal le hizo estremecer. Su estómago le dio un vuelco. Hasta perdió la conciencia durante un par de segundos. Regresó, pero lo hizo por instinto. Ladeó su cuerpo por encima de la regala hasta golpear con su pecho la vieja madera de la embarcación, y casi sin esfuerzo, echó un puñado de viscosa bilis por la borda. «Comida para los peces.», pensó en cuanto recuperó la lucidez.

Sintió un frío inclemente en pecho, piernas y brazos. Al experimentar el aire marítimo en su piel, lo tuvo claro. Estaba desnudo. Solo había una parte de su cuerpo que, en contra de su sentido térmico, le transmitió un calor extraño. Desde el centro de sus omoplatos hasta medio espinazo, sentía un calor abrasador fuera de lo normal. Cuando arqueó su espalda levantando su pecho del borde de la barca, pasó de esa fuente de calor a una leve aflicción. No fue un dolor intenso. En esencia, le pareció tan solo una molestia, luego un tenue escozor que no cedió ni un ápice.

—¿Qué está ocurriendo? —su voz sonó ronca y ahogada.

Intentó recordar cómo había acabado en tales condiciones. Su cabeza despertaba un paso más lento que su estómago. Invaso por esa horrible sensación de memoria vacía, se sintió desorientado. Permaneció bloqueado.

Contempló el agua agitada a tan solo un palmo de distancia. Apenas tenía fuerzas para nada. Las pocas que guardaba, las había perdido por la borda junto con el mucilaginoso fluido que le había dejado la boca con sabor a puro infierno.

Besó la cubierta de la barca antes de poder erguir su cabeza hacia al cielo cepillado de nubes y respiró acelerado intentando recuperar el aliento. Descubrió lo difícil que resultaba incorporarse sin ellas. Probó de liberar sus manos, pero comprendió que las tenía atadas con fuerza en su espalda. Sentía fuertes rozaduras en las muñecas provocadas por lo que intuyó podía tratarse de abrazaderas. Tal constricción exagerada, le provocaba hormigueos constantes en la punta de sus dedos.

Recuperó la compostura y comprobó que nadie gobernaba la embarcación. Estaba solo. Abandonado a su suerte. En aquel horizonte desnudo de vida, nada le indicaba que su suerte fuera a cambiar.

Escasos eran los conocimientos náuticos que poseía, pero desde el principio tuvo claro que aquello era un bote salvavidas. Uno antiguo, muy deteriorado. La pintura blanca del casco se caía a pedazos. Lo había podido comprobar de cerca mientras soltaba lastre por la borda. No disponía de bancada para sentarse, y ni mucho menos de ningún remo para bogar. En lugar de la chumacera donde debía apoyarse la pala, se hallaba desnuda la parte interior de la madera de la regala, como si alguien hubiera saqueado la embarcación y hubiera sustraído ambas piezas de bronce.

Cuando contempló la popa, advirtió que tampoco montaba ningún timón.

El vaivén de la barca le causó estragos al intentar levantarse, sin embargo, lo que más le molestó fue el pinchazo agudo que sintió tras su cabeza. Un dolor suave que fue incrementándose hasta llegar a un mal tan severo que le hizo perder el equilibrio. Cerró los ojos y forzado, volvió a hincar de nuevo ambas rodillas en el suelo encharcado de agua.

—¿Cómo demonios he llegado aquí? ¿Dónde estoy?

Le dolía la garganta como si hubiera estado gritando toda la noche. Y aunque sentía que la cabeza le iba a explotar de un momento a otro, hizo un esfuerzo por volver a recordar. Quizá si encontrara respuestas, pudiera comprender como salir de aquella situación.

«Mantén la calma, Bernie. Tranquilo. Vas a salir de aquí.», se repitió a sí mismo. Intentó serenar su respiración agitada. Procuró llegar a un estado de relajación para pensar con claridad. Si se dejaba llevar por los nervios, perdería la cabeza, sucumbiría a tal desesperación y estaría perdido.

Volvió a mirar a su alrededor. Agua. Agua en todos los frentes.

Se centró en la pequeña embarcación. Lo primero que buscó fue algo con que taparse. El frío empezaba a tullirle el cuerpo y sentía como la brisa del mar le robaba la poca temperatura corporal que conservaba. Sospechaba que, entre alguna de aquellas maderas del suelo, podía ocultarse un compartimento. Uno de esos con elementos para situaciones de emergencia. Aquella era una de ellas. Quizá algo de ropa, o por lo menos un chaleco salvavidas con el que garantizar su flotabilidad. Aunque ignoraba como se lo pondría con ambas manos ancladas en la espalda.

No podía hacer movimientos bruscos. Si caía de la embarcación o ésta volcaba, no lograría sobrevivir en el agua más que unos minutos. Sin poder nadar, sería pasto del océano. Acabaría en el fondo del mar como un cuerpo amarrado a un peso.

—Esto debe tratarse de una maldita broma, ¡no me jodas! —exclamó incrédulo.

De ser una inocentada de alguno de sus compañeros, no andarían lejos. Se los imaginó partiéndose de risa a su costa. Grabándolo y haciéndole fotos. Quizá su grupo de antiguos compañeros de la universidad. «Esos cachondos sin escrúpulos.».

—¡No tiene ni puta gracia! —gritó—. ¿Dónde coño estáis? Me duelen las manos, la espalda y todo el cuerpo. ¡Salid de dónde quiera que estéis,

mamones!

Echó un vistazo a su alrededor, pero nada cobró movimiento. Allí no había nadie. Estaba solo. Ni siquiera la vida parecía rondar por aquel desierto de agua. «¿Cómo alguien iba a gastar semejante broma?».

No era únicamente su desorientación, sino que empezaba a sentirse deshidratado y la cabeza parecía que iba a explotarle en cualquier momento. No tenía pinta de ser una broma, y si lo era, sería la broma pesada con más mal gusto de toda la historia. «Es demasiado. El dolor de cabeza y el hecho que no me acuerdo de nada, me está matando. Es la peor resaca que he sufrido en mi puñetera vida.».

Muchas eran las formas de morir que se le pasaron por su mente. Si la barca se hundía, moriría ahogado. Si el sol de verano hacía aparición, le abrasaría la piel como un pollo asado. Si pasaba demasiadas horas sin ingerir agua, moriría deshidratado. Si conseguía abastecerse de agua, sería el hambre el que le mataría de inanición. Las opciones eran variadas. Solo debía esperar paciente para averiguar cuál sería la que obrara su final. Tan solo esperar.

Si encontraba la manera de hacerse visible, alguien, fuera en barco o avión, lo divisaría a distancia. Esa era su única posibilidad real. En aquella barca a la deriva, sin alimento, sin agua y sin libertad de movimientos, podía darse por muerto.

Por otro lado, desconocía si le buscaban. Quizá alguien le había echado en falta y había dado la voz de alarma. O puede que, todo lo contrario, y estuviera solo, abandonado a su suerte. Olvidado por completo.

El sol ya había despuntado por el alba, pero aún no calentaba lo suficiente como para arrancar esa sensación álgida que le diera la calidez que necesitaba. Se resignó e intentó sobreponerse. Otra preocupación le recomía por dentro. Su retentiva. Nunca había sufrido semejante desmemoria.

—Bernie Miller —susurró—, hijo de Victory y Graham Miller. Tengo un hermano, Jeff, y una hermana pequeña, Dolly. Nací en Verdigris, Oklahoma en 1975. Soltero y hombre de negocios. Recuerdo que a principios de año estuve en Michigan de reunión de negocios para la compañía Greyce Luxury

para la que hace más de diez años trabajo como director ejecutivo. Me gustan los espaguetis, es uno de mis platos italianos preferidos. Y estoy aquí, porque... porque... ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué hago aquí?

Conservaba parte de su memoria a largo plazo, despedazada, incompleta, pero cuando pensaba en la inmediata sentía náuseas y la terrible sensación de estar perdido en su mente. Cómo había acabado allí era un misterio. Solo tenía una cosa clara. Si aquello no era una broma, quien fuera que lo había postrado allí, maniatado y sin recursos para poder sobrevivir, lo quería lejos y muy posiblemente muerto. Solo había una salvedad que tenía muy en cuenta. Si alguien había decidido tal cruel destino, lo había hecho con alevosía, asegurándose que la muerte infligida sería lenta y dolorosa. «Una macabra tortura, o una terrible venganza.».

—Es normal que un hombre de negocios tenga detractores. Quizá alguno de mis enemigos...

Repasó mentalmente todo aquel que pudiera odiarle lo suficiente. Al menos que recordara.

—Jayden, ese maldito viejo —refunfuñó.

Una relación atávica basada en un odio visceral definía con claridad lo que le unía con Jayden Trump. Desde que le había usurpado el puesto de director ejecutivo, hacía unos cinco años, su relación se había dotado de una toxicidad de alta mortalidad. Trump le había jurado que algún día pagaría con creces su osadía. Tiempo más tarde, cuando su homónimo pasó a trabajar a la competencia más directa, sus encuentros en convenciones, reuniones del sector, concursos públicos y demás eventos empresariales, se sucedieron de la forma más fría y rencorosa.

Tanto Jayden como el propio Bernie, se habían enzarzado en competiciones personales a través de animadas pujas por aquellas cuentas de clientes que sabían del cierto que, tanto una compañía como otra, pretendían.

Más en el territorio personal, Bernie había aireado trapos sucios de índole personal con respecto a su mujer. Quién al parecer, había mantenido un

escarceo pasional al margen de su matrimonio. Cuando la información cayó en sus manos de parte de un investigador privado que él mismo había contratado, no dudó en usarla para hundir a su enemigo. Un día el Mercedes SLK de Bernie amaneció con los neumáticos pinchados, las lunas rotas y la chapa gris oscura rallada a conciencia, y aunque nunca se demostró el causante de tales destrozos, a nadie le costó imaginar quién había sido el causante. Una semana más tarde, fue su gato persa quien apareció muerto de un golpe en la cabeza en el porche de su casa. Y en otra ocasión, los arbustos del perímetro de su extenso jardín los que ardieron misteriosamente en una combustión espontánea.

Desde entonces los encuentros y desencuentros de ambos habían sido latentes en el tiempo. Nadie nunca creyó que aquello pudiera llegar tan lejos, pero en esos momentos, Bernie empezaba a dudarlo. «Maldito canalla cornudo. Así te pudras allí donde quieres que te apolilles. No habrás sido capaz de esto, ¿verdad?».

Después de Trump, en la lista de los más odiados, venía Jackson Wells. Un expleado que le había amenazado de muerte tantas veces que había pasado a ser una afición habitual de lo más macabra. Pero una cosa era dejar mensajes amenazantes en el teléfono, las cartas insultantes, los grafitis en las paredes de su casa, y otra muy distinta, lo que estaba viviendo. Veía incapaz que Jackson fuera tan retorcido y calculador. Aquel acto maquiavélico era más propio de alguien con mucho odio, pero con la suficiente contención para poder pensar con la claridad necesaria para provocar una situación desesperante y angustiada como aquella.

Era un tipo visceral, violento y sin filtros de control. Si aquello fuera obra de él, lo hubiera hecho fácil. Le hubiera cogido del cuello y la hubiera estrujado fuerte hasta finiquitar su vida. Sin embargo, se veía inmiscuido en una situación extraña y confusa, hasta para la mente retorcida de un guionista atormentado.

—Eres un maldito salvaje, Jackson. Pero con tantas gilipolleces en la cabeza, dudo hayas podido pensar esto por ti solo.

Bernie sintió malestar al imaginar ambos enemigos deleitándose con aquella circunstancia. Reconocía que odiaba perder, pero aquella situación no era un

juego, ni una disputa laboral llevada a lo personal. Aquello ponía en juego su vida, y perder en aquella ocasión, significaba demasiado. Algo para lo que claramente no estaba preparado. Su carrera laboral había despegado hacía pocos años y su ambición todavía no estaba saciada. Si todo salía como había planeado, en escasos cinco años tendría su propia empresa, sería una persona rica hasta aburrir y mantendría un estatus social al alcance de bien pocos. Estaba convencido que iba a ser así.

En lo que se refería a lo personal, la cosa era bien distinta. No podía mancillar su vida en aquel instante porque se debía a sus conquistas nocturnas. Como se denominaba él mismo, era el amante perfecto y satisfacía tantas mujeres como podía. Su sexapil era una cualidad que ponía en práctica de lunes a domingo. Tenía sus pubs predilectos para cada día de la semana, y de ellos, emanaba todo un surtido de mujeres de todas las edades, razas y condiciones. Solo tenía una premisa básica que Bernie siempre respetaba. Su imagen debía ser atractiva. De estética perfeccionada, una vestimenta sugerente y desprender un aura sexy de lo más sensual. Sin eso, eran transparentes a sus ojos. Ese era su prototipo de mujer y las coleccionaba a miles. Por ello no podía abandonar este mundo sin más. «¿Quién abarcaría entonces todo el harén de mujeres insatisfechas?».

Él las cuidaba como nadie. Les otorgaba un espacio moderno innovador. Un ostentoso ático en el centro, decorado por un equipo de profesionales que lo había convertido en el nido de amor esporádico ideal. Les ofrecía bebidas alcohólicas de marcas selectas, buena música ambiental y sexo, mucho sexo. Una noche de sexo sin sentimientos, sin tapujos ni limitaciones. Sin vergüenza ni nada que oprimiera el deseo y la pasión. Su habitación olía a sexo, desayunaban sexo y se duchaban con sexo.

Tras la perfecta noche, desaparecía de sus vidas para siempre. Muy pocas eran las que repetían. Las otras mantenían una relación cordial centrada en un par de besos sin palabras. O si la ignorancia llegaba a cuotas más altas, tan solo un hola y un adiós.

«Y si ha sido alguna de esas putas locas, cualquiera de las enfermas por operarse todo su cuerpo. ¿Una lo suficientemente lista y vengativa para hacerme esto?». Lo cierto es que apenas conocía ninguna de sus cientos de aventuras. Puede que, de haberlo hecho, ahora lo tuviera más claro.

—No soy ningún acosador —pensó en voz alta—. Con todas las mujeres con las que he estado ha sido siempre bajo su voluntad y en beneficio de una noche de placer conjunta. Nadie puede albergar tanto odio hacia mí. Es imposible. ¿Qué esperaban algo más de mí? Quizá sí. Pero yo también de ellas.

De todos modos, donde se encontraba, lejos de cualquiera de sus noches de instinto y placer, poco importaba quién o porqué. En aquel momento solo mantenía vivo su instinto y éste, lejos de ser sexual, le indicaba algo muy distinto. Temía por su vida y sin un cambio radical en aquel escenario, sería difícil sobrevivir.

—Maldita sea... —susurró.

Las maderas de la barca efectuaron un leve crujido, y tras el bamboleo continuo, sucumbió un efecto sedante que no pudo repeler.

2

HE SIDO UN SOLITARIO, pero por primera vez, me siento solo. Uno se acostumbra a estar solo, pero nunca a la soledad. Siendo el absoluto capitán de mi vida, siento que algo no he hecho bien. En tal acuerdo pactado entre mi razón, mis objetivos y mi corazón, algo empieza a quebrarse. Por primera vez estoy solo cuando no lo quiero estar, y esa terrible sensación, me causa pánico. Me recuerda momentos del pasado que he callado con el día a día, con vicios, deseos y objetivos cumplidos. Donde eso no importa lo más mínimo, me siento más desnudo de lo que estoy. Sin piel que cubra mi cuerpo. Mostrando mi alma negra que no siempre fue así.

Abrió los ojos con pasmoso cuidado, como si pudieran desprendérseles debido a la enorme claridad. El sol castigaba con dureza su piel desnuda. Durante varias horas, Bernie había permanecido sumido en un sueño profundo. Las fuerzas le habían abandonado y cabizbajo, con la cabeza dando tumbos de lado a lado, permaneció sentado apoyando el hombro contra la húmeda madera de pino de la embarcación. Cuando recobró la conciencia, vislumbró su alrededor en busca de la salvación. Millones de litros de agua ahogaron su esperanza en tan solo un segundo. Nada había cambiado.

—Ni es una maldita broma, ni esto tiene ni pinta que vaya a acabar. Esto es serio.

Seguía doliéndole la cabeza a horrores como si alguien le hubiera golpeado con un bate de béisbol. Y ahora le añadía unos latigazos en el cuello por la mala postura.

El sudor recorría sus sienes como si hubiera permanecido bajo la lluvia. La temperatura de su cuerpo se había elevado un par de grados y empezaba a pagar su lamentable estado con claros símbolos de deshidratación e insolación.

—¡Maldita sea! No, no podía haber sido una maldita pesadilla, ¿verdad? — rompió el sonido de olas con su voz entrecortada. Tenía los labios resecos y su garganta atrofiada por tantas horas sin pronunciar palabra.

Miró al horizonte y divisó el paisaje de agua por doquier, esperándole, velando su calmada existencia. Suspiró con fuerza y luego, conteniendo el aire en sus pulmones, forcejeó con brío sus manos. Al hacerlo, notó como la sangre se estancó en ellas y un dolor punzante le segó sus muñecas doloridas. Mordió sus labios y siguió forcejeando como pudo. «Puedes hacerlo, Bernie. Puedes hacerlo.». El dolor se intensificó, y aunque desfalleció unos instantes en su empeño, hizo de tripas corazón y apretó con más fuerza.

Al terminar, ahogó el dolor con un alarido al unísono. Antes de ver el resultado final respiró jadeante hasta que recuperó el aliento. Reinó el silencio durante unos segundos en los que únicamente se oyeron las olas romper en el bote y su respiración jadeante.

—¡Mierda, me cago en todos sus muertos! —gritó al comprobar que seguía sin poder gesticular.

Levantó la mirada al firmamento. Estando con los ojos cerrados, la luz del sol radiando en su vista cegada, le vino un recuerdo de niñez. Se acordó de la Virgen de Guadalupe. Fue un vago recuerdo que hasta el propio Bernie se extrañó de conservar. Desde hacía años se consideraba un tipo ateo. Aunque no podía decir lo mismo de los suyos, quienes comulgaban una fe ciega en el cristianismo. Incluso algunos de ellos, como su propio padre, lo hacía bajo la doctrina católica. Por lo que no solo creía en su Salvador y Dios Todopoderoso, sino que veneraba fielmente todas sus liturgias. Cada domingo, siguiendo el ancestro ritual, cultivaba su alma cristiana en la iglesia del pueblo.

Al contrario que sus familiares, «había abierto los ojos» y había despertado en un mundo libre de infiernos y cielos, despejado de ángeles y purgatorios extraños.

Sin embargo, ahora que se encontraba en apuros y su vida corría serio peligro, le chocó que pensara en ello. ¿Y si la libertad de credo, en ese preciso momento, no le causaba ningún beneficio? Pensó en ello durante

unos segundos. Su padre, en su misma situación, se encomendaría a Dios, y éste, en su omnipresencia, misericordia y protección infinita, velaría por su fiel adorador. Bernie no se dejaba engañar con facilidad, ni siquiera a sí mismo, pero reconocía cuando algo reportaba seguridad y confort, y aquella convicción lo hacía. Al menos, dónde y cómo se encontraba. Aunque renegara de toda religión, lo llevaba dentro. No en vano, sus padres lo habían instruido en un colegio de monjas. El colegio infantil Saint Joseph Catholic en Bethany, Oklahoma. Guardaba algún recuerdo de su paso por sus aulas, pero en especial ese que le sobrevino a la memoria. Con los ojos aún cerrados, lo visualizó con una perfección como si lo reviviera de nuevo.

Castigado en clase, como de costumbre, aislado con su buen amigo Logan García. Un chico sureño, de padres mexicanos que habían emigrado hacia el país del norte. El mismo de las nuevas oportunidades y mejores esperanzas. Entre ambos amigos, formaban el dúo calamidad.

Solos en clase, pasaron un rato divertido entre bromas y payasadas mientras los demás compañeros gozaban de la hora del recreo. Logan extrajo del bolsillo de su pantalón la estampa de una Virgen. Nuestra Señora de Guadalupe. Tras besar la imagen de la Emperatriz de América, se la cedió al joven Bernie. La observó con determinación.

—Es una estampa mágica —dijo con acento mexicano.

—¿Mágica? —asintió con la cabeza—. ¿Por qué lo dices?

Logan mostró una amplia sonrisa, como si sus oídos hubieran percibido justo las palabras que esperaba oír.

—Verás —dijo volviendo a recuperar su lámina cristiana—, debes rezar tanto como puedas contemplando a nuestra querida Virgen. Al menos durante un minuto. Si lo haces bien, y ella te concede el poder, podrás verla. Será un milagro.

Bernie no sintió nada en especial al oír aquello, pero se quedó atento al ritual de su amigo. Logan se acercó la estampa a sus ojos y durante un par de minutos, sin decir nada, se concentró en ella. Aquel crío de apenas ocho, años rezó por dentro infinidad de plegarias inventadas. Pasado ese tiempo, le hizo

entrega de la lámina y con cara de sorpresa, con los ojos abiertos de par en par, fue contemplando a su alrededor.

—¡Ahí está! —dijo señalando la pared blanca de la sala.

Bernie quedó impresionado. Volvió la mirada a la estampa y se concentró en ella. Debía comprobarlo por sí mismo, así que fijó la vista en la figura y rezó sin saber bien qué repetir en sus pensamientos. Pensó en lo mucho que deseaba ver el milagro. «Lo quiero, lo deseo, lo quiero, lo deseo...».

—Cuanto más intensas tus plegarias —alentó su amigo—, más posibilidades de verla.

Cuando se cansó, dejó la estampa encima del pupitre prestando especial atención en ver si sentía algo nuevo. Por primera vez ponía a prueba su fe y eso le destapó ciertos nervios en su estómago. ¿Sería digno de verla con sus propios ojos?

Parpadeó un par de veces y buscó la aparición de la Virgen por la estancia. Apenas tuvo que esperar. De repente en la pared frontal del aula, al lado de la pizarra manchada de basta tiza, advirtió algo. Lo que empezó siendo solo una silueta difusa de oscuridad, dejó intuir la imagen de la Virgen. Despacio fue cogiendo más fuerza, hasta que el color negro definió la viva imagen católica.

—La veo... —balbuceó.

—Me alegro, amigo. ¡Tú también! —sonrió complacido.

Bernie no tardó demasiados años en descubrir que tal evento paranormal, no era más que un efecto de luminiscencia en su percepción visual debido a la exposición permanente de un contraste cromático. Algo que poco tenía de milagroso. Pero siendo unos críos, cualquier cosa era un mundo nuevo que descubrir.

De repente una sacudida de una ola hizo que volviera en sí. Levantó la vista y con los ojos entreabiertos contempló el paisaje desalentador. El sol brillaba con más intensidad que antes y el agua bailaba incansable a su ritmo.

¿Cómo podía ser que se acordara de tantas cosas, pero nada de lo que había pasado en los últimos meses? Aquello no tenía sentido.

—Me estoy volviendo loco.

Se incorporó del todo y se calmó al ver que su alrededor no había más que una masa de agua con poco movimiento.

«Si me caigo por la borda en estas condiciones...». Era un buen nadador. El agua no le asustaba. Lo que sí que lo hacía era estar maniatado y posiblemente a decenas de millas de la costa más cercana. Por otro lado, desconocía donde estaba, y lo que más le torturaba, cómo demonios había ido a parar allí.

La cabeza le ardía. Debía protegerse, y debía hacerlo cuanto antes. Su piel sonrojada en exceso empezaba a ser pasto del sol. Sin duda el agua estaría a una baja temperatura. En aguas abiertas solía ser así. Pero con las manos atadas en su espalda, caer al agua sería un suicidio.

Diez minutos más tarde se hizo con el valor suficiente. Se acercó al borde de la embarcación y apoyando su abdomen, mostró su rostro rusiente al mar. Tuvo que hacer un esfuerzo jugándose la vida ante aquel precipicio, para llegar a zambullir toda su cabeza bajo el agua. El frescor le brindó un placer inmenso. Hasta sus pensamientos se disiparon por completo.

Tras unos largos minutos de reiteradas inmersiones, libró una feroz batalla con sus lumbares, abdominales, piernas y cuello, para recuperar la postura dentro de la barca. Cuando lo logró, descansó exhausto sentado en sus rodillas.

Hubiera bebido tragos enteros de aquella agua. La sed empezaba a ser fuerte. Sin embargo, sabía que, si lo hacía, solo conseguiría acelerar su deshidratación. Seguramente volvería a vomitar, y luego, tendría mucho más sed que antes. Y así hasta que la sed se lo bebiera a él.

Sin agua duraría tan solo tres días, si llegaba. No más. Desconocía porque lo sabía, pero lo sabía. Tres días, del cual ya había consumido el primero. Ese

era su plazo.

Estando al mismo nivel que el mar, la pérdida de líquidos y su respiración más sosegada, evitaba un veloz proceso de deshidratación, sin embargo, estando en un ambiente tan bochornoso, su teoría se iba al garete. En condiciones de sombra y habitando en un ambiente más favorable, puede que hubiera sobrevivido hasta cinco días. Abandonado en aquellas lamentables condiciones, empezaba a dudar que aguantara tan siquiera los tres que había pensado.

Luego no le hacía falta ser demasiado entendido en materia de nutrición para saber que su constitución delgada, tampoco le ayudaba. Teniendo en cuenta que podía pasar bastantes horas en aquella barca, más le hubiera valido retener decenas de kilos de grasa y retención acumulada de líquidos.

Ríos de agua salada cayeron de su testa regando su espalda y pecho. Sintió un escalofrío. Su pelo rubio se había oscurecido y pegado a su piel, mostrando algunas leves ronchas de cuero sin pelo, así como unas entradas generosas que atestiguaban su mediana edad. Ese era uno de los motivos por los que llevaba un corte de pelo largo. Con semejante tamaño, disimulaba las pérdidas localizadas y le ayudaban a parecer algo más joven.

—Mi rubio. No salgas de tu habitación hasta que acabes los deberes — resonaron las palabras de su madre.

Guardaba pocos recuerdos de su madre, pero los poco que conservaba, le inducían ánimo e invocaban un sentimiento de cariño como no había sentido por nadie jamás. Aquella era una sonrisa agrisada. Cuando se acordaba de ella, no podía evitar pensar también en qué hacía mucho tiempo que ya no gozaba de su compañía. La había perdido para siempre hacia ocho años. Y todavía la echaba de menos. «La injusticia de esta puñetera vida.».

Si la creencia de su padre era cierta, y su incredulidad un error, su Dios no sería quien le salvaría de aquello, en todo caso sería su madre, desde el Más Allá, la que le brindaría la ayuda necesaria para salir adelante. Aunque tal y como le iban las cosas, parecía más bien que tanto su padre como él mismo, se equivocaban.

«Ahora entiendes por qué dejé de creer en ti. Nunca me has ayudado en nada. No existes, ni aquí ni en ningún sitio. Eres una pura invención de ingenuos fracasados. Eso es lo que eres.».

—¡No existes! ¿Me oyes? —gritó alzando la vista al cielo.

Cuando su grito se esfumó, regresó el silencio. Un silencio que se vio contrariado por las sacudidas del suave oleaje. Al bajar la cabeza, un resplandor en la punta de la embarcación captó su atención. Fue un pequeño destello, pero suficiente para alertar su vista.

Se arrastró hasta él reptando como una serpiente malherida. Cuando llegó hasta el objeto refulgente, constató que se trataba de una moneda. Se acercó hasta que pudo olfatearla con la vista. Su aspecto dorado fue lo primero que advirtió. Luego con ciertas dificultades, consiguió leer la inscripción desgastada.

«500 Colones. B.C.C.R.».

Se sorprendió de encontrar aquella pieza de bronce «cinco tejas» en la barca. No le hizo falta girarla del revés para saber que se trataba de un colón costarricense. De haberlo hecho, hubiera advertido el escudo nacional de Costa Rica. Aquella moneda equivalía a poco menos que un dólar. Qué hacía allí aquella moneda caribeña, era otro misterio más a bordo del bote. «¿Costa Rica?».

A Bernie, no le costó imaginar que su paradero estaría más bien situado en el Pacífico Norte, o si se hallaba en el lado opuesto, en el Atlántico. Descartó casi de inmediato estar perdido en el plácido Mar Caribe. De ser así, hubiera advertido algún pedazo de tierra firme en el horizonte, algo que no halló ni aun dejándose la vista en el intento.

Probó recordar algo relacionado con dicho país, pero no halló nada en su memoria que pudiera brindarle luz. No había tenido ninguna convención, ni reunión de negocio, ni viaje de placer. Nada que recordara en un pasado inminente en los últimos meses.

Cuando pensó en el escenario en el que se encontraba, en cómo podía

encajar aquella moneda de bronce que viajaba con él, sintió un escalofrío recorrer su espalda maltrecha.

—No es posible... —dijo a escasos centímetros de la moneda.

Si él fuera un hombre fervoroso, un historiador empedernido, un místico religioso de antiguas creencias, entonces hubiera tenido claro que la situación se asemejaba con creces a una parte de la mitología griega. Demasiado para dejarla pasar sin más.

—Caronte... El barquero de Hades.

«El desgraciado que me ha puesto en esta situación, el gran cabrón desalmado, ha sido lo suficientemente grato como para prestarme el óbolo necesario para cruzar este mar de la Muerte. El muy considerado, hijo de puta.».

3

DE CUANDO ESTAR VIVO solo depende de no saberse muerto. Siendo así, ¿cuál es entonces la diferencia real de estarlo o no? ¿Ser consciente de ello? Sufro hambre y sed, y solo eso, me invita a pensar que sigo entre los vivos. Es triste, pero es a la conclusión que llego. Jamás creí que el resumen final de mi vida se pudiera describir en tal fugaz pensamiento. El sufrimiento me aferra a la vida. No es el respirar, ni mis ganas de seguir luchando. Eso son tan solo medios. Lo que me indica que sigo vivo es mi impotencia, mis sudores fríos, la piel quemada y el vacío en mis entrañas. Si ya estoy muerto, ¿acaso es esto un viaje al condenado infierno?

Desde hacía rato le daba vueltas a la cabeza. No recordaba lo que había pasado en su pasado más inmediato y tenía lagunas mentales que hacía que los pocos recuerdos que guardaba, le fueran inconexos. Eso le ayudaba a pensar que quizá, la suya, no fuera una idea tan descabellada. Desde el punto de vista más objetivo, la muerte era algo que nadie había podido explicar, por lo que bien podría tratarse de eso. Dejando a Caronte de lado, aquel viaje eterno en barca sin un destino claro podía tratarse de la propia muerte. Recordaba vagamente en sus estudios de historia en la universidad. El barco tumba. Una ceremonia funeraria en la que una embarcación, una como en la que permanecía esclavo, se usaba como receptáculo para un difunto y sus bienes. Una técnica de inhumación usada por anglosajones, merovingios y vikingos. Solo había una particularidad que lo hacía distinto. «Yo no estoy muerto todavía, al menos que yo sepa.»

—Solo voy... hacia el purgatorio —susurró.

Sentía dolor como si estuviera vivo, sed como si no hubiera bebido en horas y un vacío en el estómago tras haber vomitado por la borda. No parecía ni de lejos lo que tendría que ser un viaje transcendental al Mas Allá.

Luego estaba el tema de las esposas. Si aquella barca representaba su odisea

al infierno, ¿para qué atarle las manos y hacer más lenta su llegada a él? Intentó serenarse y no dejarse vencer por la fantasía de su imaginación endiablada. Recuperó su compostura en mitad del bote. «El sol me está afectando la cabeza.».

Aunque todavía húmedo por el chapuzón, sintió el sudor impregnando su piel. Sus axilas y espalda permanecían mojadas desde antes de su baño. Persistió sentado durante largos minutos en los que intentó conservar la mente en blanco. Aunque su piel caldeada, junto al dolor de cabeza, apenas le permitieron distender su estado.

Cuando le dolieron tanto los huesos que no soportó más, se movió con extrema precaución para no hacer volcar la balsa. Sin sus manos operativas, lo que en circunstancias normales hubieran sido dos segundos, le llevó más de medio minuto. Por fin logró tumbarse a lo largo de la embarcación. En la nueva postura, sintió alivio en su rostro, el pecho y ambos muslos. Suspiró rezagado en el suelo.

Si bien la solución era momentánea, no se le ocurrió nada más. «Gano algo de tiempo. Un alivio temporal hasta que el calor en mi espalda aparezca, seguramente, más rápido de lo que deseo.».

Como cada mañana Bernie, después que su madre lo acicalara y peinara perfumado con colonia extrafuerte, cargó la mochila a su espalda y acompañado de sus dos hermanos, Dolly y Jeff, juntos emprendieron el camino hacia colegio.

Todavía no eran las ocho de la mañana. Salían temprano. El colegio estaba a un par de kilómetros. En los que los tres hermanos jugaban, discutían y competían por ver quién iba más rápido. Pasaban distintos campos, cañizales, montes y una riera por la que nunca bajaba agua. La tierra aún era árida por aquellos tiempos.

—Ber, eres un cabeza de chorlito —dijo Jeff haciéndole burla con sus manos. Dolly sonrió, mientras la cara de Bernie mostró una expresión seria que se sonrojaba por momentos—. Seguro que no tendrás novia hasta los

treinta.

Se carcajeó.

—¡Cállate ya!

—Venga, chicos. Dejadlo ya —medió Dolly—. Vamos a por unas pipas.

—Eso, cara panocha —dijo Jeff siendo el primero en entrar en el campo.

Los otros dos lo siguieron. Era algo que habían hecho tantas veces, que tenían su propio sistema de hurto. Primero saltaban el cerco que delimitaba el terreno. Debían hacerlo con cuidado pues los alambres que unía los postes estaban electrificados. Era una carga mínima, pero suficiente para ahuyentar a animales hambrientos y pequeños vándalos como ellos. Para hacerlo, se valían de sus mochilas cargadas de libros. Las colocaban entre líneas de forma que se separaban lo suficiente como para colarse entre ellos. Primero uno y después otro. Una vez los tres en el otro lado, empezaba la recolección de temporada. A veces eran tomates, otras manzanas, y en esa ocasión, les había tocado a los girasoles.

—Todavía no entiendo como pueden girarse de esa forma para encararse al sol —dijo Bernie.

—Eres pequeño para entender —dijo Jeff con tono seco—. ¡Démonos prisa!

Cada uno de ellos se hizo con una de aquellas flores amarillas de gran altura que sobresalían por encima del campo verde. Bernie le costó más de lo normal doblar varias veces el tronco. Lo retorció primero a un lado y luego a otro, pero no cedió. Que hubiera elegido uno más grande que su hermano Jeff, tenía mucho que ver.

La primera en hacerse con su flor de semillas fue Dolly. Una a su medida, de baja altura, fácil de manipular. Con ella en ambas manos, se apresuró en cruzar al otro lado.

—¡Quietos ahí, gamberros! —se oyó un grito a lo lejos. Sonó grave y fuerte.

—¡Oh no! Es el campesino —dijo Jeff—. ¡Vámonos de aquí!

Bernie siguió intentando arrancarla. Sabía que el granjero estaba lejos, pero con lo que no contaba era con lo que oyó a continuación. Un disparo de escopeta sacudió la calma rompiendo el cielo. Una banda de pájaros huyó al instante por encima de sus propias cabezas. Luego hicieron lo mismo los dos hermanos.

—¡Vamos! —gritó Dolly que fue la primera en recoger su mochila y salir corriendo tras dejar caer la flor de pipas.

Jeff fue el siguiente. No miró atrás. Solo lo hizo cuando cruzó el cercado y tras observar a Bernie a los ojos, sin mediar palabra, arrancó su mochila de la separación. Al hacerlo, la de Bernie cayó al suelo por la parte exterior del vallado.

Bernie se quedó inmóvil. Incluso cuando el viejo volvió a disparar de nuevo. El pánico lo bloqueó por completo.

Por lo que hacía a su espalda, en ningún momento sintió desvanecer el picor constante, más bien al contrario, con el agua salada por su piel, aquella sensación se había incrementado. Algo que le confirmó las heridas sospechadas.

Durante un largo espacio de tiempo permaneció en aquella posición tan solo respirando el aire caldeado. Hasta en el ambiente notaba la alta salinidad del medio. Algo que acrecentó su sed. Sentía la pelvis clavada en el suelo de madera como si alguien le hubiera postrado allí y el efecto de la gravedad no le permitiera evadirse. Al principio fue solo una incomodidad, pero a medida que pasaron los minutos, fue incrementando hasta convertirse en un desazonado estado que su mente no pudo controlar. Intentó huir de ella recreando sus pensamientos lejos de allí. Pensó en su trabajo. Habitualmente aquello le ayudaba a centrarse y no perder el norte. Proyectó su despacho. Su mesa llena de papeles inacabables. Su globo terráqueo de metal xerografiado de los años sesenta. «¿En dónde estaría ahora mismo?». Se imaginó dándole

vueltas a la bola del mundo y señalando su posición exacta. Divisó Costa Rica y luego, un punto en el océano, no muy alejado de la costa. Pensó que procedimiento seguiría. El de siempre. Llamaría a su secretaria de dirección, Caroline Clark. La rubia despampanante que toda la oficina se comía con los ojos. Siempre vestida con falda negra ajustada por las rodillas y camisetitas de pico mostrando una silueta perfecta, y un escote donde la gran mayoría del sector masculino se perdía en su imaginación. Le había costado encontrarla entre tantas candidatas presentadas para tal puesto. Algo que disfrutó en desmedida acostándose con todas y cada una de ellas. Luego, tras no superar el periodo de prueba, la candidatura empezaba de nuevo.

La señorita Caroline había sido distinta a las demás desde el principio. Ella se mantuvo cauta. Nunca había sucumbido a los encantos de su superior. Algo que hizo que Bernie la tomara con cierto respeto. Quizá aquella era una prueba de fuego que debía pasar antes de ganarse la profesionalidad en su puesto. Su asesora personal, su fiel confidente laboral, aún mostrar aptitudes físicas excelentes, le había demostrado en los seis últimos meses, que era tan inteligente como atractiva.

«Caroline, venga aquí. Ahora. Envíeme sin falta un rescate en helicóptero allí donde demonios esté, por favor. Hágalo con la máxima celeridad posible, ¿me he expresado con claridad? Hágalo como si de ello dependiera la vida de su insidioso jefe.».

Bernie sonrió a pesar de que la piel acartonada de su cara empezaba a pasarle factura. Sentía que su rostro se resquebrajaba. Debía ser delicado con sus movimientos, ni qué decir de sus expresiones faciales.

Abatido, se quedó dormido.

Un zumbido digital despertó sus sentidos. Fue un sonido que apenas reconoció. Le costó hacerlo. Tenía la pelvis dolorida y su pierna izquierda dormida en su totalidad. La parestesia incesante le incomodó, pero no consiguió que perdiera la concentración en el sonido melódico.

—Pero ¡qué demonios!

Hasta que el timbre no sonó tres veces, no creyó que fuera posible. Al cuarto, se percató que era una realidad. Un teléfono móvil sonaba a su alrededor.

Se incorporó lo más rápido que pudo empujándose con el hombro izquierdo. Apenas sintió el dolor de su articulación. Se centró en el sonido que le había devuelto la vida en un santiamén.

—¿De dónde narices sale? ¿Dónde está?

Tenía poco tiempo antes que la llamada se perdiera. Esa melodía que tantas veces en su vida había oído y reprochado hasta la saciedad, y ahora, su existencia dependía de ella.

Agudizó el oído para localizar el terminal. Tras el quinto timbre, identificó que provenía del lateral izquierdo de la barca. Ladeó la cabeza y se cercioró que no había nada que pudiera percibir a simple vista. Sería algo más complicado, pero sabía que estaba allí.

Sexto tono. Entendió que estaba detrás las tablas de la vieja embarcación. De ahí su melodía enlatada. El móvil permanecía encapsulado en un compartimento lateral.

Se arrastró como pudo hasta llegar a la madera de pino.

Séptimo tono.

Con las manos atadas en la espalda y el pecho pegado al suelo, golpeó la tapa de madera con la parte superior de la cabeza. Ésta apenas se movió. Solo logró magullarse levemente su malparada chola.

Tras un nuevo tono, el teléfono se quedó en silencio de forma permanente. Bernie detuvo su segunda embestida cual animal salvaje y prestó atención. A partir de entonces se lo tomó con más calma. Aquello lo cambiaba todo. Había descubierto una manera de comunicarse con el resto del mundo. De pedir auxilio. Estaba salvado. Solo debía liberarse de sus esposas, abrirlo y llamar a su abogado, Francis Gordon.

«Él se ocupará. Sabrá qué hacer y cómo. Me encontrará y dará con la solución. Siempre lo hace. El bueno de Francis.»

4

FUEGO EN EL INFIERNO. Nunca me había preguntado si el infierno arde. Ya es algo que, incluso para un mal católico como yo, uno da por sentado. Lo que no esperaba descubrir, es que el infierno puede ser muchas cosas. Puede ser húmedo y no arder. Ser tan solo un infierno de agua y sol abrasador. Quizá haya algo peor que quemarse vivo entre las llamas de un inframundo encolerizado. Hacerlo de día hasta la saciedad, y refrescarse por la noche de forma revitalizante, para el día siguiente volver a empezar de nuevo. Como el hígado de Ticio que cada día tras ser devorado por buitres, se regeneraba para volver a alimentar a las aves. Un destino cíclico que acabará por matarme de hambre, de sed, de calor, y si no lo hace ninguna de las anteriores, lo hará la perpetuidad.

Se giró del revés, poniéndose en decúbito prono con los pies contra el compartimento.

—Esta vez no te vas a resistir.

Dobló las rodillas hacia su vientre y volvió a extenderlas hasta tocar la tapa de madera.

—Una, dos... y... ¡tres! —gritó.

Sacudió con fuerza el compartimento. Lo hizo impactando con sus talones. Se aseguró de ello pues no quería romperse ningún dedo del pie. La tapa, que se había salido de la guía, quedó hundida de uno de los lados.

Inclinó la cabeza hacia el costado para valorar la situación. Volvió a repetirlo un par de veces más, hasta que salió despedida hacia el exterior golpeando los costados del bote. Sin perder ni un segundo, se incorporó y se asomó a la cavidad oculta.

Aunque en la oscuridad de unos cincuenta centímetros de profundidad, no había buenas condiciones de luz, pudo contemplar varios objetos. Reconoció un chaleco salvavidas guardado en el fondo, una caja estanca gris con la tapa en color morado y lo que más ansiaba encontrar, un móvil. Su salvación. Su vida.

Atesoró que era un Nokia. Un modelo antiguo, muy básico, quizá tuviera unos quince años. Se veía obsoleto en una época digital tan avanzada. La carcasa estaba desgastada en sus esquinas redondeadas y algunos de sus dígitos habían perdido la impresión. La pantalla era diminuta en comparación con los Smartphone a los que Bernie estaba acostumbrado. De todos modos, aquel móvil era el mejor objeto que jamás hubiera podido encontrar. Un viejo Nokia indestructible.

Sin pensárselo dos veces, se giró de espaldas y con sus manos doloridas, rebuscó por el suelo del agujero. Lo rozó con la punta de sus dedos, algo que hizo que se alejara un par de centímetros. Intentó hacer más fuerza con sus brazos hasta posar su palma encima del terminal. Lo agarró con fuerza entre sus dedos amoratados y reptó sobre sus posaderas hasta que regresó al centro del bote.

Después de depositarlo con suavidad en la cubierta, se giró para adorarlo. Se quedó ensimismado observándolo. ¿Cómo algo tan simple podía parecerle lo más bello del mundo?

—Está bien, pequeñín, eres lo mejor que me ha pasado últimamente. Tienes que ayudarme a escapar de aquí.

La primera dificultad que se encontró fue marcar. Maniatado por la espalda iba a ser un arduo trabajo poder realizar un marcado correcto, así que optó por hacerlo de otro modo. Se acercó lo más que pudo hasta el terminal y dio con su nariz en el teclado. El aparato se iluminó.

Se separó de nuevo para poder leer la pantalla. Las 5:14PM. La batería marcaba la totalidad de su carga al cien por cien. Pero no era esa la traba en su camino a la salvación. No le hizo falta leer el mensaje en el display para saber lo que había indicado al tocar de nuevo con la nariz la tecla de Menú.

—¡Maldita sea! ¿Es que no hay nada que sea fácil? Teclado bloqueado.

Sabía cómo desbloquear aquellos terminales de toda la vida. Pulsar el botón Menú y acto seguido en un breve espacio de tiempo, la almohadilla que se encontraba en la parte inferior derecha. Un sistema para garantizar que no ocurrieran desbloques involuntarios.

No es que no pudiera hacerlo, sabía que podía, pero le costaría varios intentos conseguirlo. No podía ir lo rápido que necesitaba apuntando con la nariz a unas teclas que le parecieron más pequeñas que nunca. Lo intentó en varias ocasiones, todas ellas con nefasto resultado. En algunas pulsó la tecla equivocada, otras aún conseguirlo, excedía el espacio de tiempo que el terminal otorgaba para realizar tan fácil operación. «Cuando lo diseñaron no contaron que a lo mejor el usuario tendría las manos atadas en la espalda, teniéndolo que hacer con la nariz. Jodido trasto viejo.».

Sabía que sería cuestión de tiempo, pero no quería agotar la batería haciendo pruebas inútiles. Lo dejó por unos instantes y decidió averiguar qué más escondía aquel escondrijo.

—Un chaleco salvavidas que no voy a poderme poner. No al menos hasta que consiga soltarme de esto.

Se percató que en vez de uno había tres. «Un equipo de supervivencia generoso.» Los aparcó a un lado y se centró en la caja estanco. Si algo podía encontrar allí dentro que fuera de utilidad para su supervivencia, sería algo que pudiera liberarlo de las esposas que lo atormentaban.

Con ahínco arrastró la caja por uno de los pernios que sujetaban la tapa. A punto estuvo de romperse las falanges de los dedos de ambas manos con los que levantó a peso el arcón en tal de salvar el estribo del costado del bote.

Sentándose de nuevo de espaldas, soltó primero uno de los enganches de la tapa. Luego, con otro esfuerzo considerable, el siguiente. Una vez libre de sus sujeciones, se volteó de rodillas para contemplarla.

—¡Aquí estás! —dijo con regocijo.

Ante sus ojos, multitud de objetos en el perfecto kit de supervivencia para naufragios. Lo primero que divisó fue un botiquín de primeros auxilios. Lo reconoció al instante por la caja de plástico blanco y la cruz roja que mostraba en su centro. Luego, apartado a un lado, una linterna estroboscópica amarilla que tan buen uso le daría si llegaba la noche y todavía estaba allí, algo que no concebía en sus planes. Los otros objetos variados estaban por debajo de éstos, por lo que no le quedó más remedio que tumbar la caja de una patada para verterlos por todo el piso. Bengalas, cohetes de distinto tipo, un corcho con hilo de pescar y un plástico con anzuelos de recambio, una bomba de achique portátil y varios metros de cuerda de distinto grosor.

—¡Eureka! —gritó.

Unas barritas de comida energética se apelmazaban en cubierta. Apenas contó cuantas podía haber, pues en ese momento, algo más valioso había captado su atención. Algo más importante que el agujero que notaba en su estómago. Una navaja multiusos.

La abrió con dificultades y tras acariciar la hoja de su navaja con uno de sus dedos, comprobó que estaba afilada. Nunca habría sido usada, así que guardaba intacta sus propiedades aceradas. Introdujo la hoja entre la brida de plástico y su muñeca, sin poder evitar un leve pinchazo en su carne que apenas sintió al disponer de poco riego sanguíneo en ellas.

Tras un intento y otro en segar el material dúctil, no lo consiguió. Disponía de poco recorrido en su trazo y el corte se realizaba desigual y mal centrado.

En su tentativa insistente, erró en su trayectoria realizando una incisión en la parte interior de su brazo izquierdo. El tajo fue profundo y notó como si la carne de su brazo se hubiera cuarteado de cuajo en dos.

—¡Argghhh! —soltó la navaja—. Maldita sea. ¿Es que no voy a poder liberarme de estas malditas esposas?

La sangre corrió mano abajo y luego se condensó en un leve charco en cubierta. Apretó ambas muñecas como si con ello pudiera detener la hemorragia.

La pelota permanecía colgada en el árbol. Uno de sus amigos la había chutado con tanta mala suerte que se había quedado atrapada en la copa del roble que, junto a la larga fila de otros, delimitaban la calle principal. Con tan solo siete años, ninguno de los allí presentes, disponían de la agilidad y fuerza suficiente para subir por su ancho tronco y altas ramas. Ni siquiera su hermano mayor Jeff.

Mientras unos intentaron hacerla caer empujando el tronco, que apenas se movió, otros lo hicieron probando de llegar con otras ramas que encontraron alrededor. Todo fue inútil. Todo salvo la idea de Jeff. La primera vez que intentó hacerla caer, casi lo logró. La piedra que había lanzado con puntería endiablada impactó contra el balón, y éste, aún moverse, no llegó a caer.

El siguiente lanzamiento, con un proyectil más consistente y pesado, fue el propio diablo quién lanzó. Bernie, como un espectador más, no pudo ver si el lanzamiento había sido certero o no. Desde donde estaba, solo observó que el balón no se movió ni un centímetro. Concentrado como si pudiera moverlo con la vista, sintió un golpe seco en su cabeza. Tan seco y duro que aún seguir consciente, perdió la capacidad de pensar por unos instantes. Fue como no existir. No sentía dolor, ni tampoco entendía qué había ocurrido. Hasta que el dolor no se hizo presente pasaron varios segundos. Hubo quién le dio tiempo a acercarse a él y señalar lo ocurrido. Cuando sintió la herida, el dolor hizo que perdiera la compostura. Se dobló hacia el suelo y experimentó como si algo le hubiera arrancado parte de su cabeza.

—Ber, ¿estás bien? —dijo alguien.

—¡Ha sido brutal! —oyó de fondo.

Cuando logró incorporarse intentando huir de la vergüenza, reconoció un dolor de cabeza singular. Sentía el corazón en la parte alta de su testa.

—Menuda puntería tengo —reconoció la voz de su hermano—. Siempre estás en dónde no debes estar, renacuajo. En medio como el jueves.

Aunque desorientado, sintió una rabia considerable. Rabia que desapareció al instante en cuanto un líquido viscoso impregnó su ojo derecho. Le escoció. Y cuando se limpió con sus manos, comprendió que sangraba en abundancia.

Entonces los murmullos se sucedieron con más ahínco.

Postrado en cubierta sin apenas moverse, notó algo suave impactar contra su cabeza. Al cabo de unos segundos, lo sintió de nuevo. Hasta que una evidente cortina de agua cayó sobre él a plomo.

Bernie volvió a incorporarse lo más rápido que pudo. Apoyado en sus rodillas, observó el cielo que había oscurecido sin que apenas se hubiera percatado de ello. Al poco, multitud de gotas salpicaban su rostro. Cerró los ojos y abrió la boca para ingerir la máxima cantidad de ellas. Aunque debió conservar mucha paciencia para lograrlo, tras unos minutos bajo la llovizna, consiguió un par de tragos de precipitación.

Aquello le sentó bien. Su garganta volvió de nuevo a cobrar vida. Envuelto en la cortina incesable, recobró las esperanzas de volver a vivir. Llenó sus pulmones de la brisa marina emanar del mar. Fue como si las gotas de lluvia hubieran despertado aquel ambiente fresco aparecido de la nada. El infierno cálido y vacío se había transformado en un entorno calado. Omnipresente allí donde le llegaba la vista.

De pronto se acordó del móvil.

—¡Maldición! —dijo mientras intentaba cubrir el terminal con su cuerpo.

Permanecía abandonado en la cubierta a merced de la lluvia con todos los demás objetos. Se había mojado ligeramente, pero al parecer seguía funcionando. Se giró de espaldas y tras agarrarlo con dificultades, lo guardó dentro de la caja estanco. El único lugar impermeable del bote.

Tras guarecer el aparato portátil hizo lo mismo con todo lo demás. Menos con el botiquín, guardaba un plan más ambicioso para él. Vació todo su contenido en la caja estanca y dispuso de nuevo la tapa del compartimento empujándola con los pies hasta encajarla en la trampilla.

Cuando el material estuvo a salvo, colocó el recipiente del botiquín abierto por ambas partes en el centro del bote. Mientras se fue llenando de agua de

borrasca, abrió su boca de nuevo con la vista puesta en el cielo.

«Te doy gracias por este bautizo, madre. Es lo que necesitaba.».

5

UN VASO DE AGUA EN EL DESIERTO. Ironías del destino. Jamás he estado en ningún desierto, y el agua, es precisamente el líquido que menos ingiero cuando tengo sed. Al descubrir que existen un sinfín de bebidas elaboradas, manjares exquisitos, sabores realzados para disfrutar y deleitar el paladar humano, lo que menos se aprecia es el agua insípida e incolora. Lejos queda el elemento básico más presente en este mundo natural, cuando vivimos y nos desvivimos por hacerlo en uno sintético, digital y de pretensiones sin límites.

Bebió tanta agua como pudo sin apenas respirar. El botiquín se había llenado a rebosar por ambas partes. A lo que Bernie, apostado en cubierta, bebió sin detenerse como un animal salvaje abasteciéndose en una charca. Maniatado, en postura tortuosa, bebió sorbiendo aire y agua a partes iguales.

Con aquella cantidad podría aguantar todo el día. Incluso con lo que quedaba en el recipiente, podría abastecerse al menos un par de días con dosificaciones severas. Aquello era una buena noticia, sin embargo, Bernie no estaba satisfecho. Algo le preocupaba. Algo, que una vez con el estómago lleno, hizo frente.

Cuando de suave llovizna pasó a ser lluvia consistente y el mar empezó a agitarse por momentos, pensó dos cosas. La primera, que no le faltaría agua aquel día. La segunda, que quizá aquella borrasca no se la había regalado su madre. Lejos de ser un presente, se convirtió en algo más devastador. Con el primer trueno que divisó en la lejanía, la preocupación se terció miedo. Parecía lejos, pero pronto iría en su encuentro.

—Debo darme prisa o esa tormenta me engullirá como un tornado a un miserable insecto. Debo soltarme de estas esposas.

No tenía otra salida. Sin manos con que agarrarse y luchar, no aguantaría ni

el primer asalto. Jamás había navegado en alta mar en aquellas condiciones, y ni mucho menos afrontado una tormenta en semejante patera. Recordaba alguna que otra secuencia cinematográfica en la que algún protagonista heroico, se las veía con una tempestad de las que hacían historia. Éste salía ileso la mayoría de las veces. Pero aquella ocasión era distinta. Ni él era un héroe, ni la barca una embarcación para soportar ningún temporal. Y ni mucho menos se trataba de una película donde todo siempre acaba bien.

Sin perder un segundo se puso a trabajar. Volvió a extraer la navaja del compartimento y de nuevo intentó liberarse de sus grilletes. De rodillas, con la tormenta en frente, hurgó con la punta del cuchillo sujeto entre los dedos de su mano. Tras varios intentos fallidos, Bernie sintió un dolor intenso entre sus dedos. Dejó caer la navaja en cuanto se separó de la regala. Intentó observarse las manos a toda costa, pero no lo consiguió. Pasados unos segundos, se intensificó el dolor. El corte había sido profundo, algo que advirtió no sólo por el dolor, sino por el reguero de sangre que sintió correr por su piel. Las manchas rojas diluidas con agua en la madera humedecida se lo confirmaron.

—¡Me cago en mis muertos! Soy un maldito torpe. Voy a morir desangrado antes que deshidratado o ahogado. ¡Joder!

Pero otro era su temor en ese momento. De pronto un relámpago sacudió el cielo ennegrecido. Lo partió en dos como un cuchillo afilado con una tarta de arándanos. La estampa lumínica le causó un destello descomunal, tanto, que tuvo que cerrar los ojos durante largos segundos. Luego el vello de su brazo se le erizó como si tuviera voluntad propia y una tremenda sacudida le hizo caer al suelo de la embarcación. Cayó de costado, golpeándose el hombro izquierdo y parte superior de su cabeza. El relámpago había caído tan cerca que cuando desapareció el haz de luz, un gran estruendo retumbó por su pecho como un tambor interior.

Al cabo de un instante, recobró la conciencia y el destello de luz empezó a apagarse, entonces volvió a sentirse vivo de nuevo. Le dolían los oídos como si los hubiera mantenido pegados a un altavoz, algo que le provocó un pitido constante y perpetuo. Luego, el mareo incesante, el cual le provocó un malestar general. Antes que pudiera situarse, sintió una gran náusea que no pudo contener. Regurgitó una mezcla de bilis con agua que quedó

entremezclada con el dedo de agua acumulado en el bote.

Cuando volvió en sí, lo primero que hizo fue divisar su alrededor. Seguía desorientado, pero tuvo la corazonada de saber dónde había caído el relámpago. Se giró hacia el oeste, encarando la tormenta. El rayo se había extinguido tan solo a cien metros de distancia de donde se encontraba. La muerte disfrazada de ruido y luz, le había visitado, y esta vez, había estado cerca, muy cerca.

—¿Puedo tener tanta mala suerte? Cae un rayo en medio del océano y me cae encima.

Después de la advertencia, debía darse prisa. Aquello había sido un pequeño adelanto de lo que le esperaba en cuanto el torrencial diera con él. La adrenalina invadió su cuerpo antes que se reincorporara y volviera a sus fracasados intentos. Ni siquiera notaba ya el profundo corte que se había infligido entre el dedo índice y la palma de su mano izquierda. Seguía sangrando, aunque eso ya no era lo importante. Tenía un monstruo mucho más grande al que temer. Uno hecho a base de agua, viento, olas y electricidad. Y lo tenía a escasa distancia.

Se apresuró en hacerse de nuevo con la navaja y volvió a sus incansables intentos por liberarse. Por cada hendidura que provocó, sintió un escozor intenso en la herida reciente, y en la anterior, y en los leves cortes superficiales que fue asistiéndose sin darse apenas cuenta de que lo hacía.

En el momento en que la oscuridad de nubes empezó a darle caza, en el horizonte, a unos quinientos metros, aterrizó otro rayo ensordecedor. Sus intentos se aceleraron con frenesí e intentó escapar con más ahínco. Algo que no dio sus frutos. Solo intensificó el dolor agudo de sus extremidades. Llegado ese instante, se detuvo. Jadeó. Por un momento, pareció haber perdido todas sus fuerzas. Observando al infinito contemplando la tormenta de tú a tú, perdió el aliento. Se quedó petrificado con la mirada perdida. Dejó de sentir el dolor en sus manos. Dejó de sentir la lluvia caer en su piel. En ese momento de debilidad, hasta dejó de respirar, de parpadear, de sentirse vivo. Durante esos instantes Bernie se quedó helado, bloqueado por el terror. Como si sus músculos se hubieran quedado congelados bajo la brisa del mar, como si sus aspiraciones, deseos y todo aquello que le representaba, se hubiera

desvanecido en un momento. No recordaba cuál era la última vez que había sentido nada parecido, puede que ni siquiera lo hubiera hecho. Sintió en su interior una impotencia como no recordaba. Debía remontarse a cuando él era un niño, un mocoso insolente, creído y malcarado. Un recuerdo de niñez que no había podido olvidar a sus cuarenta años.

Fred y su grupo de amigos, sus fieles secuaces, fueron en su encuentro a la salida del instituto. Tras el primer encontronazo fue sucediéndose una reyerta que fue a más cada vez. Había empezado a principios de curso con cualquier chiquillada que ya no recordaba, pero a los trece, hasta lo más insignificante obtiene un valor trascendental.

Fred sabía sacarle de sus casillas. Era una virtud única. Esa ocasión no fue distinta.

—¡Tu madre es una furcia! —dijo sin tapujos—. Se ha acostado con medio pueblo.

—Qué estás diciendo, inútil —dijo Bernie.

Las palabras retumbaron en la mente de Bernie desbocando su parte más irracional. Esa a la que normalmente muy poca gente tenía acceso. Todos menos Fred. Él tenía la llave para acceder a ella con más rapidez que cualquier otro. Aunque Bernie no era precisamente violento, sintió las tremendas ganas de atizarle para silenciar su boca. Antes, pensó en la situación. Estaba en desventaja numérica, y eso, frenó su embestida. Respiró hondo e intentó serenarse.

Los improperios de Fred y sus amigos fueron en aumento. Johnny, el chaval más gordo del grupo, robó los libros de Bernie que llevaba bajo el brazo. Aunque intentó recuperarlos, fue inútil. Fueron lanzándose los libros entre ellos de manera que no alcanzó ninguno de ellos. Las risas y la mofa irritante se incrementaron. Mientras intentó recuperarlos, sintió las continuas burlas en su pescuezo.

Cuando no pudo reprimir más su desesperación, dio rienda libre a su parte

más vehemente. Observó a Fred a los ojos, y mientras se carcajeaba con sus colegas, recibió la acometida incontrolada de Bernie. Lo embistió a la altura del estómago, empujándolo con su hombro derecho y elevándolo medio metro del suelo. Aunque la diferencia de peso entre ambos era considerable, la adrenalina y la rabia que sintió por dentro fue suficiente para compensar dicha diferencia. Se enzarzaron acabando ambos en el suelo, golpeándose, pellizcándose, mordiéndose uno a otro. La marea de golpes por ambos lados no se detuvo ante la mirada y el aliento acalorado de sus seguidores, quienes los animaban.

El combate terminó en el momento en que José Luis Vives, el profesor de lengua hispana del centro, logró separarlos.

En aquellos momentos sentía una impotencia desproporcionada. Seguramente mucho más intensa que la que recordaba. Ahora no tenía nadie en quien cargar su embestida y luego calmar su rabia contenida a puñetazos.

De pronto, algo captó su atención. Sin ser consciente de ello, por primera vez desde hacía más de un día, observaba sus manos. Le costó caer en ello. El pálido habitual que normalmente caracterizaba su clara tez, había dado paso a un color rojizo. Un bermellón extraño. Los cardenales que durante tanto tiempo le habían provocado las fuertes ataduras, habían maltratado su riego sanguíneo. Lo que advirtió fueron los múltiples cortes en su piel. El más profundo de ellos todavía emanaba sangre de forma escandalosa. El medio acuoso que lo abordaba no ayudaba a la saturación de la herida. El rojo teñía sus extremidades.

Desconocía cómo había podido liberarse. Seguramente el recuerdo que tanto tiempo había estado presente en su vida, en ese momento se la había brindado de nuevo. «Ironías de la vida. Todavía tendré que dar gracias al abusón de Fred por todas las majaderías y malos ratos que me hizo pasar. Gracias a él dispongo de una oportunidad.»

Cuando todavía observaba la palma de su mano, notó como el torrencial de agua caía sobre su cabeza sin contemplaciones. La oscuridad de un cielo negro como el cisco lo empezaba a engullir por momentos. El oleaje se había

transformado en un vaivén continuo de olas indómitas y su punto de equilibrio, empezaba a notar un aumento y descenso de altitud considerable. Soplaban un viento fuerte, huracanado en su apreciación. Sabía que la tormenta ya le había alcanzado. Lejos quedaban ya las aguas calmadas y el sol abrasador. Ahora, con las manos sueltas, se veía con más opciones de sobrevivir. Aunque el medio se empeñaba en ponerle las cosas difíciles.

Se acarició la musculatura de brazos y piernas buscando aquellos puntos en los que el dolor hacía mella. Manoseó una y otra vez, fregando con insistencia, apretando los puntos que habían quedado aherrumbrados. La constricción de su cuerpo durante tanto tiempo le había restado agilidad. Se dolió de todos los músculos conforme fue arrullándolos. Intentó por todos los medios llegarse a la espalda. Conservando el equilibrio de una manera aparatosa, se tocó la parte superior de la misma. Entendió entonces que algo no iba bien. Notó la rugosidad de unos pliegues que no reconoció suyos. Aquello eran laceraciones. Y hasta ese momento, desconocía de su existencia.

El desalmado que lo había puesto en aquella situación, se había encargado antes de hacerlo, de infligirle severas torturas. Aunque no conseguía recordarlas, tuvo claro que esas marcas, se las había avezado quien fuera que lo quería en el otro barrio. En cualquier caso, no consideró que fuera algo negativo, y aunque se dolía de las consecuencias sufridas, se había librado del fatigoso recuerdo de su castigo.

Contempló la correa de plástico en el suelo. Tal y como había imaginado, era una gruesa brida dúctil de color negro. Volvió a fregarse las muñecas doloridas mientras desvió la mirada al compartimento. Tenía claro cuál era el siguiente paso. Se apresuró en agacharse, retirar la tapa y con suma agilidad, enfundarse el chaleco salvavidas. Las cosas se estaban poniendo feas, y ese chaleco, iba a ser una parte importante en su supervivencia. Intuía que la tormenta iría mucho más allá de lo que podía imaginar. En lugar de uno, se puso dos.

Una vez abrochados, hinchó la parte alta del exterior a través de los tiradores. Cuando notó el aire presionar el pecho, se sintió a salvo. Fue como si alguien le hubiera dado un vaso de agua en medio de un desierto. Bernie era un tipo optimista. Aquello tan solo había sido el primer paso, esperaba

que de muchos otros.

Guardó la navaja en la caja estanco para evitar perderla. En su lugar, tomó prestada la cuerda e hizo un nudo alrededor de su cintura. No fue precisamente una tarea fácil. El mar encabritado lo sacudía de un lado a otro como un muñeco roto. Consiguió atar el otro extremo del cabo al caperol de forma que aquello se convirtió en el nexa con la balsa. Apenas aguantaba el equilibrio como alguien sobrio. No tenía fuerzas para apenas sostenerse, pero sabía que, si no lo hacía, todo acabaría allí. Y aún no estaba preparado.

La cortina de agua fue tan descomunal que apenas veía más allá de un metro de distancia. Poco había que ver, quizá fuera mejor no hacerlo. De nada le servía ver tal cantidad de olas arreciar contra su embarcación. Fue como si compitieran entre ellas por ver cuál sería la que acabaría con él. El tiempo dejó de ser tiempo. Los minutos eternos y las olas puro infierno desatado. Cada una de las inspiraciones de oxígeno reclamaba su peso en oro. Se sentía fatigado. Le costaba mantener los brazos en alto y las piernas en tensión para sujetarlo en pie. Cualquier leve esfuerzo que daba, le privaba de una pizca de su vitalidad. Sobrevivir era su único camino. Pero no iba a ser un camino fácil. Sin duda aquella feroz batalla, iba a ser el peor encuentro que había tenido nunca. La vida o la muerte. La lucha o el abandono a su suerte.

Cerró el compartimento y se apresuró en sentarse en el bote sujeto con sus dos brazos a la madera. Se agarró con fuerza a la cuerda haciéndola pasar por su antebrazo varias veces hasta que se sintió lo suficientemente seguro.

Estaba preparado. Agazapado a cubierto en el bote, aguardando paciente su destino. Al principio, guardó la esperanza que podía conseguirlo. Más tarde, cuando el oleaje sacudió la embarcación como si fuera una hoja de papel, y el viento junto con la lluvia torrencial, lo vapulearon a su antojo, empezó a entender que aquello iba a superar con creces cualquiera de sus expectativas. Se agarró fuerte al cabo. Tan fuerte que pronto las marcas le segaron la piel junto a cada una de sus respiraciones aceleradas.

El bote se llenó rápido de agua. El movimiento del océano era tan violento que descartó moverse de su rincón para achicarla. Cualquier movimiento en falso podía ser una auténtica temeridad. En aquel momento se acordó de sus

padres. «Mamá, puede que pronto me reúna contigo allí donde estés. Aguarda paciente. Te quiero.». Luego pensó en su padre, ¿dónde estaría en ese momento? A tantos kilómetros de distancia, ¿sería consciente que su hijo estaba en peligro de muerte? Quizá por alguna extraña razón, su padre se sintiera inquieto, ansioso por algo que apenas comprendería, no al menos hasta que supiera lo suyo.

Entonces hizo algo que le unió más a su padre de lo que hubiera creído. Cerró los ojos y cabizbajo, murmuró casi ininteligible.

—Por favor, Dios mío, haz algo. Te prometo que seré una buena persona el resto de mi vida. Lo juro. Lo juro por todo aquello que alguna vez he tenido, por todos mis conocidos, mis familiares, mis amigos... si de verdad existes, ayúdame. Seguramente conozcas a mi padre, él es uno de tus fervientes seguidores. Él cree en ti, y aunque solo lo hagas por él, sálvame de esto, por favor.

Bernie observó el detestable Fred. Tras una nueva disputa, se habían enzarzado en una trifulca repleta de puñetazos y patadas. En esa ocasión, como todas las anteriores, Fred salió vencedor y tras asistirle un correccional de golpes, se burló de él como siempre solía hacer. Tras humillarlo, lo sujetó de la parte de atrás de la camiseta, y haciendo una fuerza centrífuga, lo zarandó en círculos. Aquello hizo que Bernie rodará a su alrededor como un ventilador. Sus compañeros se rieron mientras duró la atracción de feria, pero por lo que atañía a Bernie, el espectáculo resultó ser algo más preocupante. Por cada una de las vueltas que le asistió sin detenerse, notó como le faltaba el aire para respirar. La opresión de la camiseta en su pecho a causa de su peso, le dificultaba su respiración. Cada vez más. Y a cuanta más velocidad alcanzaba la vergonzosa noria, menos aire podía retener en sus pulmones.

Aunque solo fueron unos minutos, se convirtieron en una interminable eternidad de agonía respiratoria. Después del mareo inicial y la desorientación extrema, perdió el conocimiento.

6

EL INFIERNO ES BELLO. Un volcán bello, pero letal. El espacio es hermoso, pero mortal. Todo guarda un carisma de belleza visto bajo los ojos apropiados. Quizá entonces, lo que falla en tal estética ecuación, es que el hombre es demasiado débil, frágil y simple para adorarlo como es debido. Ante la necesidad de supervivencia, lo hermoso se vuelve tan solo un riesgo imposible. El culto a la belleza, una sandez que si no llena el estómago carece de valor. El arte en sí no tiene valor. El valor lo sustentan las personas que pueden permitirse valorarlo. Todo es subjetivo, pero principalmente, mi hambre y mi sed, que prevalecen por encima de todo.

Despertó con el cuerpo entumecido por la baja temperatura del agua. Se sintió desorientado. No recordaba apenas nada de lo sucedido, tenía tan solo un vago recuerdo de la tormenta. Le costó entender que había salido despedido del bote salvavidas, seguramente entre tanto oleaje salvaje. Por ello, se encontraba flotando a la deriva en alta mar. Ponerse el chaleco salvavidas justo un momento antes, había sido su salvación. De no ser así, seguramente ahora sería un cuerpo hundido en el fondo del océano.

En cuanto recobró la conciencia y despejó el aturdimiento de su cabeza, pensó en el bote. Se giró rápido hacia todos los frentes. Ahí estaba. A tan solo quince metros de distancia. La segunda buena idea que había tenido aquel día había sido atarse a la embarcación. Sin ello, ahora mismo vagaría flotando por el océano a la espera de ser engullido por algún escuálido hambriento. Cuando se acordó de ellos, prefirió volver lo antes posible a la embarcación.

Tiró del cabo que encontró atado a su cintura, y atrayéndolo, fue acercándose al bote con la máxima celeridad con la que sus fatigados brazos le permitieron. Cuando lo alcanzó, se percató que no iba a ser tan fácil. La distancia de la regala quedaba bastante alta. Apenas guardaba fuerzas para poder realizar el esfuerzo necesario. Descansó unos minutos sujeto a la

embarcación intentando chapotear lo menos posible. No quería llamar la atención a posibles curiosos.

Contempló el cielo despejado, tan azul como el propio mar que lo rodeaba. Lejos quedaban ya las oscuras nubes que tanto le habían preocupado. En ese nuevo escenario, no había amenazas que le inquietaran. Al menos no de forma visible.

El agua estaba calmada. Ni una sola ola sobresalía más que las demás. Un bamboleo calmado y sosegado le permitió relajar su musculatura extasiada. Cómo había sobrevivido a tan brutal tormenta, era algo que desconocía. Se alegraba enormemente pero también sentía la terrible sensación del desamparo. Seguía solo, abandonado en un medio hostil en el que en un momento u otro podía finiquitar su existencia. Pocos momentos de relajación había tenido hasta entonces. Aunque se encontraba aliviado, a salvo de la última amenaza, no conseguía quitarse de encima esa terrible sensación de inseguridad. Solo había sido una tormenta, solo un momento más de superación, una situación de la que había salido airoso. Sin embargo, la batalla real, la lucha por su vida, seguía allí donde había quedado, en el mismo punto de siempre.

Extrajo fuerzas de la nada y en un intento voluptuoso, se impulsó con manos y pies para alcanzar la superficie de la embarcación. El tanteo fue inútil, aunque llegó a mitad de la altura necesaria. Cuando sus brazos no pudieron sostener más el peso de su tronco, volvió a caer al agua.

Tras el empeño intentó serenarse. Quiso pensar con la máxima frialdad posible. El temor de no poder conseguirlo empezaba a invadirle. Como pudo, mantuvo la calma una vez más. Sabía que debía ser positivo, de lo contrario de poco servirían sus esfuerzos por sobrevivir.

En ese momento volvió a acordarse de su madre, esta vez para darle las gracias por su airoso pasaje por la tormenta devastadora. Desconocía si su éxito, o su buena suerte, se debían simplemente a eso o más bien debía agradecerlo a alguna divinidad superior. Pensó en ello. Pero como siempre solía hacer, acababa pensando en que actos como el vivido se debían a hechos fortuitos, o más bien, oportunidades ganadas por méritos propios. En el fondo de su corazón, quizá esta vez lo veía un tanto desproporcionado.

Siendo así, lo agradeció a regañadientes. No estaba de más asegurarse que en una futura complicación, y estaba seguro de que la habría, volviera a salir airoso.

—Gracias madre. Gracias de todo corazón. Sé que estás ahí.

En el segundo intento lo logró. Tuvo que apretar los dientes y hacer caso omiso al dolor profundo que sintió en sus bíceps. Una vez aterrizado en el suelo de madera, respiró profundo.

De cara al cielo, con los ojos cerrados, se abandonó a sus pensamientos más profundos. Imaginó estar lejos de allí. Quiso pensar con todas sus fuerzas que se encontraba estirado en la hamaca de cualquier playa caribeña del lugar. Rodeado de hermosas mujeres y variadas bebidas con exceso de alcohol. Bajo esos dulces pensamientos, aguardó durante largos minutos.

Cuando volvió a abrir los ojos, el atardecer se posaba en el firmamento. «Una dura jornada.». Se dio la vuelta e intentando hacer el mínimo esfuerzo con sus brazos doloridos, se incorporó sentándose en la tarima. Lo primero que divisó, estando en una postura más cómoda, fue que había perdido todas las reservas de agua de lluvia. El improvisado recipiente había desaparecido por completo. El temporal lo había engullido. «¡Maldita mala suerte!». Aquello fue un golpe bajo a su moral. Aún no notaba una sed insaciable, pero sabía que, en aquel medio, en breve volvería a sentirla de nuevo. Bebió del agua estancada en el suelo del bote, pero al hacerlo y degustarla, percibió que se trataba de agua salada. La escupió como un aspersionador.

—Por qué todo sale mal, hostia.

Rebuscó en el interior del compartimiento. Debía asegurarse con sus propios ojos que los objetos seguían allí. Por suerte, se había asegurado de poner correctamente la tapa del departamento. Todo seguía intacto.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Tenía claro lo que buscaba y cuando dio con él, los dedos de su mano temblaban, no sabía si de los nervios o de la precariedad física en la que se encontraba. Fuere como fuere tenía el terminal móvil en sus manos. Aquello era su salvación. Su vida.

Cuando convulso pulsó el teclado desgastado, entendió el estado real de su situación. Tenía un móvil en su poder, pero éste, tenía dos problemas. El primero de ellos era uno que esperaba encontrar. En donde se ubicaba no disponía de cobertura. Eso le imposibilitaba poder realizar ni recibir ninguna llamada. Pero también sabía que en pleno siglo tecnológico si había algo que había ido creciendo en auge continuo, era que hoy en día la cobertura era cada vez más extensa. Estaba convencido que tarde o temprano llegaría a una zona nítida. Solo debía preocuparse de una cosa, de conservar suficiente batería para poderlo hacer.

El segundo problema era mucho más grave. No tenía la más remota idea de cómo iba a solventarlo. Aunque el móvil todavía guardaba la totalidad de su batería, sabía que la acabaría consumiéndose. En cuanto empezara a probar las miles de combinaciones posibles para desbloquear el terminal cifrado, agotaría la batería sin llegar a dar con ella.

Le invadió una sensación terrible de impotencia. Aquello acababa con cualquier opción de comunicación con el mundo. Terminaba con esa pizca de esperanza.

—¿Quién coño le pone un código cifrado a un móvil de emergencia? ¡Vamos, no me jodas! Es impensable.

Lo dejó dentro de la caja estanca y tomó una barrita energética. Extrajo a mordiscos el envoltorio y la engulló con desesperación. El vacío que sentía en su estómago le recomía por dentro. Necesitaba ingerir alimento como fuera para poder seguir cuerdo. Hubiera comido cien más como esa sin inmutarse. Ahora tan sólo le quedaban cuatro, y aunque su ansia le decía lo contrario, sabía que debía racionalizarlas o volvería a padecer un hambre extrema demasiado pronto.

Consiguió acallar su ansia haciendo caso a su conciencia y desvió la vista de las provisiones restantes. Luego se sentó abatido. Estando en el suelo se lamió los dedos ingiriendo los restos que se habían adherido a ellos. Cuando consiguió sacarles lustro, rebuscó entre sus dientes las semillas adheridas entre ellos. Lo hizo con insistencia. Con sus uñas y su lengua. Sabía que cualquier minúsculo gramo de alimento podía marcar la diferencia.

Recogió el envoltorio y chupó cada centímetro de la parte interior. El hambre, como la sed, era algo a lo que Bernie no estaba demasiado acostumbrado a sufrir. En una vida repleta de lujos, satisfacciones y variopintos gozos, aquello era inusual. Si sus cálculos no fallaban, debía administrar las cuatro barritas restantes una cada dos días, con ello esperaba poder aguantar una semana a la deriva. Sí conseguía pasar un par de días con media barrita, entonces, podría llegar a alargar ese periodo a un par de semanas. Sería una tarea difícil pues mucha debía de ser la voluntad para, con el apetito feroz que le sacudía, accediera a tal dura restricción voluntaria. Una cosa era no disponer de alimento, y otra muy distinta tenerlo en sus manos y no poder disfrutar de ello.

«Una dura prueba. Demasiado para mí.». No sería capaz de lograrlo. Dos semanas era el suficiente tiempo como para si no moría de sed o inanición, lo haría volviéndose loco. El simple hecho de pensar en ello, ya le otorgaba unos nervios y una angustia fuera de lo normal. Intentó relajarse. Si bien la comida era algo que tenía más o menos planeado, otra cosa muy distinta era el tema del agua. Habiendo perdido todas sus reservas de lluvia, el panorama se terciaba desolador. Debía esperar a que volviera arreciar de nuevo otra tormenta, algo paradójico, pues, aunque la sed fuera devastadora, también lo era desear qué otro vendaval como el que había sufrido volviera a sacudirle. No estaba seguro de poder volver a superarlo. Pero si no lo hacía, no tendría agua. El dilema estaba servido.

Divagó entre pensamientos hasta que se topó con la extraña moneda en la esquina de la embarcación. La tormenta no había podido con ella. Allí estaba imantada en el suelo de madera. Brillaba a la luz del sol que se ponía irremediabilmente. Se hizo con ella y la sostuvo en su palma. Verificó que su aspecto, tal y como había vislumbrado en la anterior ocasión. Pensó en Caronte. En su extraña leyenda, esa mitología que tan buenos ratos le había hecho pasar en sus momentos de lectura. Sin embargo, ahora la cosa era bien distinta. Una cosa era leer las historias desde su comfortable tresillo, y otra muy distinta, vivirlo en primera persona. Siendo él mismo, el infortunio protagonista de todos los males. Inspeccionándola se percató que la moneda disponía de un enganche en la parte superior.

—Esta moneda... es la pieza de un colgante.

En ese instante, un recuerdo le sobrevino. Una evocación que no reconoció como propia. Un brillo inesperado le cegó durante un instante. Cuando abrió los ojos, entendió que había sido el flash de una cámara fotográfica. Una pareja formada por un hombre cincuentón con traje negro y corbata de lazo, y una mujer de poco más de treinta años vestida con un traje de gala rojo con un atrevido escote, posaban en la recepción.

Más alejados, tres paparazis armados con sendas cámaras hacían honor a su profesión. Bernie también vestía de etiqueta. Con un esmoquin hecho a medida, desprendía un atractivo sugerente. Lucía el pelo engominado hacia el lado y en ese momento, se colocaba bien los puños de su camisa blanca que sobresalían del traje. Su posado era excepcional. Desprendía un olor a perfume masculino que embriagaba al personal de su alrededor.

Aunque su puesta en escena era de una perfección impoluta, no desentonaba en un ambiente formado por invitados hechos todos bajo el mismo patrón. Cuando contempló la sala donde se encontraban, comprobó que gran multitud de ellos se agolpaban en el comedor. Todos perfectamente engalanados. Allí donde ponía la vista, divisaba lujo y clase social alta. Las mesas redondas cuidadosamente adornadas, estaban repartidas en el centro de la sala.

En ese momento los comensales empezaban a tomar asiento. Bernie se sentó en la silla vestida con faldón largo color crema, donde halló una etiqueta con su nombre. A su lado una mujer entrada en edad conversaba con su pareja. Un hombre gordo y de malos hábitos a punto de explotar en cualquier momento. Bernie deseó que al menos no lo hiciera mientras estuviera sentado a su lado. Enfrente de tal pareja, se hallaba un hombre solo que lo observaba detenidamente. Éste lucía una camisa prensada a su delgado cuerpo.

De pronto todos los comensales aplaudieron y un gran estruendo resonó por la estancia en el momento en que entró el anfitrión junto con su elegante esposa.

Regresó a la penuria. Aquel recuerdo inminente estaba convencido que tenía que ver con la situación actual en la que se encontraba.

Se sintió bien al ver que empezaba a recobrar su memoria. Aquello era un claro signo de recuperación. Aunque esa escena no le indujo nada claro, fue reconfortante ver que la amnesia iba desapareciendo.

—Pronto acabaré recordándolo todo. Lo sé.

Tras coger el hilo de pescar del corcho, quitó el mosquetón que lo ataba al anzuelo y cortó un trozo generoso de hilo. Con esos centímetros, enhebró la moneda y se la colgó en el cuello. «No está de más guardarla como amuleto. En mi cuello estará a salvo. Al menos hasta que acabe en el fondo del mar.»

La noche en alta mar cayó sin avisar. Bernie quedó impresionado bajo aquel cielo estrellado. No recordaba haber deleitado su vista con la grata compañía de tantas estrellas tan nítidas resplandeciendo en fondo negro azulado. Aquella estampa del firmamento le pareció hermosa. «Hasta el infierno puede ser bello visto bajo los ojos apropiados.» Por el contrario, cuando bajó la vista a su alrededor, sintió como le poseyó la sensación de un miedo atroz. El agua se había vuelto de un negro opaco, y eso, le causaba una incertidumbre aterradora. Desconocía lo que en ella podía esconderse. Volvió su mirada al cielo y acunado por el sinfín de estrellas, se durmió dejando atrás sus temores, su avidez y la impotencia sombría.

DÍA 2

ES MEJOR ESTAR SOLO. Alejado de todo y de todos. Solitario al margen del mundo. Solo, mejor que mal acompañado. Eso he creído siempre. Y aunque la soledad es pesada y ardua de llevar, sobre todo al principio, con el tiempo uno se da cuenta que con quién mejor se puede estar, es con uno mismo. No importa lo buena, bella o inteligente de la compañía, al final, solo estás tú. Y muchas veces, bajo mi experiencia, es mejor así. La convivencia mata. La confianza da asco. Y las licencias que una pareja se da mutuamente, acaban siempre pasando factura. Solo cuando uno está con uno mismo, es cuando puede ser él mismo en plenitud. Sin reservas. Sin cuestionamientos. Sin el miedo a la traición. Solo hay un sacrificio para tal excelso estado, la soledad.

La noche había sido fría, aunque el sol empezaba a despuntar y el calor aparecía de nuevo en escena. Bernie había dormido más de lo que él mismo hubiera creído. Fue como si de pronto, las fuerzas de su cuerpo se hubieran desvanecido y su mente hubiera desconectado de todo. No había sido un sueño plácido, pero sí reparador. Había dormido toda la noche del tirón, algo que no recordaba hacer desde hacía muchos años. «Me ha sentado bien. Falta una buena cerveza fría y una hamburguesa doble con patatas de luxe.». La cruda realidad era bien distinta. Contempló el horizonte por todos sus frentes para cerciorarse de que todo seguía igual. Ni una pizca de tierra lejana aparecía en la panorámica. Seguía perdido en medio del océano.

Con algo más de fuerza que el día anterior, se reincorporó. Se asomó por encima de la barca y apoyándose en el borde, se lavó las manos y la cara con abundante agua salada. Estaba fría. Rebuscó por la caja hasta que encontró el botiquín. Se hizo con las vendas compresivas y el bote de yodo. Sentado con la espalda apoyada en el lateral de la embarcación, practicó las curas en los cortes de su mano. Todavía sentía todas las heridas abiertas. El agua salada se encargaba bien de recordárselo.

—¡Maldita sea! —gritó al sentir la abrasión en sus heridas.

Por lo que hacía el resto de su cuerpo, sentía toda su piel acartonada. El sol la había maltratado en exceso. Tenía toda su tez, en especial la de sus hombros, cara y brazos, enrojecida. La exposición continuada de ésta le había provocado quemaduras de tercer grado. Lo que Bernie desconocía es que a cuanto más se las humedecía con agua, más agravaba la situación. El alivio temporal que eso le aportaba se convertía a largo plazo, sin él saberlo, en una potenciación del efecto solar. Le faltaba poco para una insolación en toda regla, y poco podía hacer para paliarla. Estaba estirado en las vías del tren viendo acercarse el tren de mercancías sin poder hacer nada más que contemplar sus luces acercarse.

Aunque se dejó uno de los chalecos salvavidas puesto en todo momento, algo que le infligía un calor extraordinario, seguía quemándose las partes expuestas. Hubiera necesitado de una prenda de vestir que le ofreciera resistencia a los candentes rayos solares.

Cuando terminó de curarse la mano, comprobó que el vendaje no quedara demasiado fuerte. Dejó los utensilios en su sitio y agarró el objeto máspreciado que allí guardaba. Con el terminal en la mano, observó su pantalla apagada. Negra como las noches en alta mar. No quiso tocar ningún botón para conservar la batería. La iluminación constante de la pantalla consumía. Tuvo que contentarse en imaginar que, aunque nada se le indicará, el móvil permanecía encendido. Debía restringir su uso tan solo a aquellos momentos indispensables. Todo en aquel bote debía ser racionalizado. Era una norma grabada a sangre en su supervivencia.

El sol empezó a calentar con total plenitud. Después de su sed, lo siguiente en el listado de prioridades por solventar, era el problema de su piel. Lo tenía claro. Su tez candente le dolía como si alguien le hubiera marcado a fuego. Tenía los labios resecos como si sus comisuras fueran bisagras oxidadas que apenas podían moverse. Cada vez que pestañeaba, y eran muchas más de las que deseaba, sentía un dolor intenso en la bolsa de sus ojos. La frágil piel de sus párpados se había resentido en exceso.

Decidió zambullirse en el agua. Antes se aseguró que en cuanto decidiera volver a la embarcación, pudiera hacerlo en perfectas condiciones. Ató un

segundo cabo al caporal de estribor para inclinar levemente el bote y así facilitar la subida.

Una vez en aguas calmadas, sintió el frescor en su piel. Aquello le provocó un escalofrío que recorrió su cuerpo desde el espinazo hasta su nuca. A pesar de que estar en el agua no era plato de buen gusto para él, la necesidad de enfriar su cuerpo era tal, que perdió el miedo a lo que pudiera esconderse en ella. No obstante, no estuvo demasiado tiempo deleitándose. Intentó chapotear lo menos posible y prácticamente la mayoría del tiempo que pasaba sumergido, procuraba hacerlo estirado en la superficie haciéndose el muerto. De esa forma le era más fácil conservar su flotabilidad. Esa postura le garantizaba no profundizar demasiado dentro del agua. Sentía auténtico terror al pensar que estando en posición vertical, algo le rozara sus pies. Por ese motivo cuando no le quedaba más remedio, movía los pies constantemente para hacer el menor ajetreo posible. Aquel era un miedo atroz que tenía desde siempre y en esas condiciones, se había agravado más. Hacía lo mismo de niño, le daba igual que profundidad tuviera la playa. Hasta le sucedía lo mismo en la piscina municipal. En ese caso, su imaginación volaba más alto. Entonces proyectaba en su mente variadas secuelas de una auténtica película de terror de serie B. Imaginaba alguien soltando en el agua agresivas medusas venenosas de agua dulce, o un conjunto de tiburones voraces que luchaban por ver quién le comía un pie. Cuando no eran tiburones, eran orcas asesinas, cuando no, pirañas con dientes afilados. La lista de posibilidades era interminable, tanto como su imaginación infinita.

Tras el alivio inicial, se sumergió por completo en el agua. Notó como su cabeza se enfrió bajo aquel líquido salado. Fue como si el frescor del agua en mar abierto se filtrara por los poros de su cuero cabelludo ayudando a rebajar la temperatura de su cerebro. Y por si aquello no fuera suficiente, se cobijó bajo la embarcación. Buscó la sombra proyectada del bote salvavidas, algo que le brindó la sensación de un frescor adicional.

Aunque tan sólo fueron unos segundos, le pareció un tiempo regalado. Ojalá hubiera podido permanecer allí sin respirar durante horas. La relajación que le proporcionaba la ausencia de luz, sonido y hasta el acto reflejo de respirar, le invocaban un estado de catarsis. Necesitaba muchos de aquellos momentos para descansar de la maquiavélica aventura.

Estando en tal refugio temporal, fue donde se le ocurrió. Regresó a la barca y al hacerse con el chaleco salvavidas, en lugar de colocárselo, lo extendió en el suelo. Dispuso por encima de la prenda toda la cuerda de qué disponía y se sentó enfrente manipulándola y haciendo lo mismo con los otros dos chalecos.

Cuando terminó, los agarró y los dispuso en la punta de la embarcación. En todo lo alto. Una vez apoyados los chalecos en la madera de ambos lados, se lanzó al agua con todos los cabos de ambos extremos. Procuró tensarlos lo suficiente para garantizar que quedará inmovilizado, fijados en aquella posición.

Regresó al bote y acabó de colocarlos bien. La imagen que captaron sus ojos fue una inyección de orgullo. Había improvisado una leve sombrilla. Una solución a su cálido problema. Era de pequeñas dimensiones, pero suficiente. Se echó debajo para gozar de ella. Sus pies y parte de sus piernas quedaban fuera del abasto del invento, sin embargo, aquello le supo a gloria bendita. Por fin había encontrado una manera de combatir el sol salvando su piel.

Su estómago rugió con un vacío en su interior tan grande, que se llevó las manos a su abdomen para intentar relajarlo. Su pensamiento se centró en su niñez. Hasta su olfato le transportó al mismo instante en que entraba con su mochila, cargada de libros en la espalda, a la pastelería de sus tíos maternos. Mientras sus hermanos gozaban de total libertad, él con cierto aire de altruismo, los ayudaba. Si bien es cierto que lo hacía sin cobrar, hubiera sido insensato pensar que no se llevaba nada a cambio. Cada tarde que pasaba entre elaborados dulces, alguno de ellos acababa en su tripa. Con tal dulce comisión, la ardua tarea de colaborar despachando se terciaba hasta interesante. Guardaba bien el recuerdo de la nata montada, la masa trabajada, el uniforme blanco de su tío y aquel sombrero blanco que tantas mofas había provocado. El olor a canela, el azúcar glasé impregnado en sus dedos mientras los lamía cual helado azucarado. La trufa exquisita, la mantequilla y el chocolate blanco y negro. Durante aquellos dos años de inestimable colaboración, fue un auténtico prisionero de cientos de sabores de pastelitos, galletas, postres afrutados, pasteles y bollería casera. Un dulce-dependiente de dichos manjares. Ahora mismo, donde se encontraba, sería capaz de

cualquier cosa para regresar aquel instante y aquel lugar. Se imaginó acabando con todas las elaboraciones del escaparate. Sin compasión. Llevándose los a la boca con ambas manos, sin apenas masticar, engullendo sin parar. Salivó al imaginárselo e intentó huir de tal tormentoso recuerdo. Le costó desprenderse de él.

Las horas se sucedieron sin reparo. Perdió la noción del tiempo. Algo a lo que encontró solución empuñando su navaja contra el lienzo de la embarcación. Un surco sobre otro en la madera de pino. Lo hizo con total dedicación, cuidando el más mínimo detalle. Tenía tiempo de sobra para hacerlo. Las dos muecas en vertical una al lado de otra, representaban los dos días que llevaba solo combatiendo cada minuto de su vida.

No recordaba en qué día de la semana se encontraba. Aquel podía ser un odioso lunes. Pero no uno cualquiera. Era el más odioso de la historia.

El paso de las horas era ya otro cantar. Dominar ese conocimiento requería de una formación que no disponía. Desconocía como orientarse con el sol para saber en qué hora se encontraba. Sabía que a mediodía el sol brillaba por encima de su cabeza, más allá de eso, lo demás era una pura lotería. Hizo un esfuerzo para huir de la tentación de mirar la hora en el móvil. Los caprichos no podían consumir batería de su línea de vida.

Fuera la hora que fuera, eran demasiadas. Cantidad de horas muertas que pasaba sin poder hacer nada más que incrementar su sed, su hambre y su desesperación.

Otro de los problemas que debía solucionar cuanto antes, era el guardar a buen recaudo el depósito de agua almacenada. Si de nuevo regresaba alguna tormenta, no podía arriesgarse a volverlo a perder de nuevo. Necesitaba pensar en algo. Se había quedado sin el recipiente. En ese momento, lo único que le servía para era la caja estanca del compartimento. Tenía el dilema servido. Si usaba dicho recipiente corría el riesgo de quedarse sin ningún objeto que pudiera garantizar la protección del móvil, junto con los otros enseres que disponía. Pronto llegó a la conclusión que de poco le iba a servir todos los objetos preciados que guardaba, una vez estuviera muerto por deshidratación. Vació todo el contenido de la caja en el propio compartimento y volvió a colocar la tapa garantizando la máxima protección.

Debía poder almacenar unos ocho litros. Pero lo que de verdad le rebanaba los sesos, era ver cómo podía asegurarlo de forma que no lo perdiera durante un oleaje violento. Cabía la posibilidad que cualquier ola caprichosa se lo llevara. Había usado todos los cabos. Desató la cuerda que había atado en la embarcación para poder subir a ella, y ató la caja estanca en la esquina opuesta a su refugio. A partir de ese momento, debía ir con cuidado. No podía arriesgarse a tener problemas para regresar a la barca. Un desgaste de energía excesivo era un derroche de recursos que no se podía permitir. Con la racionalización severa de la comida, sus fuerzas flaqueaban. Si excedía de la dosis marcada, corría el riesgo de quedarse sin reservas demasiado pronto. Por otro lado, se imaginaba sin poder subir al bote. Sin embargo, ahora que disponía de un pequeño espacio donde disfrutar de algo de sombra, la necesidad de darse baños continuos no era tan relevante.

Pasó horas acurrucado sin hacer nada. Dando cabezazos. El cansancio y la sensación de impotencia, resignación y de no controlar el medio donde yacía, ayudaba a perder la conciencia. Había perdido la noción de dónde se encontraba, de cuando, y la más importante, del por qué. El conjunto de todo ello, lo inducía a un estado de rareza absoluta. De pronto estando en pleno estado de hibernación, sintió un golpe en el casco del bote. Aquello le despertó de su sueño. Aunque no tuvo una reacción rápida, le sirvió para centrar su atención. Un par de segundos más tarde sintió otro leve impacto. Se puso en alerta incorporándose como un esquimal saliendo de su iglú. Observó el paisaje a su alrededor. Nada había cambiado en absoluto. Qué había algo en el agua que ocasionaba los golpes, era algo irrefutable.

Se asomó con precaución por ambos lados del bote. Por el lado de proa, distintos objetos flotando se habían arremolinado cerca de la embarcación. No tuvo claro de qué se trataba, solo le parecieron restos de madera. Cuando vislumbró un pedazo próximo, verificó que sus ojos no le engañaban. Un trozo de madera astillada pasaba al lado de la barca. Apenas dio crédito a lo que veía, pero respiró aliviado al cerciorarse que lo que le había golpeado, era algo inerte.

—Parecen los restos de otra embarcación —dijo impresionado.

El bote lucía descuartelado en pedazos irreconocibles. Examinó a conciencia todo a su alrededor y buscó cualquier resquicio de vida latente

sujetada en cualquiera de aquellos pedazos.

—Quién sabe si es el mismo destino que me espera a mí.

Aquello, fue como si despertara en él una pizca de conciencia que hasta entonces había permanecido dormitando. El peligro era real, demasiado real. Estuvo convencido desde el primer momento que lo que presenciaba era un naufragio. Uno que no había ocurrido demasiado lejos de donde se encontraba. Ni tampoco hacía demasiado tiempo. Se le erizó el vello de los brazos al pensar en ello. Quizá alguien como él, se había encontrado escasas horas antes, en su misma situación.

—¿Hay alguien ahí? ¡Hola! ¿Alguien me oye? —gritó.

Las olas contestaron con un vaivén continuo. Los trozos restantes que no se habían hundido, seguían el ritmo del océano calmado.

Se le iluminó el rostro de repente. Fue como si se hubiera activado por un mecanismo invisible. Se abalanzó hacia los restos flotantes y alargando los brazos se hizo con uno de ellos. Una madera de pino que hacía medio metro de largo y escasos quince centímetros de alto. Estaba astillado de forma uniforme como si hubiera sido arrancado de cuajo con una enorme violencia. No pudo reprimir sus pensamientos sobre la despiadada tormenta. No todos habían corrido su misma suerte.

Quiso hacerse con más trozos de madera, pero de pronto, otro objeto captó su atención. Al principio no lo divisó con claridad. Su color oscuro hacía que se camuflará en el agua. Un trozo de fina tela navegaba sin rumbo por la superficie. Ese bien preciado que no podía dejar escapar. «Podré cubrir mi cuerpo desnudo. Lo necesito.»

Volvió a remar con sus manos para ir más rápido. No estaba dispuesto a perder aquel bien preciado. Sin embargo, a mitad del trayecto extrajo las manos del agua y saltó hacia atrás como un mono de feria. La imagen que habían captado sus retinas había conectado su mente con uno de sus miedos más profundos. Una aleta dorsal surcaba la superficie del agua. No una aleta cualquiera. Una aleta grande, erecta y perfecta. La más grande que nunca había visto. Era un tiburón de dimensiones considerables. Le entró un pánico

atroz. Sintió temblar sus piernas y en sus brazos, todavía mojados, notó correr la adrenalina desbocada. Desde aquella visión y los posteriores minutos de contemplación, no pudo dejar de observar con ojos abiertos de par en par, el escuálido. Daba círculos sin detenerse a todos los restos del naufragio. Lo hacía de una forma desordenada, calmada y tenaz.

Qué conservara ambos brazos, estaba claro que había sido cuestión de suerte. Ni lo había visto llegar, ni sabía cuánto tiempo hacía que dicho animal patrullaba aquellas aguas. Sus aguas.

Pensar en ello no le ayudó a recobrar la calma. Más bien al contrario. Esperó paciente a que el animal reaccionará. En el mejor de los casos, cansado de no obtener ningún bocado digno, se resignaría y seguiría su camino. Pasados cinco minutos desde el encuentro, el persuasivo animal siguió en sus trece. Durante ese tiempo, Bernie se agarró con fuerza a la embarcación. En lo profundo de su imaginación proyectaba una y otra vez la misma secuencia. Un ataque feroz del animal. De hecho, esperaba que de un momento a otro sintiera el primer golpe. Eso le aterraba. Tanto, que sus pulsaciones se habían acelerado manteniendo una respiración agitada. Sentía un hormigueo constante en sus manos. Algo que atribuyó al palpitante estado de nervios que padecía.

Cuando perdió de vista al tiburón y recuperó en gran medida su estado normal, recuperó su libertad de movimientos. Aunque había dejado de verlo, dudaba. Un animal tan perspicaz podía sorprenderlo en cualquier momento, por ello pensó bien cada uno de sus movimientos. Bajo ningún concepto volvería a zambullir las manos en el agua.

Se hizo con el pedazo de madera que había recogido, y a modo de remo, acercó la embarcación con movimientos muy suaves. Cuando estuvo cerca de la prenda, intentó alcanzarla con la madera. En el primer intento no lo consiguió. El siguiente, a pesar de que logró levantarla unos centímetros del agua, se le escurrió. Se inclinó más para ganar en equilibrio, y en la tercera tentativa por fin consiguió elevarla de la superficie. Un chorro de agua cayó de la prenda haciéndola perder parte de su peso. Bernie no dejó de mirar el agua en ningún momento. La observaba como si pudiera atravesarla y ver sus profundidades. Sentía un miedo palpitante esperando que el depredador saliera de la oscuridad de un momento a otro y le agarrara el palo con su

mandíbula. Mientras seguía sumido en sus miedos, fue trayendo poco a poco la madera al centro de la embarcación. Temblaba aparatosamente. No sabía si por el exceso de peso o quizá por el terror al que se enfrentaba.

Una vez a salvo, respiró profundo. En sus manos lucía un trozo de tejido que apenas identificó. Era de un tejido parecido a una camiseta deportiva. Tan solo un trozo del que sólo descubrió uno de los ribetes de su parte inferior. La prenda había sido desgarrada a conciencia. Imaginaba quién había podido hacerlo.

Escurrió gran cantidad de agua por la borda y cuando creyó que estaba lo suficientemente seca, la estiró en uno de los laterales del bote.

Observó de nuevo el agua. Entre otros restos de madera, encontró otro trozo de tela. Repitió de nuevo la misma operación. Se acercó hasta llegar a tocarla. Esta vez, cuando intentó levantarla, se percató que pesaba más de lo esperado. Se había enganchado a un pedazo de madera. Lo intentó con más ahínco. Le costó un gran esfuerzo izarlo del agua, tanto, que tuvo que vigilar no caerse de la embarcación, y aunque tenía demasiado presente el invitado de dientes afilados, no desistió. Cuando pudo abrir los ojos y enfocar con claridad lo que pasaba, entendió que la pieza de ropa no se había enganchado a ningún resto de madera. Lo que de verdad ocurría es que aquella manga de camisa destripada seguía anclada a un brazo.

Bernie soltó el peso sin contemplaciones. Sintió terror. Se acercó al extremo de la embarcación para contemplarlo. Dudaba si lo que había visto era real, hasta que observó flotar el brazo que se mostraba por encima de la superficie. No pudo apartar la mirada de la mano arrugada que lucía en el extremo.

Sintió una náusea importante.

Observó la extremidad empujada por el vaivén del suave oleaje. Ninguno de sus dedos efectuaba ni un solo movimiento. Fue estando petrificado, cuando Bernie despejó todas sus dudas sobre si aún permanecía vivo. El brazo se hundió ligeramente, dejando al descubierto la parte del hombro. Ésta era la última parte unida del cuerpo.

—¡Mierda! Pero qué coño...

La extremidad inconexa mostraba el hueso a la vista. La carne cuarteada y desgarrada, exhibía un color pálido que se fundía completamente desecha con el agua. Bernie tuvo que hacer un gran esfuerzo por no vomitar. El estómago le había dado un vuelco y le oprimía hasta los pulmones.

Se había sentado en el suelo, pegando la espalda al lateral de madera. Cuando recuperó el aliento, al cabo de unos minutos, se hizo con el trozo de madera y remó lejos de allí. Lo más rápido que pudo, sin mirar atrás.

Mientras contemplaba el horizonte al que ansiaba llegar, dejó atrás los restos del fatal naufragio. A la misma vez, los restos humanos se hundieron de forma precipitada.

8

LA SED ES MIL VECES MÁS insoportable que el hambre, el sueño y el dolor. Que ambos tres juntos. Mil veces más letal y despiadada. Es insufrible. Me aplaca. Siento que muero por estos labios resecos mientras la vida se me seca lentamente. Aun cuando consigo olvidarla de forma temporal, sigue su afán por acabar conmigo. Sin pausa me exprime por dentro. Me nubla la mente y envenena mi ser. Es tan fácil perderse cuando uno ya está perdido.

—¡El mejor golpe de su carrera! *Hole in one.*

Su *swing* había sido tan perfecto como el sonido del impacto de la madera con la que había decidido golpear. Cuando entregó el palo a su *caddie*, todavía seguía inmerso en un aplauso multitudinario de todos los presentes. Miles de personas se habían congregado a su espalda para disfrutar de su buen juego. Regocijado en su orgullo, apenas podía apartar la mirada de la pantalla plana de grandes dimensiones que se levantaba por delante de la casa de campo. Observó la bola volar decenas de millas en su vuelo perfecto hasta caer en el *green*. Luego recorrer el césped rasurado hasta desaparecer en el agujero.

En ese instante resonó por el ambiente un zumbido particular. Fue corto pero intenso. Imposible de no percibir por encima de los aplausos reiterados. Sonó solo un par de veces, pero fueron suficientes para que Bernie se despertara presa de su importancia. La realidad se fundió con el propio sueño que lo había logrado alejarlo de allí. Todavía confundido por su letargo, salió de su cueva hacia el compartimento, extrajo el terminal móvil y aunque tuvo que entrecerrar los ojos por el exceso de luz, observó su pantalla retroiluminada.

«Llamada perdida. Tiene dos mensajes.».

Lo leyó en voz alta. Temblorosa. Tanto como su mal pulso. Increíblemente, no

pudo dejar de observarlo durante largos minutos.

—¿Llamada perdida? —rompió el silencio—. ¡Vamos, no me jodas! ¡Eso es imposible!

A lo sumo, según sus cálculos, habría perdido unos diez segundos en despertarse. Por lo que, no haber llegado a tiempo a la llamada era algo que descartó casi al instante. Si había recibido ahora el mensaje, sería porque justo en ese instante el terminal disponía de la cobertura necesaria para hacerlo.

Resignado, esperó a que la pantalla se apagara ante la mirada de odio enquistado que le recomía. En cualquier otra ocasión, con gusto habría arrojado aquel maldito trasto viejo inservible, lo más lejos que hubiera podido. «Si no sirve para nada más, al menos que se pudra en el fondo de este océano como una roca más.». Lo deseó con todas sus fuerzas. Tanto, que fue su razón la que tuvo que detener su brazo. Apretó los dientes mordiéndose los labios reseco para no cometer una locura.

—Cómo puedo tener tanta mala suerte. Esto es una puta broma. Aún debo dar gracias que la batería siga viva.

Las cinco muescas del pictograma de la pila seguían luciendo completas.

Desamparado, contempló la oscuridad a su alrededor. El sonido de las olas golpeando la embarcación era lo único que sus oídos podían percibir. El viento había desaparecido por completo y una humedad fría y constante, le azotaba la piel desnuda de todo su cuerpo. Con el trozo de tela que había rescatado el día anterior, se había hecho un taparrabos atado a su cintura. Aunque al principio lo había perdido un par de veces, parecía que había hallado la manera de sujetarlo con firmeza. «La última moda en alta mar.». Aunque en el fondo era más un tema de pudor social, se sentía más cómodo desde que se había vestido con ella. Tenía mayor libertad de movimiento y se sentía más persona que antes.

Cuando colocó los brazos bajo su cabeza para acomodarse, sintió el dolor presente en sus hombros. Todavía los sentía doloridos. Pero si algo incomodaba en exceso su estancia de lujo en el país del cielo estrellado, era

su sed desquiciante. Tenía la boca seca. Tan pegajosa que cuando hablaba solo, le costaba pronunciar correctamente. Los labios se le sellaban como si alguien le hubiera puesto pegamento. Desde hacía unas horas padecía un dolor de cabeza insoportable. Multitud de pinchazos le recordaban de forma insistente su mal estado de salud. Sumado a los calambres que sentía en sus omoplatos y en sus piernas, le hacían saber que su deshidratación empezaba a ser aguda. Debía hacer algo o empeoraría. Había empezado a morir.

En el círculo central del pabellón, primero se colocó bien el maillot azul prensado a su piel. Cuando podía usaba el azul. Era una costumbre que había derivado en superstición.

Golpeó sus manos haciendo saltar algo del magnesio que se había adherido. Y, por último, tras comprobar la elasticidad de cuello, observó su contrincante rojo.

La lucha grecorromana le había apasionado desde muy pequeño. Aunque en sus inicios se inclinó por el judo, pronto descubrió que, anulando las llaves de piernas y pies, se le daba mejor el deporte.

Los primeros dos minutos empezaron a contar. El árbitro pegado a ellos, así lo indicó.

—Vamos —se susurró—. Puedo hacerlo.

Supo al instante que aquel oponente gozaba de una fuerza desproporcionada con la primera embestida que sufrió. El combate sería arduo y pesado. Aquel chico universitario, tenía el mismo peso. Categoría 74kg. Aunque empezaba a dudar.

La primera vez que besó el suelo del tapiz, le dolió. Más que su hombro izquierdo, que también, fue su orgullo el más mal herido. No recordaba haber caído tan rápido. Tenía sus recursos con los que prácticamente siempre salía vencedor. A pesar de que era diestro, y la mayor fuerza la concentraba en su brazo derecho, tenía una predilección por la izquierda. Cuando jugaba a baloncesto, el otro deporte que practicaba apuntaba siempre con la zurda.

Solía ser una característica inusual dominar ambas manos, y eso, en los deportes de precisión y técnica, le suponía una clara ventaja. El oponente se cubría del lado opuesto, y entonces, cuando descubría su habilidad ambidiestra, era tarde y mordía el polvo.

En aquella ocasión ni siquiera los ases bajo la manga le habían salvado de sus reiterados derribos.

—¡Derrota por tocado! —dictaminó el árbitro de la mesa.

Se acarició el hombro resentido.

Una idea le rondaba la cabeza desde hacía algunas horas. Desde el primer momento la había descartado de inmediato, sin embargo, hacia las últimas horas retumbaba en su mente como un tornillo clavándose a golpe de martillo. Cada vez se hacía más presente. Se incorporó y recogió la caja estanca. Observó su fondo con atención, como si el agua existente pudiera esconderse a su vista. Así permaneció unos segundos hasta que metió su mano en ella y comprobó que ni siquiera la brisa nocturna se había depositado en ella. Suspiró con fuerza.

Se aproximó al extremo de la embarcación con cuidado de mantener el equilibrio y tras bajarse el taparrabos, se forzó a orinar. Tardó un par de minutos en encontrar la inspiración suficiente para lograrlo. Fue como si de pronto su próstata hubiera engrandecido, ocasionándole una micción interrumpida y dificultosa. La falta de líquidos se hacía notar.

Regresó de nuevo al centro del bote con la caja en sus manos. Se asomó a ella para contemplar el líquido dorado. Su olor fétido le sobrevino de repente. Un olor sui generis. Un aroma repugnante que, a diferencia del habitual, había ganado en pestilencia debido a la alta densidad de urea. Tuvo que apartar su rostro para repelerlo. Respiró alejado de la caja durante un par de minutos para recuperar el aliento.

Cuando se vio de nuevo con ánimos, regresó al recipiente y aguantando la respiración, lo inclinó llevándose a la boca. Abrió sus labios intentado no

pensar en lo que hacía, y tragó un leve sorbo de orín. Al principio fue como sorber un trago de caldo. Caliente y pesado. Lo tragó sin degustar, aguantando la respiración y cerrando los ojos con fuerza. Sorprendido por la cálida temperatura que mantenía aquel líquido maloliente.

En el primer trago consiguió ignorarlo todo. El mal gusto, el mal olor, y el simple hecho de lo que hacía. Sí cualquiera pudiera verlo, sentiría la mayor vergüenza del mundo. Lo que estaba haciendo era asquerosamente inconcebible. Pero las ganas de sobrevivir resultaron ser mucho mayores que su pudor más enquistado. Merecía la pena vivir y haría lo posible e imposible por seguir en este mundo.

El segundo trago fue muy distinto. No pudo reprimir sus ganas de saborear ese particular líquido cálido, diferente a sus papilas gustativas curiosas, y cuando lo hizo, le entró tal espasmo desde su vientre, que regurgitó todo. Expulsó por la borda hasta su bilis más profunda. Escupió tanto como pudo.

Sacó medio cuerpo por el borde de la embarcación, y se enjuagó la boca y la cara con la máxima cantidad de agua salada que pudo. Hasta llegó a tragar un par de tragos considerables para disimular el asqueroso sabor que le había dejado.

En el suelo del bote apoyando su espalda en uno de los laterales, pensó en que, si salvaba la vida, aquel sería un secreto que jamás revelaría a nadie. Ni a la persona más allegada, aunque tuviera que proteger aquel secreto con su vida. Ni a pesar de que le fuera su entera existencia en ello. Sabía bien qué lo que acababa de hacer podía destruir su vida social, laboral y personal, en un santiamén.

De todas formas, primero debería escapar de allí, cosa que no iba a ser fácil. Si antes ya se encontraba deshidratado, ahora no solo había agravado mucho más la situación, sino que le había golpeado también su razón y su cordura. Empezaba a dudar que mereciera seguir vivo.

Observó el firmamento estrellado, y aunque aquel instante no era precisamente uno para contemplar la belleza infinita del universo, le hizo gracia ver un par de estrellas fugaces desprenderse del este. No pidió un deseo por cada una de ellas, sabía que, de hacerlo, lo primero que rogaría

sería una gran botella de agua fresca, y el segundo, poder bebérsela sentado en el confortable tresillo de su casa. Imaginó duchándose en el baño de cerámica rústica, rodeado de chorros a presión. Rodeado de agua, podía sentir la humedad penetrar en su organismo. Apenas recordaba como era sentir el estómago lleno de buenos manjares, y luego, tomar una ducha relajante. Al borde de la muerte como se encontraba, le sorprendió que pensara en tal banal aspiración. Algo tan simple, tan usual y tan al alcance de tantos. Pero no de él.

Maniatado por la espalda no podía escapar de la silla. Mientras forcejeaba bruscamente, varios individuos mantenían conversaciones que no entendía. Uno de ellos, el que mandaba en el grupo, dictaba órdenes a los otros.

En su rostro notaba el tejido de una toalla mojada. No sólo le dificultaba su visión, sino que hacía difícil su respiración. De forma atropellada intentó hacerlo por la boca. Aunque probó de liberarse de su opaca máscara, de poco le sirvieron los movimientos de lado a lado que hizo con su cabeza. Desde el principio, había intuido la presencia de un tercer individuo en su espalda. Alguien que, desde su posición, le sujetaba con fuerza el cuello.

Hubiera podido respirar con cierta normalidad de no ser por la cantidad ingente de agua que, sin esperarlo, cayó encima de la toalla que lo cubría. La sensación de asfixia le sugestionó a un estado de puro terror. La falta de aire desquició cada uno de los segundos que pasó en aquella situación extrema.

Tras un sobresalto considerable, abrió los ojos de repente y volvió a la embarcación. Sintió su corazón acelerado mientras tomaba grandes bocanadas de aire como si no tuviera suficientes. Empezó a respirar con normalidad cuando entendió que había sido un sueño. Aquello había sido distinto a cualquiera de sus pesadillas habituales, reconoció al instante que se trataba de algo más. De un fatal recuerdo.

Desde que había despertado allí y parte de su memoria se había desvanecido por completo, había intentado recordar, sin embargo, había sido en un sueño

como había conseguido rascar algo de su realidad robada. Aunque lo que había logrado descubrir, no le agradaba, aquello significaba que había sido torturado. Solo recordar parte de dicho episodio, hacía que se le pusiera la piel de gallina. Tenía claro que aquella gente eran auténticos profesionales, como si no, se explicaba el método tan sofisticado de su martirio infligido.

Después del episodio, siguió sin recordar nada más. Siendo un hombre de negocios como era, acostumbrado a situaciones dispares de tensión y de una rareza considerable, hubiera esperado que todo lo que estaba viviendo no le afectara. Sin embargo, no era así. Desde que había despertado se sentía débil, desorientado, ultrajado y mermado. Le habían golpeado allí donde más le dolía. No en su físico, que también, sino en su parte más mental. No en vano, él mismo se consideraba un hombre racional, poseedor de una lógica aplastante. Desde niño había sobrepuesto su parte mental a la parte emocional. Eso le había brindado ciertas ventajas. Un buen trabajo a base de ser más listo que su entorno. Conseguir dinero suficiente como para vivir airoso y bien. Su inteligencia le había proveído de cientos de mujeres que caían rendidas a sus peculiares gustos. Y el conjunto de todo ello, le había hecho conseguir amistades que lejos de tratarse de relaciones sinceras basadas en la amistad y el compañerismo, eran más bien conjuntos de intereses comunes y aspiraciones empresariales.

Sin embargo, todo eso había quedado reducido a cenizas. Ahora mismo no tenía nada de eso. Por primera vez desde hacía muchos años, se sintió un pobre desvalido como cualquier otro. Y empezaba a creer seriamente que moriría cómo un anónimo abandonado en medio del mar.

DÍA 3

UN SOLO CLIC. Las primeras horas sin móvil, son las más críticas. Uno empieza a notar que le falta algo entre sus manos. Empieza como una leve ansiedad, como empieza la sed, con un picor en la garganta. Luego más tarde, la necesidad se tercia más importante. Los ojos se van a la palma, los dedos acarician otros dedos, las uñas se vuelven comestibles, y así, la mente se envenena con la falta de aquello que se hace indispensable para seguir. Tecnología, noticias, emails, mensajes de chat, aplicaciones que anuncian tormentas, otras que anuncian noches de pasión. Todo el mundo al abasto de tu mano. Todo, menos lo verdaderamente importante para sobrevivir. Todo lo que engaña nuestra vida para hacerla atractiva a otros, para endulzar lo cotidiano, para hacernos especiales. Un engaño que nuestra mente compra para sentirse único, para evitar pensar más allá de lo que las cosas simples nos aportan. Una felicidad caprichosa, de efecto rápido y que se saborea mejor compartiendo con desconocidos.

Cuando los primeros rayos irradiaron en su rostro, Bernie se despertó de su letargo. Disponía de tan pocas fuerzas, que pestañear empezaba a ser un derroche importante de energía. Hasta el respirar, hacía que su caja torácica se resintiera. Desde hacía varias horas, había dejado de sudar. Su estado de deshidratación era tal, que apenas guardaba líquido para desechar. El dolor de cabeza seguía desquiciándole.

Para acrecentar su desgracia, el cielo permanecía completamente despejado. Ni una miserable nube se divisaba en el firmamento. Nada. Lo que más le asustaba, es que veía cerca el momento en qué, sin esperarlo, se desvanecería por completo perdiendo la conciencia. Se apagaría la luz y seguramente, lo haría para siempre. En silencio. Sin nadie a su alrededor.

Seguía teniendo tantas dudas en su cabeza que cada vez que pensaba en ellas, no hacía más que alargar la lista. Por un lado, estaba el causante de semejante barbaridad. No tenía ni la más remota idea de quién podía tratarse.

Tal escenario maquiavélico parecía imposible que hubiera salido de la mente de cualquiera de sus conocidos.

Luego, por otro lado, sus vagos recuerdos inconexos. Esos que de forma caótica aparecían y desaparecían de su memoria, y cuando lo hacían, lo dejaban hundido en un estado de confusión absoluta. El recuerdo del comedor todavía lo mantenía en vilo. No recordaba haber asistido a ningún evento que pudiera asociar. Por lo que muy posiblemente, se tratara de un recuerdo de antes de perder la memoria. Sin embargo, el recuerdo que más lo inquietaba, era el de los castigos físicos a los que había sido sometido. Eso dejaba claro qué, aunque no recordara cómo, alguien lo había secuestrado y practicado un correccional a conciencia.

Las partes oscuras que aún quedaban eclipsadas por su amnesia guardaban la explicación del porqué de todo. Dudaba sí conservaría su vida el tiempo suficiente como para poder descubrirlo. Sospechaba que la pérdida de su memoria iba intrínsecamente atado al hecho que, semejantes torturas, serían el motivo de sus fuertes dolores y su pérdida neuronal.

«¿Quién ha depositado todos estos enseres en el interior de este compartimento?». Quién fuera qué lo quería muerto, no tenía sentido que las hubiera dejado allí. Estaba convencido qué tarde o temprano, si salía airoso de aquello, sería gracias a ello. El terminal móvil hacía que su esperanza se mantuviera firme. Luego estaba todo lo demás. Los cabos, el chaleco salvavidas, un depósito para agua, y los demás enseres. Tampoco acababa de entender, cómo podía ser que, teniendo todo aquel material, no hubiera un kit de desalinización de agua. De tenerlo, sus problemas serían mucho más llevaderos. En ese momento estaría bebiendo litros y litros de agua. Por el contrario, estaba condenado a ser una víctima irremediable de la sed. Su vida se secaba lentamente. Moriría siendo una eterna paradoja; deshidratado y rodeado de millones de litros de agua.

—¡Maldita sea! Si supiera cómo desalar el agua, todo sería distinto.

Sintió odio en el fondo de su corazón, que luego se convirtió en una impotencia absoluta. Si fuera erudito en la materia, quizá ahora poseería el conocimiento necesario. Reprochárselo no era lo más inteligente, sin embargo, en las condiciones en las que se encontraba, todo había perdido el

más mínimo sentido. Todo se resumía en la sed. El terrorífico agostamiento.

A pesar de que le dio diez mil vueltas, desconocía por completo cómo podía hacerlo. Por más que intentó imaginar la situación, no supo por dónde atajarlo. Tenía claro el proceso inverso. Eso sería fácil. Recogería algunos litros de agua ayudado de la caja estanca y los pondría al sol para evaporarlos, quedando en el fondo del recipiente una considerable capa de sal. Ahora necesitaba todo lo contrario. Aislar la sal sin perder el fluido preciado.

Bernie dedicó sus pensamientos a su madre. «¿Qué harías tú en mi lugar, madre?». La imaginó. Rubia, recién cepillada. Con su rostro angelical, su tierna mirada y su tez blanca en extremo. El hecho que prácticamente siempre estuviera recluida en su casa haciendo sus labores, tenía mucho que ver en el color níveo de su piel. Algo que, a su vez, explicaba la gran sabiduría y formidable inteligencia, tanto de conocimiento como emocional, que desprendía su persona. Victory había sido siempre una gran mujer. El recuerdo que Bernie tenía de ella, no hacía más que incrementar su idolatría, aumentada ésta con el paso del tiempo. Algo que bien le había advertido su psicóloga en muchas de sus sesiones en los que, irremediablemente, siempre acababa hablando de ella.

«Que una persona deje de estar a tu lado, suele conllevar ese sentimiento incomprendido de frustración y desolación, pero a su vez, también a la adoración del ser perdido.».

Bernie, aun sabiéndolo, no dejaba al lado sus pensamientos de refuerzo hacia su madre. Si Victory estuviera ahora a su lado, usaría la cabeza. «¿Qué harías, mamá?».

—Siempre hay algo más que se puede hacer. Piensa las cosas antes de actuar. Solo piensa, y cuando creas que lo tienes, sigue pensando en ello —rememoró sus palabras.

Sin pensárselo dos veces se lanzó al agua. Dada la forma en que lo hizo, dio la sensación de que tropezaba de la embarcación y caía al vacío. En el agua sintió renacer. El frío que le transmitió, sumado al medio acuoso en el que aterrizó, le brindó un nuevo estado tanto físico como mental. Lo necesitaba.

Aún saber del riesgo que conllevaba, decidió hacerlo a pesar de que fuera lo último que hiciera.

Durante los primeros minutos de inmersión, pareció haber perdido todos sus miedos. Solo mantuvo en su mente la idea de refrescarse. Por si acaso, no se alejó más de un metro del bote salvavidas. Si aquel era su final, al menos sería él que él había decidido. Bernie era completamente consciente de todo. Sabía qué perdía la cabeza por momentos. Gran parte de las acciones que hacía, no guardaban el más mínimo sentido común. Poco le importaba. En plenas facultades hubiera actuado de otro modo distinto, pero al final de sus días, todo le parecía sensato. Hasta lo imposible.

Permaneció en el agua durante al menos quince minutos, tiempo que aprovechó bien para refrescarse y zambullir la cabeza procurando despejarse. Sintió el cambio de temperatura en su cuero cabelludo. Notó cómo la cabeza se le comprimía como si con aquel cambio, de pronto hubiera cambiado la constitución de su cuerpo. Sintió un leve dolor de cabeza, algo que no le había desaparecido en ningún momento.

Mientras permanecía con todo el cuerpo bajo el agua aguantando la respiración, tenía la sensación de que el tiempo se detenía. En aquellos momentos el mundo dejaba de girar. Sonrió al descubrir tal habilidad. Podía congelar el tiempo y hacer con ellos lo que le viniera en gana. Con aquel ligero gesto, se veía capaz de alterar el curso normal de las cosas, y lo haría a su antojo una y otra vez. Qué gran pasatiempo.

Cuando se cansó de jugar a ser Dios, se hizo el muerto durante un tiempo. Mirando boca arriba se concentró en el despejado firmamento. Ni una sola nube adornaba el paisaje. Tan solo el inexpugnable sol gobernaba el cielo sereno. En aquella posición de descanso, con los oídos sumergidos en el agua, notó una paz interior cómo no recordaba haberla sentido nunca. Entre tantos problemas y riesgos de muerte, había olvidado la serenidad. El encuentro consigo mismo en un ambiente relajado y sosegado. Si un tiburón lo confundía con cualquiera de sus presas habituales, apenas aguantaría un ataque directo. Cuando quisiera darse cuenta se encontraría despedazado en las fauces del aniquilador depredador. Ni siquiera esos terroríficos pensamientos le increparon lo más mínimo. Permaneció respirando con profundidad, a una velocidad leve y constante.

En aquel momento de pura extracción, le pareció oír un sonido peculiar. Demasiado cotidiano para dejarlo pasar como si nada. Un sonido que, de no hallarse dónde se encontraba, no le hubiera parecido nada singular. Sin embargo, al tercer timbrazo, su cuerpo se activó como si alguien le hubiera mostrado una botella de agua mineral recién sacada de la nevera. Apenas tardó cinco segundos en regresar a la embarcación, subirse a ella en un santiamén y cuando agarró el terminal móvil con sus manos mojadas, éste detuvo la llamada en seco. Con su piel húmeda y sus ojos empañados en un mar de lágrimas, Bernie no pudo creer lo que había pasado. El móvil había realizado cinco tonos de llamada. Tan solo cinco. Los suficientes, ni más ni menos, para qué no pudiera llegar a tiempo para responder. Le costó prácticamente diez minutos comprender lo que había pasado. «¿Esto era real? ¿Cómo puede ser que, en un momento de distracción, uno entre tantos en los que por fin he decidido zambullirme, sea cuándo el móvil suena?».

—¡Es imposible!

Hubiera creído más probable que le hubiera caído un meteorito antes de ocurrirle eso. Preso de un ataque de risa, Bernie empezó a carcajearse como nunca lo había hecho. Apenas se dio cuenta del desgaste de energía que aquellas carcajadas le suponían. Aquella peculiar risa enérgica y escandalosa, resonó por todo el ancho océano como si estuviera en una cueva. Fue un sonido desagradable, desafortunado y enloquecedor. Le salió de lo más profundo de su alma. Con sus risotadas ruidosas, permaneció *increscendo* durante medio minuto. Apenas cogió aire para respirar. Sus ojos se humedecieron por tal peculiar ataque y su color de piel enrojeció al dejar su cuerpo sin el oxígeno necesario.

Al cabo de poco, se serenó. La risa desbocada se convirtió una mueca seria y descompuesta. Su rostro volvió a mostrar una expresión dura, extremadamente seria. Se sentó en el suelo de la embarcación y reprimió sus ganas de estrellar el móvil contra él, haciéndolo añicos. Respiró hondo. Inspiró y expiró con alevosía.

Aún consternado, otro detalle es el qué hacía que se rebanara los sesos. Aunque ahora la pantalla del terminal indicaba un triste mensaje de llamada perdida, momentos antes de aparecer, otra indicación se mostraba el display junto al símbolo de un teléfono sonando. Bernie todavía conservaba en su

mente la imagen capturada en su memoria fotográfica.

—Clarise. Su nombre es Clarise —repitió con voz quebrada—. Ella...

En el momento en que pronunció su nombre, un torrente de imágenes inconexas le sacudió la cabeza. En esta ocasión, contemplaba desde el suelo abatido de una habitación, tirado en el suelo gris brillante y frío, a esa bella mujer.

—Clarise —repitió de nuevo en voz alta.

Una joven de treinta y cinco años, pelo rojizo, y unas dulces pecas que adornaban sus prominentes mejillas. Sus grandes ojos turquesa lo observaban con admiración. Su mirada era egoístamente hermosa, pero más allá de sus coloridos ojos, lo que más recordaba en ese momento, era lo que en ellos expresaba. Terror, auténtico pánico. Aunque no recordaba sus gritos, su boca abierta de par en par daba la sensación de chillar a pleno pulmón. Lloraba desconsolada. Su rostro, repleto de lágrimas, lucía desencajado. La mujer fue trasladada por dos individuos que Bernie no reconoció. Secuestrada ante su total impotencia, seguía en el suelo completamente reducido sin poderse mover cuando desapareció de su vista.

10

LA VIDA ESTÁ LLENA DE SORPRESAS. Algunas buenas. Pero las que se recuerdan, las que se guardan muy adentro, suelen ser siempre las que no son tanto. Esas te acaban acompañando toda la vida, y quién sabe si más allá. La mía está llena de esos momentos. Recuerdos clavados en mi alma. Y ahora que la vida se me escapa, quizá sea el peso de ellos los que me sujetan aún a este mundo.

Siguió absorto por completo sin que nada le inquietara. Su mirada seguía el movimiento constante como si no procesara la información de lo que percibía. Daba la sensación de que había puesto el piloto automático y al igual que seguía respirando y pestañeando de forma inconsciente, también contemplaba a su alrededor enfocando al infinito. De no ser por eso y por el movimiento de su pecho en cada una de sus sosegadas inspiraciones, cualquiera hubiera dicho que hacía un par de horas que el pobre Bernie había fallecido sin más. Como si hubiera sido desconectado de la vida por su exceso de pensamiento. Su mente había llegado al desborde neuronal.

Las manos sujetas al borde del bote, parecía agarrarse como sí su vida dependiera de lo fuerte que lo hacía. El viento soplaba fuerte. Muestra de ello era su cabellera que ondeaba al aire de forma desenfrenada. Aunque los pelos le venían a la cara, éste apenas se inmutaba. Concentrado en sus reflexiones, nada más le importaba. Si la sed había acaparado sus pensamientos anteriores, ahora lo que eclipsaba su raciocinio eran los recuerdos de Clarise.

A pesar de que no articulaba ningún músculo que no fuera necesario, sentía una ansiedad importante. Estaba inquieto. Mientras se recreaba una y otra vez en esos vagos recuerdos, sentía un dolor en su estómago que apenas podía describir. Sabía que algo lo ataba aquella bella mujer y aunque desconocía exactamente el qué, se encontraba en peligro. Si es que aún seguía con vida.

—¿Qué crees tú, pequeño Frankie?

El movimiento en el agua era calmado. De vez en cuando la aleta dorsal emergía para indicarle que aún seguía allí. Rondándole, cercando sus movimientos. En aquellos instantes, Bernie, no sólo había superado su miedo atroz, sino que se veía capaz hasta de entablar una conversación con el tiburón. Algo que, a la par de surrealista, se terciaba un claro síndrome de su falta de lucidez.

El depredador lo acechaba, y no lo hacía precisamente para labrar una amistad. Aunque se mantenía lejos de ese pensamiento, no evitaría que sucediera, conseguía solo que las horas hasta su trágico final en sus fauces, fueran algo más llevaderas. Cuando volvía a la realidad, se veía bombardeado por los recuerdos que torturaban su existencia. La escena de Clarise apresada con violencia lo mantenía en velo. Esa imagen bloqueaba cualquier otra. Desde entonces se sentía inquieto. Sentía un cosquilleo extraño en las manos, que se le adormecían por momentos. Su corazón latía más rápido y su respiración era más agitada, sin embargo, por extraño que pareciera, el escualo que lo amenazaba no era la razón de ello.

—¿Crees que seguirá viva? —dijo elevando su tono de voz—. Tú eres un tipo listo Frankie, eso me demuestra tu silencio frío y tu tenacidad. Dime, ¿qué piensas sobre Clarise? Un bello nombre, ¿verdad?

Cuando Bernie quiso darse cuenta, el tiburón había desaparecido. En el agua no había movimiento. Ni siquiera el oleaje sacudía la embarcación como si el océano, de pronto hubiera decidido respetarlo. En ese momento sintió una paz indescriptible. Por primera vez desde que estaba allí, se sentía bien. Fue un estado que no comprendía, pero se dejó dominar por él.

Sintió un leve golpe en la embarcación. La sacudida hizo que perdiera el equilibrio y cayó al suelo. Cuando se incorporó, vio alejarse por estribor la aleta del pequeño Frankie.

—Hoy estás juguetón, pequeño —dijo sin dejar de observarlo. Volvió a perderlo de vista cuando la aleta dorsal se sumergió de nuevo.

Segundos después, Bernie se sintió mareado. Había sido tal el esfuerzo durante las últimas horas que su cuerpo desfallecía. Falto de agua, empezó a desmoronarse. Se le nubló la vista llenándose de oscuridad. Todo se volvió

negro. La cabeza le dio un millón de vueltas. Tuvo que estirarse en el suelo y permanecer inmóvil custodiado por el sol que empezaba a tostar.

Desde el inicio de su fatal viaje, su piel había ennegrecido en pocos días. Sentía desde entonces un dolor constante por el cuerpo. Había llegado a pensar que, si sobrevivía a aquello, su larga exposición al sol sin ninguna protección, le garantizaba, mínimo, un cáncer de piel.

Tumbado en el suelo deshidratado, pensó por primera vez en su muerte. Era una realidad tan evidente que en esas horas bajas, Bernie, meditó acerca de su desenlace. Esperaba que fuera lo más rápido posible. Las pocas veces en que había pensado en ello, antes de toda esta situación, se había imaginado muriendo dulcemente mientras dormía. Quizá tal pensamiento no estuviera tan alejado de la realidad. Seguramente sería menos dulce de lo esperado, pero veía con buenos ojos el hecho que, en algún momento, tras un mareo como el que acababa de sentir, ya no despertara.

Conocía la muerte de cerca. Sabía qué era fulminante, infalible. El ejecutor de todo ser vivo, que no se detenía por nada, ni por nadie. Lo más cerca que había estado de ella, había sido cuándo ésta decidió llevarse a su madre. «La gran hija de puta de la muerte.». Entonces había notado su presencia a pocos centímetros de él. La había sentido gruñir en su oído. Susurrar palabras imperceptibles, ruegos y sollozos. Acompañadas por el zumbido intermitente de la máquina registradora de pulso vital. Muchas noches, se despertaba con terribles pesadillas, un lugar onírico dónde el pitido constante, cada vez más largo y espaciado, ponía la banda sonora a la terrible escena. Espeluznante.

—La muerte siempre gana, y, además, se acompaña siempre de momentos que se graban a fuego.

Instantes inolvidables que marcaban a los que permanecían cerca. Sin embargo, esta vez la muerte haría una excepción con él. Se lo llevaría con discreción sin hacer el mínimo ruido. Pasados unos meses de su marcha, quizá alguien lo echara en falta. Primero serían sus empleados del trabajo. No dudaba que muchos de ellos, la gran mayoría, incluso se alegrarían por ello. En su lugar, pondrían otro directivo, y todos guardarían la esperanza que fuera alguien mejor que él.

La competencia también se alegraría enormemente de su reemplazo. Entre ellos su enemigo Yael. Se lo imaginó descorchando una botella de champán francés, el más bueno de su infinita bodega.

Los últimos en enterarse de su pérdida sería su familia. Si poco había sido el contacto con su padre, menos todavía con el resto de los familiares. De muchos de ellos no recordaba ni el nombre, ni dónde vivían, ni cuál era la última vez que se habían visto.

—Todo se pierde en el camino cuando está lo suficientemente alejado. La distancia hace el olvido. Y el olvido, la inexistencia.

De pronto algo le hizo volver a la realidad. La cabeza aún le daba vueltas. El desfallecimiento había sido como si se hubiera levantado demasiado rápido, aunque no se había movido un ápice del suelo de madera. A pesar de que al principio estuvo consciente percatándose de lo que le ocurría, al cabo de un par segundos tan solo contempló negrura y la sensación de vacío. Ésta desapareció dejando tan solo los signos vitales. Respiraba acelerado y podía notar cómo el corazón palpitaba a una velocidad de vértigo. Le faltaba el aire para respirar, pero ni siquiera guardaba el suficiente conocimiento para percatarse de ello. Pronto lo único que divisó fue un sueño lejano que fue moldeándose tal cual un recuerdo pasado abordando su inconsciencia. Cayó abatido de nuevo.

Bernie permaneció dentro del vehículo durante al menos un par de horas. Tenía sed y aunque podía haber prevenido esa situación, en ningún momento pensó en abastecerse de reservas. De hacerlo, hubiera pasado un mejor rato de espera. Había estacionado el vehículo en el aparcamiento de un conocido supermercado. Uno en el que solía comprar a menudo. En esos instantes, proyectaba en su mente el pasillo exacto donde se encontraban las cervezas de importación alemanas que tan habitualmente compraba. Se imaginó saboreando una de aquellas de etiqueta negra con la justa medida de espuma y el sabor extraordinario de la cebada tostada varias veces. Se humedeció los labios con la lengua.

Aparcado entre una furgoneta y un utilitario de dimensiones reducidas,

permanecía resguardado en la ubicación perfecta. Desde allí no podía ser visto. El objetivo era un hombre de mediana edad, de esos que aparentan más edad de la que tienen. Contaba cincuenta y pocos años y sin embargo aparentaba tener más de sesenta. Los años lo habían tratado mal. Su cuerpo mostraba las dolencias de un hombre abocado al campo. Con la espalda encorvada, caminaba con un vaivén extraño al cojear de la pierna izquierda. Tenía el pelo blanquecino y el rostro de una tez morena fuera de lo común.

El hombre salió de uno de los edificios antiguos colindantes al supermercado. Tan antiguo que el portal invitaba a darse la vuelta y marchar antes que entrar. Bernie dio un brinco en el asiento del conductor.

—¡Aquí estás! —exclamó con extrema admiración.

Detrás de él, apareció una mujer al parecer mucho más joven y esbelta. Calculó por lo pronto que debería tener treinta años. La permanente de sus cabellos castaños alborotados, le hacían ganar unos cuantos más. Aun así, a Bernie le pareció una mujer atractiva.

El galán dejó salir a la dama en primer lugar, y luego la acompañó por la cintura andando hacia su vehículo. En ese momento, Bernie abandonó el vehículo. Con disimulo se acercó a la escena sin que ellos se percataran de su presencia.

—¿Qué coño estás haciendo, papá? —dijo cortando el paso.

Aunque era algo que esperaba y no fue más que un trámite para confirmar las sospechas, fue como si algo se rompiera en su interior al verlo. Sintió un cosquilleo importante en su estómago, pero no unas mariposas revoloteando, sino más bien ciempiés que mordían sus entrañas causándole un ardor que tuvo que sujetarse el abdomen.

Había empezado a llover con fuerza, pero había salido a cuerpo descubierto sin paraguas, ni tan siquiera un abrigo que pudiera protegerlo de la humedad. Las gotas de lluvia enturbiaban su visión. El corazón le latía a mil por hora.

En ese instante Bernie despertó de su letargo. Mantenía la boca abierta en un intento desesperado de tragar tanta agua como podía. La lluvia empapaba todo su cuerpo. Desnudo boca arriba, yacía repleto de ríos de agua haciendo surcos en su piel. Con aquella gesta, la esperanza de vida crecía por segundos.

Tragó incontables veces hasta atiborrarse por completo. Al principio notó el gusto de óxido en su garganta seca en exceso. Al rato, sintió la garganta más suave. Nunca se había percatado del gusto exquisito del agua. Jamás pensó que cuatro tragos de aquel preciado líquido pudieran suponer tanto. Volvió a sentirse vivo.

Tras la corta tormenta, descansó. Pasaron horas hasta que de nuevo volvió a brillar el sol.

Mordió la galleta a diminutos mordiscos. De esa forma tenía la sensación de que cundía más. Acompañaba los leves bocados con sorbos de agua de lluvia que había podido almacenar del día anterior. Como todo, dosificaba al extremo cada ingestión. Ese era una premisa básica que había aprendido para su supervivencia.

—¿En serio me lo dices? —negó con la cabeza—. No me lo puedo creer. Si eso fuera cómo dices, yo debería estar con un mojito en la mano ahora mismo.

Bernie se echó a reír de forma descontrolada. Como si hubiera reprimido sus ganas de hacerlo desde hacía tiempo. Su carcajada resonó por el vasto océano. Luego se detuvo en seco y siguió mordisqueando su preciado manjar como una ardilla.

Desde la noche anterior se encontraba mejor. El dolor de cabeza había remitido y se notaba con algo más de vitalidad. La gran cantidad de agua ingerida lo había hidratado lo suficiente para poder afrontar con cierto optimismo algo más. Por eso su humor había mejorado, aunque desvariaba como nunca. Y era consciente de ello.

—Mi querida barca, cuánta razón tienes —dijo acariciando la madera que tenía más cerca—. Que gran compañera eres.

Lejos de donde se encontraba advirtió algo flotar en el agua. A cincuenta metros. Podía divisarlo a la perfección. Tenía forma redondeada y flotaba en el agua dando leves giros sobre sí mismo. No parecía estar vivo, aunque su movimiento alertara de lo contrario.

Lo que fuera aquello, captó su atención. Se desplazó hasta la punta de la embarcación, y una vez allí, se asomó al agua y con la madera remó con fuerza. Poco le importó si Frankie andaba cerca de la embarcación. Las ganas de descubrir, y el simple hecho de tener un objetivo que pudiera cumplir, fue suficiente para embarcarse a ello. Nada más le importó en ese momento.

Remó con todas sus fuerzas.

Cuando llegó al objeto, se percató que se trataba de una tortuga. Aunque deteriorada, todavía podía identificarla. Su forma ovalada y los hexágonos dañados que formaban el caparazón, no dejaban lugar a dudas. Se abasteció de la madera y presionó la concha hacia el fondo. Eso hizo que rotara sobre ella. Se apartó ligeramente por si alguna sorpresa le aguardaba bajo la superficie. Todavía guardaba muy presente la última vez que se había encontrado en semejante tesitura.

Volteada del revés, se dio cuenta que había sido mordida de forma brutal y que carecía de extremidades y cabeza. En su lugar yacían pedazos de carne destripada de un color blanquecino.

—Los trozos que no han querido. Menudo banquete se han dado.

En condiciones normales, puede que hasta hubiera sentido lástima por aquel animal protegido. En condiciones normales sí, pero no dónde y cómo estaba. Así que aproximó los restos de tortuga manejando la madera con cierta destreza. Cuando estuvo a su alcance, se arrodilló en el extremo de la embarcación sacando medio cuerpo por la borda y se hizo con ella.

Lo primero que pudo comprobar es que el peso de la concha y sus restos eran extremadamente pesados. Demasiado. Tanto que ni siquiera logró elevarla de la superficie unos centímetros. Notó sus riñones quejarse junto su espina dorsal que le proporcionó un pinchazo premonitorio de lo que pasaría si insistía en ello. Cedió su intento y se reincorporó de forma lenta como si

quisiera volver todas sus vértebras a su sitio. Se llevó las manos a la espalda y soltó un leve suspiro.

En el segundo intento la cosa fue distinta.

—Divide y vencerás —dijo con voz quebrada.

Esta vez fue directamente a por un trozo de carne blanca. Cuando notó su textura en sus dedos, pudo notar como la carne se desprendía con suma facilidad. Se deshacía entre sus dedos como un flan de huevo poco horneado. La sensación le fue desagradable, pero insistió en su empeño. El hambre era más fuerte que el miedo, la repugnancia y la moral. Hundió sus dedos en la carne más adherida a la parte interior del caparazón. Esa era más consistente. Sujetó con fuerza el pedazo de carne dúctil y tiró de él con fuerza. Con toda la que pudo. Su espalda volvió a quejarse, pero insistió en ello. Pensó en lo mucho que necesitaba proteínas de carne. Sintió que el peso se aligeraba y como la carne se rasgaba. Tras el sonido del desgarró, se produjo el de la caída del caparazón al agua, volviendo a flotar al instante.

Cuando se recuperó, comprobó el bien preciado que había conseguido. En su mano derecha empuñaba un pedazo de carne reblandecida, de un aspecto mugriento, aunque limpia, debido al contacto continuo con el agua salada. Aquel botín no era precisamente un manjar exquisito, y si bien Bernie tuvo claro que aquel pedazo de carne de tortuga no se veía apetitoso, también era consciente que necesitaba ingerir cualquier tipo de alimento que pudiera encontrar. En aquellas condiciones cualquier cosa podía decantar la balanza de la supervivencia, hacia un extremo a otro.

Aunque no fue testigo de ello, el resto de tortuga que quedó a la deriva, desapareció en un santiamén con un movimiento violento. Cuando se giró alertado por el chapoteo del agua, ya no vio más que un leve movimiento en el oleaje. La tortuga había desaparecido.

Con el remo se alejó tanto como pudo. Primero de forma sutil para luego hacerlo con todas sus fuerzas.

A salvo, sentado en la embarcación con la carne entre sus manos, comprobó su textura viscosa. Aunque le resultó desagradable, no se lo pensó e hincó el

diente. Atacó la parte más blanda. Tan solo tuvo que aspirar con fuerza para llevarse un pedazo de acuosa carne. Intentó no saborearlo, pero no pudo evitarlo. No obtuvo mal sabor. Tuvo la sensación de tragar agua salada en estado sólido. Como si hubiera dado un mordisco al mar.

—¿A qué saben las tortugas crudas? A mar. Solo a mar —se repitió.

Al segundo mordisco que propinó, la cosa fue bien distinta. Lo que hasta entonces había sido una experiencia de sabor salado, se convirtió en algo más. En ese mordisco ya tuvo que apretar con más fuerza. La carne era más dura y se pegaba con facilidad a su paladar. De forma poco ortodoxa, tuvo que ayudarse de sus manos para no atragantarse con aquella carne. Lo peor estaba por venir. Cuando la volvió a degustar, empezó a sentir un cosquilleo especial en su garganta. Sus papilas gustativas, maltratadas durante los últimos días, empezaron a esclarecer el gusto de aquel manjar. Lo que había empezado con un gusto marino, acabó dejándole un sabor agrídulce, para luego convertirse en algo indescriptible. Aunque fue rápido escupiendo los últimos pedazos que le quedaban entre los dientes, el sabor tóxico de semejante comida, ya le había penetrado de tal manera que sintió náuseas. Jamás había probado algo con un sabor tan fuerte. Inclino su cuerpo por la borda, en busca de la gloriosa agua salada con la que se enjuagó la boca de forma concienzuda. Mientras lo hacía, vomitó por estribor todo lo que contenía su estómago.

Permaneció durante largos minutos observando el trozo de tortuga tirado en el suelo de madera. Aunque la experiencia había sido traumática, no desistió en el empeño de ingerirlo. Solo debía dejar que el tiempo pasará, que el sol lo secara haciéndolo más comestible. Luego lo salaría con abundante sal marina. Recordaba el gusto del bacalao desalado y las piezas de caballa seca que su padre dejaba secar en el sol. Colgadas en el patio trasero. Lo suficientemente altas para que ninguno de los felinos diera con ellas. A pesar de que su padre era un hombre de campo, también conocía los placeres selectos del mar.

Bernie contempló a la mujer que se escondía detrás de su padre. Por su mirada de admiración, supuso que ella sabía bien quien era él. Su rostro pálido reflejaba muecas de miedo mezcladas con una admiración fortuita.

—¿Qué haces aquí, Ber? —interrumpió él.

Aquello desvió su objetivo. Sus ojos se clavaron en los de su progenitor.

—Eso más bien creo que debería preguntarlo yo. ¿Qué demonios pasa aquí?

Su tono fue elevado y seco, mostrando un enfado que se exteriorizaba sin frenos.

El padre permaneció mudo.

—Madre tenía razón. ¡Maldito cobarde! ¿De verdad creyó que nunca nos enteraríamos? ¿En serio? —Bernie gesticuló con sus brazos en exceso.

—Hijo, cálmate.

—Lo haría, si no fuera por qué no nos merecemos esto, y lo sabe. ¿Esto es el modelo de familia perfecta que siempre ha promulgado? —extendió los brazos hacia delante—. Esto es señores. La familia moderna. ¡Embaucador! Así es como ha destrozado nuestras vidas.

—Ber, tranquilízate, por favor —suspiró llevando sus manos hacia él—. Esto no es necesario.

Bernie dio un paso atrás.

—Y lo que ha hecho, ¿lo es? ¿Ha merecido la pena? —en ese instante dio un par de pasos hacia el frente y agarró a su padre por la solapa—. Cretino, ¿de verdad ha valido la pena romper a mamá y esta familia en dos? —le dijo al oído.

Lo zarandeó con fuerza bajo la indefensión de su padre, quien apenas se movió un ápice.

—Si crees que pegándome en la calle vas a solucionar algo, adelante. ¡Adelante hijo, hazlo!

Bernie se quedó congelado. Respiraba acelerado, tirándole el vaho a su rostro, al del hombre que más quería. Al menos hasta entonces.

—¡Eres un puto traidor! Un fraude en toda regla —dijo soltándolo de mala gana.

De no ser su padre, le hubiera asistido una paliza hasta dejarlo inconsciente. Sintió la adrenalina correr por sus puños como nunca había sentido en cualquier otro encontronazo. Sintió tener la justicia de su lado. «No es verdad. No puede ser. Mi madre es una cornuda por este maldito cabrón...». Una realidad tan real como el frío que entumecía su cuerpo acelerado. Sintió el vacío de la nada en su estómago. Fue como si cualquier sentimiento profundo se desvaneciera en el momento en que soltó su puño contra el rostro de su padre inmóvil.

El sonido del golpe contra su mandíbula entremezcló el crujido de los dedos entumecidos del agresor. Mientras uno cayó de bruces contra el suelo, el otro se llevó la mano acunada a su abdomen.

—¡No, por favor! —gritó la mujer presa del pánico—. Por favor, parad.

En ese momento la mujer descendió hasta el suelo húmedo donde su padre permanecía sentado, masajeándose con fuerza la mandíbula maltrecha. Sangraba por el labio superior. Escasos dos segundos más tarde del golpe, ya se le había inflamado mostrando un rostro descompuesto.

Su padre no desvió la mirada en ningún momento. Una mirada que se clavó en los ojos de Bernie como puñales afilados. Quizá ese fue uno de los motivos que le hizo retroceder dos pasos. Esa mirada de terror, de desánimo, de sorpresa, de resignación... De todo aquello que dolía más que cualquier puñetazo. «Acabo de pegar a mi propio padre. ¿Qué he hecho?».

El padre ni siquiera apartó la mirada de él cuando por detrás de la pareja, sonó la voz de un niño de apenas cuatro años.

—Papá, ¿qué pasa? Tengo miedo —balbuceó antes de prender a llorar desconsolado—. Quiero ir a casa.

Bernie sintió detenerse su corazón en ese instante. Cuando comprendió el asunto, pasó de sentir odio hacia su progenitor a auténtico pánico.

—¿Qué...? ¿Qué significa esto? —dijo retrocediendo.

La mirada de su padre se clavaba en el fondo de su corazón. Poco imaginaba entonces que aquella breve mirada permanecería durante todos los años posteriores de su vida intacta en su memoria. Tan profundo se clavó en su alma.

Por primera y única vez en su vida, contempló una mirada de terror. De auténtico miedo ancestral. La de su propio padre. Su maestro consagrado, su ídolo de niño, su ejemplo a seguir. Aunque no pudo oírlo, algo se rompió por dentro de su ser ese día. Algo, que hizo pedazos lo imperecedero.

Cuando Bernie regresó a casa, apenas tuvo presente gran parte de lo sucedido. Solo recordaba aquella mirada de su padre, Graham. La mirada atónita del miedo, del terror, de la impotencia.

«¿Cuántos hijos en la historia de la humanidad habrían llegado a pegar a su propio padre? ¿Cuántos?». Eso lo torturó con pesadillas que aún hoy, le sorprendían.

—He sido un mal hijo, junto con mis hermanos. Por eso has tenido otro hijo, ¿verdad papá?

DÍA 4

UNA PROMESA VALE LO QUE DURA su recuerdo. No más que eso. Y cada una de ellas, de las que hacemos o nos hacen, todas, absolutamente todas, tienen fecha de caducidad. Me gusta pensar que las que he hecho, todas caducaron porque realmente las cumplí, pero sería insensato pensar que siempre ha sido así. Quizá, ahora que no debo complacer a nadie, ahora que me siento libre de la sociedad en la que nacemos, nos creamos y perpetuamos su existencia, puedo reconocer que las promesas que he hecho, la gran mayoría de ellas se las ha llevado el viento. Ni siquiera tengo conciencia de ellas. Palabrería pura. Sin embargo, aquellas promesas que he hecho de corazón, las que me han implicado un trozo de alma a cambio, las que han sacudido mi razón, siguen presentes ahí. Esperan su momento para emerger cada cierto tiempo y sacudirme de nuevo. Y entonces sé que no es fácil olvidar. No cuando todo lo que te importa cuelga de ello.

Mordió con fuerza el pedazo de carne de tortuga. Si bien no era tolerada por su estómago, había encontrado otra utilidad más preciada. Dispuesta en pequeños trozos ocultaban el anzuelo. Debía cuartear la carne dura con sus dientes. Apretaba con toda la fuerza que disponía en su mandíbula y estiraba la carne con sus doloridas manos. Tenía una dentadura casi perfecta. Desde la pubertad era algo que había cuidado bien, y si bien su genética ya le había proporcionado una salud dental más que correcta, había acabado de perfeccionarla bajo las manos del mejor dentista del estado. Valía su precio en oro y pocos bolsillos podían costearlo, pero Bernie tenía claro que una buena dentadura no tenía precio. Quizá ahora, en aquella circunstancia, había desestimado todas sus preferencias. El hambre y la supervivencia poco entendían de cuestiones estéticas, principios y razonamientos.

Cuando sonó el crujido de la pieza dental, se planteó por primera vez que todo aquello que le había llevado hasta allí, carecía del más mínimo sentido. En ese momento tuvo claro que lo único que importaba en aquel medio

hostil, era seguir respirando. El aliento de vida que inspiraba a cada una de sus respiraciones, eran lo poco que le quedaba. Nada más importaba en ese momento. El hambre, la sed y el deseo ferviente de volver a pisar tierra firme.

Soltó el pedazo de carne desgarrada y tras llevarse las manos a su boca, escupió con fuerza. Sintió su saliva caliente en su palma y respiró relajado al descubrir que solo era eso y no sangre de su encía. Luego rebuscó por el interior de su boca hasta dar con el trozo sólido que esperaba. Volvió a escupir de nuevo, y esta vez, encontró el trozo incisivo de marfil.

Todo aquello por lo que tenía un aprecio especial dejaba de tener el más mínimo sentido. Sostuvo el trozo de diente entre su dedo índice y pulgar, y lo observó con suma atención. Aquello era un reflejo de lo que estaba pasando. Se desmoronaba irremediabilmente a paso lento e impasible. Su salud se deterioraba por momentos. Quizá ahora había sido una minúscula parte de su dentadura, luego sería otra parte de su mente, los cortes en su piel y quién sabe si la correspondiente pérdida de alguno de sus sentidos principales. La vista y el oído, el tacto de su piel quemada, el gusto que hubiera sido preferible perder. El resumen de lo que era se encontraba entre aquellos dos dedos. Hecho añicos. Así acabaría despedazándose.

Se introdujo el trozo de incisivo en la boca y tragó sin demasiados problemas. Sabiendo perfectamente que aquel trozo inerte no le alimentaría absolutamente nada, pero aquello era una parte de su ser y decidió que volviera a formar parte de él. Luego recogió el trozo de carne de tortuga troceado, y con calma, lo dispuso en el suelo. Lo hizo con maña sabía que esconder completamente el anzuelo era algo importante. No era un pescador demasiado experimentado, pero conocía los conceptos básicos de semejante arte. La determinación, el buen hacer y la paciencia, eran las virtudes necesarias para el éxito. Si algo sabía por su oficio era precisamente leer las diferentes situaciones y escenarios que se le planteaban.

Lo lanzó por la borda balanceándolo con fuerza para ganar vigorosidad en su lanzamiento. La sombra de la barca podía llegar a asustar a sus presas, así que, guiado por su orientación, lanzó lo más fuerte que pudo. A pesar de ello, el anzuelo cayó a tan solo tres metros de distancia. El desánimo le arrancó una sonrisa. Recogerlo de nuevo para volver a intentarlo era demasiado desgaste de energía. Ató el hilo de pescar alrededor de su mano y se

acomodó. En caso de que picaran, sentiría la estirada en su propia piel.

Al principio se quedó observando el vaivén de las olas como ocultaban el hilo. Pasados unos minutos, aquella posición empezó a serle incómoda. Buscó una postura más relajada, sentándose en la embarcación y apoyó la espalda en la húmeda madera. Tal y como había pronosticado, al cabo de media hora yacía durmiendo profundo. Absorto por completo de lo que tenía entre manos.

Cuando despertó, la curiosidad le hizo recoger el hilo. Le pareció extraño que durante todo el tiempo que había dormido no hubiera picado ningún pez. Al recogerlo comprobó que el cebo seguía intacto en el extremo. El anzuelo seguía invisible. Movié el trozo de carne para asegurarlo y de nuevo volvió a lanzarlo al agua. Esta vez lo hizo por el otro extremo de la borda.

Sentado de nuevo en cubierta, enfocó sus pensamientos en Clarise. «¿Seguirá viva?». Intentaba rehuir de esos pensamientos, pero no podía evitar pensar en las muchas y distintas maneras que aquel grupo de desalmados podían humillarla y torturarla. A cada cual que pensaba, era mucho peor que la anterior. Aquello le afectaba, así que intentó serenarse desviando sus pensamientos a algo más positivo. Quizá aquella gentuza no quisiera hacerle daño, puede que sólo se ensañaran con él. Ella tan solo sería el hilo conductor que los llevara hasta él. Tenía sentido. Aquella era una posibilidad que contemplaba seriamente. Desconocía el porqué, lo que había podido hacer y quién eran. Lo cierto es que no tenía nada de información. No sabía nada. Desconocía lo que había hecho durante esos últimos días, quién era Clarise y porque se encontraba en donde estaba. Cuando le daba vueltas a todo, acababa desquiciado. No controlar la situación era algo que le inquietaba. No estaba acostumbrado.

Tal y como había reflexionado varias veces, ninguno de sus rivales empresarios, ni cualquiera de sus enemigos habidos y por haber, eran capaces de cometer tan crueles acciones. Lo que sucedía allí, estaba fuera del abasto de cualquier persona normal. Aquello era un acto inhumano fuera de cualquiera con cierta ética. Torturar y condenar a muerte a un hombre como él, maniatado a la deriva esperando la muerte, era algo que únicamente podía pensar alguien sin sentimientos nobles. Aquello únicamente podía ser motivado por un ajuste de cuentas entre bandas criminales, un homicidio

movido por el odio irracional. En ningún caso podía imaginarse que todo aquello fuera propinado de forma gratuita y aleatoria. «¿Por qué me ha tocado a mí? ¿Es que acaso soy alguien que desconozco? Quizá estoy loco como un cencerro. Quizá esta es una pesadilla de la que no me veo capaz de despertar. Quizá ya esté muerto.».

Observó la moneda dorada que sostenía en la palma de su mano, aún enganchada en su cuello. Era lo único de lo que disponía, y estaba convencido que significaba algo.

—Una pista que podría conducirme a algo —dijo con voz calmada—. O simplemente, algo incoherente como todo lo demás. Una moneda olvidada por alguien en una embarcación de mierda, a la deriva. Y con ella, mi vida entera.

Lo que encontraba determinante del colgante, era al país al que hacía referencia. «¿Por qué una moneda de un país como Costa Rica? Puede que estuviera de viaje. Luego el recuerdo de un comedor con gente de etiqueta. Aquella gala debía celebrarse en el extranjero. Podría ser Costa Rica.».

—Tú sabes algo —la acarició con la yema de los dedos—. Si pudieras hablar...

Se devanó los sesos hasta que su obsesión le aburrió tanto que tuvo que lavarse la cara para reiniciarse. Su mente regresó al terminal móvil. La salvación se hacía de rogar. Seguía guardado a buen recaudo. A salvo del agua y el medio hostil. Solo había algo que lo amenazaba de muerte. El tiempo. Ese que acabaría con la poca batería de litio que conservaba.

—Si me ha llamado es que está viva —dijo categórico—. Clarise, está viva. Tiene que estarlo.

Lo que revoloteaba por la cabeza de Bernie era una duda que le recomía por dentro. «Si Clarise es la que me llama, ¿ha sido ella misma la que ha colocado este terminal?».

Había llegado a sospechar que los que estaban al otro lado, eran los mismos que la habían secuestrado y postrado a él ante su muerte. De ser así, no estaba

más que alimentando el ego de su maltratador. Entraba en su juego macabro, y eso, no haría más que traerle más problemas. Sí la única opción que le quedaba pasaba por ese móvil, si era así, más le hubiera valido morir a manos de las fauces de Frankie. Aquello no tendría un buen final. Se los imaginaba riéndose a carcajadas de su desgracia. Jugando con sus esperanzas como si fuera un juguete roto.

Algo le hizo despertar. Un dolor agudo en su mano derecha.

—¡Han picado!

Bernie se levantó sin reparar en el dolor provocado por el hilo de pescar enredado en su mano. Lo sujetó con la otra con toda la fuerza que pudo e hincó las rodillas en la madera de la embarcación. Cuando se sintió cómodo, pegó un buen tirón sintiendo la fuerza de la pieza capturada. Con aquel gesto esperaba que el anzuelo se clavará bien. Ya era bastante difícil pescar en alta mar como para dejar escapar la presa.

Observó con atención el movimiento del hilo y avanzó por el bote hasta ubicarse justo en el extremo de babor. Así, pensó que aseguraba que no le volcara la barca. Desconocía como de grande era su captura, pero fácilmente sería de un tamaño considerable. En mar abierto predominaban los animales de gran tamaño, y aunque por ello había dispuesto una carnaza pequeña, no podía asegurar que no hubiera sido grato para el apetito de cualquiera. Quizá se habría enganchado el anzuelo en las agallas de una enorme manta raya. Las posibilidades que le pasaron por la cabeza fueron miles. Pero el hambre podía más. Mucho más. Si la pieza era demasiado desproporcionada, el hilo de pescar se rompería, perdería la pesca y lo peor, la herramienta con que hacerlo. Pero el riesgo valía la pena. Valía su vida.

—Mantén la calma, Ber. Paciencia. Esta no es una guerra que se libre de forma rápida —recordó a su padre dándole lecciones de pesca en el río Guey—. Por desgaste, Bernie. Por desgaste, tal y como siempre decía el viejo.

A pesar de que luchó durante prácticamente diez minutos, resistió. No es que Bernie fuera sobrado de energía, así que tuvo que tirarse al suelo de la embarcación durante los momentos más tensos de la batalla. El peso muerto de su cuerpo contuvo las embestidas del salvaje animal. Aunque el hilo de

pescar le segó la piel por distintas zonas, en ningún momento pensó en soltarlo. Sangró por los cortes abiertos, pero pronto dejó de sentirlos. En su mente solo veía un apetitoso atún. A pesar de que aquel hilo del diablo se aferraba a su piel como si quisiera fundirse con ella, siguió sin detenerse. Si en el otro extremo un pez se debatía agonizando por su vida, en el otro extremo, Bernie hacía lo mismo.

A medida que pasaron los minutos, pudo ir recogiendo hilo. Se ayudó del pedazo de madera que utilizó a modo de carrete. El ímpetu y las fuerzas que disponía se incrementaron. Aquella euforia temporal, le permitió un último tirón para extraer de cuajo aquel ansiado animal de su hábitat. Lo hizo de forma rápida. Con decisión. El pez se retorció por la cubierta a la par que Bernie cayó de culo completamente sin fuerzas. Respiraba de forma acelerada y sentía un pinchazo en sus bíceps como nunca había sentido, la deshidratación sumado al exceso de fuerza sin energía que había hecho, habían llevado su musculatura al límite. Durante esos instantes, pagó con creces dicho esfuerzo.

Mientras serenó su respiración, no apartó ojo del animal. No reconoció de que especie se trataba, pero le pareció el pescado más hermoso nunca visto. Sus escamas brillaban al sol y sus enormes ojos se clavaban en los suyos como si aquel animal fuera consciente de lo que ocurría.

Le sacudió un golpe tras los ojos con su puño derecho. Luego le asistió otro más. Hasta que el pez de tamaño mediano dejó de moverse y sus ojos se llenaron de blanco muerte. Sin ni siquiera asegurarse que el animal estaba muerto, le hincó el diente tras su aleta dorsal. Apretó con todas sus fuerzas hundiendo los incisivos. Al principio, un sabor a mar le inundó sus papilas, más tarde, fueron multitud de escamas las que llenaron su boca de desagradable textura. Tuvo que retirar la pieza de entre sus dientes y tras dejarla en el suelo, se enjuagó la boca reiteradas veces. No se detuvo hasta que se deshizo de todas ellas, hasta el más minúsculo de aquellos cristales afilados.

Regresó a la embarcación, y de nuevo con su presa entre sus manos, acarició las distintas escamas que lo recubrían. Se hizo con la navaja y con suma paciencia fue rascando todo el cuerpo del animal. Cientos de escamas transparentes salieron despedidas. Siguió el proceso con dedicación y esmero.

—Vísteme despacio que tengo prisa —dijo resignado.

Tras pronunciar la frase, pensó en su madre. Si tuviera que enumerar las veces en las que ella le había dicho esa frase, me faltarían dedos en ambas manos para contarlas. Al contrario de él, su madre había sido una persona extremadamente paciente. Hubiera asegurado que, en vez de sangre por sus venas, corría horchata. Sin embargo, esa afirmación, dejó de tener sentido el día en que la vio tumbada en la camilla de un frío hospital, donde se le esfumó la vida. Allí fue donde por primera vez, vio a su madre como a un mortal. Desangrada, sufriendo, llorando, siendo por primera vez una víctima frágil. Cuando el cáncer le ganó la batalla, supo que jamás en su vida volvería encontrar una persona como ella.

En su lecho de muerte, postrada en aquella cama de hospital, donde, sin el saberlo, se produjo el recuerdo imborrable de su existencia. Un recuerdo grabado a fuego en su memoria. Fue tan solo una simple frase. Una última petición que Bernie no llegó a cumplir nunca. Quizá por ello se le había clavado en el fondo de su alma.

—Hijo mío —dijo con voz temblorosa—, me marchó. Y solo hay una cosa que me preocupa. Prométeme que harás una última cosa por mí.

—Dime, madre.

—Quiero que me prometas que arreglarás las cosas con tu padre.

—¡Mamá! —exclamó Bernie desconcertado—. ¿Por qué me pides eso?

—Prométemelo, hijo —su voz sonó melosa—. A pesar de lo que ha pasado, él te quiere. Y aunque ahora no lo veas, estará a tu lado siempre. Prométemelo, Ber.

Cuando volvió a llevarse la pieza de nuevo a su boca, hincó el diente libre de trabas. El primer pedazo que engulló, apenas le proporcionó un sabor especial. No fue hasta su cuarto bocado, qué sintió el sabor fuerte, salado, con

gusto y vísceras crudas. Aunque el hambre lo podía todo, Bernie hizo un esfuerzo por no arrojar por la borda lo engullido. Con su fuerza de voluntad y su excelente sentido de supervivencia, consiguió retener el alimento en su estómago.

—Es sushi —se repitió varias veces—. Cuantas veces habré ido a esa mierda de restaurante japonés que no hacen más que servirte la comida tal cual les llega. Esto es lo mismo. Salvando la mesa, silla, botella de vino frío y un par de palillos chinos con los que entretenerse.

No pudo evitar pensar en sus citas en aquel restaurante japonés selecto. Allí cenaba con sus conquistas. A pesar de que para él no era un sitio predilecto donde cenar, sabía a ciencia cierta que muchas mujeres les volvía locas. La extravagancia, el glamur, lo diferente, lo nuevo, lo caro. Cientos de sus citas acababan sentadas en aquella mesa. La suya. El reservado a primera línea de cocina. Des donde contemplaba asombrado el espectáculo de cuchillos, woks y platos bailados con maestría por el aire. El «cirque de solei», como le gustaba nombrarlo.

Recordó a Natalia. Ella se ausentó para ir al servicio, mientras Bernie sentado en su asiento habitual, saboreando un Rioja Gran Reserva del 2004. Un vino español de una bodega que particularmente encontraba exquisita.

En aquel momento, entró una bella mujer en el local. La oyó desde lejos. El taconeo de sus zapatos en el suelo fue suficiente prelude como para que su radar se activará de inmediato. Una vez más, estaba en lo cierto. Una mujer rubia alta, esbelta, enfundada en un vestido ceñido de color azul eléctrico, había entrado en escena. La atención de Bernie quedó eclipsada al instante. No era habitual encontrar aquel tipo de belleza femenina. Entraba sola. Cuando pasó por al lado de su mesa, se le quedó mirando fijamente a los ojos y un cosquilleo invadió su estómago vacío. El cortejo siempre empezaba con el que el mismo baile. Las cosquillas en su interior. Luego del contacto visual, el establecimiento de una conversación amena. Más tarde otra más intensa. Y al final, tras un par de copas, una cena, un espectáculo o cualquier otra distracción, el ansiado objetivo definitivo.

—Mónicque —dijo al instante—. Monicque. ¿Eres tú?

La mujer se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Le conozco? —dijo sorprendida acercándose a su mesa.

—Eres tú, ¿verdad? Monicque, estás hermosa.

—Perdone, pero creo que se confunde —dijo la joven—. Mi nombre es Selene.

Bernie sonrió como si hubiera logrado su propósito.

—Selene, me siento confundido desde el primer momento en que te he visto entrar —se levantó acercándose lo más que pudo. Pareció que le daba un beso en la mejilla, pero solo se acercó más a su oído—. No puedo explicarlo, ni quiero. Me complacería mucho más, sentirlo.

La mujer que se sintió invadida intentó zafarse de él, pero su perfume varonil exquisito y el susurro de sus palabras, la detuvieron.

—Tanto tú, como yo, esta noche cenaremos con otra compañía. Sin embargo, nuestros pensamientos estarán juntos toda la velada. Y la noche pasará lenta, muy lenta. Hasta que por fin hagamos realidad nuestro deseo.

Natalia apareció de la nada, siendo anunciada por un conjunto de improperios que Bernie apenas pudo entender. A punto estuvo de agarrar de los pelos a la rubia provocativa. Suerte que él la retuvo a tiempo, y luego, obró su magia. Su poder seductor sobre ellas. Al acabar la noche, Bernie prendió un cigarrillo rubio entre sendas mujeres quienes se lo fueron arrebatando por turnos, de labio a labio. Al pronto, el humo de uno acabó en la boca del otro. Y los labios de ambas, en la piel de él. Desnudos los tres en su cama.

DÍA 5

TOMAR DECISIONES NUNCA ES FÁCIL. Ni siquiera cuando éstas son acertadas. Nunca lo es porque a pesar de que siempre hay un beneficiario, suele conllevar de forma adyacente, uno o varios desfavorecidos. Tampoco es fácil porque a menudo, la mente razona de forma distinta a como lo hace el corazón. El instinto toma un camino y la razón otro muy distinto. Los intereses se entremezclan y al final, el resultado definitivo que casi nunca puede corroborarse es lo que menos importa. El desconocimiento es siempre un mal asesor. La decisión carece de ese fundamento tan primordial, y cuando ocurre eso, es cuando ya no importa qué decidas. Morir de hambre o morir de sed, deja de ser trivial, al final, la parte relevante es la muerte, la decisión del cómo y cuándo, es pura banalidad y fetichismo.

Bernie extendió la mano abierta hacia el agua como si su gesto pudiera calmar la aleta de Frankie que seguía patrullando. Aunque observaba sus movimientos hipnóticos, Bernie tenía la mente en otro lugar. Desde que se había despertado, había desarrollado la habilidad de evadirse por completo. Había sido un descubrimiento que le permitía sobrevivir, al menos mentalmente. A pesar de que era un tipo que afrontaban los problemas de frente, por primera vez, se había encontrado en una situación que le desbordaba por completo. Quizá por ese motivo se había reinventado. Algunas veces combinaba de forma intermitente la conciencia con la inconsciencia. Perdía de vista la realidad. Se había convertido en un auténtico mago ilusionista en un infierno surrealista.

Un leve chapoteo lo devolvió al momento.

La mediana aleta de Frankie emergió entre las aguas calmadas. Luego volvió a hundirse. Las visitas de aquel amistoso animal habían llegado a confundirle. Bajo la imagen de un animal que lo visitaba por pura cortesía, se escondía las verdaderas intenciones de un depredador. Su carne, su sangre. Sin embargo, Bernie le había cogido un cariño especial. Sus reiteradas visitas

no hacían más que alimentar la necesidad de una compañía que le ayudaría a pasar las tristes horas en alta mar. Era de un tamaño claramente inferior. Algo que Bernie atribuyó al hecho que semejante ejemplar, debería tener una edad temprana. Un joven entre magnates asesinos. Quizá, por ello, le guardaba cierto respeto. Su carácter todavía no se había agriado por la edad. Su inocencia permanecía intacta. Solo eso, explicaba sus pacientes visitas corteses.

Aquello, le hacía recordar su niñez. No había sido tan distinto a él. En su corta edad recordaba guardar esa inocencia. El mundo todavía era un lugar simpático, agradable y repleto de hermosas sorpresas que descubrir cada día. En aquellos momentos, ninguna pérdida le había azotado y los dulces recuerdos se apelmazaban sin fin. Su mundo, lejos de desmoronarse, se construía. Distinto se hallaba en aquel instante. Treinta años más tarde, un cúmulo infinito de recuerdos que por mucho que insistía no lograba borrar, y otros, que, por insistencia, no conseguía vislumbrar.

—Si no fuera por ti, pequeño Frankie, aún estaría más solo de lo que estoy. Sé que solo veo la parte más dulce. Apenas visualizo esos colmillos afilados y desgarradores que conforman tu feroz mandíbula. Lo sé. Te queda mucha vida por delante, pequeño. Solo espero, que sepas cómo utilizarlos. Y, sobre todo, cuando lo hagas.

Se sintió extraño al pronunciar esas palabras que tantos años atrás su madre le había repetido a él infinidad de veces. Se sintió enrarecido por aquella metáfora de vida.

—Sé libre aceptándote como eres. Sé auténtico.

Aquellas palabras guardaban una dicotomía importante en la situación en la que se encontraba. Si bien eran fáciles de pronunciar, otra cosa distinta era ponerlas en práctica. Pero en aquellos instantes, aquellos pequeños oasis en semejante desierto salado le otorgaban unos momentos de dulce lucidez.

—Sin ti, vieja barca, ya sería pasto de tiburones —acarició la vetusta madera.

Después de notar la astillosa superficie, acercó su rostro y tras fregar su

mejilla raspando los pelos de su barba, olfateó con insistencia la madera. Apenas identifico el olor. Luego, acercó sus labios y mordió con fuerza. Los dientes se hundieron levemente en la superficie de pino. Así permaneció durante unos segundos. Cuando finalmente recobró la compostura, se relamió los labios. Aunque esperaba un gusto más celoso, tan solo sintió degustar de nuevo el mar salado. Todo lo que le rodeaba sabía igual.

—Tú me llevarás hasta la orilla. Desembarcaremos en la costa más cercana. Sé que podemos lograrlo.

A pesar de que sus palabras sonaron convincentes, un cierto carisma de falsedad revoloteaba a su alrededor. Aquel convencimiento tan necesario, era su vez la expresión de su desesperación más cruda. Debía creer en la esperanza, pero el hecho de hacerlo, no le dejaba sino más intriga sobre ello. Si era creyente, es que aquello no era del todo cierto. Le recordaba demasiado a la fe cristiana que tan a menudo su padre le había inculcado desde su infancia. Aquello que los ojos no ven. Lo que únicamente se siente en el fondo del corazón. La creencia en el Más Allá. En lo intangible. Hasta en lo imposible.

—Debo creer —dijo manteniendo la conversación con la inerte madera—. No es verdad, pero debo creer. ¿Qué más me queda?

Se imaginaba asimismo llegando a cualquier costa. Una playa de fina arena coralina. Blanca. Tanto que debía apartar la vista para que no le cegar. Arrodillado en la orilla, apretaba con fuerza sus puños contra los infinitos granos de vida. Se le escurrían entre los dedos mientras sus lágrimas escapaban a sus ojos. Cuando alzaba la vista, imaginaba un bosque frondoso de vegetación verde. Una sábana que arropaba el paisaje. Le llegaba el olor penetrante de la clorofila fresca. Llegaba sus pulmones como si de pronto estos hubieran engrandecido. Como si respirara por primera vez. Luego volvía a agachar la cabeza hacia el suelo arenoso, y lo besaba con frenesí. Unos besos desesperados a su ansiada tierra amada. La tierra prometida.

Sentado en su majestuoso escritorio de madera de nogal, rodeado de sus utensilios poco prácticos, observó aquel tipo de ojos diminutos. Contrastaba

enormemente el posado que ambos mantenían. Sentado al lado de la mesa, Bernie permanecía relajado. Ni un solo movimiento de más, ni uno de menos. Enfrente de él, Jake Manhattan respiraba de forma acelerada, su tez se mostraba sudorosa. Mantenía las manos inquietas. Y de vez en cuando, sin que lo pudiera evitar, se mordisqueaba las uñas de ambas manos. Poseía un apellido demasiado grande al que aquel hombre de mediana edad, no le hacía justicia.

—Se lo suplico señor Miller. Debe entender mi situación, por favor. Tengo dos hijos pequeños y mi esposa tampoco tiene trabajo. ¿Lo entiende?

—No debo entender nada señor Manhattan, en todo caso lo que le pido encarecidamente es que haga usted el esfuerzo de entender en qué situación se encuentra en estos momentos la empresa. Haga ese esfuerzo.

—Lo entiendo, señor. Llevo más de quince años en esta empresa, no puede ser que... Lo he hecho todo por la empresa. Entré a través de una empresa de trabajo temporal y siempre le agradecí a esta compañía que apostará por mí. Creo que todos estos años lo he hecho bien, ¿no es así?

Bernie recogió su bolígrafo Palmer de la mesa. Jugueteeó con él entre sus dedos y endureció todavía más su mirada.

—La decisión está tomada. Y ahora, le agradecería abandonar a estas instalaciones con la cabeza bien alta. No enturbie usted su carrera laboral en esta compañía con sus problemas personales. Debe asumirlo y seguir adelante. Adiós señor Manhattan. No olvide cerrar la puerta cuando se vaya.

El empleado quedó petrificado. Perdió al habla por completo. Hasta las gotas de sudor que corrían por sus sienes, parecieron detenerse. Al cabo de unos segundos por fin recobró la vitalidad necesaria, y sin mirar atrás, abandonó el despacho.

Los recuerdos qué guardaba de cuando echaba alguien, no era precisamente algo que rememorara. Aquello formaba parte de su rutina. Quizá por ello Bernie se había insensibilizado con los años. La práctica hacía al monje.

El destello de algo en el agua le despertó de su recuerdo. Lo había captado por el rabillo del ojo. Confundido, se giró para contemplarlo. De nuevo múltiples destellos volvieron a cegarle. Calculó que estaba a escasos quinientos metros. Se agitaba de forma constante. Hasta que vio saltar un pescado de tamaño pequeño. Luego otro. Y al momento, decenas de ellos volaron escasos segundos por encima del oleaje.

—Sardinas. ¡Son sardinas! —exclamó con fuerza—. Un banco de apetitosos arenques.

Se los imaginó aceitosos. Azulados y grandes, llenos de repleta carne que poder cocinar en una barbacoa en la terraza con sus amigos. Con un buen barril de cerveza fría y espumosa.

Bernie pegó un trago a la cerveza negra que el camarero le había servido. De vez en cuando le gustaba saborear esa deliciosa oscuridad. El petróleo espumoso que le sabía a gloria bendita después de una dura jornada laboral. Sentado en aquel rincón del local, bebía plácidamente mientras observaba su alrededor. Le gustaba perder su mirada entre el ajetreo continuo y variado que se prestaba allí.

Tras un movimiento inesperado, alguien tomó asiento delante de él sin su permiso.

—¿Qué hace aquí?

La visita meditó bien sus palabras. Mantenía los ojos salidos de sus órbitas. Aquel tipo lo miraba fijamente con una expresión dura como si no sintiera nada.

—No puedes hacerme esto, desgraciado —su voz sonó constante.

—¿Cómo ha dado conmigo? ¿Me está siguiendo?

El señor Manhattan apenas parpadeó.

—Después de tantos años crees que no sé cómo va todo esto. De verdad

piensas que no sé quién eres.

Bernie echó otro trago de su jarra.

—¿Qué quiere?

—No puedes echarme. Llevo treinta años en esta puta empresa. No sé hacer nada más que lo que he hecho aquí. Sencillamente no puedes. Guardo todos y cada uno de los secretos profesionales y personales de la empresa. Todos.

—Por lo que dice y en el tono en que lo dice, ¿me está amenazando? — Bernie dejó la jarra en la mesa dando un leve golpe.

—Si lo aprecias de esta manera, ya dice mucho de la situación, ¿no crees? De todos modos, no estoy aquí para amenazas. He venido para exigirte que vuelvas a reincorporarme, por favor. Solo eso.

Bernie acabó su cerveza y se levantó del asiento.

—No pierda el tiempo, ni me lo haga perder a mí. Nunca haré eso.

El expleado realizó un gesto rápido, agarrando con fuerza la mano de Bernie que había apoyado en la mesa para levantarse. Las facciones de la cara de ambos se endurecieron al instante.

—Suélteme ahora mismo —inquirió alzando la voz—. ¿Se ha vuelto loco?

La pareja de al lado se giró hacia ellos.

—Escúcheme con atención, señor Miller. Sé muchos de sus secretos —hizo una pausa—. Alguno de ellos, sabe usted que haría sonrojar a muchos. Se ha acostado usted con alguna que otra menor, sus pérfidos coqueteos con la mafia rusa, la tapadera de algunos trapos sucios en lo que refiere a ciertas financiaciones ilegales, así como el blanqueo de dinero o la falsificación de documentación de ámbito institucional, son solo algunos ejemplos de ello.

—Así que se trata de eso. No me sorprende lo más mínimo. Un hombre desesperado como usted es capaz de hacer y decir cosas desesperadas para conseguir lo que necesita. En su situación, carece de total credibilidad.

El hombre volvió a sujetar su brazo con fuerza. Esta vez Bernie no hizo nada. Jake se le acercó tanto, que se sintió más incómodo por ello que por el hecho del brazo.

—No se confunda usted, señor —sonrió—. Lo que le estoy diciendo, es que yo lo sé.

El silencio cobró un protagonismo único.

—¿Lo sabe? —asintió con la cabeza—. ¿Qué es lo que sabe?

—Su gran secreto.

Manhattan se apartó de él. Ambos permanecieron callados. Tan solo se oía el tumulto constante de la gente del bar que seguían a sus cosas. Sendos hombres cruzaron sus miradas duras e inquietantes. Y ahí, bajo el silencio mudo, el propio silencio lo dijo todo.

Las aves volaban por encima de él. Se sumergían desde lo alto del cielo cayendo en picado como un kamikaze sobre la mancha. Tal actividad frenética hizo que Bernie se fregara los ojos para comprobar que lo que estaba viendo, no era ninguna alucinación. Aquello parecía muy real. Apenas pudo contar el número de aves que realizaban tal extraña actividad. Se zambullían sin pensárselo, y volvían a aparecer al cabo de pocos segundos.

Fijó la vista en semejante rareza hasta que advirtió que, bajo el agua, parecía haber otra intervención submarina. Distintas aletas de tamaño considerable emergían del agua nadando en círculos concéntricos, delimitando así el perímetro de dicho cardumen. Bernie los confundió con feroces tiburones hambrientos, sin embargo, poco sospechaba que lejos de eso, se trataba de un mamífero bien distinto. Los apacibles y simpáticos delfines, esas entrañables criaturas que de pequeño amaba de forma tan natural, se atribuían un festín de sardinas a lo grande.

Bernie se acercó tan rápido como pudo, aunque la velocidad que le otorgaba el pedazo de madera improvisado como remo, no era precisamente la más

veloz. Cuando llegó a sitio, apenas halló vida. Las aves habían desaparecido. Los delfines satisfechos esfumados por completo. En lugar de tal ajetreo, únicamente encontró un desierto de escamas y los restos de sardinas no engullidos. Se hizo con uno de los restos. Una cabeza diseccionada con tal violencia, que no conservaba ni los ojos. Pocas proteínas le podía aportar, pero decidió guardarla para más adelante. Sin duda podía servirle de carnaza para su pesca casera.

Ante tal cielo estrellado submarino, recogió el remo y marchó hacia su destino.

—El cuerpo del supuesto suicida corresponde a Jake Manhattan, un padre de familia que recientemente había perdido su trabajo. Se cree que había caído en una profunda depresión. Algo que le llevó a cometer semejante acto deliberado. Deja atrás a su mujer desamparada y dos hijos —Bernie se detuvo en su lectura habitual del periódico. Suspiró fuerte y regresó al papel reciclado—. La desesperación le llevó a lanzarse de lo alto del edificio de su, hasta entonces, empleo. Su entierro está previsto para este sábado en la Iglesia protestante de... ¡Maldita sea!

Apartó el periódico de malas formas, dejándolo en el asiento del copiloto.

Fundió su mirada nerviosa en el reloj digital de su Bentley y sintió un calor intenso recorrer su espinazo. De arriba a abajo. Luego un escalofrío azotó su alma.

Bajó levemente la ventanilla del conductor, sin parar el motor. La gente, mayormente vestida de negro, se agolpaba alrededor del ataúd. «La oscuridad de la muerte.».

Entre todo el tumulto se fijó en especial en tres personas. Su mujer destrozada, hecha añicos. A su lado, bajo la custodia de su hermana mayor, los dos hijos huérfanos de padre. Paralizados, sin lágrimas, sin una muestra de dolor, miedo o pánico. Nada. Estaban inmóviles. Perdidos. Así pasarían toda su vida. Perdidos sin comprender. Sin saber qué le pasó por la cabeza de su padre antes que les abandonara a su suerte.

La hija de pelo rubio fue la primera que lo advirtió. Luego su hermano mayor quién clavó su mirada en él. Fueron segundos. Un leve instante que Bernie, aprovechó para acelerar con fuerza y salir despavorido del lugar. Sin embargo, había sido tarde. La mirada de ambos ya había alcanzado su conciencia. Su ser. Y jamás le abandonaría. Nunca.

DÍA 6

TENER FE ES UN ACTO DE VALOR. No por el simple hecho que ser creyente sea una opción que exige esperanza y creencia en algo que nunca se ve, sino, por la desesperanza que supone despertarse de tal sueño idílico. Quizá los poetas tengan razón cuando afirman que el desamor es la parte más cruda del amor. Una parte no existe sin la otra, y, por lo tanto, negar la existencia de alguna de ellas sería un fatal error. La luz y la oscuridad. La abundancia y la penuria. Eso me da que pensar, ¿qué otra cosa puedo hacer aquí sino? Si existe un Dios, es seguro que existe un anti-Dios. Un demonio señor de las tinieblas. Un Belcebú, Satanás, Leviatán. Si existe un Cielo, también un Infierno. Y así con tantas cosas que me hace plantearme si no estaré perdiendo la chaveta. Porqué de no hacerlo, esto es lo más parecido al Infierno. El sol que me arde la piel. La sed y el hambre que me rompen por dentro. Los demonios que me acechan en el agua, que son tantos...

Un sonido le despertó. Fue como si alguien hubiera dado un portazo. Exhaló el aire contenido en sus pulmones y atragantado en su propia saliva, se atropelló en la inspiración profunda que le despertó del todo.

—Otro día más en el infierno.

El sol brillaba en el firmamento.

Sin tener en cuenta el detalle de miles de toneladas de agua, quizá el paralelismo entre el océano donde se encontraba y el infierno descrito por Dante, mantenía ciertas similitudes. Se encontraba solo, atormentado por todo aquello que lo había sido ser él. Tenía el tiempo suficiente como para darle vueltas de forma infinita. Se arrepentiría una y otra vez de cualquiera de sus fatales errores del pasado. Lo haría hasta que por fin muriera deshidratado o de inanición desesperada. Así era. Solo con la única compañía de su pensamiento. La desesperación estaba servida.

Luego, por otro lado, el vacío de su mente. Vivir bajo el desconcierto del desconocimiento de todo aquello que le rodeaba, no hacía más que empeorar la situación. Si al menos supiera porque estaba allí. Si al menos pudiera juzgarse a sí mismo por las decisiones que había tomado. Teniendo claro que no podía escapar, sí al menos podría odiar a quien lo había postrado ante tal fatalidad. Desde hacía varios soles, sospechaba que quizá no hubiera nadie más. Quizá, si había acabado en aquella embarcación camino al infierno, podía ser porque se había condenado a sí mismo.

Si algo disponía estando en aquella situación, era tiempo. Tiempo para pensar. Para romperse. Había llegado a la conclusión que no éramos más que recuerdos. Los recuerdos de la vida que dejamos atrás. Los hechos. Las decisiones. Todo se resumía en eso. «No somos nada más que pensamientos fugaces que nadie puede retener infinitamente.». Y ante tal revelación, le habían robado hasta eso. Su identidad. Ya no sabía quién era. Tan solo una llovizna de recuerdos estériles que apenas reconocía. Un torrente de pensamientos sin sentido.

A pesar de que tenía los ojos cerrados, intuyó que algo eclipsó los rayos de sol durante un leve instante. Algo inaudito en un cielo tan despejado. Cuando abrió los ojos entre sus dedos, lo vio. Al principio le costó identificarlo. fue como si el tiempo que había pasado allí, le hubiera borrado la percepción de las cosas. Tardó en dar con la palabra que buscaba.

—Avión. Un maldito... ¡Avión!

Surcando el cielo y dejando tras de sí, una estela blanca que partía el firmamento en dos. Debía estar a mucha distancia. Tan lejos, que apenas pudo identificar si se trataba de un avión comercial o de pasajeros. No le importó. Supo desde el primer instante que aquello no era su salvación. Él era un diminuto punto en un mar infinito al que nadie contemplaba con detenimiento. Y aunque alguien lo hubiera hecho, nada cambiaría. Dejarían atrás ese punto entre otros millones de puntos sin importancia.

Tras los primeros momentos de confusión, más sereno, se alegró de aquello. Si bien era cierto que no iban a rescatarle, le pareció sensato pensar que no muy lejos de allí, había civilización. Un aeropuerto desde dónde despegar. Al menos se encontraba en una ruta aérea. Aquello le consoló. Le permitió

conservar cierta esperanza.

—Debo estar cerca. De estar más lejos de la costa, ni siquiera lo hubiera visto. Sin embargo, ahí estás amigo. Te veo. Así que la tierra no anda lejos.

Quizá tuviera razón. O quizá, fuera una deducción precipitada. El día estaba tan despejado, que hubiera permitido ver hasta un cometa pasar por el firmamento inhóspito.

—Daría cualquier cosa por estar ahí arriba. Sentado en una cómoda butaca en primera clase. Con mi güisqui de doce años en la mano. En un vaso de plástico con hielo. Ese frescor desproporcionado de un aire acondicionado demasiado fuerte. El olor perfumado. Una fragancia suave. Exquisita. Hasta la charla aplastante de un vecino de butaca con verborrea, sería un buen regalo para mis oídos.

Tantos vuelos había tomado a lo largo de su carrera profesional y vacacional, que, si hubiera tenido que decir un número exacto, se hubiera equivocado no en unidades, sino en centenas. «Ahora mismo, pagaría toda mi fortuna por un billete en clase turista.»

Cuando el ángel desapareció de su vista, volvieron los demonios. Las reservas de agua empezaban a flaquear. Y la sed, siempre presente, volvía a amenazar. No era el hambre. Ni los tiburones. Ni el hecho de volverse loco estando allí solo. La sed. Siempre era la sed.

—Seis tiras de pescado —dijo haciendo inventario de lo que disponía—. Y puede que medio vaso de agua.

Desde que había aprendido a secar el pescado, conseguía alimentarse de forma decente. Al menos la comida permanecía en su estómago el tiempo suficiente para digerirla. Un gran logro. Otro contratiempo se terciaba presente, salando con agua sus piezas antes de comerlas combatía el hambre ingiriendo sabrosa energía, pero pagaba un alto precio por ello. Más sed.

—Solo hay una salida. Necesito más agua.

Hacía tiempo ya desde la última tormenta, y a la vista de semejante cielo

veraniego, no tenía pinta que fuera a cambiar. La larga espera lo desquiciaba. Aguardar su muerte inexorable. Solo era cuestión de tiempo, y lo sabía.

Bernie practicó con su navaja afilada un corte tras otro en el lateral de la embarcación. Iniciaba otra nueva secuencia de palitos. Los cinco primeros, los había adornado con una línea superior e inferior, y otra central en forma de tachón. Aquel era el sexto día. Apenas podía creer que siguiera vivo. Si aquello no hubiera ocurrido y ahora estuviera tumbado en su sofá cómodo de casa, sería del todo imposible que ni tan solo hubiera imaginado aguantar un par de días a la deriva. Sin embargo, llevaba tres veces más, y eso le llenaba de orgullo. Quizá no fuera tal mequetrefe. Había descubierto algo que desconocía de él mismo. En situaciones extremas se crecía.

La irrupción de un chapoteo lejano captó su atención. Un claro indicio de peligro. Pensó en Frankie. Sin embargo, estaba lejos para oírlo si había sido él. Quizá a unos seiscientos metros de distancia.

—Con suerte, otro banco de sardinas.

Remó hasta percatarse que eran animales más grandes. «¿Tiburones?». Desconocía si eran capaces de moverse en manada. De ser verdad, apenas podía imaginar el peligro que conllevaba eso. Luego le vino a la memoria un gran número de tiburones martillo nadando de forma sincronizada. Decenas de ejemplares juntos. Lo había visto en algún documental.

Recogió el remo y observó con más ahínco.

—Parecen suculentos atunes nadando.

Se le hizo la boca agua solo de pensar en una aceitosa lata de atún. Qué bien tanpreciado sería disponer de una de ellas. Una fuente de proteínas de lo más sana. Daría la mitad de toda su fortuna por un cargamento de latas de conserva y bidones de agua fresca. No necesitaba más.

Observó sus lomos oscuros sobresalir por la superficie. Quedó embobado observándolos, hasta tal extremo, que apenas se percató que el grupo lo alcanzaba pasando justo por debajo de su embarcación. Esperó sentir el golpe de alguno de ellos contra la madera, pero no fue así.

—Si pudiera pescar uno... —dijo atizando el agua con el remo como si pudiera darle a uno—. Tendría alimento para varias semanas.

Se detuvo y recuperó el aliento.

—Si hay un banco de atunes, puede que haya cerca un barco de pescadores.

Sus esperanzas crecieron. Puede que tuviera razón. Otra cosa bien distinta era que se convirtiera en realidad. Si aquella era una zona de pesca habitual, después de tantos días, ya habría advertido algún que otro pesquero.

Bernie sintió la necesidad de correr. Ante él, dos combatientes de la otra banda le plantaban cara, ambos con sus respectivas armas improvisadas con gomas elásticas, pinzas de tender la ropa y tirachinas convencionales. Los proyectiles no tardaron en alcanzarle.

—¡Vas a morder el polvo! —gritó uno de ellos.

El pequeño Bernie de apenas ocho años, sintió el impacto de uno de los huesos de aceituna en su brazo. No le dolió, pero si le provocó unas cosquillas y luego un picor como si un enorme mosquito le hubiera picado.

—Fuera de aquí, niñas de papá —dijo el otro.

Todo discurría muy rápido, incluso la batalla campal por campo abierto. Las piedras volaban cual bombas de mano, y las espadas improvisadas de madera, chocaban entre sí crujiendo y produciendo un sonido peculiar que se oía a lo largo del terreno. Tan solo cesaba su crujido cuando la madera impactaba en una de las manos de los jóvenes luchadores. Entonces, se oía un golpe sordo y al momento, el llanto imparable del accidentado.

—¡A por ellos! —gritó en ese momento Logan que aparecía con el palo de escoba que había desmontado y usaba de lanza.

Su amigo acudió en su rescate, y tras él, Peter, el vecino de la casa más cercana, que hacía lo mismo. Justo en ese momento, Bernie se caía irremediamente sobre la arena de un leve montículo. Puso las manos para

aterrizar y con la agilidad propia de su edad, se apresuró en volverse. Desde el suelo contempló la contienda mientras se sacudía la tierra de ambas palmas de la mano.

—Sois unos perdedores —dijo Logan atizando un golpe en la espalda de uno de los dos—. Esta zona es nuestra.

Si Logan resultaba airoso de la situación, bien distinta era la suerte de su compañero Peter. Había perdido su tirachinas casero, realizado en un pedazo de madera con gomas elásticas, algo que pagaba con creces a golpes reiterados de manotazos en su testa y espalda. Su contrincante le ganaba en edad, altura y fuerza. La retirada silenciosa fue inevitable.

Tras aprovechar la situación de superioridad, sin que Logan se diera cuenta, el vencedor se hizo con el tirachinas de Peter y aprovechando que este estaba cargado con una de las argollas de las pinzas de tender, apuntó hacia su cabeza y disparó.

—¡Cuidado Logan! —dijo Bernie poniéndose en pie.

Demasiado tarde. Logan se giró para contemplar lo que pasaba y justo en ese instante, recibió el impacto del proyectil en su ojo derecho. El alarido de dolor que soltó pudo oírse hasta en el pueblo que quedaba a poco menos de una milla. Todos se quedaron inmóviles. Fue como si el tiempo de pronto se hubiera detenido. La evidencia que algo muy malo había pasado, era algo que hasta un grupo de niños jugando de forma salvaje, podían detectar hasta en el momento de más fervor.

—Logan... —dijo Bernie acercándose a él tras empujar al joven más cercano.

Éste se había llevado las manos al rostro y se había encogido en el suelo intentando paliar tanto dolor. Su sufrimiento apenas le dejaba articular alguna palabra inteligible.

Los chicos abandonaron el lugar corriendo como alma que lleva el demonio. Bernie lo abrazó en un intento de ayudarle.

—¡Mi ojo! —dijo con voz rota—. Mi ojo...

Cuando empezó a incorporarse y Bernie pudo contemplar la gravedad del asunto, se quedó atónito ante la imagen sangrienta de su ojo roto. Vacío. Desecho. Su amigo había perdido el ojo.

Una melodía conocida le hizo volver a la realidad. Ese sonido tan característico que parecía haber sido grabado a fuego en su mente. Hasta lo había oído varias veces sin ser cierto. Esta vez, lo era. Se activó invadido por un torrente de adrenalina. Las manos le temblaban, cosa que hizo más difícil la manipulación de la caja estanco y la localización del terminal. Sobreexcitado, estaba convencido que llegaría a tiempo. Con el terminal en sus manos temblorosas, se fijó en la pantalla. «Número desconocido.». No le importó. Pulsó con determinación la tecla verde y antes de llevarse el audífono a su oído, contempló en la pantalla que la conexión con la llamada se había realizado. Los segundos empezaron a contar. Uno, dos, ...

No dijo nada solo escuchó con atención. Al otro lado, un sonido atropellado. No halló ninguna voz.

—¿Hay alguien ahí? —rompió el silencio. Su voz flaqueó.

Más ruido. Aunque esta vez sonó algo más fuerte.

—¿Quién eres? ¿Puedes oírme?

Bernie sujetaba el terminal con ambas manos y lo apretaba tanto a su oído, que se hundía en su piel. Quería sentirlo cerca. Aun así, no oyó ninguna voz. El ruido cesó al momento.

—Por favor, por favor, se lo ruego... —dijo lloriqueando—. Es una situación de vida o muerte. No cuelgue.

En ese momento la llamada finalizó. Tras oír el largo silencio absoluto, Bernie lo comprobó en la pantalla.

—Maldita sea. ¡Esto no está pasando! —gritó al unísono. Su alarido sonó

cómo un trueno en una tormenta.

Se quedó inmóvil. Llorando. Respirando atropelladamente como un niño pequeño. Abatido. Impotente.

—Si existes, Dios, no puedes hacerme esto. ¿Esta es la misericordia que tanto alababa mi padre de ti? Hazlo por él si no quieres hacerlo por mí. ¡Pero hazlo!

DÍA 7

LA LLUVIA ES DESPIADADA. Sin embargo, en esta ocasión prefiero luchar por mi vida en un partido de supervivencia contra una tormenta y un mar agitado, a verme las caras de nuevo con la sed implacable. Si muero ahogado lo haré convencido de haber hecho lo imposible, de morir luchando contra el medio que me retiene. Si lo hago deshidratado, estoy seguro de que perderé la cabeza antes. Mi vida pendiente de algo tan liviano como una lluvia. Una mísera lluvia que me devuelva un estado óptimo de salud y refresque el desierto.

Pasó los dedos por el surco hundido de madera. Una semana desamparado. Si bien se sentía la persona más desgraciada del mundo, por otro lado, sentía una recompensa de moral importante al haber sobrevivido a aquella semana infernal. Boca arriba en la embarcación, observó el cielo tapado. Ya había preparado el correspondiente recipiente por si la lluvia decidía aparecer. Ese era su principal objetivo. La tormenta despiadada, era algo que le había enseñado la furia de la naturaleza. Tenía claro que era devastadora. Descomunal. A pesar de ello, Bernie se veía relajado. Respiraba tranquilo. Parecía disfrutar allí tumbado mirando el cielo como si gozara de unas vacaciones. «Vacaciones en el mar.»

Su corazón se aceleró en cuanto pensó en Clarise. Entonces sintió su carótida latir con fuerza. La respiración se le aceleró. La última llamada de ella le había dejado consternado.

—Clarise...

Seguía sin recordar exactamente quién era. Pero si algo tenía claro es que aquel estado de preocupación, no se lo aportaba nadie en este mundo. Al menos que permaneciera vivo. Por tanto, sabía del cierto que era alguien importante por quien complicarse su existencia.

—¿Qué puedo hacer por ella? Nada. Absolutamente nada. ¡Mierda! — golpeó el suelo de la embarcación con su puño. La impotencia lo mataba. Quién sabe si acabaría con él antes que la sed y el hambre.

Observó el cuenco de agua y lo inclinó para concentrar la poca agua que le quedaba. Vertió todo el contenido en su boca seca. Esperó paciente hasta que cayó la última gota. Ya no quedaban más reservas. A partir de ahí, dependía del cielo. La sed era lo peor que había descubierto allí. Por encima de cualquier dolor físico, hambre, frío o calor. En el país de las miserias, reinaban sus labios resecos.

—Debo encontrar agua —dijo relamiéndose—. Pero también debo comer.

A pesar de su dieta a base de pescado, se notaba cansado. Tenía la constante sensación de perder gran cantidad de energía. Como si la fuerza se le escapara sin hacer nada. Seguramente se debía a la falta de vitaminas. Pero sobrevivía, que era lo que le importaba.

Después del agua, Clarise eclipsaba su tiempo. Debía encontrar tierra firme. Y debía hacerlo cuanto antes. Necesitaba pedir ayuda. No se le ocurría cómo salir airoso de aquello. Si ella estaba en peligro, necesitaba una respuesta rápida. Algún cuerpo de policía que pudiera actuar de forma inteligente, contundente y veloz. Proyectaba una y otra vez en su mente, la imagen de un grupo de agentes reduciendo a los secuaces. Liberándola. Eso le tranquilizaba durante breve tiempo. Aun sabiendo que no era más que su imaginación, le resultaba placentero pensar en positivo. Luego volviendo a la realidad, regresaba la desesperación.

—Si al menos supiera quiénes son semejantes desalmados que la tienen secuestrada. Esos hijos de puta que quieren acabar con nosotros. ¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

Por mucho que se estrujaba los sesos, no hallaba respuesta. Los flases de memoria que iba recibiendo le aportaban imágenes y escenas inconexas que ayudaban a la confusión. Era un proceso lento y arduo. La resaca de una descomunal borrachera se había convertido en un trauma de salud. Sentía una impotencia importante. Recordaba en esencia quién era, pero las lagunas en los últimos años de su vida lo desquiciaban por completo. El puzle se iba

armando muy lentamente. Estaba convencido que recuperaría la memoria al cien por cien, sin embargo, le preocupaba que fuera demasiado tarde cuando lo lograra.

Se sintió tan cansado que cayó abatido. Cerró los ojos

Sus labios sabían a frambuesa. Unos labios carnosos, color carmesí. Apetitosos hasta el punto de ser un deseo irrefrenable. Los besó una y otra vez. Como si cada vez que lo hacía, intentara descifrar el enigma que en ellos se ocultaba. Una vez más, y más dulce los sentía. Y otra. El caramelo se deshacía en su boca, y nunca tenía bastante. Su textura arrugada y el sabor de una saliva que se había convertido en pura droga para su ser.

Besó su mejilla. Luego el lóbulo de su oreja y acabó de forma intensiva en su delgado cuello. El aroma de un perfume embriagador le cautivó todos los sentidos.

Haría cualquier cosa para que aquel momento no acabara nunca. Sentir aquel cosquilleo continuo en su estómago. La necesitaba. La ansiaba como si aquel momento, justificara todo lo que había hecho antes. Así era de importante.

Observó su pelo rubio, a pesar de la penumbra que lo rodeaba. Acarició sus cabellos entre sus dedos. Su tacto suave y delicado le causaba una sensación placentera. La humedad de su pelo mojado le hacía sentir un contraste de temperatura. La sentía como nunca había sentido una mujer. Quizá fuera la única que había conocido. Quizá todas las que le habían llevado hasta allí, habían sido un camino de migas de pan hasta ella.

Se separó para gozar del placer de la vista. Quería verla gozar. Que ella clavara sus ojos verdes en él. Sin embargo, cuando lo hizo, sus ojos quedaron anclados solo en sus labios. Blanquecinos, delgados y finos como el papel de fumar. Estos se abrieron mostrando una dentadura irregular. Los dientes amarillentos y un negro espeso entre ellos.

—Sé cuál es tu secreto —dijo el nuevo rostro.

Cuando observó el rostro de su expleado Jake Manhattan, despertó de su sueño con violencia.

Sintió un sonido que apenas identificó. Un estruendo fuerte. Singular. «¿Un portazo?». Despertó del todo.

—¿Qué pasa? ¿Qué coño está pasando?

Un tirón en la embarcación lo tambaleó como un tentempié. Apenas le dio tiempo a asumirlo que otra sacudida le hizo perder el equilibrio por completo. Saltó por encima de la barca cayendo de bruces contra el mar agitado. Fue muy rápido. Al sumergirse, buscó con rapidez la superficie para respirar. Solo cuando calmó la ansiedad de sus pulmones, pensó con frialdad.

—Mierda —escupió agua—. Estoy en el...

Divisó la barca y nadó tan rápido como pudo. La alcanzó en tan solo un par de brazadas. Sin pensar en nada más, intentó subir a ella. Una y otra vez. Le entró el pánico cuando vio que no lo conseguía. Tras cuatro intentos en ese tiempo regalado, entendió que iba a ser pasto de tiburones. Ni siquiera se detuvo a tomar aire. Esperó recibir el estoque final de aquel animal bravío, hambriento, letal. Quizá en aquel instante de calma, lo tuviera a escasos centímetros de su pierna. Con sus fauces abiertas, a punto de asistirle el mordisco fatal. Por unos segundos se abandonó a una extraña paz que emergió entre el torbellino de nervios, adrenalina y terror que lo había sacudido. Fue un leve oasis en el desierto del pánico. Duró unos segundos. De pronto, algo se activó de nuevo en su mente volviendo a nacer las ganas de vivir e intentarlo una vez más. Pataleó con todas sus fuerzas y luchó. Lo intentó con ahínco. Ya estaba muerto. Qué más daba lo que hiciera. Se dejó toda su alma en el último intento.

Cuando se detuvo, reconoció el olor de la vieja madera. Estaba dentro de la embarcación. Sentía su cuerpo dolorido en exceso. Le dolían todos y cada uno de sus músculos. Tras la inspección ocular, se palpó el cuerpo para cerciorarse que estaba entero.

El océano estaba tranquilo. Todo en calma como si nada hubiera ocurrido. Embriagado por tanta paz, se relajó. Fue entonces cuando en un momento de lucidez, se percató que había perdido el hilo de pescar. Lo buscó por dentro del bote y luego por las proximidades, sin éxito. Se sintió contrariado. Había salvado la vida, pero el destino le había sentenciado a morir de inanición. Conocía bien aquella sensación de marioneta en manos del destino.

—Al destino le encanta jugar con sus víctimas. Es como un niño con zapatos nuevos. Cabronazo.

Otro golpe sacudió con violencia la barca. Esta vez, aunque de improvisto, aguantó bien la embestida. Lo suficiente como para intentar descifrar de donde había venido. Agarrado en la embarcación, contempló el mar calmado. Por babor y estribor.

—¡Ahí estás! —dijo elevando la voz—. Maldito bribón insistente.

Aunque en un primer momento pensó en Frankie, la gran aleta dorsal que emergió del agua le hizo declinarse. «Algún hermano mayor, o quizá alguno de sus padres. Pero no es Frankie.». Aquel bicho mediría de cinco a seis metros. Un auténtico monstruo. No le costó imaginar el tamaño de sus dientes afilados, y, por consiguiente, el hambre voraz de su estómago.

—Tú no eres Frankie. ¿Quién coño eres? ¿Quién te ha invitado a esta fiesta? ¡Lárgate de aquí, capullo!

Regresó el silencio y la calma, y con ello, el miedo. El valor de su fácil palabrería se fue disipando segundo a segundo. Quizá gritar, no había sido demasiada buena idea. Cuando aquel animal volviera, y estaba prácticamente seguro de que lo haría, lo haría pedazos. Con tal envergadura, lo haría saltar por los aires, y antes que se diera cuenta, echaría en falta un brazo, quizá una pierna, quizá la mitad de su cuerpo. O todo ello.

—Por favor, Dios —susurró cerrando los ojos—, no dejes que eso ocurra. No quiero morir así. No puedo morir todavía, ya lo sabes. Madre, ayúdame si me oyes desde el cielo. Convéncelo para que vele por mí. Que interceda en toda esta maldita tragedia. Si he llegado hasta aquí, no es para morir en sus fauces. Debo sobrevivir.

Apretó con fuerza sus manos entrelazando los dedos, cuál postura de los rezos de fieles seguidores de la única religión en la que se había visto inmerso. A la vez que mordió la moneda que sostenía entre sus dientes a modo de paño para paliar el miedo.

—Oh Dios, ten piedad.

El ambiente podía cortarse entre ambos hermanos, a pesar de que la música de los ochenta sonaba fuerte en la discoteca, y a pesar de las cien personas que los acompañaban bailando y bebiendo en el mismo local. Le había costado dos horas localizar a Jeff por todos los pubs de la ciudad que frecuentaba. Finalmente lo había encontrado en el segundo piso. En la sala VIP.

—¿De qué vas? —dijo Bernie empujando a su hermano con un golpe en el pecho.

Jeff le devolvió una mirada dura.

—¿Estás tonto, Ber? Te estás poniendo así por una maldita tontería. No me lo puedo creer. Eres gilipollas, tío. Pero gilipollas de remate.

Jeff devolvió el empujón incrementando la fuerza.

—Quizá a ti te parezca normal el hecho de robar el coche al viejo y desaparecer durante todo un fin de semana, pero a mí no. Me parece patético. No solo por apropiarte de lo que no es tuyo, sino porqué nadie sabe de ti.

—Vamos, Ber, ¿tienes veintitrés años o setenta y tres? —se echó a reír ante sus amigos.

—Lo que es seguro, es que tengo más uso de razón que mi hermano mayor. Esa es la cruda realidad. Triste, pero es la verdad. No sé quién te has creído que eres, pero ésta es la última vez que haces algo así, te lo aseguro.

—Claro, papá. Lo que tú digas —cogió su combinado de cola y ron, y se giró hacia sus colegas—. Propongo un brindis por mi hermanito. No es fácil

ser como él. Un tío joven aparentemente, pero a la vez el más viejo en todo el estado de Oklahoma.

—Eres un caso perdido —dijo Bernie emprendiendo el camino de salida hacia las escaleras.

—Habré salido al viejo —dijo subiendo el tono de voz—. Hasta tu hermana tiene más cojones que tú. Eres una mierda, Ber. Deberías disfrutar de la vida, pero si no lo haces, no amargues la de los demás. ¿Te queda claro? Acabarás como mamá, encerrada en casa.

Bernie sintió un calor sofocante en su interior. Sin pensarlo, sintió que sus piernas y brazos se ponían en marcha. Como un miura se abalanzó sobre su hermano y lo agarró por el cuello de la camisa blanca ceñida.

—¡Ni la nombres! Eres un capullo integral, tío.

—Suéltame, hermanito —dijo sonriendo—. Vamos, Ber, enróllate esta noche con alguna tía y relájate. ¿Quieres un tiro? Jessie seguro que te puede dar algo para que te metas en el lavabo.

—Drogata de mierda —dijo soltándolo y volviendo a la escalera de salida.

Jeff le sorprendió por detrás.

—No me des la espalda, enano —dijo con rabia mientras lo agarraba por el hombro—. ¿Cuál fue la última con quién te acostaste? ¿La furcia de Lana?

Bernie se giró hacia él. Hizo un esfuerzo por contenerse.

—Oh no, fue aquella otra. ¿Cómo se llamaba? ¡Lilly! —se carcajeó observando a sus amigos ebrios—. Aquella rubia la chupaba bien. Lo sé por qué días después de estar contigo, me la tiré varias veces.

Bernie no pudo contener su rabia. Lo agarró con fuerza. Tan desproporcionada que hizo que Jeff dejara caer el vaso al suelo. Se rompió a pedazos, aunque el estruendo quedó eclipsado por el volumen de la música. Lo sujetó por el cuello de la camisa y tras zarandearlo hacia la escalera, hizo que éste volará por encima de la barandilla de la escalera, quedando la mitad

de su torso por el exterior de ésta.

—¿Qué haces? —gritó Jeff.

Bernie permaneció sordo a sus palabras. Lo miraba fijamente. Una mirada dura y huérfana de cualquier emoción. En ese instante, valoró si seguir sujetándolo para que no cayera al piso de abajo, o dejarlo caer a su suerte. Permaneció bloqueado durante largos segundos.

—¡Súbeme, Ber! ¡Ayúdame!

Permaneció inmóvil hasta que dos de sus amigos reaccionaron y lo auxiliaron. Entre ambos, consiguieron que recuperara una postura correcta. Cuando recuperó el aliento, regresó hacia Bernie.

—¡Estás loco! —gritó.

Jeff seguía con su larga lista de impropiedades cuando Bernie abandonó el local. Tan solo acompañado por la culpa, la vergüenza y la incredulidad de lo que había estado a punto de hacer.

EL TIEMPO NO PASA CUANDO no hay nada qué hacer. Incluso se detiene por completo cuando hay sufrimiento y malestar. Tiene una capacidad exquisita por manipular el porvenir de todo. Cada hora se me lleva un pedazo de mí. A cada minuto que pasa, me arranca un trozo de alma. Puedo notarlo. Es como el fuego que quema eterno. Nunca termina. No se puede apagar, ni tan siquiera con agua bendita. Lo consume absolutamente todo. Lo nuevo y lo viejo. Lo maduro y lo joven por igual. El tiempo me engulle, y no puedo hacer nada por evitarlo. Mi momento pasa y ni siquiera he sido consciente de ello, hasta ahora, que ya es tarde para todo.

Se fregó el rostro con ambas manos. Con fuerza. Sin miramientos. Ganando en rojo alrededor de sus ojos maltratados. Si lo que veía no era una ilusión, una embarcación venía a su encuentro. Aparentemente vacía.

Remó con la madera que aún conservaba. Apenas hizo caso al cansancio de sus delgados brazos. La embarcación solitaria se mantenía a la misma distancia. Apenas lograba avanzar hacia ella. Insistió con más brío. Si de algo podía presumir era de ser un perseverante testarudo.

Siguió remando. Y siguió.

Cuando la alcanzó, echó un vistazo. Estaba vacía. Le pareció una réplica exacta de la suya. Saltó a su interior. Desconocía su flotabilidad, así que lo hizo con precaución. Todavía guardaba presente el recuerdo de la embarcación hecha trizas. Suspiró relajado al comprobar que lo sostenía bien. Por nada del mundo quería regresar a aquellas aguas. Por la mañana había tenido de suficiente ración húmeda de terror.

Recobró el equilibrio y husmeó por toda la superficie. Un par de dedos de agua inundaban el piso.

—Algún poro en su fondo o puede que agua de lluvia.

Lo comprobó. Tras mojar sus dedos, saboreó la sal. Hubiera sido una suerte encontrar una embarcación repleta de agua dulce que beber.

No encontró nada más. Hasta que pensó en lo que no se veía. El compartimento oculto. Golpeó las maderas, una a una, hasta encontrarlo. Era igual que el suyo. Retiró la tapa de un leve golpe, y extrajo todo su contenido. Lo primero en lo que se dio cuenta, fue que aquella no había sido siempre una embarcación fantasma. Aquel compartimento había sido manipulado por alguien. Alguien que misteriosamente, había desaparecido.

Tal y como entró en casa, tiró las llaves y encendió todas las luces a su paso. Respiraba ajetreado y aunque contenía los nervios, se notaban en sus movimientos repentinos. Se movía de forma caótica y debía retroceder en sus pasos cada vez que el instinto gobernaba sus decisiones. Entró en la primera habitación, pero no encontró a nadie. La casa parecía vacía.

Cuando llegó al comedor su miedo más atroz se hizo realidad. Allí estaba. Tirada en el suelo completamente inmóvil. Se le heló la sangre.

—¡Madre! Madre, por favor. No, no...

Se tiró al suelo y levantó su cabeza.

—Madre, respira por favor. No me puedes dejar. Sé que me oyes. ¿Mamá?

Golpeó suavemente su mejilla. Luego la zarandéó con más fuerza.

Entre los diversos objetos que encontró dentro del bidón, no había comida. Sintió una frustración importante. También echó en falta el chaleco salvavidas. No le costó imaginar que el propietario de la embarcación, posiblemente lo llevara puesto en el momento en que desapareció. Separó las bengalas y el botiquín. Pero se sintió especialmente afortunado cuando encontró el hilo de pescar. Estaba usado, pero en buen estado. Volvía de

nuevo a tener medios para conseguir comida. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Entre todo, encontró algo que le hizo despertar su ingenio. Un trozo de espejo figuraba entre el conjunto de supervivencia. A pesar de que al principio no imaginó que hacía allí, supuso con posterioridad que se trataba de una herramienta más para poder hacer reflejos a modo de aviso. Sin embargo, su ingenio no apareció por esa razón. Otra fue la inquietud que le causó emoción.

Lo primero que hizo fue reflejar su rostro en él. Se sorprendió de ver la barba que adornaba su mandíbula. También la delgadez que mostraba. Se tocó los pómulos y nariz más puntiaguda. Las facciones se le habían accidentado. Aunque lo que verdaderamente le causó impresión, fue el tono negro de su piel. Jamás había estado tan moreno. Daba la sensación como si se hubiera embadurnado con restos de carbón. El blanco de sus ojos destacaba especialmente. Un lienzo singular dónde todo eran ojos y dientes.

Partió el espejo en dos sujetándolo en sus delgadas manos. Tuvo suerte de no lastimarse. Lo que menos necesitaba en aquel momento era un reclamo para los depredadores que lo acechaban. Sujetó el primer trozo a la altura de sus ojos y el segundo se lo llevó con la mano derecha hasta lo más atrás que pudo de su cabeza. Cuando procesó la imagen brindada por el juego de espejos, apenas pudo detener el temblor en sus extremidades. Cerró y abrió varias veces los ojos para comprobar que su mente no le engañaba. Permaneció en aquella postura pensando, hasta que su brazo derecho empezó a temblar por la mala postura. Descansó unos instantes y repitió la operación hasta cinco veces más. Finalmente se sentó en el suelo de la embarcación, exhorto de todo e intentó serenarse.

Cuando recobró la compostura al cabo de varios minutos, volvió de nuevo al espejo. Esta vez intercambió los brazos. La imagen fue exactamente la misma. Sabía que algo en su espalda le había incomodado durante todos los días. Lo que no sabía es que aquel daño infligido, guardaba un sentido más allá del dolor. La imagen reflejada en aquel espejo no daba lugar a dudas. Lo que empezaba siendo unos trazos marcados a sangre en su piel, cobraba un sentido más amplio en el momento en que advirtió su totalidad. A pesar del exceso de horas de sol, la zona permanecía todavía enrojecida. Lo que en un

principio parecían hendiduras a punta de navaja, rajas profundas en relieve en sus omóplatos, se terció la escritura de algo más complejo.

Apartó el espejo para ganar una visión más general. Allí estaba. Dos números lucían a fuego en su accidentada espalda. Números que, a pesar de leer del revés, los entendió bien. Cuarenta y tres. Ese era el causante de su dolor.

Estirado en la cama matrimonial, al lado de ella, le pareció que no había otro lugar en el mundo mejor en el que estar. Clarise fumaba un cigarro de tabaco rubio. Y hasta la expiración del humo, le resultó sensual. Ambos desnudos en la cama respetaron un silencio que les ayudó en cierta manera, a digerir aquellos momentos de embriaguez absoluta. Momentos antes, habían disfrutado por primera vez, uno de la piel del otro. Habían descubierto su forma de jadear. El placer de un encuentro furtivo deseado repleto de lujuria. La fragancia de sus cuerpos todavía impregnaba las sábanas blancas y sudorosas. Ella pellizcaba las sábanas entre sus dedos, en un acto involuntario de calmar su ser. Bernie contemplaba a escasos centímetros de su cuerpo, la absoluta perfección de sus senos, sus piernas, su cadera apetitosa.

Cuando Clarise se levantó para tomar una ducha, aprovechó para observarla de espaldas. Desde el primer momento que la vio, pensó que era una mujer bella. Lo que no imaginó fue que tendría un cuerpo tan perfecto. Su melena pelirroja al aire, su tez albina y esas formas perfectas que sabía contornearse bien. Había estado con tantas mujeres antes, pero ninguna había sido ella.

Desapareció detrás del cristal translúcido de la mampara de la ducha. Sonó el agua caer. Y quedó hipnotizado por sus movimientos reiterados en su danza bajo la lluvia de agua.

SI HUBIERA NACIDO para estar en el agua, hubiera nacido con agallas. Si hubiera nacido para volar, provisto de alas. En nuestro afán por ser los mejores en todos los medios, nos inventamos alas con que planear y pulmones sintéticos con los que respirar. Pero a pesar de ello, seguimos siendo los frágiles humanos acostumbrados a quedarse arraigados en un espacio delimitado, viviendo con excesos, y haciendo el mínimo esfuerzo. Así que, cuando un tipo cualquiera como yo, se encuentra en un medio insólito en condiciones imposibles, luchando contra todo lo que le rodea, uno piensa si ha valido la pena tanta evolución, tantos siglos de supremacía. La historia puede respaldarnos, pero cuando eres el protagonista, te das cuenta de que la historia no es más que una patraña inventada por nosotros. ¿De qué sirve hacer historia? No malgastéis vuestro tiempo, ya lo hago yo, que de tiempo tengo. No sirve para nada.

Se aseguró que las dos barcas se mantuvieran atadas con el cabo que había pasado. Apretó el nudo tanto como pudo. De esa forma ganaba en estabilidad. La suma de las dos superficies, le otorgaba más seguridad. No solo ante tormentas y aguas turbulentas, sino también ante depredadores de gran tamaño. Al menos se lo pondría algo más difícil. No sería un bocado fácil. Si bien esa era la parte positiva, lo malo es que, para arrastrar las dos barcas, debía hacer mucho más esfuerzo al remar. Por ese motivo, dejaba que ambas embarcaciones le llevarán donde ellas quisieran.

Inmerso en sus pensamientos había lanzado el hilo de pescar. Contemplaba la tranquilidad del mar cuando a lo lejos, vio algo extraño en el paisaje. Algo que no le encajó en tanta masa azul. Al principio creyó que se trataba de un espejismo. Un engaño de sus ojos cansados que se burlaban de él con una nueva treta. A medida que fue aproximándose, tuvo más claro que aquello era real. A escasos quinientos metros, la arena blanca se amontonaba formando un montículo por encima del nivel del mar.

—¡Una puta isla en medio de la nada! No puede ser verdad —gritó emocionado.

Por fin la suerte le sonreía. Recogió el hilo de pescar sin nada más que el anzuelo en la punta, y con el tablón de madera, remó con todas sus fuerzas hacia la isla. La envergadura de las dos embarcaciones hizo que sus brazos se fatigarán. Pero siguió remando sin parar. Su nuevo destino le brindó fuerza.

Cuando llegó, le faltó tiempo para bajarse. Sin asegurarse de nada, en el momento en que el bote quedó frenado en la arena, puso sus pies en la tierra firme para sentirla en su piel. Sintió cada uno de los granos en su planta. Apenas recordaba aquella sensación. Hasta se sintió extraño al no percibir el vaivén continuo en su equilibrio. Sintió una sensación de mareo que desapareció a los pocos segundos. Clavó las rodillas de golpe en el suelo e hizo lo que tantas veces había visto en películas, besó el suelo. Agarró un par de puñados de arena y los dejó caer con un chorro constante cuál reloj de arena. La curiosidad de explorar aquella nueva tierra le embagó por completo.

Levantó la vista y sintió una sensación a la que en la última semana se había acostumbrado en exceso. Sintió el extraño cosquilleo de lo imposible. Ese sentimiento de descomposición mental como si el puzle de todos sus conocimientos y recuerdos, no sirvieran absolutamente para nada ante tales situaciones kafkianas. Aquella vez, era otra más. Ante la incredulidad de sus ojos, contempló la isla al completo. No fue difícil, pues la extensión de semejante superficie se concentraba en apenas diez metros cuadrados. Aquello le golpeó fuerte su razón. «Encuentro una isla desierta y es un islote diminuto. Por el amor de Dios, apenas puedo andar en él.».

Pero lo hizo. Pisó cada centímetro de aquella superficie. Tan solo tuvo que esquivar dos solitarias palmeras que emergían de aquella tierra albina. Por el grueso de sus troncos, eran un par de ejemplares jóvenes. Quizá no tuvieran más de veinte años. Puede que esa fuera la edad de aquella isla emergente en el desierto de agua.

Mientras todavía maldecía su suerte, echó un vistazo a la copa de sendos árboles. Por fin iba a tener algo de fortuna. Ascendió por el tronco de la que le pareció más recia. Si bien pensó que no sería una tarea imposible, tampoco

imaginó que le costaría tanto. Se clavó varias púas en las manos, pero siguió. Superar el umbral del dolor era su día a día. Fue más embarazoso cuando estando a mitad de altura de su objetivo, cayó a plomo contra la arena. No se hizo gran cosa, pero le dolió en el orgullo. Caer sobre arena blanca de espaldas, no era lo peor que había experimentado en aquella aventura.

Se quedó estirado en el suelo observando las hojas de la palmera y el cielo azulado. Poco a poco respiró mejor hasta que el dolor del impacto desapareció. En aquel momento, cerró los ojos e intentó proyectar una imagen distinta en su cabeza. Intentó pensar que las condiciones de su retiro vacacional eran diferentes. Imaginó que por decisión propia se había apartado del mundo buscando paz para meditar sobre su vida. Cuán importante podía ser eso. Cuanto saber quién era realmente y quién quería llegar a ser. Cuestionar todos los actos, todas las decisiones tomadas desde el prisma de la experiencia propia. El hecho de haber sido bueno con los demás, tener en estima a todos aquellos que le rodeaban. El amor.

Siendo sincero con él mismo, sabía que estaba lejos de todo eso. En las antípodas de la persona que debía ser. No necesitaba tener la memoria muy lúcida para saberlo. Sabía que no siempre la suerte le había sonreído en esta vida. Que había tenido que hacer cosas malas para llegar donde estaba. Esa clase de cosas que a uno le acaban pasando factura tarde o temprano. Que nunca olvida.

Volvió a intentar de nuevo su gesta. Esta vez con más cuidado. Sabía las consecuencias de un mal paso. Aún sentía el pinchazo agudo. Cuando llegó a la copa, se hizo con uno de los cinco cocos que encontró. Lo dejó caer desde arriba. Resentido de sus fuerzas, descendió para asegurarse de no volver a caer.

Ya con el fruto en sus manos, lo observó con admiración. Lejos de encontrar el coco tal y como él esperaba, tenía entre sus manos un fruto más parecido a una pequeña sandía que a un coco peludo. Se sintió ignorante. No solo por el hecho de desconocer cómo era esa fruta tan común, sino también por el hecho de desconocer completamente como iba a abrirlo. Con un machete hubiera sido fácil. Semejante manjar hacía que se lo humedeciera la boca solo de pensarlo. Que era tremendamente fuerte, lo sabía. Primero debía deshacerse de la primera capa. Luego vendría la parte más difícil. Ese

cascarón duro y peludo que recordaba.

Lo golpeó contra el tronco de la propia palmera. Ahí fue cuando se dio cuenta de la difícil tarea que le acontecía. Repitió la operación con más dureza. Una y otra vez hasta que por fin consiguió algo. Se resquebrajó por uno de sus lados. Luego hundió la punta de sus dedos por la hendidura e intentó hacer fuerza para abrirlo del todo. Se lastimó los dedos intentándolo varias veces.

Aquello conservaba una resistencia única. Lo volvió a estrellar contra el tronco tantas veces que finalmente la capa que lo recubría acabó por abrirse. Tal y como había sospechado, ahora sí que mantenía en sus manos el coco que recordaba. Lo estampó varias veces siguiendo la misma operación exitosa. Sin embargo, poco consiguió esta vez. Recogió tantas veces el coco de la fina arena que se sintió excesivamente cansado. Demasiada era la energía que perdía con todo aquello. Solo su ofuscación de hambre, sed y el hecho de ingerir algo distinto, le consiguió las fuerzas necesarias para seguir intentándolo.

Cuando se partió, un líquido blanco emanó de su interior. Bernie se apresuró en llevárselo a la boca. Aquel líquido preciado era rico en nutrientes. Lo sabía. Saboreó todas y cada una de las gotas que pudo exprimir.

Acabar de romperlo fue fácil. A la segunda vez que lo estampó contra el tronco, se partió por la mitad. La carne blanca se apelmazaba por las duras paredes del fruto. Las extrajo con sus uñas, y en un santiamén, tenía la boca llena. Por fin algo en su estómago que no fuera pescado crudo y barritas energéticas.

Cuando terminó, se sentó en la cálida arena reposando su espalda en la base del tronco. Desde allí, contempló las dos embarcaciones, y de fondo, el paisaje que tanto había aborrecido. Sin apenas darse cuenta se quedó dormido.

Al salir de clase de dirección estratégica, se dirigió como solía hacer siempre, al césped de la facultad. Era algo que le recompensaba. Estirado al

sol repasando apuntes, leyendo un libro o simplemente entreteniéndose observando sus compañeros de universidad. La hora del recreo merecido. En esa ocasión, tras una dura mañana de sesiones interminables de economía avanzada, auditoría y consolidación de estados financieros, decidió no hacer nada. Tumbado al lado de su mochila, se tumbó y cerró los ojos mientras se dejó aplacar por el sol.

En plena abstracción matutina, una sombra le devolvió a la conciencia más terrenal. Abrió un ojo para comprobar que, en efecto, alguien se había interpuesto entre el astro y el placer de sus caricias.

Se incorporó.

—¿Qué ocurre? —dijo con voz quebrada.

Hasta que sus ojos no se adaptaron al exceso de luz, no pudo comprobar de quién se trataba. Su falta de respuesta no ayudó en su identificación. Reconoció la silueta de un hombre.

—¿Qué quieres?

Al principio no relacionó aquel rostro que le resultó conocido. Barba de cuatro días, piel oscura y facciones marcadas. Hasta que no se fijó en sus ojos, no lo reconoció. Una mirada sensible en un ojo. En otro, la esterilidad extraña.

—Logan... ¿eres tú?

—¿Quién podría ser sino? —sonrió—. Esto tan repleto de jóvenes y no te veo con demasiados amigos que digamos. Nunca cambiarás.

Bernie se levantó y abrazó con fuerza a su amigo.

—¿Qué haces aquí, tío? —dijo Bernie—. Te hacía en Illinois. Acabaste en la Universidad de Chicago, ¿verdad?

—¿Te extrañas que te haya venido a ver?

—Al contrario, deberías haber venido antes —dijo golpeándole el hombro

—. Has esperado al último año de carrera. Ya te vale.

—La verdad es que, al igual que tú, he ido muy ocupado en todo este tiempo. Fiestas aparte, la universidad de Chicago es un portento en lo que a investigación se refiere. Me lo he pasado en grande. Estoy pensando seriamente en quedarme a trabajar allí.

—Me alegra oír eso. Te has convertido en un hombre de provecho —sonrió. Bernie había notado una clara diferencia en su acento. Hasta le pareció un hombre más culto—. Ahora te has convertido en un norteamericano clasicista.

—Nada más lejos —devolvió la sonrisa—. Lo cierto es que añoro esta tierra. De ahí esta visita sorpresa.

—Me alegro de que sea así. ¿Te apetecen un par de cervezas?

—¿Has acabado ya?

—Ahora que estás aquí, sí —lo agarró del hombro—. ¡Vamos allá! Me tienes que poner al día.

Cuando despertó, lo hizo sin saber exactamente dónde se encontraba. Después de tantos días y noches en continuo movimiento en alta mar, se le hizo extraño permanecer quieto.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentía un peso importante en su estómago. La ración de coco le había sentado bien. Desentumeció los músculos estirándose, y cuando se vio preparado de nuevo, ascendió a la palmera en busca de otro. Había hallado la manera de hacerlo bien y esta vez, lo hizo más rápido. Desde lo alto de la palmera dejó caer uno a uno, todos los cocos. No quedó ninguno. Cuando lanzó el último, y éste se hundió en la arena como los demás, algo brillante llamó su atención. Algo que a pesar de que no veía desde su altura, dedujo que se trataba de algún metal. Cuando descendió, lo primero que hizo fue dirigirse hacia el punto exacto donde lo había avistado. Apartó la fruta y con ambas manos, retiró la arena que lo cubría con cuidado. En cuanto lo desenterró, apenas dio crédito a lo que veía.

Entre sus manos alzó un crucifijo.

—¿Esto es una señal? Porque sí lo es, es muy sutil. Vamos, ¿no puedes ser algo más original?

Aunque al principio se lo tomó en broma, pensó en ello. Encontrar una cruz cristiana enterrada en un islote diminuto en medio del mar, como poco, era escasamente improbable. Si alguien la había dejado allí a conciencia, quizá fuera una de las mejores noticias de las que últimamente había recibido. Ese alguien, fiel creyente, habría dejado la cruz como símbolo de gratitud a su religión. Eso significaba que, básicamente, había sido liberado de su prisión.

La sujetó entre ambas manos y la olfateó percibiendo tan solo olor a metal. La observó con más detalle. En sus puntas, el óxido había empezado a hacer mella. Entendió que se trataba de un metal de baja calidad.

—Seguro que no es de la colección del Vaticano. Sin incrustaciones de piedras preciosas y baños de oro.

En aquellos momentos de cruda desesperación, Bernie había optado por entrar en la iglesia. De hecho, había tenido que hacer un gran esfuerzo, recabando dentro de su alma el valor necesario para hacerlo. Entrar en la casa del Señor no era precisamente algo que le agradara. Si lo hacía en aquella ocasión, era porque no tenía más remedio. Entró en aquella sala solemne, enorme y adornada en exceso. Sus pasos resonaron mientras atravesó el pasillo central. Contó cuatro personas en su interior. Todos en riguroso silencio, con las miradas perdidas en el infinito. La casa de la esperanza. Si deseabas encontrar imposibles, aquel era el sitio perfecto. Por eso estaba allí.

Se acercó hasta llegar a la primera fila. Tras observar el gran crucifijo que presidía la sala, se decantó hacia el banco de la izquierda y tomó asiento. Cabizbajo, pensó en todo. Aunque solo había una cosa que se mantenía constante y clavada en su conciencia. Su madre. Rezó por ella. Rezó cómo pudo y de mil maneras distintas. Mentalmente dijo todo aquello que le vino a la cabeza. Suplico, prometió, chantajeó, amenazó, volvió a suplicar, y hasta se le escaparon lágrimas de sus ojos cuando pensó que el final de toda su

amargura podía significar la pérdida de la única persona que realmente lo había amado.

—¿Qué le ocurre, hijo? —dijo el cura que se le había acercado sin darse cuenta.

Tomó asiento a su lado.

—Se muere...

El cura suspiró.

—La pérdida de un ser querido, es una prueba en vida de nuestro Señor, para restablecer y reforzar nuestros vínculos con la fe.

—No lo comprende. Le digo que se muere. Mi madre se muere.

El párroco dispuso su mano encima del hombro de Bernie. Y éste con una reacción rápida, le hizo un gesto para quitárselo de encima.

—Le comprendo, hijo. Estás en el sitio correcto. No es sino aquí, donde más cerca se está del cielo. Aquí puedes recibir la ayuda que necesitas. Puedes pedirle a nuestro Señor que acompañe a esa persona para llegar estar a su lado.

—Déjeme. Lo único que quiero es que siga a mi lado. La necesito. No puede irse. Si Dios existe no permitirá que eso ocurra. Debe vivir.

—Los designios del Gran Maestro no pueden ser tan fáciles y escrutables. Vivimos y morimos, esa es la gran verdad. Lo que de verdad importa, hijo, es qué hacemos mientras estamos en vida, y cómo seremos recordados cuando ya no estemos. Si lo imposible, no es posible a veces, debemos hacer lo que está en nuestra mano. Su madre estará a la vera de nuestro Salvador. Eso debería de otorgarle paz. ¿Es usted creyente?

Bernie se secó las lágrimas de sus ojos y lo miró fijamente.

—¿Creyente, dice? Yo solo creo en aquello que me demuestra que, realmente, vale la pena creer.

—Eso no es fe, joven.

—No lo es. La vida no es cuestión de fe. Nacer no es cuestión de fe. Vivir no es cuestión de fe. Morir tampoco lo es. Vivir, solo es cuestión de supervivencia. Solo el más fuerte sobrevive. No es quien tiene mayor credo. No es quien cree en una religión, o en otra, o en ninguna. Es quien no enferma. Es quien tiene fuerzas para seguir respirando. Quien lucha, y gana.

—Entonces, si cree tan firmemente en eso, ¿Puede decirme porqué está aquí? Si tan claras son sus convicciones, ¿qué le ha traído a rezar hoy en esta humilde Casa?

—No ha sido la fe, padre, ni su clemencia lo que me ha hecho entrar aquí. Lo que me hace estar aquí sentado a su lado en frente de esta original decoración, es la desesperanza, el odio y la impotencia. La injusticia. La desesperación. No vengo a rogar a su Dios, que es el mismo que adora mi madre en su lecho de muerte. No vengo a eso, señor. Claro que no. Vengo a pedirle explicaciones.

Se despertó sudando pensando en su madre.

—Gracias madre, por este descubrimiento que me ha hecho volver en sí. Necesitaba estar en tierra firme —se besó la mano y se llevó la cruz al pecho dándose un leve golpe.

Se sentó en la arena y notó algo molestarle en sus posaderas. Una rama. Cuando intentó retirarla hacia el lado, advirtió que se anclaba con fuerza al suelo. La observó para comprobar que se trataba de la raíz de la propia palmera, pero se equivocó. Su instinto de supervivencia hizo que lo soltara de inmediato y se apartó de un salto.

—¡Qué demonios!

Tenía forma de rama, pero no lo era. Aquello era un hueso. Todavía guardaba restos adheridos en descomposición. Pero lo que más le angustió, fue que, sin duda, era humano. Lo que quedaba de un brazo.

Se levantó dando un paso atrás mientras se sacudía las manos entre sí.

—¡Joder! Sí, es un puto brazo. ¿Cómo narices ha llegado hasta aquí?

Volvió a aproximarse al cabo del rato mirándolo desde la distancia.

—Vamos Bernie, es el brazo de alguien que ya está muerto. No te va a hacer nada —se alentó.

Desenterró el hueso hasta descubrir una mano. Luego, haciendo de tripas corazón, buscó el torso del fallecido. Al hacerlo, descubrió una tela que permanecía recubriendo lo que quedaba del cuerpo. Aunque algo deteriorado, todavía guardaba cierto estado de conservación. Pensó que la arena habría ayudado a que así fuera.

Se ayudó de la camiseta tirando de ella para desenterrar el cuerpo. Cuando llegó a la parte más delicada se detuvo. El cuello todavía conservaba gran cantidad de carne. La parte superior se conservaba mejor que lo que había descubierto hasta entonces. Entrecerró los ojos cuando fue cayendo la arena que escondía su rostro. Cuando contempló la cabeza entera del individuo, tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar. El estado en el que se encontraba había golpeado fuerte su estómago. En dónde debían aparecer sus ojos, que esperaba hallarlos cerrados, solo había dos agujeros negros que parecían no tener fin. Alrededor de ellos, la carne se apelmazada sin sentido. Carne blanca, podrida y llena de arena que se adhería como moscas a la miel. El olor de aquello se le metió muy adentro. Era repugnante. Nunca había sentido algo parecido. En lugar de su boca, observó su dentadura. Ésta permanecía abierta mostrando el interior oscuro y descompuesto de su ser. Supuso que se trataba de un hombre por su ancho y facciones duras.

Al cabo de un rato de estar con su compañía silenciosa, fue asumiendo la impresión. El cuerpo permanecía enterrado. Ya eran dos, los que, tumbados en aquella arena, tomaban el sol. No solo tuvo la valentía de acercarse al cadáver, sino que además se atrevió a desnudarlo. Le había extraído la camisa desgarrada que vestía, y revisado todos los bolsillos en busca de cualquier cosa que fuera útil. De esa manera había sido como había encontrado algo de sumo valor. Un lápiz y una nota.

Mientras dejó secar la camisa remojada repetidas veces en el agua de mar, colgada en las ramas de la palmera, leyó la nota.

—Soy Norman Bing. He perdido la cuenta de los días que llevo en esta isla. Desconozco en la fecha en la que estamos. Solo sé que tengo frío, calor, hambre y sed. No sé cuánto tiempo aguantaré. Noto un dolor fuerte en los pulmones al respirar. Puede que mi muerte esté cerca. Puede que muera en este metro cuadrado. Solo. Abandonado. El destino de un superviviente. Aunque todavía guardo esperanzas. Sigo aquí.

Bernie reflexionó en todas y cada una de sus palabras póstumas. Le impresionó. Aquella era la primera conversación que tenía con alguien en mucho tiempo. Y aunque no había podido contestarle, quizá iba a ser lo más cerca que estuviera nunca más de una persona.

—Siento llegar tarde, Norman. Quizá si hubiera llegado antes nos hubiéramos conocido. La soledad hubiera sido distinta. Siempre lo es cuando es compartida. Lo siento, amigo.

Cuando empezó a anochecer, Bernie había enterrado de nuevo a su flaco amigo. Antes, lo había desprovisto de sus pantalones, que ahora lucían en lo alto de la palmera secándose.

Ayudado de su navaja multiusos, había cortado algunas ramas de palmera con las que se había fabricado una improvisada manta para pasar la noche. Se le iba a hacer muy extraño pasarla acomodado en algo más confortable que una dura tabla. Pero estaba dispuesto a hacer un esfuerzo. Aquella noche estrellada, en suelo firme, iba a ser como volver a disfrutar de un hotel cinco estrellas. Había bebido, comido, e iba a disfrutar de un lecho suave.

—¿Qué más puedo pedir? —dijo en voz alta tras grabar su nombre en el tronco de la palmera. Para ser la primera vez que grababa sobre tronco de palmera a mano alzada, se podría decir que no le había quedado del todo mal. «Un auténtico artista.»

Cerró la navaja y la introdujo en la caja estanca que había guardado a su lado para mayor seguridad. Había atado ambas embarcaciones al árbol. No quería arriesgarse a despertarse prisionero en aquella diminuta isla. El destino

de su amigo Norman estaba muy presente en su memoria.

Agarró la nota de papel y la leyó de nuevo. Le dio la vuelta y armado con su lápiz, se dejó llevar por sus emociones.

—Creerás que estoy muerto, y puede que cuando leas esto, lo esté...

Los botellines de cerveza se acumulaban en el centro de la mesita redonda donde ambos amigos seguían bebiendo y charlando sin parar. Todas las mesas del bar presentaban la misma decoración. Parecía una competición por ver quién conseguía más. Aún estaban lejos de la ganadora, pero llevaban buen ritmo.

—¿Rompiste con Rose? —dijo Bernie sorprendido.

—Todo tiene su fin —dijo Logan tras echar un largo trago. Fue como si ganara tiempo para pensar su respuesta—. Lo nuestro hacía varios meses que se había terminado. Ir a vivir con ella fue un mal paso. Aunque debo decir que la experiencia, fue enriquecedora.

—¿A qué te refieres?

—Más allá del tema emocional y la corta convivencia de tiras y aflojas, algo más importante fue lo que aprendí. Empezó como algo fortuito, pero con el tiempo se convirtió en algo verdaderamente importante. Casi una obsesión que hoy aún mantengo.

—¿De qué hablas? —dijo Bernie claramente intrigado.

—Fue la primera persona que me habló del secreto. Su existencia.

Bernie se quedó perplejo.

—No entiendo de qué me estás hablando. ¿Un secreto?

—Uno no, el único —sonrió—. ¿Estás seguro de que quieres que te lo cuente?

—Si lo haces, dejará de ser un secreto —sonrió mientras jugueteaba con el botellín de cerveza.

—El secreto no es lo que te imaginas. Es algo que uno persigue durante toda su vida. El control de todo aquello que te rodea. Un objetivo primario en la existencia de cualquiera.

—Creo que he bebido demasiado, no te estoy entendiendo, tío.

Logan bajó la voz y se acercó a su amigo.

—Ber, el secreto es algo que muy pocos consiguen descubrir. No pretenderás que te lo descubra sin más por unas pocas cervezas.

Bernie sonrió.

—¡Camarero, por favor! Traiga un par de cervezas más. Y esta vez, dos chupitos de tequila para acompañarlos.

DÍA 14

NUNCA ESTUVE PREPARADO. ¿Quién lo está? La pérdida de un ser querido no es un plato que puedas comer y digerir, y listo. Dicen que necesitas tiempo. Pero la verdad es bien distinta. El tiempo es quién va a torturarte infinitamente por ello. En cuanto menos lo esperas, cuando crees que ya se ha ido para siempre, regresa de nuevo para recordarte que no eres nada. Y lo poco que eres, esa ridícula existencia, le pertenece a él. Esa es la moraleja de esta vida. Él te tiene a ti, y tú lo tienes a él. El tiempo, eso es lo único que posees. Indeterminado, eso sí. Al final, tu muerte será tan solo el recuerdo de alguien más. Lo malo es que, en mi caso, es todo lo contrario. Sé bien que me queda poco tiempo. Muy poco. También sé que cuando parta de esta vida, pocos serán los que guarden el dolor de mi recuerdo. Pero hay algo bueno en todo ello. Dejaré de sentir dolor. Dejaré de cargar este peso que me quiebra, y ligero como el viento, me reuniré con ella allí donde esté.

El mar amaneció calmado aquel día. Desde que Bernie se había levantado, sabía que aquel era el día. El anterior lo recordaba por su movido oleaje y el viento azotando las palmeras sin descanso. La calma reinaba ahora en un paisaje completamente distinto.

Dispuso con cuidado todos los cocos dentro. Los distribuyó equitativamente entre las dos embarcaciones. Si algo había aprendido en alta mar era que nunca podías fiarte del mar. Si perdía una embarcación, no perdería todas las reservas de comida y agua. Por ello, lo repartió. Colocó los cocos a medio abrir dentro de cada compartimento. En la última semana había descubierto la gran utilidad del crucifijo. «No era solo cuestión de fe.».

Se sintió reconfortado. Estaba seguro de lo qué hacía. Al menos durante gran parte del tiempo.

—Voy a echar a faltar la tierra firme. Y a ti también amigo Norman —dijo observando la cruz que había improvisado con ramas de palmera—. No

puedo quedarme aquí. Si lo hago, otro náufrago será quien me entierre a mí esta vez. Debo seguir buscando.

Abrazó a su madre para consolarla. Aunque ella rompió a llorar.

—Vamos, mamá. No te pongas así—dijo con voz profunda—. Es una situación normal.

Victory no halló consuelo en sus palabras. Ni siquiera le escuchó. Lloraba. Es lo único que hacía.

—Me tienes a mí —insistió—. Te prometo que yo no marcharé de tu lado, mamá.

—Nunca sabes lo que te depara la vida, hijo.

—Lo sé. Pero también sé que mi vida está aquí. Entre los negocios de empresarios adinerados de Oklahoma.

—Tu hermana dijo lo mismo y mírala ahora. Se ha ido a *Ámsterdam*—procuró secarse las lágrimas—. Ni siquiera sé dónde está eso.

—Está en Europa, mamá.

Arrancó una sonrisa imprevista de sus labios.

—Hasta ahí sí llegan mis conocimientos geográficos —le golpeó la mejilla—. Antes que ella, fue tu hermano mayor a Sudamérica. Esta familia se descompone a pedazos. Nunca creí que viviría esto.

Bernie se quedó pensativo. ¿Hasta qué punto el egoísmo de su madre podía condicionar sus vidas personales? Satisfacer sus inquietudes para los jóvenes era casi una obligación. Para los padres, un desafío peligroso al salir de la zona de confort que tanto les había costado fabricar. La dicotomía estaba servida.

Recogió las hojas de palmera trenzadas que le habían ayudado contra el frío nocturno. Ese era un bien preciado que su piel, ahora cubierta por las prendas de Norman, le agradecería sin ninguna duda.

Hizo lo mismo con el cachivache que había fabricado para almacenar agua. Un par de hojas de palmeras trenzadas entre sí, que hacían de embudo. De esa forma, se aseguraba de recolectar la máxima agua de lluvia posible.

Su estancia en aquella pequeña isla había hecho brotar su creatividad. Aparte del embudo, había fabricado algo mucho más laborioso. Y a su efecto, más importante. Con distintas hojas de palmera, y alguna que otra rama pelada, había ideado una vela para la embarcación. Algo rudimentario, pero efectivo. La había probado el día anterior con éxito. Quizá echara en falta una manivela para ayudar a maniobrarla. Algo que había improvisado con parte de la cuerda que le quedaba.

Al final, el resultado no había sido malo del todo. La vela hacía un metro ochenta de alto, tanto como Bernie. Lo único que no sabía, era si aguantaría un viento fuerte. Tenía claro que, ante cualquier tormenta, la recogería con rapidez. Para ello se había asegurado de que su anclaje fuera práctico. Lo había conseguido practicando un agujero en un tronco vacío que había encontrado. Eso bastaba para mantenerla erguida. Aunque la verdadera fijación venía por las cuerdas que garantizaban la inmovilización de dicho tronco.

A pesar de todo, Bernie no era un loco. Sabía que aquello no aguantaría el azote del mar bravío. Era una solución provisional. Si el viento era moderado, tendría éxito. Si las aguas estaban movidas o el tiempo no acompañaba, tendría bastante en deslizar hacia arriba el mástil y dejarla doblada dentro de la embarcación.

Su mente despierta había ido más allá. Su ingenio lo había llevado a otros inventos, que, por falta de medios, no pudo llevar a cabo. Uno de ellos, fue el hecho de fundir ambas embarcaciones en una sola. Eso le hubiera garantizado una embarcación más robusta, a la par de comfortable. Con el casco de una, hubiera hecho el cobertizo de la otra. Lo proyectó en su mente con claridad. De disponer de herramientas, hubiera cortado por la mitad. De esa forma tendría la mitad de la embarcación bajo la sombra, y la otra para pescar y

contemplar a su alrededor. Lo malo de esas ideas era el trabajo costoso que suponían. Hubiera necesitado una sierra de calar, lijas, clavos y demás material variado. Con sus manos desnudas la cosa cambiaba. Así que siguió con las dos embarcaciones una al lado de la otra, fijadas por la cuerda. Solo esperaba que aquella fijación no se desprendiera en alta mar. De hacerlo, seguro lo haría en el peor momento.

De todos los días que había pasado en tierra firme, ni uno solo había sonado el timbre del móvil. Lo había mantenido con la pantalla negra, sin gastar batería, apoyado en el tronco de la palmera más grande. Bajo la sombra. Mimándolo. Cuidándolo como si aquel aparato del diablo tuviera vida. Aquel era su crucifijo real. Lejos de eso, cada día que pasaba se apagaba más, y junto con la reserva de batería, una pizca más de su esperanza. Era cuestión de tiempo. De momento reinaba el silencio letal. Ambos morían paulatinamente en silencio.

Mientras se fue alejando de aquel reducto de tierra, sintió una sensación extraña de abandono. Como si en realidad dejara un amigo tirado. ¿Norman? Ni lo conocía. Sin embargo, guardaba esa sensación de vacío en su interior que no comprendió.

—Quizá deba quedarme —se dijo a quinientos metros con las manos sujetando la vela—. Pero ¿quién me encontrará aquí? La suerte de Norman puede que no sea distinta a la que me espera si lo hago.

Sostuvo con firmeza la vela y volvió la vista al océano.

Desconocía el rumbo que había tomado. Si regresaba sobre sus pasos para volver donde despertó, o bien, enfocaba un nuevo camino con la esperanza de descubrir más. Fuere como fuere ansiaba respuestas y sabía del cierto que, si se quedaba varado allí, éstas no vendrían a su encuentro por arte divina. El moverse le garantizaba más opciones de vida. Más oportunidades de descubrir lo que su memoria le robaba. El porqué de todo. Aún vivía, y eso, era una ventaja muy clara. El que lo había condenado a morir allí se equivocaba si ya lo daba por muerto.

—He hecho bien —se susurró varias veces.

Al poco la isla ya quedaba en un lugar remoto de su vista. Comprobó la efectividad que la improvisada vela le brindaba. Avanzando a tal velocidad, llegaría antes de lo esperado donde fuera que le guiara el destino.

Cuando se cansó de observar el basto mar bajo el sol, se adentró a su guarida bajo el chaleco salvavidas amarrado. Estirado allí, aburrido por el paso de las horas inertes, se durmió.

Se despertó cuando el agua le llegaba hasta su rostro. Cuando lo hizo, comprendió que la nave permanecía con medio palmo de agua en su interior.

—¡Mierda! ¿Qué es esto?

Antes de salir del cobertizo, ya notó el vaivén ajetreado del mar. Se agarró bien para no caer, y cuando salió, advirtió el cielo negro. Las olas negras. El mundo se había tornado negro como si alguien hubiera apagado todas las luces. Contempló la vela rota que caía dentro de la embarcación. El viento había arrancado la sujeción de cuajo. Comprobó que la puerta del compartimento seguía intacta. Luego, se cercioró que la otra embarcación, seguía atada en su sitio. Suspiró profundo, esparciendo gotas de lluvia que le empapaban la cara.

Movido por la adrenalina, se reincorporó y danzó de un extremo a uno de la barca. Recogió los cabos, la vela y lo poco que quedaba de su sujeción. Comprobó el estado de la embarcación. Achicó agua, tanta como pudo. Todo ello, intentando conservar el equilibrio. El mar rugía de hambre y estaba dispuesto a engullir todo lo que pudiera. Al parecer, en esa ocasión, había puesto su interés en él.

La embarcación viró dando giros tan fuertes, que se mareó en más de una ocasión. Sintió perder el contacto con el suelo de la nave. En realidad, el oleaje era tan fuerte, que así era.

Se intensificó la tormenta. El cielo se volvió más negro. La lluvia diluyéndolo todo. Borroso. Tembloroso. Las olas parecían competir por ver cuál de ellas crecía más. El viento huracanado omnipresente. En cuanto todos los fenómenos de la naturaleza más despiadada se agudizaron, Bernie supo que nada podría hacer. Se arrodilló en el suelo y se ató con fuerza en el cabo.

Cerró los ojos. Los apretó tanto, que hasta le dolieron.

—Nada puedo hacer para escapar —se dijo—. Este mi destino.

Al principio la adrenalina lo mantuvo consciente. Luego a medida que fue perdiendo las fuerzas, fueron sus ganas de vivir. Cuando ya no tuvo ni una cosa ni la otra, se abandonó en la nada. Se fundió en la noche oscura inerte de pensamientos, de vida y de esperanza. Los relámpagos castigaban el cielo, encogiéndole el corazón.

La oyó suspirar fuerte.

—¿Quieres agua?

Ella no dijo nada. Esta vez no la oyó rechistar.

—¿Quieres un poco de agua? Te irá bien, mamá. Mamá, ¿me oyes?

Bernie se acercó cauteloso. Su corazón latía más fuerte que la música de la máquina que le suministraba morfina. Más fuerte incluso que sus pensamientos. Pero menos que su pánico creciente.

—Mamá, no te mueras, por favor...

Su voz se quebró en ese instante. Con el pulso tembloroso, llegó a tocar su rostro. Frío y arrugado. Pálido y pulcro.

Observó con detenimiento sus ojos cerrados. Luego su boca para ver si respiraba, a la vez que desplazaba sus dedos hasta tocar su sien.

—No, no, no... —susurró tan flojo que apenas se oyó en la habitación.

Pasó de la sien a su cuello. De su cuello a su boca. La ausencia de vida se palpaba allí donde la buscó con ímpetu. La esperanza perduró pocos segundos.

Se supo solo, allí, en cuanto reconoció el color azulado en su rostro. Hasta

las facciones se habían endurecido. Su nariz apuntaba hacia al techo de la habitación más presente que nunca. Sus pómulos marcados, puesto que sus mejillas se habían hundido. Su boca ladeada y petrificada. Sus ojos vidriados, ciegos e irreconocibles.

Permaneció inmóvil con la cabeza puesta en su regazo durante mucho tiempo. Abatido. Dormido, pero sin estarlo. Solo cuando apretó la sábana entre sus dedos, se reincorporó con lágrimas en sus ojos. Sorbió hacia dentro su nariz y tras observar el cuerpo sin vida de su madre, miró hacia el techo de la habitación empapelada.

—Te odio. Te odio. Te odio con todo mi corazón —su voz sonó ronca y profunda—. Jamás voy a perdonarte esto. Eres un Dios mediocre que jamás ha existido, ni existirás. Una invención del tres al cuarto. ¡No eres nada!

Sintió un dolor agudo en su corazón, como si un alfiler hubiera atravesado su alma. Un vacío que creció en aquella angosta habitación. En la misma de siempre. En aquella cama había dormido su padre abrazado a su madre tantas noches. Donde lo habían engendrado a él. Desayunado los días de fiesta con restos y migajas entre sábanas. Había saltado siendo un niño sobre ellos. Se había resguardado en las noches más miedosas. En las noches de tormenta y terror, pero como aquella ninguna. Y por primera vez en toda su vida, allí no encontró consuelo, ni consejo, ni ánimos de ningún tipo. Solo halló dolor y desesperación.

Cuando Bernie despertó, seguía vivo. Con su rostro pegado a la madera lateral de la embarcación, sintió un dolor fuerte en su cuello por la mala postura. La cuerda había conseguido mantenerlo sujeto en la superficie.

El cielo se veía despejado. En lugar de la lluvia, una brisa seca sacudió su rostro cuando consiguió ponerse en pie. La mar estaba en calma, como si nada hubiera pasado.

Bernie dudó si había sido una pesadilla, pero supo que no en el momento en que contempló que había perdido la segunda embarcación. En su lugar, solo permanecían unos pedazos de madera que aún perduraban atadas con el cabo

que las unía.

—No puede ser...

Había tenido suerte de sobrevivir, pero contrariado, había perdido la estabilidad que le daba tener más envergadura en aquel océano repleto de contratiempos. Junto a ello, había echado a perder también la mitad de sus víveres y agua de coco. Sintió una gran frustración y odio, por la que no pudo culpar a nadie.

Al salir de la habitación, se cruzó con su padre que aguardaba abatido en el sofá del salón. Cuando contempló su cara llena de lágrimas y odio, supo que todo había terminado. Al cruzarse ambos en el pasillo de casa, Bernie pasó como un obús a su lado sin orquestar palabra. Ambos golpearon sus hombros. Su padre no dijo nada, solo se apartó cuando ya era tarde, pegando su espalda en la pared. Bernie ni tan siquiera se detuvo. Siguió su camino.

—Ya tienes lo que querías —dijo alcanzando la puerta de salida.

Si algo conservaba intacto, eran las marcas practicadas en su cuerpo. Algunas de ellas para siempre. Se acarició el cuello y pensó en el cuarenta y tres que adornaba su pescuezo.

—¿Qué coño pasa aquí? —dijo apoyándose con ambas manos en el bote—. No me pienso rendir. No me moriré sin saber qué coño pasa.

Escupió al mar y descansó su vista en el infinito.

—¿Me oyes? No quiero morir sin antes hacer justicia. Me lo debes —dijo mirando al cielo—. Te la llevaste contigo. Me la arrebataste y ahora me debes esto. Lo sabes. No sé qué narices significa el cuarenta y tres en mi espalda, ni porqué estoy aquí, pero estoy seguro de algo. Este cuarenta y tres, no parará hasta dar por culo a los responsables de todo esto. Lo prometo.

Cuando Clarise desapareció de su vista tras la puerta bajo la oscuridad. Lo levantaron del suelo entre dos hombres.

—¿Qué queréis? —consiguió susurrar.

El tercer hombre, tan fornido como los anteriores, se le acercó con calma. Vislumbraba una sonrisa en sus labios. Una que decía mucho más que cualquier palabra. Podía ver sus pensamientos. No le faltaba imaginación. Aquella sonrisa lo decía todo. «Voy a matarte y voy a disfrutar haciéndolo. Te desangraré poco a poco. Te torturaré de mil maneras distintas. Y luego, luego, la violaré a ella tantas veces como quiera. Tantas, que cuando acabe, parecerá una muñeca rota con la que no querría jugar ni un vagabundo desesperado. Ahora ya lo sabes. Voy a destruirte. A ti, toda tu vida y la de todos los que te rodean.»

En ese instante, le asistió un duro golpe en su abdomen. Fue solo un puñetazo. Uno solo. Pero tan fuerte, que retorció todo su cuerpo. Los que lo sujetaban tuvieron que hacer un esfuerzo para sostenerlo en pie. Hasta el sonido de las costillas resquebrajarse pudo oírse tras aquel golpe.

Bernie recuperó el aliento. Escupió saliva y sangre. Respiró de forma atropellada hasta que el agresor, no contento con el puñetazo, le dispuso la toalla mojada en su rostro. La deslizó hasta sus hombros tapándole la vista por completo.

Todo se terció oscuro. Húmedo. Sabía lo que venía a continuación.

—Buenas noches, señor Miller —le dijo sujetando su hombro con fuerza—. Relájese y disfrute.

DÍA 15

NO CREO EN SEGUNDAS OPORTUNIDADES. Sin embargo, la vida parece que se empeña en regalar una tras otra. Que alarde de generosidad más altruista. Ya debería estar muerto, y aún sigo aquí, como un gato de siete vidas. Supongo que es así como da lecciones a sus vehementes adictos. Agradecidos debemos estar, como lacayos que agradecen el látigo de su tirano. Tengo claro cómo acaba esto, pero ¿y si estoy aquí para un propósito más profundo? ¿Y si realmente sigo vivo por qué aún no me he ganado mi descanso final? Si esto es el purgatorio, una última estancia antes de ir al cielo o al infierno, ¿qué debo hacer para superar esta prueba? ¿Sobrevivir o morir de una maldita vez? Si es morir, lo tengo crudo. Parezco estar programado desde lo más profundo de mi ser a buscar esta supervivencia, cueste lo que cueste. Hasta mi último aliento de vida, me aferro a ella sin pensármelo. Eso ya dice mucho de un cobarde como yo.

“Beep-Beep. Beep-Beep..”. Abrió un ojo. Lo volvió a cerrar. “Beep-Beep.”. Se reincorporó. Ese sonido familiar. Uno clavado en su mente. Sonido que mezclaba esperanza y desespero por igual. Un sonido, que hizo que se levantara al instante.

—¡Mierda! —exclamó cuando tuvo claro de dónde provenía.

Despertó a marchas forzadas mientras abría el compartimento oculto de la embarcación.

—Mierda, mierda, mierda... No puede ser. No es posible.

Golpeó la maltratada madera de la embarcación con su palma abierta. Se hizo daño, pero con ello, logró calmar la furia contenida en su interior. Miró al cielo y respirando profundamente, intentó evadirse del momento.

Pulsó el botón de encendido del terminal móvil. Éste prendió con una luz

tenue. Bernie respiró entonces. Ni se había dado cuenta que había contenido el aire hasta ese instante. Contempló la imagen principal del terminal. Supo dónde mirar desde el primer momento. El estado de carga de la batería parpadeaba de forma intermitente. Sus peores miedos se hicieron realidad.

—¡Maldición! No me lo puedo creer. Se está quedando sin batería. ¡Por Dios! Esto se acaba. Lo único que me mantenía conectado con este mundo, llega a su fin.

Aunque le sabía a injusto, sabía que mucho había durado. Llevaba más de dos semanas a la deriva y aún permanecía operativo. ¿Qué más podía pedir? A decir verdad, podía pedir que aquel terminal no hubiera estado bloqueado por un código que desconocía. O que alguien le hubiera llamado y hubiera podido hablar sin sufrir la falta de cobertura o los cortes reiterados. Podía pedir tantas cosas. Sin embargo, tenía tan pocas y menos se le hacían realidad. No perdió más el tiempo con elucubraciones insensatas. Apagó la pantalla y guardó el móvil en su sitio. Evitó tocar más de lo debido. Que su batería se agotaba era una evidencia que no necesitaba recordar a cada momento. Cualquier leve consumo innecesario de batería sobraba. Debía conservarla hasta el final.

—Como decías, madre, lo último que se pierde es la esperanza. Todavía estoy vivo, y queda batería como para una hora.

Abatido se sentó en la embarcación tomando el sol como si no estuviera lo suficientemente moreno de piel. En parte se abandonó a la desesperanza. En otra, el juego de la rabia emergía desde la parte de su interior. La lucha interna continuaba. La externa, parecía dar sus últimos intentos.

Perdió la noción del tiempo observando el horizonte vacío. El sol abrasaba su piel como de costumbre. Sin embargo, hacía días que había dejado de sentir ese calor insufrible en su piel. Dudaba en si se estaba volviendo inmune a sus efectos devastadores.

En ese instante, descubrió algo a lo lejos que lo sedujo de forma que apenas pudo escapar. Sus ojos se clavaron en un objeto que divisó a lo lejos. Quizá estuviera a unos quinientos metros. No más.

—¿Otra barca?

El corazón se le aceleró. Tuvo que fregarse los ojos varias veces para asegurarse que la vista no le engañaba. Si no era así, otro bote se acercaba. Dudó si se trataba de la que había perdido, pero no consiguió identificarla.

Nadie permanecía en su interior. Estaba vacía. Al igual que la última. Él seguía vivo, pero al parecer era el único que lo hacía. Si aquello era una competición de supervivencia, parecía ser el ganador. No se enorgullecía de ello, pero por lo menos seguía respirando. No le costó imaginar que a sus homónimos posiblemente les hubiera sorprendido el ataque de un tiburón blanco. Esos depredadores desarmados de tamaño descomunal, todo dientes y músculo, ávidos siempre de sangre.

Cuando tuvo la barca a su merced, alargó el brazo y se hizo con ella. Hizo fuerza para traerla hacia sí. Una vez lo consiguió, echó un vistazo general. Su mano, en ese momento, la soltó. Algo en su interior, le causó tal estrago que dio un paso hacia atrás.

—Un... Un superviviente —balbuceó.

Una persona estirada completamente inmóvil permanecía en el suelo. Se mantuvo quieto observándola, mientras ambas embarcaciones chocaban tímidamente empujadas por el suave oleaje. Fue uno de esos golpes reiterados el que hizo despertarlo.

—Estás vivo —dijo Bernie con pulso tembloroso—. Es... Estás vivo.

Se despertó paulatinamente. Estiró las piernas, los brazos, y finalmente se puso en pie. Estaba desnudo. Era un varón de una constitución extremadamente delgada. Al igual que él, mostraba claros signos de deshidratación, hambruna, y mantenía su rostro con un aire de desesperación. Sus ojos se clavaron en los de Bernie al instante. Apenas parpadearon. Tan solo mostraba el movimiento de sus respiraciones aceleradas. Excitadas.

Los dos permanecieron callados. Solo se observaron. De arriba a abajo.

El cuerpo del recién llegado no mostraba signos de violencia. Ni una sola

magulladura adornaba su piel. Sin embargo, mantenía el color de piel rojizo y oscuro... Por lo demás, Bernie hubiera jurado que se trataba de un turista con convicciones nudistas.

Fue el invitado el que rompió el silencio. Habló en un idioma incomprensible para Bernie. No entendió ni una sola palabra. Ni una. Entonces tuvo claro que la nacionalidad era algo en la cual ni tan siquiera había reparado. Cuando se fijó al detalle de su rostro, lo entendió. Sus ojos achinados lo delataron. Japonés, quizá coreano.

—No entiendo. ¿De dónde eres? —dijo Bernie despacio.

La cara del asiático respondía claramente a su pregunta. No había entendido nada de sus palabras.

—¿Hablas mi idioma? —permaneció en silencio—. ¿Inglés? ¿Hablas inglés?

El hombre desnudo negó con la cabeza. Acto seguido, soltó cuatro frases en su idioma ininteligible. Rápido, muy rápido. Sonó como si todos sus nervios templados, hubieran emergido entre sus labios temblorosos.

—¡Uoh! Está bien, calma, calma. No te preocupes. Lo arreglaremos. ¿Te encuentras bien? ¿Has comido? ¿Tienes sed?

Bernie se agachó y se hizo con el depósito de agua con movimientos lentos. Luego extendió la mano al desconocido.

—Toma. Bebe —le ofreció.

En un primer momento el asiático no accedió. Permaneció inmóvil en su embarcación. Lo observaba con ojos desconfiados. Parpadeaba, y lo hacía en escasez, como si no quisiera perderse ningún detalle de la situación. Bernie sintió que analizaba cada uno de sus movimientos. Y si bien no entendía lo que le decía, estaba claro que aquel gesto no presentaba confusión alguna.

—Te ofrezco agua en señal de gratitud. Nada más, compañero. Tienes sed, ¿verdad?

Bernie gesticuló con la otra mano llevándose su dedo gordo a la boca. En cierta manera se sintió ridículo. Estaba claro lo que le ofrecía, el gesto no daba lugar a dudas. Fue entonces cuando pareció comprender lo que le indicaba. El asiático bebió directamente del cuenco de forma angustiosa. Lo hizo tan desesperadamente, que derramó gran cantidad de ella por los lados.

—Calma, bebe tranquilo. Tengo otro depósito más. ¿Me entiendes? Tranquilo, tío —le indicó gesticulando con ambas manos palmeando hacia abajo—. Poco a poco. Si hace días que no bebes agua, debes ir pasito a pasito, para no echarlo por la borda. ¿Entiendes lo que te digo?

El individuo, que poca atención prestó al hospitalario Bernie, se atragantó ante tal efusividad. Éste, empezó a toser de forma exagerada hasta que echó parte del líquido ingerido por la borda.

—Te lo he dicho. Odio tener razón... Me llamo Bernie. ¿Cómo te llamas tú?

El hombre hizo caso omiso. Siguió bebiendo a tragos. Bernie aprovechó para observar su cuerpo. «¿Por qué no conserva ni una sola magulladura? Esto es otro misterio sin resolver. ¿Es que nadie le ha dado una paliza antes de abandonarlo a su suerte en esta embarcación?». Tenía tantas preguntas sin responder en su cabeza, que necesitó detener sus pensamientos. «Una tregua.».

Cuando el forastero se sació de beber, le devolvió el recipiente vacío.

—Quédatelo. Lo vas a necesitar y yo dispongo de otro —acompañó sus palabras de sendos gestos.

El asiático insistió y dijo algo en su idioma.

—Es para ti. Para tu uso —dijo Bernie en un español casi perfecto. Le costaba pronunciar las “s”, dándole una entonación fuera de lo común.

El otro hombre se quedó mirándolo sin inmutarse. Aprovechó que había captado su atención. Se giró de espaldas a él y señalando con sus dos pulgares hacia su espalda como un jugador de fútbol celebra sus goles. Le mostró su macabro tatuaje.

—Cuarenta y tres —repitió varias veces hasta que volvió a girarse. El recién llegado mantenía un rostro desencajado—. ¿Tú también estás marcado?

Bernie suspiró. Empezaba a incomodarse con la comunicación unilateral que mantenía. El asiático se tocó la espalda. Fue como si de pronto le picara e intentara rascarse. Se giró de espaldas. Esta vez sí descubrió cicatrices y magulladuras, practicadas por una cuerda o un látigo endiabrado. Alguien se había ensañado con él. En el centro, algo más cerca del cuello, un número tatuado a mano alzada.

—Cincuenta y dos —dijo Bernie impresionado.

Aquello lo confundió aún más. Encontrar a alguien en su misma situación. «¿Qué significa todo esto? ¿Alguien lo hace por diversión? Quizá haya un punto de unión entre este tipo y yo, sin embargo, no lo recuerdo de nada. Un asiático que tan siquiera habla mi idioma. Me parece una opción muy remota.».

Cuarenta y tres y el cincuenta y dos. Si ese número indicaba, como parecía, un contador de víctimas en alta mar deducía dos cosas. La primera que muy posiblemente él fuera anterior a su homónimo. Por lo que, llevaría más tiempo que el otro sobreviviendo en aquel medio. Lo otro que deducía es que había ocho víctimas más en aquel macabro escenario. Ocho personas que les separaba. Rememoró a Norman en la isla y el brazo flotando entre aquellos restos de un naufragio. Ocho que, pensándolo bien, podían ser muchos más. Nada le indicaba que aquello hubiera acabado en cincuenta y dos. Quizá hubiera más.

Durante sus diversas elucubraciones, su acompañante se giró. En su rostro se mostraba inquietud, necesidad de respuestas. Bernie le indicó el número con los dedos de ambas manos. Luego le transmitió por gestos, que eso era lo que mantenía grabado en su espalda.

—Eres el cincuenta y dos —repitió—. Cinco. Dos.

Tras cinco horas de presentaciones, confesiones a través de gestos y miradas angustiosas, Bernie le ofreció un pedazo de pescado ahumado.

—Al estilo Bernie —sonrió—. Espero que sea de tu agrado. Salado con agua de mar y dejado secar durante un par de días. Está mejor que crudo, créeme.

Cada uno en su bote, cenaron mientras el cielo empezaba a oscurecer. En ese instante, sonó la melodía que Bernie conocía bien. Tres timbrazos leves e intermitentes que captaron la atención, no solo suya, sino también del asiático. Su rostro desencajado observó primero los ojos de Bernie, luego, lo buscó con la mirada por dentro de su embarcación.

Bernie se agachó y extrajo el terminal del compartimento. Pulsó uno de los botones para que la pantalla se encendiera, y con ella, el peor temor de Bernie se confirmó. La batería estaba a cero. La vida del terminal llegaba a su fin.

Cuando desvió su atención al recién llegado, se lo mostró. El desconocido apenas dio crédito a lo que veía. Éste dijo cuatro frases en su idioma que Bernie no pudo entender. Tampoco le hacía falta. Era lógico que, en aquellas condiciones, un móvil podía desquiciar a cualquiera. No le dio importancia. Lo que no estaba dispuesto a hacer, bajo ningún concepto, era entregárselo. Ni aun cuando la batería llegaba a su fin, accedería a semejante concesión.

Teniendo el terminal en la mano, una vibración le sacudió. Al instante sonó una melodía. Era distinta a la que había sonado antes.

—¡Demonios!

Cuando contempló la pantalla, vio que era una llamada.

—Clarise, ¿eres tú? —dijo acelerado tras descolgar—. ¿Estás bien?

—Hola. Es... Bien.

Bernie se quedó callado al instante. Respiraba acelerado. Apretó tan fuerte el auricular contra su oído que sintió el pabellón de su oreja aplastado.

Se concentró en su voz, en sus palabras, que sonaban entrecortadas por falta de cobertura. El asiático siguió hablando en su idioma. Esta vez con voz

subida de tono. Bernie le mando callar con un gesto.

—En... eda... Yo... Donde... Puedo... Lograr.

—Clarise, apenas te entiendo. No tengo cobertura. ¿Tú me oyes? Sigue hablando por favor, no me dejes así. Estoy perdido en alta mar. Necesitamos ayuda. ¿Clarise? ¿Me oyes?

Silencio en el otro lado. Absoluto silencio.

—No, no, no puede ser... ¡Clarise!

Cuando Bernie apartó el móvil de su oreja, contempló la pantalla negra del terminal. Presionó todas las teclas y el resultado fue el mismo. Una pantalla negra sin vida.

Ante los ojos atónitos del oriental, Bernie quedó abatido. Se sentó en el suelo de la embarcación con lágrimas en los ojos, conteniendo una impotencia que le superaba.

El asiático siguió gritando en su idioma, pero Bernie había dejado de oírle. Solo pensaba. Pensaba en qué su única esperanza se acababa de esfumar. Su vida acababa allí, en un lugar remoto rodeado de toneladas de agua, bajo un sol que cada día lograba acortar su vida.

—Ya estoy muerto —balbuceó—. Los dos lo estamos. No hace falta que nadie nos avise. No hace falta que nadie nos mate. Ya estamos muertos.

No pudo reprimir unas pocas lágrimas que apenas salían de su lagrimal. Desechar líquido era algo que su cuerpo no iba a consentir. Sin embargo, sentía los síntomas como si lo hiciera. El nudo en la garganta. La nariz tapada. El dolor de su alma. La desolación.

Centrado en su desgracia, no se percató que el desconocido se le había acercado. Ni siquiera cuando éste subió a su embarcación. La barca se tambaleó en exceso, pero ni así despertó de su letargo. Pasó por su lado y tras hacerse con la caja estanco, la dejó caer en su balsa. Hizo lo mismo con el chaleco salvavidas y la cuerda que guardaba para reforzar su seguridad.

Bernie permaneció ajeno a todo. Su pensamiento estaba en Clarise. Pensó en su familia, y luego que todo acababa allí. En el más puro sinsentido.

—¿Por qué yo? ¿Por qué así? —murmuró.

Se dio cuenta que algo no iba bien, cuando el desconocido intentó arrebatarse el móvil que aún sostenía en su mano.

—Pero ¿qué haces? ¿Qué haces aquí?

El cincuenta y dos con el terminal en la mano, comprendió porqué Bernie se había hundido. Soltó algo en su lengua y mostró la navaja multiusos empuñada con fuerza. La acercó a Bernie de forma enérgica y subió su tono de voz, como si con ello, pudiera hacerse más inteligible.

—No sé qué coño dices, tío. Pero sea lo que sea, no me agrada —dijo Bernie poniéndose en pie.

Advirtió en sus ojos rabia, desesperación, desprecio y algo que hacía tiempo que no veía, a pesar de que conocía bien, odio. Mucho odio. En los ojos de aquel tipo que había conocido hacia escasas horas, vio el fuego arder. No vio ni un ápice de compasión en su mirada. Ni una gota de humanidad.

El desconocido puso la navaja tan cerca del rostro de Bernie, que tuvo que retroceder ligeramente para conservar su integridad.

—¿Así es como pagas mi hospitalidad? Eres un desgraciado, tío. Un auténtico gilipollas. ¿Lo sabes, ¿no?

Le obligó a retroceder más.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Matarme? —dijo levantando las manos.

El desconocido se acercó más. Subió el tono de sus amenazas. Le empujó con fuerza y la embarcación se tambaleó. Entonces Bernie lo vislumbró. Tuvo claro que no le quedaba más remedio.

—Siempre se trata de eso, ¿verdad? Sobrevivir. Solo sobrevivir a toda costa.

Bernie se armó de valor, y movido por la adrenalina, se abalanzó contra él. Forcejaron por el suelo del bote. Cada vez más fuerte. Él sujetando con fuerza la mano en la cual sostenía el arma. El otro mordiendo y sacudiendo allí donde alcanzaba. Bernie intentó arrebatarse la navaja. Solo debía desarmarlo para poder igualar fuerzas. Si cometía un mal paso, aquel tipo esquelético se la clavaría en el corazón.

En tal lucha, ambos con las fuerzas justas, parecían pelear a cámara lenta. Solo uno saldría airoso de aquel encuentro. Un desgaste extraordinario de energía que no tenían. Bernie casi consiguió arrebatarse la navaja, pero el oriental, empezó a golpearle con el terminal móvil en la cabeza. El primer golpe que recibió impactó en su oído derecho, cerca de la sien. Lo que le provocó un fuerte zumbido. El segundo, impactó en su hombro. Antes de recibir el tercero en su espalda, logró desarmar a su atacante. La navaja cayó al agua hundiéndose al instante. Probó a quitarle el terminal móvil. Algo que le costó dos golpes secos en las costillas y un arañazo profundo en su rostro. Al igual que la navaja, el terminal acabó engullido por el océano.

Bernie devolvió los golpes, y luego fue el otro. Forcejaron durante largos minutos. Cada vez de forma más atropellada. Si alguien los hubiera observado desde lejos, hubiera creído que jugaban.

La barca se tambaleó cada vez más fuerte. Hasta que, tras una sucesión de empujones entre ellos, Bernie logró empujarlo con fuerza para lanzarlo fuera de la embarcación, lo más lejos que pudo. Sin embargo, no se percató que el oriental lo había agarrado de su brazo, lo que acabó con su ligera estabilidad y también le hizo caer al agua. Cayeron uno encima del otro.

Después que los dos supervivientes salieran a respirar, se enzarzaron de nuevo al instante. Se agarraron intentando ahogar al otro. El medio les causó mayores dificultades para la poca fuerza que conservaban, pero ninguno desfalleció en su intento. Tan solo se dieron una tregua cuando, exhaustos, apenas consiguieron mantenerse a flote. A escasos dos metros uno del otro, se agarraron a la embarcación.

El primero en romper la tregua fue el oriental. En cuanto recobró algo de energía, se abalanzó con todas sus fuerzas. Fue como si hubiera sabido que un leve esfuerzo más, le serviría para terminar la contienda. En cuanto Bernie

lo advirtió, lo vio en sus ojos. Su odio. Ya no le quedaban fuerzas. No resistiría una embestida más. Intentó subir a la embarcación, pero no tuvo tiempo para hacerlo. Lo agarró por el cuello de una forma tan fuerte que sabía que ya no podría librarse de él. Y aunque luchó con el poco aliento que le quedaba, el oriental consiguió hundirlo en el agua apoyando todo su cuerpo encima de él. Estando sumergido, sintió la presión de su enemigo, pero también la de los cientos de litros que lo ahogaban, que lo mantenían preso en vida.

Entró en la casa a sabiendas que aquella sería la última vez que lo iba a hacer. Sintió el olor a naftalina que siempre sentía cuando entraba en ella. Ese olor le reconfortaba y lo hacía sentirse bien.

—Estoy en casa.

Recorrió el comedor entero. Se paseó observando todos los detalles hasta que se detuvo en las imágenes que guardaba colgadas en el cristal del mueble principal. Su madre siempre sonriente. Fotografías de él en distintas edades. Adolescente, niño, bebé. Y alguna con su padre. Odiaba profundamente aquella instantánea de él, que su madre siempre guardaba allí. Junto con las demás.

Se hizo con ella y sin tan siquiera mirarla, la arrugó con una mano y la dejó caer al suelo.

Avanzó por la casa. Llegó hasta la cocina y allí le invadieron tantos recuerdos que se sintió abrumado. Se mareó, perdió las fuerzas de sus piernas y se sentó en el suelo. Cabizbajo le siguieron llegando recuerdos. Su madre de espaldas cocinando su cocido preferido mientras él dibujaba en su cuaderno. Ella cantando su canción favorita de Frank Sinatra, siempre recorriendo la casa de arriba a abajo. Regando las plantas de la ventana de madera blanca de la cocina. El olor a galletas recién hechas.

Sintió un vacío tan grande y profundo en su alma que no pudo evitar el nudo en la garganta, y más tarde, las primeras lágrimas humedeciendo sus ojos. Permaneció horas encerrado en sus recuerdos, entre las vivencias con su

madre entre aquellas paredes.

En la cama recién hecha, depositó la rosa roja que había guardado del entierro. Allí donde la había visto respirar por última vez. Luego, abandonó el hogar dejando atrás mucho más que recuerdos. Cuando cerró la puerta, sintió gritar su alma.

Abandonó el jardín de césped salvaje donde un letrero permanecía hincado en el terreno. 'Casa Vendida' rogaba en la entrada.

Cuando abrió los ojos, el agua salada le escoció. Observó las piernas del asiático moverse con frenesí, hasta que le golpeó con la rodilla impactando en su estómago. Se le escapó todo el aire que mantenía en su boca. Necesitaba respirar, pero la fuerza que lo impulsaba hacia el fondo era tan fuerte que apenas pudo luchar contra ella.

Estaba perdido. Sin fuerzas para luchar contra el peso que lo sostenía hundido. En ese momento manteniendo los ojos abiertos, vio la muerte. Una muerte de dientes afilados. Voraz y rápido. La mandíbula del hambriento escualo se hundió con fuerza en la pierna del asiático. Fue tan solo un segundo. El tiburón lo arrastró de una forma tan exagerada que, de no haberlo hecho, se la hubiera arrancado de cuajo.

Bernie no cerró los ojos en ningún momento. Observó como el cuerpo desapareció en el fondo marino. En la nada celeste, mientras él quedó suspendido como un elemento más del vasto océano. En una paz embriagadora, de otro mundo. Solo cuando notó que la falta del aire le ocasionaba un fuerte dolor en el pecho, reaccionó. Se impulsó como pudo hacia la superficie y saliendo con la boca abierta, inspiró una gran bocanada de aire. El oxígeno pasando por su tráquea seca, resonó en un gruñido profundo.

DÍA 17

EL MIEDO ES ALGO a lo que te acostumbras. No digo que esté bien, pero lo haces. De esa forma se entiende que viva situaciones límites y no muera bloqueado por el pánico. No queda más remedio. Uno puede vivir siempre con miedo durante mucho tiempo, o hacerlo sin, viviendo al máximo el momento. Tiempo atrás, cualquiera que me hubiera relatado esto, no le hubiera creído. Lo hubiera tildado de loco. Cuesta creer en lo imposible, cuando uno no sale nunca más allá de lo posible. Ahora mismo, tan lejos como me encuentro de mi zona de confort, ya ni recuerdo a qué sabe el tabaco acompañado de un buen güisqui de antaño. Si el hambre o la sed no acaban conmigo, la ausencia de miedo lo hará. Sé que será así. En algún momento cometeré alguna acción irreverente, sin sentido, y eso, será lo que acabe con esta farsa.

Lucía una barba considerable. Ya no eran cuatro pelos despuntando en su barbilla. Era un hombre desaliñado, descuidado y mal afeitado. La barba empezaba a ser muy presente en su rostro maltratado por tantas horas de sol. Gran acumulación de canas empezaba a mostrar una edad avanzada. Si en su cuero cabelludo apenas se encontraban pelos blancos, estaba claro que no era así en el resto de su cuerpo. «La edad no perdona.», solía decir desde que había cumplido los cuarenta.

Estirado en la embarcación, completamente inmóvil, descansaba ajeno al mundo. Mantenía los ojos cerrados y una respiración constante y pausada. Si algo había aprendido es que valía más estar solo que mal acompañado.

Una gaviota se posó en la parte más alta de la embarcación, el mástil improvisado que sostenía la vela de forma torcida. El animal analizó la situación. Al ver que la amenaza no se movía, se atrevió a avanzar hasta el filo de la barca. Observó su objetivo e inclinó el gesto de su cabeza repetidas veces antes de dar un salto posándose en el suelo de madera. Sin que Bernie se despertara, el pájaro picoteó el pedazo de pescado salado que había

encontrado. Primero fueron vestidas tímidas. Más tarde, desató un auténtico frenesí. Bernie se movió como un felino. Se lanzó a por el animal de una forma que ni él mismo sabía que podía hacerlo. Agarró fuerte de las alas a su presa y luego se situó encima del animal, con todo su peso. El ave no pudo escapar. Permaneció sin moverse durante largos segundos, en los que la presa intentó revolverse sin éxito. Cuando Bernie lo vio más claro, buscó el cuello con ambas manos y se lo rompió. Un sonido de nuez rota resonó. Se incorporó lentamente. A pesar de que tenía el cuello roto, no lo perdió de vista en ningún momento.

—Jamás hasta hoy había matado a un animal. Nada que no fueran insectos y peces. Pero el hambre lo puede todo. Debo comer carne.

Se podía decir que, aunque sus ojos contemplaban una gaviota muerta, su mente no lo procesaba igual. En su pensamiento solo veía un tiempo extra de supervivencia. No había razón en tal acto, solo el acto de sobrevivir. De calmar su hambre. De calmar su sed. En eso se resumía todo.

Desde el último encuentro con otra persona, había cambiado. Aquello si le había trastocado. Había visto un hombre morir. Un hombre que minutos antes lo había intentado matar a él. Y aunque su acto respondía en defensa propia, no podía sacárselo de la cabeza. Quizá podría haber dialogado más con él. Y aún seguiría vivo. Quizá podría haber sucumbido a sus deseos, entregarle su embarcación, todos sus enseres y comestibles. Pero entonces, quizá ya no se lamentaría, pero sería él quien no estaría presente.

No tenía ni la más remota idea de cómo iba a proceder. Había perdido la navaja en el enfrentamiento, y eso, le obligaba a buscar alternativas para despedazar aquel animal. A primera vista, parecía más difícil que el hecho de buscar otro sistema para limpiar el pescado. Si bien los peces los podía limpiar fregando los contra la madera y comerlos a mordiscos, la carne de aquella gaviota no parecía ser tan fácil.

Retiró tantas plumas como pudo sin desecharlas por la borda. En un alarde de inteligencia, había pensado en guardarlas para fabricarse un cojín. Cuánto echaba de menos una buena cama y su comfortable almohada. Ya apenas recordaba cómo era. A qué olían las sábanas limpias. Ese suavizante de lavanda que tanto apreciaba de su servicio de limpieza. El deleite de las

sábanas recién planchadas, perfectamente encajadas.

Cuando tuvo el animal pelado, mostrando su piel grisácea y granulada, le practicó un mordisco en su cuello. Tuvo que hacerlo reiteradas veces para lograr su propósito. Cuando lo logró, bebió su sangre. Aunque no era un experto nutricionista, sabía que la sangre podía suponer la ingestión de vitaminas y minerales necesarios para su organismo. Aunque también podía enfermar por ello. Se arriesgó. Intentó beberla sin prestar atención al sabor de óxido que desprendía. Tragó tanta como pudo e intentó evadirse de aquella situación. Pensó en cualquier otro pensamiento que le llevará lejos de allí. Lejos de lo que hacía.

—No somos tan distintos —dijo como si hablara con Frankie—. Todos somos animales hambrientos que intentan sobrevivir.

Cuando acabó, dejó caer el cuerpo inerte del animal al suelo. Y aunque había hecho un sobreesfuerzo para evitar el sabor de la sangre, no pudo escapar de ella. El líquido rojo emanaba de sus labios. Fue entonces cuando no pudo evitar una arcada. Luego otra. Y una tan grande, que le fue imposible no arrojar por el lateral de la embarcación. Durante largos minutos estuvo escupiendo saliva roja. Bebió agua dulce y después salada, y ni por esas, pudo desprenderse de aquel sabor tan fuerte.

Tenía ocho años y lloraba desconsolado. Permaneció en el suelo, sentado con ambas manos alrededor de su rodilla sin llegar a tocársela. No disponía del suficiente valor para observarse la herida sangrante. Le dolía horrores. Su llanto se oía a tres manzanas. Con la boca abierta de par en par gritaba como si no hubiera un mañana.

—¿Qué ha pasado, hijo?

Su padre, testigo de su caída, se acercó con paso calmado. Se agachó delante de él y en cuclillas, observó su herida.

—¡Papá, duele! Me duele mucho.

El padre suspiró. Apartó sus manos que protegían el golpe y tocó con la yema de sus dedos para limpiar el corte. El color intenso de la sangre le indicaba que la herida era profunda.

—Vamos Ber, no ha sido para tanto.

—Papá, duele. Me he caído de ese árbol —señaló.

—¿Puedes levantarte? Debemos ver que no te has roto nada.

Lo ayudó sujetándolo por debajo de los brazos.

—Es mucha sangre, papá —dijo llorando.

Lo llevó hasta el interior de la casa. Una vez en la cocina lo levantó a peso y lo sentó encima de la mesa. La sangre todavía brotaba libre en su rodilla maltrecha.

—Hijo mío —su voz siempre sonaba profunda—. Te he dicho cientos de veces que un hombre nunca debe llorar —tijeras en mano, cortó el trozo de carne que se había levantado.

Como un cirujano casero, terminó la intervención echando yodo en la herida y golpeó suavemente la espalda del mocoso.

Recuperado de su intento de alimentarse con sangre, se dispuso a ingerir su presa. Hincó los incisivos en el pedazo de carne dura del animal. Conforme desgarró las distintas texturas, un olor penetrante les llegó a las fosas nasales. Aquella carne olía a demonios, pero su sentido de la supervivencia era más fuerte. Tuvo que batallar durante bastante tiempo hasta conseguir hacer la hendidura suficiente como para acabar de despedazarla con sus manos.

A medida que fue extrayendo tiras de carne del animal, las fue apilando a un lado. Las vísceras y demás partes que no le servían, las guardó como cebo. «Sus tripas apestan a cloacas del infierno.»

Desde que había dado con la forma de macerar la carne con agua marina, su

estómago se lo agradecía. El poco alimento que conseguía del océano, lo dejaba secar durante al menos un día. Si el día no acompañaba, el proceso se alargaba hasta mínimo un par de jornadas. Aunque lo habitual era siempre un sol achicharrando todo lo que abarcaba sus rayos. A veces con medio día ya era suficiente. Se podría decir que él mismo era una clara víctima de su sistema. Lentamente, día a día, se secaba un poco más. Su piel se doraba paulatinamente. El blanco de sus ojos y dientes contrastaba con la tez morena que lucía su rostro.

Cuando terminó el laborioso trabajo, se relajó observando las distintas piezas apiladas. Conservaba un gusto extraño en la boca y le dolían los dientes de tanto esfuerzo. La sangre todavía corría por el suelo de la embarcación.

Necesitaba un refrescante chapuzón para volver a sentirse bien. Necesitaba un baño. Tras asegurarse que ninguna aleta dorsal aparecía en su perímetro, optó por lanzarse al agua. Todavía mantenía muy presente el último banquete que Frankie se había dado. A pesar de que dicha comilona había corrido de su cuenta, guardaba la total seguridad de que no iba a tenérselo en consideración. Desconocía cuántas veces se alimentaba uno de esos tiburones. Lo que tenía claro, es que prefería no averiguarlo.

Durante todo el tiempo que permaneció en el agua no estuvo tranquilo. Casi nunca lo estaba. Pero en aquella ocasión, tan reciente a su fatal episodio, hizo que estuviera especialmente tenso. A pesar del peligro que aquello le supuso, procuró aliviar las tensiones de la única forma que había aprendido estando allí. Tomó el aire suficiente y se sumergió por completo poniéndose bajo la embarcación. Así evitaba la flotación. Los litros de agua fría en su cabeza le procuraban una sensación térmica agradables. Entonces lograba evadirse. Aunque en aquella ocasión, no pudo hacerlo de la misma forma. Apenas pudo cerrar los ojos en ningún momento. Forzando su cuello, se mantuvo en alerta en todos los frentes en los que sospechaba que Frankie o cualquiera de sus amigos, pudieran atacarle. Demasiado había vivido en aquella fatal aventura como para que un simple tropiezo en su falsa seguridad acabará con él de un plumazo.

Si algo había comprobado tras sus reiteradas inmersiones, es que cada vez disponía de una apnea más larga. Fruto de un entrenamiento a diario, llegó

más de dos minutos bajo el agua.

Estando allí abajo fue cuando lo vio. Sólo fue un leve destello. Una luz diminuta. Tan pequeña, que al principio le pareció tan sólo una escama de pez flotando entre tantos litros salados. Pero cuando volvió a observarlo de nuevo, se dio cuenta que aquello, poco tenía de natural. De nuevo otro destello captó su total atención. La luz que desprendía era de color azul. Un azul eléctrico. Quizá por ese motivo no lo hubiera advertido antes. Se quedó sin aire en sus pulmones, por lo que muy a su pesar, tuvo que volver a salir a la superficie. Respiró acelerado. No estaba convencido de lo que había visto. Ni siquiera podía asegurar que aquello fuera real. La curiosidad que se había despertado en él hizo que olvidara por completo los amenazantes depredadores. Nadó hasta situarse en la parte posterior de la barca. Tomó de nuevo el suficiente aire y volvió a sumergirse. En esa ocasión, contempló con total claridad un aparato pequeño. No haría más de cinco centímetros de diámetro. Permanecía adherido a la embarcación. En el centro del extraño cuerpo, una luz parpadeante. Lo palpó primero de forma suave con sus dedos. Más tarde, intentó arrancarlo con sus uñas. No pudo hacerlo. Probó varias veces sin éxito.

Salió a respirar.

A la tercera vez que bajó a inspeccionar consiguió arrancarlo. Ya en la superficie tomó conciencia de lo que era. Si su razonamiento no le fallaba, que no solía hacerlo, aquello se trataba de un aparato de posicionamiento y localización. No le era difícil deducir que cada vez que aquella luz parpadeaba, enviaba un registro a través de ondas transmisoras. Por extraño que aquello pudiera parecer, el que fuera que lo había instado a permanecer anclado a aquella tortura, lo controlaba. Sabía perfectamente dónde encontrarlo. Aquello le brindó más respuestas que las que había conseguido hasta el momento. Tenía claro que su hostigador era un ferviente sádico preparado. Disfrutaba infligiéndole dolor. Por ello, desde un primer momento, siempre había pensado que lo observaba desde algún lado. Quizá alguna videocámara secreta. Quizá un satélite. Lo desconocía. Pero el sadismo muy a menudo venía acompañado del voyerismo desenfrenado. A pesar de que no había encontrado nada al respecto, aquello le había destapado la caja de Pandora. Su cabeza iba a mil. Si algo confirmaba era que su

instigador temía que pudiera escaparse, si no, para que iba a invertir tantos recursos en localizarlo. La segunda teoría era que quizá necesitara tenerlo controlado para regresar y acabar su trabajo si los tiburones o la sed no lo hacían. Se imaginó a un chalado, un enfermo psicópata, disfrutando, mermando y anulando, cualquier resquicio de esperanza, de vida o de fe.

DÍA 20

HAY PEORES COSAS QUE LA MUERTE. No saber si estás vivo o muerto. Respiro y actúo como si lo estuviera, pero realmente no lo sé. Todo es tan inusual que no me lo parece. He sido capaz de todo para llegar hasta aquí. He pasado por tantas cosas inimaginables, que dudo en si han sido reales. Solo el vacío en mi estómago me indica que lo es. Ni tan siquiera me siento ser el mismo. Ya no soy el Bernie, director de empresa y de su propia vida. Ahora ya no sé quién soy. Lo de menos son las lagunas mentales que sufro, eso quizá contribuya a la confusión, o puede que me brinde la oportunidad para ser otra persona distinta. Romper con el antiguo Bernie y ser uno nuevo. Una versión mejorada que ha aprendido a sobrevivir en las peores condiciones. Uno que entienda el valor de la vida.

Aquella fue una noche singular entre muchas noches oscuras. Una en la que cada hora, Bernie abrió un ojo para comprobar que todo seguía igual. La luz parpadeante del localizador brilló durante toda la vieja noche efectuando un conjunto de luces intermitentes en el océano desierto de vida.

Cuando el día gozó de suficiente luz, contempló las marcas en el lateral de la embarcación. Según sus cálculos, un día más en aquel infierno y cumpliría tres semanas. Eso sin tener en cuenta el tiempo que había permanecido inconsciente maniatado.

—Todo un puto récord de mierda —dijo lavándose la cara con agua salada.

Tras secarse, vislumbró algo en el horizonte. Algo que lo puso en alerta. Ya lo había vivido antes. Un bote. A diferencia de la anterior visita, esta vez, podía ver la presencia de un tripulante a bordo.

—Otra maldita visita —apretó los dientes.

Esta vez se preparó bien. Cogió el trozo de madera que usaba para remar y

lo sujetó con fuerza en ambas manos. En esa ocasión no iba a dejarse amedrentar por nadie. Con una vez que le habían engañado tenía suficiente. Se puso en pie mirándolo fijamente como si lo desafiara. Se mantuvo firme.

Un hombre desnudo de torso, y aunque más fornido que el anterior, su aspecto volvía a ser lastimoso.

—Hola —gritó Bernie a pleno pulmón.

El individuo que se acercaba impulsado por el oleaje levantó los brazos e hizo señas como si quisiera indicarle dónde estaba. Bernie interpretó el gesto como amistoso, pero todavía tenía la confianza demasiado baja.

—¿Qué es lo que quieres?

El hombre siguió con sus gestos. Cada vez que Bernie acababa de hablar, el desconocido respondía de la misma forma. Cuando estuvo a tan solo diez metros de distancia, Bernie pudo fijarse bien en su rostro. Por su aspecto, parecía de algún país de Sudamérica. Tenía un rostro moreno, aunque, a decir verdad, él mismo también lo tenía. Sin embargo, los rasgos que mostraban sus ojos, pómulos y labios, delataban que el razonamiento podía no estar equivocado. Luego estaba su pelo. Liso de media melena y de un negro carbón que acentuaba sus orígenes.

—¡Quieto! No te acerques más. ¿Qué es lo que quieres? —dijo Bernie en un perfecto español.

El recién llegado no pudo disimular un cambio en su rostro. Se le iluminó la mirada y una sonrisa se lo dibujó en sus labios.

—Hermano, habla mi idioma —sonrió mostrando los dientes blancos.

—Lo hablo bien. ¿Qué quieres?

—Estoy perdido. Veo que al igual que usted, ¿no es así? Hace varios días que nado a la deriva en este bote. No tengo agua, ni comida.

—Lo sé —suspiró—. Y, ¿qué es lo que quieres?

El visitante se quedó perplejo.

—No entiendo. Soy un náufrago. Es el primer hombre que encuentro en alta mar y me alegro de haberlo hecho. ¿Qué es lo que le ocurre, hermano?

Bernie refunfuñó. Seguía manteniendo la madera sujeta entre sus manos. Y no se escondía. Esperaba que aquello sirviera de advertencia. Esperaba no tener que presenciar la muerte de otro hombre. Ni, aunque fuera en defensa propia.

—Mi nombre es Bernie.

El desconocido pareció recobrar una postura más relajada.

—Rodrigo. Rodrigo Fuentes. ¿Tiene agua?

Bernie recordó la última visita. Se quedó pensativo durante unos segundos. Ahí empezaba todo. Negó con la cabeza.

—¿Comida?

Bernie echó mano a una porción de pescado salándose al sol. Se la mostró.

—Por favor —rogó juntando sus manos a modo de plegaria.

—Acércate.

—Claro que sí, hermano.

Bernie remó con la madera, mientras Rodrigo hizo lo mismo con sus brazos. Mientras entregaba el pescado, Bernie se fijó en sus labios. Estaban tan resacos que lejos de parecer unos labios, eran más bien orugas disecadas al sol. Hacía días que no bebía. Tenía todo su cuerpo al desnudo. Ninguna prenda de ropa le ayudaba a disimular su cuerpo mal nutrido. Con disimulo echó un vistazo al interior de su barca. No advirtió nada más que cuatro dedos de agua.

—Está salado —dijo con la boca llena.

—Lo está —sonrió—. No has perdido el gusto.

Rodrigo ni le contestó concentrado en su alimento. Mientras lo devoraba, Bernie tuvo un ataque de moralidad. Rebuscó en su compartimento y le hizo entrega de agua. Rodrigo interrumpió su apetito en cuanto lo advirtió. No dijo nada. Lo dejó todo y se centró en aquel brebaje preciado.

—Bebe con moderación, por favor. Es lo último que me queda. Hace días que no llueve y la recolección de agua está sufriendo estragos. No sabemos cuánto más tardará en haber alguna tormenta.

Rodrigo pareció no escucharlo. Bebió y siguió bebiendo con frenesí.

—¡Detente! —gritó Bernie mientras se lanzaba contra sus brazos.

Le arrancó el recipiente de sus manos.

—Lo siento. Hace días que no bebo nada. Deme más, por favor.

Guardó el recipiente a buen recaudo y permaneció en silencio, tan solo negó con la cabeza.

Le tiró el cabo que mantenía atado a su embarcación. De esa forma, unieron ambos botes. En cuanto lo tuvieron asegurado, Bernie extendió la mano al desconocido Rodrigo.

—Mucho gusto.

—Es un placer, hermano.

—Me perdonarás que recién conocidos me tome la libertad, pero no me siento del todo cómodo dándole la mano a un hombre desnudo.

Bernie le hizo entrega de un resto de ropa que guardaba en el compartimento. A pesar de las circunstancias y el estado extremo de salud de ambos, sonrieron como dos amigos en cualquier otra parte.

—Agradezco enormemente su generosidad, Bernie.

Él solo esperaba no arrepentirse de ello. Aquel tipo parecía distinto al anterior. Pero tenía claro que, el hecho de tener el punto de unión en el lenguaje podía darle una falsa seguridad. Quizá, después de estar solo durante tanto tiempo, necesitaba más bien poco para volcar toda su confianza en un desconocido.

Como dos personas civilizadas, se sentaron cada uno en su embarcación para conocer al prójimo. Bernie aprovechó para tirar el hilo de pescar y probar suerte. Esta vez había una boca más que alimentar, por lo que debería redoblar esfuerzos.

—¿Sabes que está ocurriendo aquí? —preguntó Bernie.

—Sólo que alguien nos desea muertos.

—Sujétame esto — le hizo entrega del hilo de pescar—. Solo mantenlo bien sujeto. No quisiera perderlo. De vez en cuando le doy algún tirón para tentar a los peces. Funciona. Pero hay que vigilar con los tiburones que frecuentan el lugar.

Rodrigo lo agarró con fuerza. Pero cambió su rostro cuando Bernie pronunció la palabra tiburón. No le costó imaginar que había tenido algún que otro encuentro con alguno de ellos.

Bernie se levantó de la embarcación.

—Y qué me dices de esto —se giró para mostrarle la parte alta de la espalda—. ¿Tienes idea de lo que significa?

Rodrigo se quedó con los ojos abiertos de par en par como si hubieran visto un fantasma. Abrió la boca de forma inconsciente como si fuera a pronunciar algo. Pero nada salió de sus labios.

—¿Sabes lo que es? —insistió.

—Cuarenta y tres.

—Así es. ¿Qué número eres tú?

Rodrigo se quedó inmóvil. Por su rostro, Bernie entendió que tan siquiera se lo había planteado. Estaba claro que no era consciente de lo que tenía en la espalda. Ese picor insoportable que de pronto, resultaba ser un número identificativo. Rodrigo se llevó la mano al cuello. Se palpó con cuidado para notar el cambio de textura, como si pudiera leer los números en braille.

—No lo sé...

Murmuró repitiendo las mismas palabras en un tono cada vez más flojo. Se dio la vuelta y Bernie leyó el número que tanto ansiaba saber.

—Cincuenta y cinco. Eres más joven que yo —Rodrigo se extrañó. Pensó en ello durante unos segundos—. Llevas menos tiempo en alta mar. Te preguntarás porque lo sé, y la verdad es que no eres el primero que me encuentro por estos lugares. Hace pocos días tuve la visita de otro hombre. El cincuenta y dos. Su visita no fue del todo buena. Pero me ha ayudado a entender varias cosas.

—¿El qué?

—Esto es el juego macabro de algún desquiciado. Nos han puesto aquí para sufrir antes de morir a manos de cualquiera de las inclemencias y peligros que nos rodean. Piénsalo. Estamos marcados como animales a punto para el matadero. Es cuestión de tiempo. Todos moriremos aquí.

—No se puede perder la fe, hermano. Todavía seguimos vivos y eso es una evidencia que todavía existe esperanza.

—Es cuestión de tiempo, créeme. He encontrado embarcaciones hundidas y restos de cuerpos despedazados. Hasta he podido presenciar la muerte en directo a manos de un tiburón hambriento. ¿Esperanza dices? Es precisamente eso lo que da morbo a la muerte.

—Sé que estamos condenados —dijo cabizbajo.

Aquellas palabras despertaron la curiosidad de Bernie.

—Tú sabes algo. ¿Qué sabes? Cuéntame —Buscó el localizador en el suelo

y se lo mostró—. Esto lo he extraído del fondo del bote. El tuyo tendrá otro igual. Como puedes ver, se trata de un sistema de localización por satélite. ¿Ahora me crees cuando te digo que esto es un juego macabro? Nadie iba a preocuparse por encontrarnos.

—Lo sé —repitió.

El recién llegado murmuró algo que no pudo entender.

—¿Qué?

—Los he visto.

Su frase dejó a Bernie helado.

—¿A quién?

—Sé lo que hacen —balbuceó—. Los he visto. Hace un par de días los vi. Se desplazan en un yate grande, a motor. Un yate de lujo. Pude ver lo que hicieron con un superviviente como nosotros. Lo presencié desde lejos.

—Sigue, por favor.

—Esos desalmados lo arrollaron. El yate dio varios círculos a su alrededor. Creo que oí disparos. Cuando finalmente se cansaron de su juego, lo atropellaron sin más con su embarcación. Las maderas del bote saltaron por todas partes y el hombre que intentaba sobrevivir, salió disparado como un muñeco.

—¿Lo mataron sin más? ¿Hablaron con él antes?

—No sé si hablaron, como te he dicho estaba lejos. No lo mataron sin más, antes jugaron con él, y luego lo hicieron desaparecer del mapa como si nada. Muy posiblemente aquel desgraciado sobreviviera al choque. Por ello, después del espectáculo, los malhechores se aseguraron de su muerte pasando por encima de él varias veces. Aquel hombre acabó siendo pasto de los tiburones.

Perdió el habla. Bernie todavía pensaba en ello. Los dos guardaron silencio.

Al cabo de pocos minutos, Rodrigo no pudo evitar sucumbir al cansancio extremo. Sus ojos se le cerraron un par de veces sin que pudiera evitarlo. Bernie se dio cuenta, pero no dijo nada. Necesitaban descansar. Pero también sabía que con la nueva información que poseía, su cabeza no descansaría.

Aprovechó que su nuevo vecino dormía, para pensar. Acarició la moneda colgando de su cuello. Aparte de ayudarlo a concentrarse, también le recordaba que había ciertas partes inconexas, que, sin duda, guardaban un papel importante. Aquella moneda era una de ellas. El móvil era otra. Y Clarise, la más relevante. Desconocía si seguía viva. No esperaba volver a oír su voz, al menos por teléfono. Había perdido toda comunicación posible con el exterior. Eso la incluía también a ella. La única persona que quizá podía explicarle el porqué de tal desenlace.

—¿Qué es eso? —interrumpió Rodrigo que se había despertado.

—Encontré esta moneda en el interior de la barca cuando desperté.

—¿Me permite?

A pesar de que hasta el momento nada le indicaba que debiera desconfiar, seguía guardando un recelo importante.

—Aquí tienes —le hizo entrega a regañadientes.

Rodrigo la admiró por ambos lados.

—¿Cree que guarda alguna relación que explique por qué está aquí?

—No lo sé. Guardaba la esperanza que tú pudieras brindarme algo de lucidez. Puede que nuestros hostigadores sean de Costa Rica. Desde hace días pienso que puede tratarse de un grupo de mercenarios que, al margen de hacerlo por placer, lo hagan por algún rescate económico. Aunque teniendo en cuenta que yo haría semanas que estaría muerto, está claro que su compensación económica no va atada a tales condiciones. Quizá se trate de unos sicarios psicópatas que matan por encargo.

Éste le devolvió la moneda lanzándola por el aire. Bernie sufrió mientras la

moneda permaneció en el aire y respiró aliviado cuando se hizo con ella entre ambas manos.

—Yo sé por qué estoy aquí —dijo sin titubear. Sus palabras dejaron a Bernie descolocado.

—¿Lo sabes? ¿Cómo que lo sabes? —Contraje una deuda con una gente de Cuba. Mala gente. Me extorsionaron durante mucho tiempo. La deuda fue creciendo y tras perderlo todo, hui tan lejos como pudo. Al parecer, no lo suficiente.

—Sugieres que los que nos quieren muertos, ¿son simples usureros que gestionan así sus impagos?

—Ese es mi caso, hermano. Desconozco porqué estás tú aquí. ¿También tenías préstamos clandestinos?

—No —dijo sin pensar—. Vaya, no lo creo. No recuerdo todo lo que he hecho. Tengo demasiadas lagunas que recupero muy lentamente. Algunas de ellas no dejan de sorprenderme. Si me preguntas quién soy, preferiría no contestar. Posiblemente te acabaría engañando sin saberlo. ¿A qué te dedicas?

—Trapicheo aquí y allí, ya sabes. Hago lo que me sale. Una vez hice un espectáculo de marionetas para un cumpleaños del hijo de un adinerado del pueblo. En otra ocasión, estuve en una lavandería, operario de la construcción, jardinero para los vecinos, y hasta en una ocasión fontanero sin ningún tipo de experiencia —Bernie asintió con la cabeza—. ¿Qué hay de usted?

—Trabajo de... — reflexionó un instante—. Empleado en una imprenta. Un negocio familiar de toda la vida. Algo muy normal. Pero da lo suficiente para vivir. No me puedo quejar.

Bernie mentía bien. Sabía cómo hacerlo. Tan acostumbrado a tratar cuestiones laborales, le había otorgado un bagaje importante. Precisamente su instinto en los negocios fue el que le llevó a mentir piadosamente. Algo le decía que aquel individuo que tenía delante guardaba oscuros secretos. Como siempre solía decir, la información era poder. Y en la posición en la que se

encontraba, no ganaba nada siendo sincero. Más bien al contrario. Sin tener constancia absoluta que la otra parte era sincera, asumía un riesgo innecesario.

Cuando el cansancio pudo más que el interés por sus conversaciones, ambos cayeron dormidos cada uno de ellos en su embarcación. Bernie tardó algo más. Antes le dio muchas vueltas a la última información que disponía. «¿Prestamistas ilegales? Alguna mafia que ofrece sus servicios a gente desesperada. ¿Dónde me he metido?».

Ver el rostro de su madre fallecida, a través de aquel cristal frío como el hielo, le produjo una sensación extraña. En el fondo reconocía que aquello era una situación macabra. A tan solo un metro de distancia se hallaba la persona que más había amado en esta vida. Inerte, completamente inmóvil, permanecía mirando hacia arriba con la vestimenta que él mismo había decidido dotarla como atuendo final. Aquellas horas eran fatídicas. ‘Llorar los muertos’, dijo su tía. ‘Velar por su espíritu’, dijo el cura. Habladurías. Él seguía pensando lo mismo. «Mi madre está a tan solo un metro de mí. Tras un cristal que no hace sino recordarme constantemente que la vida pasa en un suspiro. Y si no se hace nada para evitarlo, pasamos por ella como un mero observador. Sin poder hacer nada.».

Sentía un enorme cariño por ella, pero también sentía que la había dejado un vacío tan grande que, en aquel momento, supo que jamás podría rellenarlo con nada. Ese maldito Dios que todo lo quiere.

—¿Por qué la quieres a ella? ¿Para qué? —golpeó el cristal con su puño.

Su rostro afilado guardaba un color incluso mejor que el que mantenía cuando todavía vivía. A el maquillador se le había ido la mano. Durante todo el tiempo, Bernie se mantuvo frío como el cristal. Observando, pensando y respirando. Nada más. Solo regresaba al mundo de los vivos para maldecir por lo bajini a la vida, a su Dios cristiano, y a todo aquel que no le brindó una buena vida. Entre ellos, su padre.

Fue su padre el que precisamente consiguió extraerlo de su estado

catatónico. Fue el único que tuvo la potestad de hacerlo, y lo hizo de forma involuntaria. Lo hizo, cuando era lo que menos quería hacer. Cuando su padre entró acompañado de su mujer, el tiempo se detuvo. Un silencio sepulcral invadió el tanatorio. Entonces sí que todos parecieron callados, testigos de lo que iba a acontecer. Su padre mantenía su rostro desmejorado. Podía intuirse que había estado llorando como un desalmado. Sus ojos enrojecidos eran la clara evidencia de que no había dormido. «La mala conciencia te corroe». A su lado, su nueva esposa se había vestido con sus mejores galas. Zapatos de tacón alto, que lejos de dotar su visita de cierta modestia, provocó lo contrario. Todas las miradas del lugar se fijaron en ella. Aquello incendió la paz interior de Bernie. Su posado extravagante y salido de situación. Su aire despreocupado como si allí no hubiera pasado nada. Como si aquello no fuera más que una mísera reunión familiar. Un mero trámite.

—¿Qué coño hace ella aquí? —dijo Bernie a su padre mientras le sujetaba su brazo con fuerza—. Dime, ¿tenías que traerla?

—Es mi mujer —dijo soltándose del apreso de su hijo—. Debes aceptarlo.

—Eres tú quién debe respetar a mamá. Está muerta, ¿me oyes? ¡Muerta! Y ni en su lecho de muerte la respetas. ¿Ni ahora que ya no está entre nosotros?

Su padre lo miró con ojos fijos. Le bastó su mirada dura para corresponder aquel odio que percibía. El rechazo de un hijo encolerizado.

—Vámonos —dijo la mujer acercándose a su marido—. Ya te dije que esto no era una buena idea. Vamos.

—Suéltame —se quejó abriéndose camino entre los presentes, incluido su hijo.

Llegó hasta el fondo de la sala ante la mirada atónita de todos. Cuando la vio tumbada hacia arriba en el ataúd, se deshizo. No pudo contener las lágrimas. Aquel día, por primera vez, vio a su padre llorar.

DÍA 21

TEMO LO INVISIBLE. Imagino que es algo que se aprende en el despiadado mundo empresarial. Mantén cerca a tus amigos, pero más a tus enemigos. Viendo venir a tu competencia, aún tienes la posibilidad de contraatacar. Cerrando los ojos a las evidencias, alejándose del peligro, siguiendo el instinto de supervivencia, muchas veces lo que se consigue es alimentar el propio riesgo. Es una máxima que aprendes en los inicios, da igual el sector del que provengas. Debes huir de tus emociones personales, aislar tus miedos. Solo hay una premisa básica que impera siempre; todo por el bien de la empresa. La compañía es la madre de todos. La que da de comer, la que ofrece seguridad, la que paga todos tus gastos. Solo por cuestión de respeto, debe dejarse al lado todo lo demás. Tres semanas más tarde de mi nuevo nacimiento, no me sorprende aplicar esos mismos conceptos en dónde me encuentro. Solo que no hay empresa. Únicamente hay algo que respetar. Mi vida.

Cuando la niebla les alcanzó, seguían conversando sobre sus cosas. Rodrigo fue el primero en percatarse de ella. La divisó a lo lejos. Entonces, tuvieron la sensación de que se trataba de una manta opaca de color gris que lo engullía todo. Se tragaba el horizonte. La espesa niebla les alcanzó al poco. A los cinco minutos ya no tenían nada a su alrededor.

—¿Qué coño es esta niebla y de dónde sale? —dijo Bernie impresionado.

—No tengo ni la más remota idea. Es la primera vez que veo un fenómeno como este en alta mar. No sabía que fuera posible.

En la máxima espesura de aquella cortina de vapor, apenas lograron verse de barca a barca. Era tan fuerte que podían sentirla al respirar. Notaban como sus pulmones se fatigaban con facilidad. Bernie, consciente en todo momento de lo que pasaba, apenas dio crédito. Una niebla que competía con ellos por el oxígeno del ambiente.

—Espero que pase rápido, no veo nada —dijo Rodrigo.

Pero la verdad es que aquella nube, tardó diez minutos en despejar. Rodrigo fue el primero en darse cuenta de que la niebla empezaba a desaparecer. Se levantó del suelo en el que permanecía de rodillas, y con un movimiento lento, divisó el horizonte borroso.

—Bernie, se marcha. Ya se va.

Cuando tocaron al timbre de su casa, se extrañó. No recibía visitas que él mismo no tuviera programadas. Se levantó del tresillo donde gozaba de un sueño reconfortante. Una cabezada antes de cenar era un descanso que, tras su día duro de trabajo en la oficina, se había ganado con creces. Quizá no era una tradición demasiada frecuentada por jóvenes de treinta años como él, pero a él le entusiasmaba.

—Dígame —dijo por el interfono viendo a un repartidor por la cámara.

—Le traigo un paquete, señor.

Abrió el portón exterior de su casa y poniéndose la bata y zapatillas, salió a su encuentro. Antes de coger la pequeña caja de cartón y firmar digitalmente su recepción, comprobó que fuera para él. Lo era. Sin embargo, lo que de verdad le causó curiosidad, fue su remitente.

—¿Logan García? No me jodas....

Tras asegurarse que el repartidor abandonaba su finca y cerraba la puerta tras él, cerró con un portazo y regresó a su asiento. Se quedó mirando el nombre de su amigo escrito en la etiqueta de transporte.

—No puede ser —frunció el ceño—. Amigo Logan, hace menos de un mes que te enterramos, no puedes ser tú.

Su muerte en un accidente de moto le había costado muchas botellas de güisqui en aquel mismo sillón. Le pareció imposible. Aún le costaba pensar con claridad acerca del tema. Sin el proceso de duelo correcto, no acababa de

creerse que jamás volvería a verlo sonreír, a salir con él ni saber nada de su vida. Aunque eso último, al parecer, no era del todo cierto.

—Hasta ahora que ya no estás aquí, ¿vas a quedarte conmigo? No puede ser, tío.

Invadido por la curiosidad abrió el paquete de correos. El ansia hizo que rompiera la solapa pegada y acabó rompiendo el cartón. «¿Qué es esto?». Extrajo primero una carta manuscrita y luego una tarjeta de plástico duro que no identificó. Empezó por leer la carta de su amigo.

—Ber, si has recibido esto, es que yo de algún modo, ya no estoy en este mundo —tuvo que hacer una pausa—. Considera esta sorpresa como un último legado. Siempre fuimos grandes amigos, y siempre lo seremos. Lo que hay en la caja es un pase. Una acreditación. Llevo toda la vida tras ella. El encuentro se repite cada primer martes de mes en un hotel distinto. ¿Cómo saber qué hotel corresponde cada vez? El periódico regional del mismo martes lo anuncia. Busca en la última página un anuncio de viajes. El hotel al que haga referencia la oferta, ese es.

Bernie hizo una pausa tomando un trago de vino tinto.

—¿Qué coño es todo esto, Logan? —dijo observando la carta en sus manos. Leyó la última frase—. Hallarás secretos que a veces es mejor dejarlos enterrados, pero también otros que te harán ver la vida con otros ojos. No dejes que los primeros nublen tu juicio.

DÍA 22

UN HOGAR NO SON CUATRO PAREDES. Me doy cuenta ahora que estoy lejos de casa. En este bote abandonado, consciente que hace años que no tengo hogar. Seguramente dejé el último enterrado junto a mi madre. Ninguno de mis pisos de soltero han sido un hogar. Solo ha sido un ático para guardar mis pertenencias y un picadero perfecto para todos mis ligues. Ostentosis. Lujuria. Falsedad. Un hogar no es nada de eso. Todo lo contrario de lo que hasta hoy he tenido. Quizá eso dé sentido al hecho que me sienta más en casa en este viejo bote, que en ningún otro sitio.

Despertó caldeado por los rayos del sol. Sudado de la espalda. Notó el calor irradiar de las viejas maderas de la embarcación. Lo primero que hizo fue observar el firmamento. Despejado. Ni una sola nube iba a entorpecer el día soleado. Y le quedaban todavía muchas horas. Calculó que podrían ser las once de la mañana. Quizá algo más.

Se despertó con hambre. Su estómago rugió tan fuerte que pudo oírlo por encima de las olas que golpeaban la embarcación. Después de lavarse la cara y despertar del todo, se giró hacia la embarcación vecina.

—Rodrigo, es hora de levantarse —dijo todavía con los ojos llenos de agua.

Comprobó las reservas de agua y de comida. Apenas les quedaba un par de sorbos de brebaje caliente y medio pescado salado. Hacía demasiados días que no llovía y otros tantos que no daba con una buena pieza. Se puso manos a la obra y ensartó parte de los restos secos que guardaba como anzuelo.

—Rodrigo, necesito que me ayudes con la pesca. Ponte en marcha, hermano —dijo imitando su acento hondureño.

Sacudió su embarcación.

—Vamos, holgazán.

Cuando observó el interior de su bote, solo halló madera y un palmo de agua. Nada más.

—¿Rodrigo? ¿Estás ahí? ¡Rodrigo!

Contempló a su alrededor en busca de respuestas. Esperaba encontrarlo sumergido en el mar, nadando para evitar el sofoco de calor, pero no fue así. Pasó un minuto. Dos. No vio nada más que calma. Silencio. Amplitud eterna de soledad que no le devolvió más que silencio.

Saltó a su embarcación. No encontró ni los trapos con los que había tapado sus vergüenzas. Nada que le indicará ningún signo de violencia. Nada que indicara que allí, hubiera habido vida antes.

—Rodrigo, por el amor de Dios. ¿Dónde has ido? ¿Qué ha pasado?

Se asomó apoyando los brazos en la repisa y gritó. Gritó tan fuerte que le dolieron los pulmones.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo!

Por la tarde de aquel mismo día, Bernie seguía en el mismo sitio. Apenas se había movido. Permanecía sentado en la embarcación de Rodrigo. Pensando. Debatiendo con él mismo, a menudo en voz alta, las opciones posibles de su situación. El misterio que rodeaba a la desaparición de su reciente amigo, no solo le había golpeado en su estado de ánimo, sino que le hacía imposible su comprensión.

—Si hubieran sido ellos... —pensaba en voz alta—. Hubieran acabado conmigo a la misma vez.

Había pensado en ello un millar de veces, y un millar de veces llegaba a la misma conclusión. La hipótesis que valoraba con más fuerza era que muy posiblemente Rodrigo habría decidido darse un baño para atenuar el calor, y estando solo en el agua, hubiera sido atacado por un tiburón. Esa posibilidad ganaba fuerza. Cada vez más. A pesar de que tenía puntos flacos. Por

ejemplo, no comprendía como ante el ataque de un tiburón, el propio Bernie no se hubiera despertado. Desde que se había convertido en un naufrago obligado, mantenía un sueño frágil e inestable. En tal situación de supervivencia había aprendido que la diferencia entre vivir y morir era tan solo una cuestión de sentirse en alerta a cada momento, de pensar en todas las posibles amenazas antes que éstas ejecutaran su plan para matarlo. Todo lo que le rodeaba en aquel medio, urdía planes continuos para acabar con él. Toneladas de litros de agua, animales hambrientos, el hambre, la sed implacable, ... Todo. Si Rodrigo hubiera sido engullido por Frankie, Bernie lo hubiera oído. Estaba seguro de ello. Sin embargo, eso no hacía que dicha versión ganara fuerza. Seguramente porqué las demás teorías eran todavía más insólitas.

Meditó durante toda la tarde hasta el anochecer. Solo. Había vuelto a su entorno solitario al que se había acostumbrado durante las últimas tres semanas. Con decisión, agarró el dispositivo de localización y lo lanzó tan lejos como pudo. Contempló la parábola que efectuó en el aire y como unos metros más allá, fue engullido por el basto mar. Aunque le pareció ver su destello intermitente una vez bajo la superficie, lo cierto es que el peso de la tecnología hizo que se hundiera más rápido de lo que hubiera deseado.

Creía en las palabras del desaparecido Rodrigo. No de forma ciega, pues la verdad es que, desde el primer momento, le había parecido más una locura insana de conspiraciones en la sombra, que una verdad amargada. Pero había detectado algo en su tono, en su forma de expresarse y su saber estar, que le invitaban a creerlo.

—Si estabas en lo cierto amigo, no tardarán en rastrearne y dar conmigo. Sobre todo, ahora que han perdido mi señal.

Imaginaba que el sistema informático con que los controlaban daría la última posición exacta de donde el dispositivo había efectuado su última conexión. En las oscuras profundidades contaba que aquel aparato del diablo, se detendría.

—Debo alejarme de aquí —dijo agarrando su remo.

Remó de forma enérgica. Tanto como pudo. Aunque sentía los brazos

fatigados, siguió haciéndolo sin parar.

—Rema Bernie —se dijo jadeando—. Vamos, rema. Hazlo para salvar tu miserable vida de superviviente de mierda. Rema, rema.

En una de sus arremetidas con el trozo de madera, notó golpear algo. Solo fue un instante. Un suave golpe que apenas le ofreció resistencia. Como golpear de lado un matojo de algas flotantes. Tan sutil, que hubiera resultado imposible detectar. Pero no para él. No para un tipo que se había pasado las últimas tres semanas sobreviviendo en alta mar. La experiencia que había asumido, le brindaba una percepción única.

—Puede ser cualquiera cosa, pero...

Antes que acabará la frase, un golpe seco en el fondo de la embarcación, le hizo tambalearse. Le pilló tan de improviso que apenas le dio tiempo de agarrarse. El bote se elevó un par de palmos y volvió a caer aterrizando en el oleaje. La madera crujió.

En cuanto recobró la compostura, buscó por todos los frentes. Divisó el causante a tan solo diez metros de él. La aleta dorsal de un gran tiburón blanco, se erguía majestuosa surcando la superficie.

—¡Joder! Tú otra vez.

Lo perdió de vista. Momento que aprovechó para agarrar de nuevo la madera. La sostuvo fuerte en sus manos mientras observaba hacia todas direcciones. Sabía que, en cualquier momento, aquel animal hambriento, volvería a por él. Solo aguardaba el momento idóneo para hacerlo. Sería cuando menos lo esperara. Siguió mirando por la borda. El agua empezaba a impregnarse de la oscuridad de la noche. Empezaba a ser difícil poder ver nada más allá de su reflejo en el agua. Contempló su rostro y tras la barba más poblada de su mandíbula, apareció de nuevo. Pasó una sombra blanca. Y al cabo de un segundo, recibió una sacudida mucho más fuerte que la primera. El bote crujió fuerte y la madera del suelo empezó a llenarse de agua a un ritmo acelerado.

—Maldito cabrón. ¿Eres el que se ha comido a Rodrigo? El mismo de hace

un par de semanas. Seguro que te has quedado con hambre y vuelves a por más, ¿verdad?

La siguiente sacudida, escasos treinta segundos desde la última, fue mucho más agresiva. Se elevó del bote y volvió a caer en él de cara perdiendo por completo el equilibrio. En ese instante, repleto de adrenalina y con un cosquilleo en sus brazos, entendió que aquella bestia no pararía hasta acabar con él. Sintió pánico. La muerte acechaba.

Pensó como repeler los continuados ataques, pero aparte del trozo de madera que había perdido en una de las sacudidas, no disponía de ningún elemento más. La única arma que tenía, no le infundía demasiada seguridad. Si caía al agua podía darse por devorado. Nada podría hacer. Solo esperar su momento y que fuera rápido.

De nuevo otra sacudida. Esta más ligera. Le pareció que el animal tanteaba su objetivo. Debía estar realmente muy hambriento. Lo contempló alejándose por estribor, a pocos metros de su posición. La aleta lo delataba en todo momento. De pronto, el animal dio media vuelta. Viró sobre sí mismo y encarriló la nueva trayectoria hacia él.

—Ahí vuelves de nuevo. Maldito cabrón insistente.

Siguió un ritmo constante al principio, luego se aceleró, hasta que Bernie lo perdió de vista en cuanto se sumergió por completo. El corazón se le encogió y sintió un bloqueo creciente en sus extremidades. El pánico lo dejó sin aliento. Silencio. Nada de golpes. Nada. El tiempo pareció enquistarse de repente. Todo se detuvo. Hasta los latidos desbocados de Bernie. Solo se oía su respiración acelerada, ajetreada como si no pudiera inspirar el suficiente oxígeno para saciar sus pulmones.

El estruendo del golpe que recibió la embarcación fue atronador. Sonó como si un trueno hubiera sacudido el cielo. Solo que, en vez de venir de lo alto de su cabeza, lo hizo en sus pies. A punto estuvo de salir disparado por uno de los extremos del bote. Por suerte para él, logró agarrarse a una de las maderas y evitó caer de lleno al agua. Se apresuró en subir la parte del cuerpo que le había quedado fuera del bote. Lo hizo con todas sus fuerzas. Tiró de brazos y de la fuerza de sus pies pataleando tan fuerte como pudo. Al

momento escaló la madera y buscó refugio en la barca. Cuando logró serenarse un instante, comprendió que aquello de poco le iba a servir. El bote había sido partido por la mitad y el agua entraba a borbotones entre las maderas astilladas. La otra mitad del bote se hundía sin remedio.

«Estoy perdido.». Una vez estuviera en el agua, moriría en escasos segundos. Intentó pensar. Todavía le quedaba un bote intacto. Se apresuró tanto como pudo en desatar el cabo que unía ambas embarcaciones. Una arrastraría a la otra. Lo que había considerado como una mejor estabilidad, ahora se terciaba como el peor de sus pronósticos.

Buscó el nudo y entre sus dedos mojados y sus dientes, lo desarmó. Luego fue desatándolo por donde pudo. No tenía tiempo de más. Las maderas a duras penas se sostenían a flote. La barca se desmoronaba como un castillo de naipes. Sujetó la embarcación de Rodrigo y cuando iba a abordarlo, tuvo una revelación. «La caja estanca. Sin las reservas de comida y el hilo de pescar, estaré muerto al día siguiente.».

El agua le llegaba hasta la cadera. Debía ir rápido. Si tardaba demasiado, sería tarde. Si pensaba, se despertaría entre las fauces del tiburón. Se lanzó al agua y sumergido en la oscuridad absoluta, rebuscó el compartimento. Lo que menos le preocupaba era el aire que le faltaría para respirar si se demoraba demasiado. Otro pánico invadía sus pensamientos.

Llegó. Justo al otro lado de la embarcación. La madera que protegía el compartimento había desaparecido, seguramente por la última investida. Eso facilitó que pudiera acceder a él. Ahí estaba, la caja estanca, intacta entre las maderas maltrechas. La agarró con fuerza y la extrajo del amasijo de desperfectos. La caja lo llevó a la superficie al instante. Agradeció su flotabilidad, de lo contrario, no hubiera podido emerger y hubiera sido Bernie el que hubiera resultado arrastrado por ella. Respiró profundo. Lo hizo como si aquello fuera un regalo. Como si en el fondo de su ser, no hubiera pensado que podría volver a hacerlo. «Que bien sienta volver a respirar.».

En la superficie, moviendo sus piernas con fuerza para mantenerse a flote, le invadió el pánico. Pensó en que cualquier momento notaría los dientes afilados del escualo. Aquello lo bloqueó. Tan solo se agarró a la caja estanca y perdió la mirada en el infinito. Quizá esperara ver a la guadaña aproximarse

hasta él. Con su túnica negra y su hoz colgada en su espalda. Quizá esperara que todo fuera una pesadilla remota. Una invención de su mente prodigiosa. Esa que podía hacerle sudar y sollozar por las noches. Quizá ya no estaba allí, sino lejos. Perdido en sus pensamientos. En su vida emocional y pasada. Quizá ya estaba muerto.

Cuando despertó a los pocos minutos, se encontraba en la embarcación de Rodrigo. Y a sus pies, la caja estanca golpeaba las maderas de un lado a otro, dirigida por el oleaje constante que sacudía el bote. La embarcación parecía intacta. Flotaba y tan solo una leve cama de agua de pocos centímetros, demostraba cierta debilidad en su estado. Se incorporó lo más rápido que sus fatigados brazos le permitieron. La noche cerrada poco le permitió ver a su alrededor, pero lo poco que pudo, fue un estado de calma absoluta en su cercanía. Ni rastro de su embarcación. Su querida embarcación. No pudo evitar llorar. Y lloró como nunca lo había hecho. Ni siquiera en los momentos más frágiles. Ni en la muerte de su madre había llorado como esa vez. Lloró y volvió a llorar más.

—Tantas horas juntos, y ahora eres tú la que ha acabado en el fondo del océano —sollozó.

Se palpó los brazos, su tronco y se fregó los pelos de su cabeza. Le pareció imposible que pudiera mantenerse de una pieza. Sentado en el centro de la barca, se llevó las rodillas a su pecho y sujetando sus piernas con ambas manos, siguió murmurando como si quisiera evitar que nadie lo viera.

Por la mañana cuando amaneció, Bernie seguía en la misma postura. Se había quedado dormido. Agotado del esfuerzo, vaciado por dentro de lágrimas, tembloroso por su incierto futuro. Las piernas y en especial sus glúteos les dolían a horrores. Tuvo que estirarse lentamente para reorganizar su musculatura. Sintió un cosquilleo que le provocó un angustioso dolor en sus extremidades.

En cuanto recobró la totalidad de su cuerpo, se puso de pie. Fue una sensación profunda volverse a sentir vivo. Estiró la espalda y luego se agachó para descansar con sus manos posadas en sus rodillas. Seguía exhausto.

Moribundo.

Se asomó por la embarcación en ambos lados para contemplar, bajo la luz que proporcionaba un cielo despejado, los restos de su bote. Ni rastro. Ni una triste madera que flotara desorientada. El mar la había engullido por completo. En su lugar encontró algo que le dejó perplejo. Sin palabras. El océano había perdido su tono azulado. Ya no eran aguas azules las que le rodeaban a cientos de kilómetros. No le pareció que fuera ni tan siquiera agua. Era un líquido viscoso color rojo.

—Sangre —arrancó de su alma—. Un mar de sangre.

No se veía azulada como las veces en las que el sol brillaba con majestuosidad. Aquella agua se había vuelto turbia y amenazadora. Bernie se quedó contemplándola durante largo tiempo. Hipnotizado por aquel color de muerte. Cuando tuvo el valor suficiente, dejó caer su mano para acariciarla. Lo hizo con delicadeza. Como si aquel mar rojo pudiera sentirlo. Con respeto, como si en cualquier momento pudiera morderle y arrancarle los dedos de cuajo. Pero nada ocurrió. Nada que no fuera lo que tantas veces había hecho durante cada mañana para lavarse la cara.

Notó el escozor de la sal en las heridas. Llenó sus palmas de agua y se las acercó hasta escasos centímetros de su rostro. La admiró como si aquello fuera imposible. Confirmó que no se trataba de un espejismo. Era real. El agua lucía rojiza como si alguien hubiera derramado litros de sangre. Un gran rojo que discurría por alta mar.

—¿Estoy soñando? —dijo incrédulo.

Sabía que aquello no era un sueño, pero le costaba tanto de creer lo que veía que no le quedó más remedio que llevarse el agua a sus labios y probarla. La saboreó con temeridad. El sabor habitual de mar saló sus labios. A nada más le supo aquel brebaje. La escupió dejando escapar la que mantenía presa en sus manos. «Estoy perdiendo la chaveta.»

DÍA 23

HE PERDIDO LA NOCIÓN DEL TIEMPO. La cuenta de las veces que he visto un tiburón, incluso que me he enfrentado a ellos, los botes avistados y los hombres que he visto morir por ellos. La sed me ha desesperado y el hambre doblado de dolor. He hecho enemigos y también amigos, que he perdido tan rápido como mi memoria entera. Esto es un mundo de locos. Unos vivos y otros muertos, pero todos locos.

—Vamos, debes de saber algo. Este océano no es lo suficientemente grande como para qué no lo sepas —dijo sentado al borde del bote.

Sus pies prácticamente rozaban el agua. Una práctica que ponía a prueba su terror más profundo. Sin embargo, se veía con el coraje suficiente para desafiar su suerte. Con todo lo vivido, aquello era algo insignificante.

Había dispuesto el recipiente de agua vacío en el suelo de la embarcación, como si fuera a llover de un momento a otro. Aunque el sol en el firmamento no atestiguaba lo mismo.

—Frankie, tú sabes algo. Sé que lo sabes.

Alrededor del bote, la aleta del pequeño tiburón aparecía de vez en cuando. Como si disfrutara de la compañía de Bernie. La diferencia de tamaño de la aleta con el anterior escualo que lo había visitado era desproporcionada. Sabía a ciencia cierta que era él.

—Esta moneda —dijo presionándola fuerte—. Soy el único que la tiene. Ninguno disponía de ella, ni de terminal móvil, ni de ninguna mujer. ¿Quién es Clarise? ¿Por qué soy distinto?

Pensó en los números. Si aquella moneda era importante, y estaba convencido que era así, también sabía que los números eran otra clave

fundamental. Eso explicaría muchas cosas. Puede que no el porqué estaba allí, pero sí cómo lo hacían. No era algo fortuito que le ocurriera solo a él. Era algo sistemático que practicaban con muchos más. Ese era el medio. Estaba claro. El objetivo también lo vislumbraba. Sus muertes. Lo que desconocía era el porqué, y por qué a ellos. Que fúnebre motivo les condenaba.

Regresó su atención a la aleta de Frankie que le había rozado sutilmente la planta del pie. Se asustó en una primera instancia, luego se tranquilizó al ver que todavía lo mantenía en su sitio.

—Habrás visto u oído algo de alguno de tus compañeros. Confiesa. Puede que fuera un familiar tuyo, ¿no es cierto? Frankie, no se lo puedo perdonar. Engulló a Rodrigo y me destrozó el bote. Lo hundió de un maldito golpe. Deberías haberlo visto. Ese colega tuyo guarda mucho rencor en su interior. Demasiado. Pero sabes lo que te digo, amigo, yo me meo en él —dijo mientras orinaba de pie por uno de los laterales de la embarcación—. Me meo en lo que es y lo que ha hecho. Puedes decírselo de mi parte cuando lo veas.

El chorro de orín se oyó caer como una cascada improvisada. Mientras se sacudía y contemplaba la orina desaparecer en la agua salina, un reflejo le cegó los ojos. Fue una luz brillante que le iluminó el rostro por un segundo, desde el horizonte. Un atisbo de luz que despertó su interés. Al principio no vio nada. Hasta donde llegaba su vista no divisó nada que no fuera oleaje y horizonte azulado. Llegó a pensar que tan solo había sido el reflejo de una ola al impactar con otra. O quién sabe si algún atún jugando con la marea del mar angosto. Muchas cosas se le pasaron por la cabeza, pero ninguna de ellas lo que de verdad era.

Manteniendo la mirada en el horizonte, obtuvo la ansiada respuesta. Primero divisó un diminuto bulto que fue creciendo a medida que se acercó. Una mancha uniforme a lo lejos que apenas le ofrecía más información extraordinaria.

—Hay algo ahí, Frankie. Algo que...

Se quedó mudo de repente. Aguardó paciente hasta que la silueta del objeto

se hizo más clara.

—¿Es un faro? No me digas que... Frankie, ¿eso es un maldito faro?

Una luz a lo lejos lo deslumbraba de forma intermitente. La luz era tenue pero claramente presente. A medida que fue acercándose, fue descartando la opción que pudiera tratarse de un faro. El tamaño de la atalaya nada tenía que ver con los faros tradicionales a los que estaba acostumbrado. Aquello era algo distinto. Medía algo menos de metro y medio, y parecía más bien una boya flotando.

A medida que se acercó, su curiosidad fue en aumento. Confirmó a escasos metros, que solo era una baliza flotando con un sistema lumínico de advertencia.

—¿Para qué narices es eso? —se dijo impresionado. Hacía rato que Frankie ya no se encontraba con él.

Cuando impactó contra la boya, comprobó que estaba hecha de un material duro. El leve golpe hizo que tuviera que sentarse para no caerse. La tocó. Tenía una textura áspera, de plástico duro. Bajo una visera del mismo material, había una luz led que efectuaba brillos de forma discontinua.

—Extraño artilugio en el culo del mundo.

Sujetó con firmeza la baliza y la volteó. Al no estar sujeta más que por el fondo, ésta cedió. En la parte trasera, descubrió un número grabado.

—Mil ciento cincuenta y nueve —leyó en voz alta.

En el momento en que se devanó los sesos por averiguar su significado, percibió un chasquido sutil. Fue como un leve golpe metálico. Se detuvo y dejó de respirar un segundo para concentrarse en ello. Entonces, un sonido estridente le sobresaltó. Cayó al suelo de la embarcación. La alarma acústica sonó sin parar con un timbre angustioso, demasiado elevado. Bernie se llevó las manos a los oídos. La alarma sonó de forma intermitente a la misma vez que la luz, en vez de iluminar en azul, ahora brillaba con un color rojo intenso.

Observó a su alrededor. No había movimiento en el horizonte. Despejado. Millas y millas de nada, ni nadie que atendiera aquel avisador acústico.

—He tocado algo que no debía — dijo ahogado entre la contaminación sonora.

El sonido no aminoró en ningún momento. Ni siquiera cuando Bernie en un intento fallido de desactivarlo, se acercó a la baliza e intentó manipularla por distintos lados. La golpeó de forma insistente. Todo fue en balde.

—Maldito trasto del demonio. ¡Cállate ya!

La sucesión de aquel sonido estridente pareció colarse en lo más profundo de su cabeza. La secuencia discontinua le zarandeó fuerte su mente. Y sus recuerdos.

El timbre del teléfono sonó de forma insistente haciendo cuatro intentos. Bernie no le quedó más remedio que dejar el palo de golf a mitad de su lanzamiento y sin recoger la bola amarilla con la que practicaba, se dirigió hacia la mesa del despacho.

—Dime Caroline. ¿Qué ocurre? Estaba con algo importante.

—Disculpe señor Miller, lamento perturbarle. Hay una entrega urgente para usted y el recadero insiste en que tan solo puede hacer entrega del paquete directamente a usted. ¿Puede salir o desea que le diga que pase en otro momento?

Resopló.

—Que aguarde un segundo, ahora salgo.

—Gracias señor.

Acabó de meter la bola de golf en el agujero del montículo de entrenamiento y salió de su despacho con aire desenfadado. Sus zapatos de charol resonaron por el amplio pasillo repleto de obras de arte al óleo.

—Estoy aquí —dijo aun sabiendo que ya habían percibido su llegada.

—¿Es usted el señor Bernie Miller? —dijo el joven mensajero de recién dieciocho años.

—Así es, hijo.

—Un paquete para usted, señor. Entrega urgente y confidencial exprés, en mano a destinatario.

Firmó el albarán de entrega y emprendió el camino de vuelta a su despacho con el paquete en sus manos. No pudo evitar comprobar su peso y zarandearlo suavemente en el aire para comprobar si sonaba. No tenía absolutamente ni idea de qué podía ser. La intriga le recomía por dentro. Nunca recibía paquetes, y mucho menos de entrega directa. Aunque era algo que evadía, lo cierto es que aquello era inseguro. Cualquiera de sus enemigos podía gastarle una broma pesada. Quizá dentro de aquella caja de cartón grueso, envuelta en papel de calidad de color dorado, hallará alguna amenaza o advertencia. Puede que la cabeza cortada de algún conejo, una rosa negra con un mensaje amenazante, o cualquier otra genialidad creativa. Las opciones eran múltiples y variadas. Prefirió no sugestionarse. Lo único cierto, era que aquello, desprendía un carisma de misterio especial.

Cuando llegó a su despacho, depositó la caja encima de la mesa de nogal. Se hizo con las tijeras de abrir correspondencia y procedió a cortar la tira roja que adornaba el paquete.

—Al final, puede que se trate de alguna bella admiradora. De esas tengo muchas más que rivales conocidos.

Reconocía la mano de una mujer para envolver el paquete. Los detalles habían sido cuidados. Se reafirmó en sus pensamientos. Retirado el envoltorio, descubrió la tapa de la caja de color negro. Era poco más grande que una caja de zapatos. Algo más estirada. Algo más fina y alargada.

Al destaparla con cierta precaución, tan solo encontró papel seda de color verde por todo su interior. Lo retiró sutilmente con la punta de su pluma que usaba para firmar contratos. Cuando abrió suficiente espacio para ver su

contenido, descubrió un sobre de color blanco. Era un sobre estándar. Y al parecer, nada más se encontraba en su interior. Se quedó extrañado.

—Tanta parafernalia para tan solo entregar una carta que podía haber recibido por correo electrónico, ¿en serio?

Tomó asiento en su butaca de piel. Le pareció extraño que el sobre viniera sellado. A la antigua. Era un sello de cera, algo que jamás había visto, tan solo en alguna película. Aquello aseguraba que el sobre no había sido abierto por nadie. La cera roja que, además, había sido prensada con un sello a modo de molde. La insignia que aparecía en, él era una forma simple. Una línea curvada que, pisándose en el centro, formaba el símbolo de infinito. Cuando se fijó bien, identifico que en la punta de la línea se hallaba una diminuta cabeza de serpiente.

No le dijo nada.

—¿Quién se toma tantas molestias para esto?

Abrió el sobre rompiendo parte del papel. Decidió dejar intacto el sello de cera. Inspeccionó el contenido con ciertas reservas. En efecto, en el interior solo había un papel de pequeñas dimensiones. Golpeó el sobre encima de la mesa hasta que cayó. Era una tarjeta.

—Señor Miller Red, nos satisface invitarle a formar parte de nuestro estimado club de reflexión. Sea usted bienvenido, así como digno de su nuevo cargo. Salud y prosperidad. Muy honorable señor Thomas Smith. Consejero delegado.

LOS PEORES RECUERDOS son los que todavía están por venir. La mente es traicionera, y la mía parece ensañarse conmigo. Me devuelve instantes inconexos que procuro procesar y entender en un contexto borroso. Es una sensación asquerosa no poder ser dueño de mi propia vida pasada. Enterarse de lo ocurrido años más tarde a través de fugaces titulares es como poco, angustiante. Son momentos vividos que me pertenecen, pero no tengo derecho a ellos, solo cuando me vienen a la mente a cuentagotas. Lo peor de recordar, es que todos esos momentos, ya no tienen solución. Y muchos de ellos, me duelen como el primer día en que los viví. Algunos incluso más.

Despertó alertado por un ruido. La alarma hacía rato que se había detenido y aprovechando el silencio, había atado el bote en la baliza para descansar. Aquel sonido era distinto. Era un motor acercándose. Solo cuando estuvo lo suficientemente cerca, lo advirtió. No era tierra firme lo que veía, ni una isla abandonada en el pacífico, ni atunes saltando o Frankie jugueteando a su alrededor. Ni tan siquiera otra visita de algún compañero corriendo su misma suerte. Nada de eso. Cuando lo divisó fue tarde para reaccionar. Todo fue muy rápido. Sintió un sonido que hacía mucho que no había oído. El zumbido de un arma de fuego disparando a discreción. El estruendo de una automática rompía el silencio para convertirse en el Dios de la muerte.

Antes que su mente reaccionara, los proyectiles se encadenaron uno detrás de otro. La primera sucesión de disparos, impactaron contra el agua. Una hilera de balas que se hundieron a escasos treinta metros de él. Aunque tarde, cayó de espaldas hacia atrás. Luego se refugió tras la madera.

Regresó el silencio, que solo se vio afectado por el motor de la lancha que pasó cerca de su posición. Extrajo su cabeza lentamente por el borde para atestiguar con sus ojos lo que ocurría. El yate lujoso pasaba de largo. En ese momento le vino a la mente las palabras de Rodrigo. «Los he visto. Sé lo que hacen. Sé lo que hacen.». Nada bueno le esperaba. Con suerte una muerte

rápida.

El yate viró en sentido opuesto unos cientos de metros más allá. Dio una gran vuelta para hacerlo, pero al poco ya estaba encarado hacia su posición.

Recordó el ataque del tiburón del día anterior. Radicaba una diferencia importante, aquel yate de al menos quince metros de eslora, no tenía dientes afilados y una piel de papel de lija. Este disponía de balas de acero y una potencia que ningún animal podía desafiar.

—Malditos cabrones.

A escasos metros del bote, la gran embarcación aminoró la marcha hasta detenerse. Se quedó a tan solo veinte metros. Bernie aprovechó para contemplarlos hasta que de nuevo uno de los tres hombres que divisó en proa, disparó una nueva ráfaga.

En primera línea, fue testigo de cómo las balas impactaron tan solo a un par de metros. Hundiéndose en el agua. No le dio tiempo de reaccionar. Ni tan siquiera cuando la misma ráfaga impactó de pleno su embarcación. Los proyectiles pasaron a un metro de él. La madera se astilló como un cartón mojado. Bernie se echó al suelo. Sin levantar la cabeza se pegó tanto como pudo a la madera. Tuvo la sensación de estar más a salvo. Hasta que empezó a ver los litros de agua entrar sin restricción por los agujeros de bala. Se hundía. Y lo hacía de forma acelerada.

Otra nueva ráfaga de disparos le sorprendió. Se quedó quieto, aguardando sin apenas respirar.

—Por favor, Dios mío, ayúdame... —balbuceó.

Las balas impactaron contra el lado opuesto del bote. Tuvo suerte de no recibir ninguna. Una de las balas pasó cerca de sus piernas.

—¡Muere como un gu... gusano as... asqueroso! —gritó uno de los agresores. Voz rota y encasquillada como un tartamudo borracho. «Esa voz. Esa expresión. Gusano asqueroso.».

En el frío suelo húmedo, arrodillado y sintiendo un profundo dolor en sus rodillas, observó como la oscuridad lo rodeaba todo. La simple respiración por la boca le costaba a horrores. Aquella tela negra que encerraba su cabeza de forma hermética, apenas le dejaba respirar. Sentía el sabor óxido de su propia sangre. Sudaba, y lo hacía de forma esperpéntica. La sensación de ahogo colapsaba todos sus sentidos.

—Mue... muere como un gu... gusano asqueroso —dijo la voz quebrada.

La madera de la embarcación cedió. Los crujidos constantes vaticinaron el despedazamiento de las viejas tablas. Bernie se resbaló poco a poco aún sujetarse con dientes y uñas. El agua fue invadiéndolo todo. Con la mitad de su cuerpo en remojo, se reincorporó alzando el cuello para ver dónde se encontraban. Su expresión cambió drásticamente. El yate de lujo avanzaba con rapidez hacia él. Lejos de huir del agua, se impulsó con fuerza para sumergirse. Y una vez a un metro de profundidad, siguió braceando con fuerza para ganar más profundidad. En ese momento la embarcación a motor le pasó por encima. Observó la superficie para ver las entrañas de aquel yate haciendo pedazos lo que quedaba de su embarcación. Multitud de restos de madera salieron disparados hacia todos lados.

Pasó tres minutos sumergido. En cuanto notó que la falta de aire empezaba a ser un problema, subió a la superficie. No podía huir. Sabía que en cuanto apareciera emergiendo del agua, esos terroristas le dispararían sin miramientos. Aun así, no le quedó más remedio. Cuando su piel entró en contacto con el aire, respiró una gran bocanada. Llenó sus pulmones como si el oxígeno que respiraba fuera lo más preciado del mundo. Lo era.

Giró la cabeza hacia todos los frentes. Se alejaban, pero no porque se fueran, sino porque viraban de nuevo.

Buscó refugio entre todos los trozos de madera. Se agarró al más grande que encontró. Escondiéndose detrás de él. Bajó la cabeza a ras del agua. Aguardando sin hacer movimientos, fundiéndose con el medio. Entonces cayó en la cuenta de que aquellos psicópatas, no eran el único peligro que lo acechaba. Tuvo una corazonada. Se acordó de Frankie. Lo había acompañado

prácticamente desde el inicio de su viaje. Aquel simpático depredador. Aún no le había intentado hincar el diente, le gustaba creer que otro era el motivo de su compañía. Sin embargo, estaba a punto de descubrir cuanto se equivocaba. Estaba claro que se había vuelto el centro de atención del mundo.

Olvidó a los hombres armados que lo querían muerto, centrando toda su atención al peligro inminente de las fauces de aquel depredador letal. Se le echó encima en un movimiento tan rápido que apenas pudo reaccionar. Se hundió y efectuó un chapoteo constante. Sin saber bien cómo, agarró al animal salvaje intentando detener su embestida. Todo fue muy rápido. Apenas fue consciente de ninguno de sus actos por salvar la vida. Un golpe tras otro. Un sonido estridente. Miles de burbujas eclipsaron su entorno. Movimiento frenético. Nervios. Angustia. Desesperación. Necesitaba aire para respirar. De pronto todo quedó en nada. El movimiento se ralentizó hasta quedar completamente detenido. Cuando abrió los ojos y el torrente de burbujas lo dejó ver más allá, la totalidad del agua había pasado a ser de una tonalidad rojiza. No sintió dolor. Entró en un estado de paz absoluta, ni tan siquiera notaba la falta de aire. Nada. Cuando sus ojos se adaptaron a la sangre que lo inundaba todo, fue consciente que seguía abrazado a Frankie. Un abrazo mortal. Su tacto era de una textura extremadamente áspera. Notaba el relieve de su piel escamosa y afilada. Hasta la piel de aquel animal, estaba preparada para matar.

Permanecieron abrazados durante largos segundos. Un tiempo en la que perdió la noción de su existencia. Hasta que no salió de su catarsis, no razonó con sentido. «¿Qué hago abrazado a un tiburón? ¿Sigo vivo?». Tras la confusión, se percató que no era él quien se desangraba. Distintos orificios de bala habían penetrado el cuerpo de Frankie. Observó sus ojos negros, inexpresivos por completo. La ausencia total de movimientos y sus fauces abiertas, le indicaron con total seguridad que había muerto.

Lo soltó. Dejó caer el cuerpo atraído por las profundidades. Una vez liberado de su peso, buscó con desesperación la superficie. Necesitaba respirar. Seguía vivo, y necesitaba aire. Cuando salió, fue como volver a nacer. Si hubiera tardado más, habría perdido la conciencia. Con la vista hacia arriba y la boca abierta de par en par, se fijó en el cielo azulado. Fue lo

único que vio durante sus inspiraciones aceleradas. Aire. Vida. Cielo azul.

Miró a su alrededor. Los restos de su embarcación seguían a flote. Cientos de ellos. Y a tan solo un metro, la caja estanca. Flotaba como lo demás. Se agarró a ella, y al hacerlo, sintió una gran liberación. Notó tanta fatiga en brazos y piernas que apenas lograba mantenerse. El aire no era lo único para su subsistencia. Necesitaba energía. Necesitaba fuerza suficiente para seguir luchando. Se centró tan solo en seguir respirando. Nada más le importó.

Si bien su compañero Frankie, le había intentado engullir, también era verdad que lejos de acabar con su vida, le había salvado. La ráfaga mortal que debía haber acabado en él, lo había hecho en su amigo de dientes afilados. Gracias a ello seguía vivo. Tenía claro que la sangre que inundaba todo, había confundido a sus ejecutores.

Aunque volvió a sumergirse para contemplar a Frankie, apenas lo divisó cayendo hacia el fondo. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero hubiera jurado que, diluidos con la oscuridad, otros tiburones se daban un festín con él. «Alimañas del mar.»

—Dejadlo en paz.

De repente rememoró un recuerdo que permanecía con los demás, ausente en su memoria. El sentimiento de rabia, ternura y lástima.

Ingresado en el Hospital General. En la habitación de al lado del empleado que había venido a visitar. Bernie leyó el nombre de su padre en la etiqueta que permanecía colgada en la puerta de la habitación. Graham Miller. Lo tuvo que leer dos veces para asegurarse. A pesar de ello, no se sintió con coraje de entrar en la habitación, siguió caminando por el pasillo adoquinado hasta llegar a recepción.

—Por favor señorita, ¿puede usted decirme en qué habitación está el señor Miller?

—Sr. Graham Miller. ¿Es usted familiar?

Bernie pensó la respuesta. Algo que hizo extrañar a la administrativa.

—Es mi padre —mostró su carné de identidad para corroborarlo.

—Disculpe. Ingresó hace un par de semanas en la UCI, no hubo forma de contactar con ningún familiar. Lo siento. Quizá no lo tengamos en la base de datos, o puede que su padre, olvidara comentarnos su contacto. Sea como sea, me alegro de que esté aquí. Siempre es de agradecer tener un ser querido cerca.

—Se lo agradezco.

—Habitación trescientos trece. En la tercera planta.

Bernie se adentró de nuevo hacia la zona de ingresos. Subió a la tercera planta con el ascensor repleto de gente, y pensando en las palabras de la administrativa, llegó hasta la habitación. Contempló su nombre durante largos segundos antes de entrar, tan solo depositando su mano en el pomo. Hasta que se hizo con el valor suficiente para golpear suavemente la puerta con los nudillos, y entró.

La primera impresión que tuvo cuando lo vio estirado en la cama, rodeado de varias mangueras, fue que se equivocaba de persona. A pesar de que lo era, tuvo que observar su rostro varias veces. Era él. Estaba dormido. Aprovechó la ocasión para contemplarlo con detenimiento. Si en un primer momento dudó fue porque jamás lo había visto tan envejecido. El pelo que conservaba era canoso. Incluso la extraña perilla que se había dejado en su mentón. No lo recordaba así. Aunque recordarlo tampoco era algo que hiciera a menudo.

Se acercó a la cama con reparo. Tuvo la sensación de hacer mal. Como si aquello conllevara consecuencias graves. Cuando se situó a su lado, reconoció bien que era su padre. Sus facciones, ahora más delgadas y descuidadas, seguían otorgándole su identidad. No recordaba cuando era la última vez que lo había visto. Suponía que hacía mucho tiempo. Desconocía que estuviera enfermo y aunque no sabía bien lo que le pasaba, dedujo que no se trataba de una enfermedad leve.

—Cuidados intensivos.

Ante aquel hombre que tanto había odiado, ahora se le despertaba un sentimiento de ternura. De compasión. Al fin y al cabo, no dejaba de ser su padre. Guardaba muy buenos recuerdos de él, y muchos otros que no lo habían sido tanto. La contradicción de sentimientos era habitual con su padre, tanto, que había aprendido a sentirlo así. Se había acostumbrado a ello. En aquel preciso instante, los sentimientos encontrados se definieron hacia uno solo. Sentía pena por él. Y eso, se arraigaba en un sentimiento de amor fraternal.

Su padre permaneció ajeno a su compañía. Desde que había entrado por la puerta no había abierto los ojos. Sus pulsaciones eran débiles, pero presentes. Observó la cantidad de parámetros que tres máquinas distintas medían continuamente. Aunque no quiso, aquello le recordó a su madre. Sus ojos se le humedecieron. Miró hacia el techo de escayola para intentar frenarlo. Suspiró con fuerza, pues notaba un peso importante en su cuello.

Volvió la vista a su progenitor. Armado de un valor singular, extendió la mano hasta ponerla encima de su brazo desnudo. Le sorprendió la textura arrugada de su piel. Esperaba que estuviera frío y se encontró todo lo contrario. El cuerpo emanaba un calor peculiar.

—Padre... —susurró.

HE TENIDO TIEMPO DE CONTAR todas las estrellas del firmamento. Estando en el océano, el cielo se ve libre de contaminación de ningún tipo, y eso, en esta localización privilegiada, brinda un espectáculo sin igual. El precio que pagar para semejante descubrimiento es demasiado elevado, pero sigue siendo única la visión nocturna de un cielo decorado con infinitas luces. Ojalá pudiera gozar de ellas estando en una situación distinta. Ojalá lo hubiera descubierto antes, en buena compañía, en buenas condiciones de salud.

Oyó sus pasos subiendo las escaleras que conducían hasta el piso de arriba. Aún estaba lejos de su habitación, la última puerta del pasillo, y ya le pareció oler el aroma de la leche con cacao humeante de cada noche. Esa bebida que tanto le reconfortaba.

Su madre entró en la habitación con la taza en sus manos y una amplia sonrisa en su rostro. El pequeño Bernie acostado en su cama, se le devolvió mellada. La expresión de felicidad como aquella, de un niño de poco más de siete años, era algo mágico.

—Aquí tienes, Ber —dijo haciéndole entrega de la taza.

—Gracias, mamá.

—De nada, cariño. Te he traído dos galletas para acompañarlo. Esta noche has cenado poco. ¿Qué te ocurre mi amor?

Permaneció callado como si meditara una respuesta apropiada. Victory se acercó a la ventana para correr las cortinas. Sin embargo, no llegó a hacerlo. Se quedó mirando la noche despejada de verano por el ventanal.

—Hijo, ven aquí —rompió el silencio.

—¿Qué pasa, mamá?

El niño dejó el tazón encima de la mesita de noche y de un brinco, saltó de la cama. Cuando llegó hasta su madre, la abrazó de la pierna.

—Fíjate en este cielo estrellado. Hace una noche perfecta para ver las estrellas.

Bernie arrastró la silla del escritorio hasta colocarla debajo de la ventana. Se subió y ansioso por ver el cielo, pegó su rostro al frío cristal dando un leve golpe.

—Cuidado, no seas bruto, hijo —sonrió.

Aquella noche el firmamento estaba sumamente despejado. Infinidad de estrellas se podían ver colgadas en hilos invisibles, repartidas por todo el paisaje. La luna brillaba con fuerza. Una luna entera, majestuosa orquestando la belleza en el firmamento. El mejor concierto que podía gozar antes de ir a dormir.

En aquel momento en que madre e hijo se abrazaron, una estrella fugaz se cruzó ante sus ojos.

—¡Mira mamá!

—La he visto, hijo. Pide un deseo, mi amor.

Bernie se quedó pensativo.

—Mmm... Quiero que...

—No lo digas en voz alta, hijo. Si lo haces, se romperá la magia del deseo. Y el destino, lejos de concedértelo, nunca se hará realidad. Debes guardarlo para ti.

Víctory acarició su cabeza. Luego, acercó sus labios y le besó en el cabello.

—Ahora tómate la leche y a dormir, cariño.

Agarrado a su caja estanca, pasaron horas. Se mantuvo a flote en todo momento. Gracias a ella no tuvo que ejercer fuerza para sostenerse. Seguía sorprendido que siguiera vivo. No solo por el encuentro con los sádicos que lo habían torturado y condenado a muerte, sino porque, después de tantas horas a flote en alta mar, era un cebo perfecto para los tiburones que frecuentaban el lugar. Pero seguía vivo. Seguía agarrado al recipiente y aquello le hacía conservar algo de esperanza. Respiraba, es lo único que importaba.

Procuró hacer el mínimo esfuerzo. Ahorrar energía era algo que había aprendido bien. No disponía de alimento ni de agua potable. Ahorrar energía era lo único que tenía en su mano para seguir vivo. Aunque en aquel momento lloviera, no podría recolectar agua. Se imaginaba abriendo la boca y tragando tantas gotas de lluvia como pudiera. Pero no llovía. Y en el fondo, agradecía que así fuera. Rezaba porque ninguna tormenta lo alcanzaría en aquel estado. Lo de menos sería poder beber. Tenía claro que no sobreviviría a ella tras tener saciada su sed.

Un destello de luz le mostró el camino a su salvación. Un destello intermitente que llamó su atención. La baliza seguía allí. Ofreciéndole una salida.

Se desplazó de forma lenta. No por el hecho de no disponer de la energía necesaria, que también, sino más bien para no efectuar movimientos frenéticos que llamarán la atención a los curiosos tiburones. Esa era la principal amenaza. Aunque sentía la adrenalina recorrer sus brazos y piernas, intentó ahogar su sentido de la supervivencia.

Tardó algo más de una hora en llegar hasta la baliza. Se le hizo eterno. Cuando tocó la boya, respiró profundo. Un estado de relajación extremo le invadió. Poco a poco recuperó su estado normal. Aunque había alcanzado su meta, seguía en peligro. Se ayudó de la flotabilidad de la caja estanca para ascender por encima de la base de la baliza. No fue difícil. Su instinto y la adrenalina, le impulsaron con la fuerza necesaria para superar la adversidad. Se agarró del mástil. El peso de su cuerpo hizo que ésta se resintiera y se hundió ligeramente. Por suerte para él, tenía el material suficiente como para garantizar que flotara. Lo suficiente para no estar sumergido.

Una vez ubicado en su nuevo bote, agarró la caja estanca para no perderla. A medida que fue pasando el tiempo, fue acomodándose a su nueva morada. Para evitar perder la caja, la ató a una de sus piernas. Así pudo agarrarse con ambas manos a la baliza. Pensó que, si en algún momento se desprendía de su salvaguarda, le garantizaba un flotador auxiliar para mantenerse a flote. Si perdía la caja estanca, lo de menos sería perder sus pertenencias, perdería la posibilidad de mantenerse en la superficie sin esfuerzo. Y eso, en su estado, era algo que no podía permitirse.

Los restos que quedaban del bote flotaban a la deriva a pocos metros de donde se encontraba. Sus esfuerzos pronto le pasaron factura. Notó como la energía se esfumaba y aunque al principio intentó combatir el sueño, acabó abatido en los brazos de Morfeo.

Entró en la habitación seguido de otros. Al entrar, se sentó en la primera butaca que encontró. La sala estaba oscura, muy oscura. Tuvo la sensación de entrar en una sala de cine. Y como hubiera hecho en tal caso, se sentó en la última fila. En caso de querer marchar antes de tiempo, podría hacerlo sin molestar a los demás. Aunque en esa ocasión, si se ubicaba en tal sitio era motivado por la inseguridad y la desconfianza que le provocaba aquello.

Solo entrar, notó un ambiente extraño. Enrarecido. Las luces apenas iluminaban. Tan solo leves focos en los laterales. Había diez filas en total. La distancia entre cada hilera calculó que sería de tres metros. En lo alto de toda la sala, una lámpara de lágrimas eclipsaba el techo. A pesar de estar apagada, ofrecía brillos gracias a los leves movimientos de cada pequeño cristal. La mesa principal estaba al final de la sala. Sin embargo, lejos de cualquier mesa presidencial, ésta permanecía oculta tras un panel tupido garantizando absoluta privacidad.

Cinco personas presidían la sala. Cinco de las cuales únicamente percibió su silueta gracias a la luz omnisciente que brillaba en sus espaldas. Una para cada uno de ellos. Le resultó misterioso. Esperaba una convención tradicional, y aquello era algo muy distinto. Sus voces sonaron como un susurro presente en la gran sala. Le costó acostumbrar su oído a tal sonoridad. Al principio pensó que se trataba de un fallo en el sistema, luego consciente

de todo el montaje, captó que era una distorsión adrede.

Todo allí conservaba un ambiente que nunca había experimentado. Intentó descubrir quiénes de los cinco interlocutores hablaban en cada ocasión. Lo hizo gracias a las gesticulaciones en tal juego de sombras. Tan solo un interlocutor, lo desconcertaba. El que tenía la voz más grave de los presentes. Su dueño no se expresaba con gestos. Permanecía impertérito, sin inmutarse.

En plena exposición acerca de la importancia del conocimiento científico, dos hombres se le acercaron sin que se diera cuenta. Ambos se pusieron a su lado. Todo estaba tan oscuro que no pudo identificarlos.

—Señor Miller, debe acompañarnos.

Se sorprendió que supieran su nombre. En ningún momento se había identificado al entrar. Había asistido a la reunión clandestina siguiendo las migas de pan que le había facilitado Logan. Pero aquellos hombres, sabían quién era.

—¿Qué ocurre?

—Le ruego encarecidamente que nos acompañe, señor.

Bernie accedió. Lo siguió y con disimulo, comprobó que el otro seguía sus pasos. Salieron de la habitación oscura y entraron en un despacho continuo. Sus ojos tuvieron que adaptarse a una situación lumínica normal. El despacho era una sala de reuniones. Una mesa principal adornaba el centro de la sala. El resto de la decoración ofrecía una visión minimalista y poco cargada.

Ambos guardaespaldas lo dejaron solo en la habitación. Permaneció allí durante largos diez minutos hasta que la única puerta de la dependencia volvió a abrirse. Por la puerta entró alguien enmascarado. Llevaba una capa larga, oscura, que apenas permitía ver su torso y extremidades. La atención de Bernie no se centró en su atuendo, sino en su rostro. Sus ojos hundidos, negros, de mirada estéril y profunda. Su rostro dorado. La máscara era de un metal reluciente.

Bernie se quedó sin habla.

El recién llegado tomó asiento enfrente de él. Ambos se quedaron observándose sin decir nada. Le pareció oír su respiración enlatada. Sintió miedo. Quizá un miedo infantil. Aquello solo era un disfraz. Pero sintió miedo.

—Señor Miller —sonó una voz grave que lo asustó—, es usted un hombre habilidoso, a la par que inteligente y locuaz. Hace tiempo que observamos sus movimientos, y si bien normalmente siempre hay recriminaciones y pecados que tapar, debo confesarle que, en su caso, la gran mayoría han sido admiraciones. Si está usted aquí, sentado en frente de mí, no es porque sea un hombre poderoso. Al menos, no solo por eso. No es poder lo que usted tiene. Tiene algo más. Algo que esta organización se toma muy en serio.

Se detuvo como si tuviera que tomar aire para seguir hablando. Bernie notó su nerviosismo a flor de piel. Desconocía las intenciones de aquel hombre, y con razón, la gente que guardaba su rostro bajo una máscara, nunca solía hacerlo por una buena intención.

—No debe temernos, señor Miller. No a nosotros. Ha sido usted el que se ha interesado por nosotros. Si no estoy en lo cierto, dígame —apenas dejó tiempo para contestar—. Más adelante, sabrá que, sin este paso previo, no hubiera usted conseguido nada más que un fracaso tras otro. La gente suele denominarnos la organización Secreto. Pero la verdad, siéndole franco, ese no es nuestro nombre. Preferimos no disponer de apelativos. Nadie debe pronunciarlos. Es el secreto el que le ha llevado hasta nosotros. El secreto, señor Miller. Eso es lo verdaderamente relevante.

Bernie afirmó con la cabeza. El secreto era lo que le había llevado hasta allí. Celebrities e importantes hombres de negocios formaban parte de aquello. Lo sabía. Gracias a Logan lo sabía. Sin embargo, empezaba a dudar de la honorabilidad que desprendía aquella organización pintoresca con aires tenebrosos. Parecía estar más cerca de una mafia siciliana que de una organización transparente y legal.

—¿Cuál es el secreto?

—Si le contara las veces que me han preguntado eso, señor Miller —dijo mientras sacaba su brazo derecho de dentro de la túnica negra. Dio un fuerte

golpe sobre la mesa con su puño—. Si le contara cuántas veces he tenido que hacer lo imposible para protegerlo.

Le despertó la imposibilidad de respirar y el frío recorrer la parte alta de su cuerpo. Cuando abrió los ojos, fue consciente que se hallaba sumergido en el agua. Emergió tan rápido como pudo. Abrió la boca y tragó una gran bocanada de aire. Luego, completamente despierto, analizó lo ocurrido. La baliza seguía a escasos metros. Todo seguía igual. Su cansancio, unido al derroche en exceso de energía que había padecido, le habrían hecho caer tan lentamente que no se había percatado. Ni él, ni sus depredadores. Era de noche. Algo que contribuyó poco a su orientación. El cielo permanecía estrellado como pocas veces lo había visto. La ausencia de luna las hacía más protagonistas.

Se ató a la baliza para evitar otra nueva caída. Mojado por completo como estaba, entre rezos entrecortados, aquella noche se oyó el castaño de sus dientes.

—Hijo —dijo su padre con voz ronca. Bernie retiró la mano de su antebrazo al instante—. Me alegro de que estés aquí, Bernie —tosió muy fuerte—. Hace días que no recibo la visita de nadie, pero la tuya, no la hubiera esperado nunca.

El viejo Miller intentó incorporarse. Algo que pareció despertar a Bernie, que, en un movimiento casi involuntario, accedió a ayudarlo para apoyar su espalda en el cabecero.

—Gracias —suspiró profundo para recuperar el aliento—. ¿Qué te trae por aquí después de tantos años? ¿Estás bien?

—Estoy bien. He venido... —carraspeó para recuperar la voz—. He venido de visita, y por casualidad, le he encontrado aquí.

—Una extraña casualidad entonces.

—Sin duda. ¿Qué le ocurre? ¿Está bien?

—Esto ya llega a su fin. Me apago. Esta maldita enfermedad —recibió otro ataque de tos que le interrumpió.

Bernie cogió el vaso de agua de la mesita y se lo entregó.

—¿No tiene a nadie aquí? ¿Quiere que avise a alguien?

—Esa maldita arpía. Ya no puedo contar con ella. Consiguió lo que quería. Ahora tiene un piso, algo de dinero en su cuenta y está a punto de recibir la paga por viudedad. ¿Acaso puede pedir más? Sería demasiado pedirle que en mis últimos días esté presente al lado de esta cama —volvió a toser.

Se dobló de dolor. Bernie, al contrario, permaneció callado y serio, atento a su estado de salud. Pese a sus diferencias del pasado seguía siendo su padre. A las puertas de la muerte, se le ablandó el corazón.

—Ha pasado mucho tiempo... Disculpa —dijo usando la máscara de oxígeno que tenía al lado. Respiró durante un par de veces—. Tú sabes que yo siempre quise... de hecho, nunca pensé que...

—Lo sé —reaccionó ágil—. No se preocupe. Todo ha ido como debía ir. Lo hecho, hecho está. Por mi parte tampoco pude gestionar bien —hizo una pausa—, determinadas cosas.

—Pero quiero que comprendas algo. Siempre intenté hacerlo mejor. En cambio, todo lo que ha acabado pasando. Yo... —los ojos se le humedecieron.

El enfermo bajó la cabeza como si el arrepentimiento no le permitieron erguirla. La máquina que marcaba el pulso constante emprendió un ritmo acelerado. Los sonidos de cada uno de sus latidos se sucedieron más concentrados.

—Padre —colocó la palma de la mano en su antebrazo—. Ahora ya está. Hemos vivido con ello durante muchos años. Cada uno lo suyo. Es lo que nos ha tocado vivir.

Su padre alzó la cabeza y lo miró por primera vez con plena honestidad en su mirada. En todo momento no había podido mantener la vista sostenida en sus ojos. Muchos años habían sido los necesarios para grabar tan extensa culpabilidad, tanta desconfianza.

—Gracias, Ber —sonrió mostrando una dentadura descuidada. Bernie se forzó a devolverla—. Una cosa más. Sé que no tengo derecho para poder decírtelo, pero me veo en la obligación de hacerlo. A las puertas del final, necesito pedirte un último favor.

Bernie soltó el brazo de su padre de repente y resopló.

—Siempre hay algo más —resopló—. Con usted siempre es lo mismo, ¿verdad? Esta vez no, padre.

DÍA 24

DE LAS PESADILLAS QUE RECUERDO, ésta ha sido la peor con diferencia. Aunque lo que de verdad me desconcierta, es que no ha sido producto de mi imaginación. Es lo peor. Esto es la realidad. La cruda realidad que supera la ficción. Y aunque desconozco como sigue esto, o si acaba de una forma prematura, lo cierto es que debo reconocer que la lucha al límite por mi supervivencia me ha hecho sentir más vivo que nunca. Más incluso que cuando he gozado de los mejores lujos, mujeres y quehaceres interminables. Es la vida.

Se despertó antes que el primer rayo de luz impactara en su rostro. Antes incluso, que los peces despertarán y el oleaje que durante toda la noche había permanecido calmado, se activara zarandeándolo.

—Aún no consigo entender como sigo vivo. Aquí, a merced de tiburones hambrientos, abandonado en esta mierda de boya que flota cada vez menos.

Entonces ocurrió algo que no esperaba. No divisó una aleta de tiburón, ni tampoco un nubarrón encima de su cabeza. Lo que vio le puso los pelos como escarpas. A cien metros de donde se encontraba, descubrió el yate de lujo. Detenido. Ni siquiera lo había visto llegar. Desconocía cuánto tiempo hacía que estaba allí. Y lo más importante, si lo habían visto.

No se lo pensó dos veces. Agarrado a la caja, nadó en dirección a la embarcación. Sin chapotear demasiado, fue avanzando lentamente.

—¡Vamos zoquetes, debéis encontrarlo! —gritó el tipo gordo que parecía llevar la batuta—. Está aquí mismo, así lo indica el radar. Seguir buscando y no paréis hasta encontrarlo.

Después de dictar las órdenes, abandonó la cubierta. Dos de sus marineros siguieron sus indicaciones. Ambos asomados por distintos puntos de la

embarcación, lo buscaban con desespero. Sostenían una lanza de hierro que le servía para remover el material y los desechos flotantes en la superficie. Bernie se lo miraba desde cierta distancia, lo suficiente para poderlos oír. Cada vez estaba más próximo, y empezaba a sentir el peligro inminente en su pulso.

—Maldito gordo cabrón —dijo el más delgado con un claro acento sudamericano—. No es más que un piojo resucitado, pinche cabrón.

—Javier, ¡cállate ya! Cuanto antes acabemos con esto antes estaremos bebiendo cerveza —dijo el otro marinero.

Ambos discutieron por lo bajo, aunque Bernie concentrado en ocultarse y nadar sin hacer ruido, no prestó atención. Siguió avanzando lento. Vigilando cada uno de sus movimientos.

—¡Ahí está! —gritó uno de ellos.

A Bernie se le heló la sangre. Cada una de aquellas palabras fueron como un peso de plomo atado a sus pies. Sintió cómo se hundía sin remedio.

—¿Lo tienes?

Empujado por la adrenalina y la impotencia, volvió la mirada hacia ellos. Los dos individuos estaban en cubierta, sin embargo, en vez de observarlo a él, lo hacían hacia el frente. Ni siquiera habían reparado en su presencia. Cuando superó la sorpresa inicial, sintió una gran curiosidad. Si no lo buscaban a él, ¿qué es lo que habían encontrado? Tanta curiosidad, que decidió acercarse hasta un ángulo que le permitiera ver. Uno de ellos manipulaba la barra de hierro e intentaba hacerse con algo.

Más próximo a su objetivo, pudo ver como la punta de la barra conservaba un gancho. Lo que fuera que había cogido, lo mantenía capturado en la punta. Cuando trazó la trayectoria por encima de sus cabezas para depositarlo en el suelo de la embarcación, pudo distinguirlo. Un trozo de madera que sostenía adherido un aparato que efectuaba una ráfaga de luz.

—El localizador —susurró.

Entonces vislumbró claramente lo que había pasado. Había extraído y lanzado por la borda el localizador de su embarcación, pero no había caído en la cuenta de que no lo habían hecho con el de Rodrigo. Aquello había sido un terrible descuido. Un error que ahora pagaba con creces. De no haber sido por ello, los esbirros del yate jamás hubieran dado con él. Hubiera traspasado el perímetro delimitado por aquella baliza y nadie se hubiera enterado.

—Bien hecho, tío. Eres un hacha.

—Menos mal. Nos veía todo el puto día de pesca bajo este sol cabrón.

La visión del yate desde la superficie le pareció majestuosa. Si desde lejos aquella embarcación no era tan grande, la verdad era que desde donde se encontraba, le pareció descomunal. Acarició la textura de su casco en cuanto pudo situarse bajo él. Le sorprendió lo limpio y brillante que lo mantenían. Tan solo descubrió un par de golpes en la parte frontal. No le costó imaginar cuál era el causante de tales desperfectos. Él mismo lo había sufrido en su piel.

Tras asegurarse que no había sido descubierto, y que nadie vigilaba la parte trasera de la embarcación, llegó hasta ella. Se impulsó con las manos para subir. Lo hizo entre dos de las motos acuáticas que mantenían ancladas al yate. De otra forma no hubiera podido subir. Aquella embarcación no disponía de ancla, ni aparente escalera que permitiera abordarlo. Sin embargo, cuando descubrió aquel estacionamiento trasero, sintió que las cosas empezaban a marchar bien.

Con medio cuerpo fuera del agua, depositó el bidón entre ambas motos. Salió del agua y se desplazó rodando sobre sí mismo hasta alcanzar el cobertizo del yate. Estaba a salvo. Si nadie lo había visto hasta entonces, había sido un milagro. A partir de ese momento las cosas cobraban un carisma distinto. Tomó aire durante largos minutos para reposar energía y trazar un plan. Debía tener las cosas claras si quería finalizar aquello con éxito. Aquella gente no dudaría en matarlo ni un segundo. Aunque teniendo presente los escasos recuerdos, quizá, antes de acabar con él, se entretendrían torturándolo hasta la saciedad. Fuera como fuere aquello no iba a pasar. Lo tenía claro.

Una calma inusual invadía la cubierta de la embarcación. Cosa que lo angustió en cierta manera. Extremó las precauciones moviéndose con excelente sigilo. El hecho de ir descalzo garantizó su silencio.

Pegando la espalda en la pared, permaneció oculto durante largos segundos. tiempo que aprovechó para agudizar su oído. No tardó en identificar voces. Las oyó de lejos, aunque tenía la sensación de que se acercaban. La adrenalina invadió su cuerpo. Podían ser los dos individuos que había visto antes en cubierta. Seguramente seguirían con alguna estúpida discusión.

—Sabes que no es así. No empieces con lo mismo de siempre —dijo uno de ellos.

De lo cerca que estaban Bernie pudo entenderlo bien. Cosa qué aumentó sus nervios. En cuanto dieran con él, darían la voz de alarma, y toda la tripulación de aquel barco de lujo iría tras él. Su respiración se aceleró al instante. Oyó los pasos cada vez más cerca y pegó todavía más su espalda a la pared, como si pudiera fundirse con ella.

De golpe las voces se desvanecieron. Sonó un leve portazo.

«Esta es la tuya Bernie.». Se golpeó el pecho.

Salió asegurándose primero que no hubiera nadie y se adentró en el pasillo que llevaba hacia las entrañas del yate. Caminó raudo por el angosto pasillo. Esperaba que, de un momento a otro, cualquiera de aquellas puertas de camarotes, se abrieran y sendos individuos se arrojaran sobre él. No estaba preparado, pero tampoco tenía otra opción. Hubiera agradecido disponer de un arma. Pero no la tenía, así que, en cualquier situación extrema, debería valerse tan solo de sus puños. Ni tan siquiera cayó en la cuenta de su falta de energía. Llegado el momento, no le fallaría. Era una cuestión de supervivencia. Desde el primer momento que había despertado en aquella situación, lo había sido. La vida o la muerte, no había más.

Cuando pasó por las dos primeras puertas, tuvo la tentación de abrir una de ellas. Se le había despertado la curiosidad por saber qué guardaban allí. Por suerte, la razón se impuso al deseo. Siguió caminando y a cada paso, no pudo evitar volverse para comprobar si alguien lo seguía. Su estado de nervios

crecía.

El final del pasillo de veinte metros no guardaba más que puertas. Y al final, una última cerrada. Lo más seguro, detrás de aquella puerta hubiera otra, y después otra. Pero eso no le impidió avanzar. Ni tan siquiera su miedo pudo frenarlo. Avanzó. Respiró hondo y siguió avanzando. Cuando llegó a la mitad del recorrido, el sonido de una puerta próxima le sorprendió. No supo diferenciar si de adelante o en retaguardia. Permaneció quieto. En alerta. Solo cuando tuvo claro que se trataba de una puerta en frente, se movió. La luz penetrando en el angosto pasillo delató su apertura a escasos cinco metros de donde se encontraba. Bernie no perdió ni un segundo, se avanzó a los acontecimientos y en apenas dos segundos, se sitúa justo al lado. Un individuo de metro ochenta y corpulencia contrastada salió cabizbajo, pensando en su próxima tarea, o en la bronca de su comandante. Bernie le salió por la espalda y lo agarró con fuerza por el cuello. Lo hizo tan rápido que se oyó el silbido del aire de su movimiento. Tan rápido, que el marinero apenas se dio cuenta de lo que pasó. Al principio ofreció resistencia, pero se abandonó al poco al perder su energía tras los fallidos intentos de zafarse. La llave resultó perfecta. En cuanto Bernie terminó de ejercer la fuerza necesaria, con su bíceps y la constante presión que ejerció sujetándole la cabeza, lo dejó caer. El cuerpo inconsciente del hombre cayó a plomo sobre el suelo de parqué.

Arrastró el marinero hasta dentro del camarote por el que había salido. Le costó un esfuerzo sobrehumano arrastrarlo. Rondaría los noventa kilos. Cuando se vistió con su ropa, Bernie comprobó lo delgado que se había quedado. En condiciones normales aquella prenda le hubiera encajado bien.

Extrajo el pinganillo que el individuo llevaba en el oído y se lo puso. Oyó un chasquido, y al cabo de unos segundos, una voz distorsionada. Se lo ajustó mejor.

—Todo tranquilo. En posición, puesto cuatro. Corto —oyó unos leves pitidos.

—Quédese en esa posición, delta. Corto.

Cerró la puerta y recuperó el aliento.

Cómo había reducido aquel hombre, era algo que debía agradecer a sus conocimientos de lucha. Se miró las manos. Le había apretado el cuello sin apenas pestañear. Sin miedo. Sin resentimiento. Sin pensar. Aquello le causó un terror que crecía cada vez más. Su instinto de supervivencia lo podía convertir en un asesino. Cada vez tenía más clara la respuesta.

Avanzó por el pasillo hasta el final. Tras abrir la última puerta con sigilo, se adentró con precaución al no descubrir nadie en su interior.

—La cocina —susurró.

La inspeccionó de arriba a abajo. Mármol blanco y brillante. Armarios de madera maciza. Grifería dorada de oro reluciente. Pero otro fue su objeto reluciente. Uno menospreciado por su valor, pero importante por su afilado filo. Guardó el cuchillo en el cinturón del pantalón y cogió otro que sostuvo en su mano mientras abandonaba la estancia por la otra puerta.

Al hacerlo vio pasar dos sombras a lo lejos del pasillo. Se quedó inmóvil unos segundos. Suspiró y prosiguió con más cautela. A medida que avanzó por el angosto pasillo, miró disimuladamente el interior de los camarotes. Una sala de estar, vacía. Una habitación que parecía un bar. Un trastero lleno de cajas de madera.

Avanzó.

Cuando llegó a la puerta principal, extremó precauciones. Intentó divisar a las sombras del pasillo, pero no dio con nada más que la calma. Aquel silencio le preocupaba. Desconocía si era normal. Incluso el auricular se sumaba a tal causa. Ni la madera de aquella embarcación crujía.

Salió al aire libre bajo la cubierta del segundo piso. Ascendió la escalera que encontró en el lateral, convencido que todo iría bien. El uniforme tres tallas grandes, le otorgaba cierta seguridad. Encontró la sala de navegación. No era el capitán del yate a quien buscaba. Contó por encima tres hombres vestidos con camisa blanca. Pasó de largo y siguió hasta la siguiente puerta que encontró cinco metros alejada. Esa puerta mostraba algo bien distinto. Permanecía cerrada, pero la calidad de su madera brillante con adornos elaborados en sus bordes, le indicó que iba bien encaminado.

—Tiene que ser aquí —susurró mirando hacia los lados por si alguien lo observaba.

No se lo pensó, abrió la puerta con decisión y entró. Tampoco había nadie. Lo que más le sorprendió fue encontrar una mesa de billar en el centro y hermosas librerías empotradas en los laterales.

—Este barco está falto de personal.

Todas las estanterías permanecían repletas de libros. Otorgaban una decoración de lo más exquisita. El mobiliario era cerezo y en conjunto con el tresillo de piel clara, le pareció un rincón exclusivo de una sibarita biblioteca.

Reprimió su deseo de quedarse allí y siguió por otra puerta más. Comprobó que era un pequeño aseo de lujo. Tras observar la imagen destartada de su uniforme en el espejo, lo que realmente le cautivó y lo dejó petrificado, fue la imagen de su rostro. Su moreno de piel, rojo en algunas partes por otras tantas quemaduras reiteradas, las heridas renaciendo sin parar en sus labios secos, sus ojos hundidos de mirada moribunda.

—Informe, puesto en el puente. ¿Está ahí? ¿Me recibe? —sonó una voz por el auricular.

Se preparó para lo que venía. Sabía que no contestar a esas peticiones de seguridad, implicaba una acción inmediata. Avanzó raudo. Entró en la siguiente dependencia, sin advertir lo que le esperaba dentro. De nuevo otra habitación vacía. Esta vez un dormitorio. Una ancha cama redonda gobernaba la habitación. Los armarios de extrema calidad adornaban las paredes. Apenas perdió tiempo. Abrió con sutileza la única puerta que permanecía en el otro extremo del camarote. Cuando cruzó el umbral, se encontró en un pasillo más estrecho que el anterior. A diferencia del otro, éste no disponía de puertas, solo había una al final del recorrido. Pero aquello no fue lo que preocupó, sino más bien los dos tipos que la custodiaban. Hablaban entre ellos, y tan solo cuando lo vieron aparecer, hicieron una pausa en su animada charla. Bernie no se detuvo. Avanzó tranquilo.

—Chicos, ya habéis oído la orden de seguridad —dijo Bernie sin detenerse.

La cara de los guardas reflejó estupefacción.

—¿No lo habéis oído? Han doblado la seguridad. Al parecer tenemos un polizonte a bordo.

—¡Qué dices!

—Deben presentarse en el puente. Les esperan ansiosos —dijo con voz quebrada—. Lo han avistado por cubierta hace escasos segundos.

—Vamos allá, Juan. Por fin algo de acción.

—A cazar a ese cabrón.

Ambos desaparecieron por el pasillo, dejando la entrada despejada.

Cuando accedió a la nueva estancia, se sorprendió. De repente se encontró en una sala más propia de un casino que de un yate de lujo como aquel. Varios administrativos sentados delante de ordenadores tecleando sin parar. En las paredes, distintas pantallas planas eclipsándola pared, mostraban lo que parecían distintos rankings. Bernie no le dio demasiado tiempo de contemplarlo bien, pero hubiera jurado que aquella era lo más parecido a una pequeña sala de bolsa.

Se apresuró en avanzar por toda la sala sin llamar la atención. Entró por la puerta del final. Un nuevo pasillo. Al igual que el anterior, un vigilante de seguridad custodiaba la última puerta.

—¡No de ni un paso más! —dijo el hombre de constitución fuerte—. Si lo hace, ¡disparo!

Lo apuntaba con una pistola que relucía bajo el fluorescente incandescente. Temblaba. Sujetaba el arma con ambas manos, y, aun así, temblaba.

—Tranquilo —dijo Bernie levantando las manos hacia adelante como si pudiera detener las balas.

—Lo tengo justo delante —dijo por el comunicador.

Bernie tuvo una sensación acústica desagradable al oírlo en estéreo por el auricular.

—Mátale —respondió una voz metálica—. ¿Me has oído? ¡Dispara!

El hombre armado sudaba de forma escandalosa. Tenía una buena forma física, pero sudaba aparatosamente.

Bernie se percató de todas y cada una de las señales que indicaban su desequilibrio. Sabía que iba a disparar antes de oír el estruendo del tambor de la pistola golpear la pólvora. Cuando lo hizo, se dejó caer al suelo para esquivar la bala. Aunque no lo logró. Impactó en su torso y quedó estirado en el suelo. Inmóvil. Apenas se notó su respiración.

—Objetivo abatido —dijo el pistolero temblando.

—Confirme eliminación. ¿Me recibe? ¡Confirme eliminación!

Se acercó con precaución, amparado en todo momento por su arma. Cuando estuvo cerca del cuerpo, lo golpeó con su pie empujándolo de forma suave al principio, luego aumentó su fuerza para voltearlo. El hombre abatido era frágil. Delgado hasta los huesos con una constitución enclenque. Quizá eso le dio confianza. Se acercó agachándose hasta depositar sus dedos en su cuello, buscando su carótida.

Cuando Bernie despertó, le atizó un duro golpe en el rostro. Lo desplazó hacia atrás haciéndole perder el equilibrio. Bernie hincó la rodilla, y se encontró lo suficientemente cerca como para clavar el cuchillo en el abdomen del tirador. Éste se encogió y cayó hacia el costado perdiendo su arma.

En cuanto estuvo en el suelo revolviéndose de dolor, Bernie se abalanzó hacia él y forcejeando, como si de una lucha grecorromana se tratara, logró colocar la hoja afilada en su garganta y le rebanó el cuello de un fuerte tirón. El hombre dejó de moverse a los pocos segundos, quedando bocabajo en el suelo. Sangrando como nunca había visto. Poco tenía que ver matar a un hombre con un pez en alta mar. Pero lo hizo. Era su vida o la de él.

TENEMOS LA MUERTE DELANTE y no la reconocemos hasta que es demasiado tarde. Solo ocurre una vez. Pero una es suficiente. Quizá el propio raciocinio que nos ha hecho más distintos de otros animales sea precisamente el causante de tal desdicha. ¿Cómo podríamos explicar, sino que, donde ellos sobreviven, nosotros fracasamos? Vanidad, orgullo, prepotencia, egoísmo... tantos enemigos que nos hemos creado nosotros mismos, que es difícil poderlos hacer frente a todos. Alguno acaba siempre por vencer.

Arrancó un pedazo de camisa del hombre abatido y se lo ató al hombro izquierdo. Fuerte. Terriblemente fuerte. Concentrado en abatirlo, ni siquiera había reparado en la herida de bala que le había rozado el hombro. Sangraba de forma moderada. Debía ser superficial pues articulaba bien el brazo. Pero le dolía. El ardor constante, le hizo imposible olvidarla.

Se guardó la pistola en su cinturón y se plantó ante la puerta. A diferencia de las otras, ésta era más robusta. Su aspecto era de seguridad, de acero reforzado. Sin ventana para ver lo que le esperaba en su interior. Cuando intentó abrirla, se percató que permanecía cerrada. Lo intentó varias veces sin éxito. Cerrada desde el interior. En su lado no había cerradura. Tan solo el tirador que no actuaba.

Golpeó la puerta de hierro dos veces seguidas con sus nudillos. Comprobó la dureza del acero revestido y aguardó en silencio prestando atención al otro lado.

Silencio. Desolador silencio.

De pronto, el cerrojo. La puerta se abrió hacia dentro. Lo hizo lentamente, hasta que un ancho rostro apareció tras ella. Su mirada fue de admiración. De auténtico estupor.

—Tú... —dijo el desconocido titubeando.

En el momento en que cerraba la puerta, Bernie dio una enérgica patada, tirándolo al suelo en una maniobra violenta. Por el otro extremo del pasillo, un par de hombres uniformados aparecieron corriendo. Gritaban pistola en mano. Bernie se apresuró en cerrar la puerta echando el cerrojo. Comprobó a conciencia que estaba cerrada. Los golpes retumbaron en el otro lado.

Se volteó y fue a por su objetivo pistola en mano. El hombre corpulento empezaba a levantarse del suelo. Estaba solo.

—¿Qué coño haces? —dijo limpiándose la sangre del labio con la manga de su camisa. Bernie lo amenazó sin mediar palabra—. Tío, tío... ¡Tranquilo!

Llegó arrastrándose hasta el centro de la sala.

—¡Siéntate ahí! —ordenó Bernie señalando un tresillo de piel.

Mientras el individuo acató la orden, Bernie inspeccionó la estancia. El lujo lo inundaba todo. Una chimenea de gas encendida en la pared brindaba un ambiente cálido y confortable, a una estancia revestida en madera de cerezo. En la otra pared, un mueble bar acristalado repleto de botellas. Una mesa de billar y los tresillos alrededor de un plasma de no menos de cincuenta pulgadas.

—Y ahora, di a tu grupo de matones que se alejen de la puerta o morirás —dijo con determinación—. ¡Vamos! A nadie le gusta tener a un jefe muerto. Creo.

El hombre refunfuñó y pensó durante unos segundos antes de acceder.

—¡Retiraos de aquí, panda de inútiles! Está todo bien aquí —gritó tanto como pudo.

Bernie asintió mientras el hombre obeso prendió un puro que cogió de la mesa central. Le ofreció uno a Bernie, pero éste declinó la oferta con la cabeza. Se acercó a la pared del mueble bar para observar de cerca unas fotografías que permanecían dispuestas en procesión encima de la repisa.

Entre ellas, se fijó especialmente en una. El hombre con el que ahora compartía habitación tenía unos kilos de menos. Bastantes menos. Sin embargo, lo importante de esa instantánea no era ese detalle, sino quien le rodeaba. Una entrega de premios rodeado de altas personalidades. Sostenía un trofeo.

En ningún momento perdió la atención en él. Seguía en el sofá, fumando.

Sería un hombre famoso. Conservaba ese aire de superioridad que tan solo alberga la gente de la jet-set. Tuvo la sensación de que conocía aquel tipo. Y lo conocía bien. Aunque al principio le costó asociarlo, cayó en la cuenta de que era el mismo tipo de sus recuerdos inconexos. El organizador del evento al que había asistido.

—El mejor empresario colombiano del año —dijo exhalando una gran bocanada de humo.

Bernie dejó la foto.

—¿Quién coño eres?

Ambos se miraron sin inmutarse hasta que el magnate, vestido con bata color burdeos, se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —se acercó con la pistola empuñada—. Quiero saber qué coño está pasando aquí. Toda la verdad de esta mierda. Sé que lo sabes, y me lo vas a contar —Bernie se aproximó lo suficiente como para incomodarlo—. Ahora no te calles. ¿Dónde está Clarise? ¡Vamos, dímelo! Quiero saber dónde está.

El individuo permaneció callado. A lo que Bernie le golpeó en la cabeza con moderación, pero la suficiente fuerza para que sintiera un latigazo de dolor en su propio hombro. Se resintió de la herida, pero aguantó el dolor para no mostrar debilidad.

—Se te va la olla, tío —dijo lanzándole un suspiro de humo.

Bernie pensó durante unos segundos. Solo necesitó dos. Con un

movimiento ágil le quitó el puro de sus labios y tal y como se hizo con él, lo apagó en la parte alta de su hombro. El individuo se protegió como pudo, pero no pudo evitar la quemadura a través del batín. Saltaron pedazos de puro encendido por encima del tresillo y la alfombra.

—¡Estás loco! —gritó limpiándose la ceniza adherida a su alrededor—. Maldito gilipollas demente.

Bernie aprovechó el momento para sujetar la pistola por el cañón y le asistió un golpe seco con la culata por detrás de la oreja. El golpe lo dejó inconsciente cayendo abatido en el respaldo del tresillo.

CUANTO MAS HUYO, más cerca estoy de lo que me persigue. Da igual el empeño con el que lo intente. Al final, más pronto o más tarde, el destino te encuentra, y cuando lo hace, se asegura que aprendas la lección. Es como si el universo se alineara entero para tal causa. Todo se une con el propósito de hacer posible aquello que has proyectado, imaginado u odiado. A veces tengo la sensación de disponer de un poder sobrenatural. Si me concentro, si pienso en ello lo suficientemente alto, acaba ocurriendo algo siempre. Un metafísico lo achacaría a un tema de energía. Un religioso oriental al karma, mientras que uno occidental, a la acción justiciera de la divinidad que todo lo puede. Los más agnósticos, a la casualidad y causalidad de las cosas. Yo lo tengo claro. Sé de quién se trata. El aborrecido destino que se entretiene con la vida de los demás. Goza complicándolas, jodiéndolas y confundiéndolas lo más que puede. Ese maldito canalla.

El individuo despertó de su inconsciencia con un dolor de cabeza descomunal. Tuvo que acostumbrar la vista a la luz, algo que le costó un par de minutos. Todo le daba vueltas. Poco a poco la oscuridad se desvaneció. Aunque no el dolor penetrante.

—Por fin despiertas.

El rehén comprobó que permanecía sentado en una de sus sillas acolchadas, la identificó por la piel amarilla auténtica de avestruz. Tenía las manos atadas en el reposabrazos. Estaba semidesnudo. Tan solo conservaba sus calzoncillos que recordaba haberse puesto tras su sesión en el jacuzzi.

—Eres un puto cómico de lo más singular —empezó a reír—. De verdad que sí.

—¿De qué demonios te ríes, insensato?

—La técnica de torturar es una técnica que se tarda mucho tiempo en adquirir. Lo tuyo es un juego de niños. En vez de infundirme miedo, me dan ganas de reír —se carcajeó—. No tienes ni puta idea.

Bernie practicó un corte superficial en la parte superior del muslo desnudo. La sonrisa del preso mutó a unas facciones serias y apretó los dientes para soportarlo.

—El dolor... —dijo Bernie limpiando el cuchillo con su manga—. Siempre es dolor.

Tardó poco en volver a sonreír de nuevo.

—Eres un principiante barato. Con el tiempo —carraspeó—, uno aprende que no es el dolor el qué hacer soltar la lengua a un hombre, si no su desesperación. Pero eso es algo que no espero que entiendas.

—Empecemos de nuevo. ¿Quién coño eres?

El hombre cambió su risa por tan solo una mueca en sus labios. Aquel hombre parecía hecho de cemento. Bernie observó el corte del muslo. Sangraba. Sin embargo, parecía más preocupado el torturador que el torturado. Tuvo claro que aquel tipo no cedería. No de forma fácil.

—¿De verdad no me reconoces? —volvió a echarse a reír, esta vez de forma más irrespetuosa—. Tienes una memoria muy frágil. Demasiado frágil, hermanito.

Bernie sintió un pinchazo profundo en su mente. Luego en su corazón.

—Soy Don Mario Sánchez, pero tú me conoces más por mi antiguo nombre. Jeff Miller.

En ese momento Bernie tuvo una oleada intensa de recuerdos, sensaciones y sentimientos encontrados.

—No puede ser... ¿Jeff? Hermano, ¿eres tú?

—Tienes una memoria que ni un puto pez de agua dulce. He cambiado

mucho desde la última vez que nos vimos, pero no creo que tanto como para que no me reconozcas. Ahora, ¿vas atando cabos?

Bernie quedó absorto. Secuestrado por cientos de recuerdos que de pronto conectaron el personaje que mantenía preso con su hermano ausente en su vida durante los últimos veinte años.

—Pero ¿qué significa esto? Desapareciste durante mucho tiempo. ¿De verdad eres tú? —no esperó una respuesta. Tenía claro que era él. Ahora sí.

Jeff sonrió. Bernie se inquietó de pensar lo mucho que debía odiarlo para desear su muerte.

—No es quién soy, si no lo que soy, ¿verdad hermanito? Como has visto, durante todo este tiempo he logrado ser un empresario de éxito multimillonario. Para la prensa sensacionalista, el magnate soltero de oro en Colombia —sonrió y por primera vez, Bernie advirtió un par de muelas de oro en su sonrisa—. Para la policía internacional, sin embargo, un traficante de todo lo que se puede traficar.

Bernie no salía de su asombro.

—¿Tú has sido el causante de todo esto? No lo puedo creer. He estado a punto de morir en varias ocasiones. ¿Tienes idea por lo que he pasado? Dime la verdad, ¿estabas al corriente de todo? Es imposible...

—¿Por qué no iba a serlo? La gente muere a diario. A todos nos llega la hora —miró el cuchillo que sostenía en sus manos—. Vamos, no me hagas reír. Deja el cuchillo ya. ¿Matarías a un hombre desarmado, indefenso, a sangre fría, desollándolo con un cuchillo? ¿A tu propio hermano? Ya puedes dejarlo, fracasado.

—No me subestimes. ¿Crees que tú sí me conoces a mí?

—Tienes razón. Puede que tú seas capaz de hacerlo, sin embargo, yo disfrutaría haciéndolo. Esa es la gran diferencia. Tú eres un cordero con piel de lobo. Yo, el que devora a los lobos. ¿Crees que he llegado dónde estoy con escrúpulos?

—Me importa más bien poco —dijo impaciente—. Lo que quiero saber es por qué me has hecho esto. ¿Dónde está Clarise? ¿Qué has hecho con ella?

Bernie conectó un puñetazo certero en el rostro de su hermano. Sonó seco.

—Eres un mierda, Ber. ¡Suéltame y verás! —dijo con acento sudamericano. Luego escupió saliva enrojecida al suelo—. Estás desesperado. Me das pena.

—Cuidado Jeff, tanta desesperación no solo afloja la lengua, sino que lleva a uno a cometer auténticas aberraciones.

—Estas relatando mi vida, hermanito —volvió a dibujar una leve sonrisa en sus labios quebrados—. Hago esto porque puedo hacerlo. Sin más. Bien harías en asegurarte de que me matas, porque si no lo haces, te aseguro que te espera algo mucho peor que la muerte.

Bernie volvió a atizarle un golpe. Esta vez con el codo. El pómulo de Jeff se quebró y la sangre se hizo presente con rapidez.

—¡Cabrón! —sacudió su cabeza de lado a lado como si pudiera despertarse—. Estás disfrutando eh, mal nacido. Debí acabar contigo antes, ahogándote yo mismo por el cuello. Te aseguro que lo haré.

Bernie quedó impactado por sus duras palabras. Le salían de dentro de su alma. Sonaban tan reales que en ningún momento dudó de ello.

Mantuvo la calma y pensó con frialdad. Si algo tenía en mente, más que la pura venganza, era saber de Clarise. «Esto será una guerra de desgaste.». Lo sabía bien. Como cuando efectuaba una dura negociación con uno de sus proveedores. El kit de la cuestión no era la palabrería, ni la razón que tuviera cada uno de ellos. Al final de todo, el que tenía el mayor poder, conseguía volcar la negociación hacia su bando. No importaba que cartas tenía cada uno. Lo que realmente influía, era lo larga que podía hacerse la partida, conservar la calma, y tener la paciencia suficiente como para no desfallecer. Aunque en este caso, el contrincante fuera su propio hermano.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho esto?

—Normalmente no es nada personal. Ya sabes, solo negocios. Sin embargo, en vuestro caso, debo admitir que disfruté.

Bernie sujetó con fuerza el cuchillo en la mano izquierda. La tensión del momento hizo que se le acelerara el pulso.

—No tienes ni idea, ¿verdad? Solo con ver tu cara de panolis, tengo bastante para saber que no tienes ni puta idea —se burló—. Es un negocio rentable. Un win-win. Suelto a los desgraciados como tú a la deriva, sin medios, a una perdición segura. Una lucha por la falsa supervivencia en alta mar. La muerte es el final de la partida. Siempre.

—¿Qué maldita gracia tiene eso?

—Mucha más de la que crees, Ber. Acabamos con la vida de indeseables como tú, y además sacamos dinero haciéndolo —se carcajeó—. Ya te he dicho que todo es un negocio. Existe una red de apuestas por el tiempo de supervivencia de cada participante. Gente importante que ni siquiera imaginarías capaz de ello. El sistema de apuestas es anónimo y mueve mucha pasta.

—Puto sádico de mierda.

—Llevo tantos años alimentando a esos tiburones, que te puedo asegurar que sé de lo que hablo. Cuando la esperanza se agota, cuando en los ojos de las víctimas desaparece cualquier atisbo de vida, entonces aparece la muerte. Solo es una milésima de segundo pero suficiente para saber que existe. Hay que estar muy atento para verla, pero ahí está siempre. Un brillo oscuro y tenaz. Los ojos se vuelven negros y opacos antes de expirar del todo. Ese es el momento más dulce.

Bernie no contestó. Se mantuvo indiferente, observándolo sin apenas pestañear.

—Debo confesar que todavía sigo impresionado que hayas sobrevivido, hermanito. Eso sí es excepcional.

—Un milagro —dijo Bernie pensando en la madre de ambos.

—No me hagas reír. Has hecho tuya la religión de nuestros padres —se burló—. Yo mismo supervisé como te ataban las manos por detrás de la espalda. Me aseguré de que murieras. Pero no sé cómo, por alguna extraña razón del destino, aquí estás. Lo que sí sé, es lo qué has venido a buscar.

—¿Qué ha venido a buscar?

—El secreto —balbuceó.

Bernie permanecía sentado en aquel extraño asiento. Seguía admirando el atuendo místico de su interlocutor. La túnica, y su máscara anónima. La sala permanecía tan oscura que apenas lo veía sentado justo a su lado, mirando al lado contrario. "El Gran Maestro". A pesar de la penumbra, se le reconocía por su máscara dorada. La única distinta a los demás. Una diferenciación solo al abasto del grado superior del Consejo.

—¿Sabe cuál es el auténtico secreto, hijo? —dijo con voz distorsionada.

—No, Gran Maestro —susurró Bernie en voz baja.

—La revelación que a continuación voy a brindarle, es lo más importante que seguramente nadie le ha revelado.

Bernie sintió su estómago encogerse por momentos. Sus nervios se apoderaron de su cuerpo.

—Señor Miller —dijo el Maestro dejándolo sorprendido—. Nuestro gran secreto es el todo. El secreto que nos ha llevado hasta aquí, aunque le parezca una contradicción en sí misma, es que no hay secreto. No hay lugar en nuestro infinito conocimiento para enigmas no resueltos. Esa es la clave. Saberlo todo. Absolutamente todo. Y es gracias a ello que conseguimos controlar el mundo.

—¿No hay secreto? —dijo extrañado.

—Cuando no los hay, es posible todo. Desviamos la atención del público a lo que no es relevante. Así, bajo una conciencia absoluta, vamos siempre por

delante de cualquiera.

—La estrategia de la distracción.

—Creamos problemas para los cuales nosotros mismos aportamos la mejor solución. Salvamos al mundo continuamente, Señor Miller. La estrategia de la gradualidad que nos permite instar cualquier medida por inaceptable que parezca. La estrategia de diferir ante causas inapelables. El incremento de la autculpabilidad en la sociedad. El control de las emociones. Y un sinfín de técnicas que bien usted conoce. Cuanto más disperso está el ratón, más fácilmente cae en la trampa —hizo una pausa—. Lo que le quiero decir con todo esto es que lo sabemos todo. Sabemos quién es usted, y también quién es su hermano, Señor Miller.

—¿Cómo? —el corazón se le aceleró por momentos.

—Su pasado como un gran empresario de éxito, de renombre, de capacidades empresariales fuera de lo común, un influenciador en tiempos modernos. Un referente. Su hermano, en cambio, es todo lo contrario a usted.

—¿Mi hermano? No sé nada de él desde hace años. ¿Qué le ocurre?

—El problema de saberlo todo, Sr. Miller, es que muchas veces, la verdad duele infinitamente más que la ignorancia.

Se concentró en la moneda reluciente que lucía colgada en su cuello.

—Dame agua —pidió el magnate.

Bernie se mantuvo ajeno a sus palabras, seguía concentrado en el recuerdo que, por fin, le había mostrado quién era.

—¿Dónde está Clarise? —dijo en tono autoritario—. ¿Dónde?

Bernie acercó su mano libre del cuchillo y apretó con fuerza sus bastos mofletes haciendo de su rostro, una cómica boca de pez. Apretó con más

fuerza.

—Quiero saber qué has hecho con ella. ¡Habla!

—Clarise... —le costó pronunciar.

—Sé que la retuviste. Me llamó por teléfono varias veces.

La cara de Jeff cambió por completo. Hasta entonces guardaba una compostura seria y forzada, ahora mantenía una expresión de admiración. Había engrandecido sus ojos y arqueado mínimamente su frente.

—Me localizó a un móvil que ella misma dejó oculto en mi bote. ¿Dónde está? ¡Dímelo Jeff!

—Esa puta bruja —negó con la cabeza—. Clarise... Estuve engañado durante largos años por esa furcia. ¡Cinco malditos años! Una mujer tenaz y muy recurrente. Quizá la arpía más lista que jamás he conocido. Esa puta disponía de muchos recursos.

—¿Dónde está? —gritó.

Bernie sintió sus ojos aturquesados en él. Lo había observado durante toda la cena de gala. Cuando había hecho algún comentario en clave de humor, ella había sido la que más se había reído. La primera en hacerlo. Cuando miraba al frente, la encontraba detrás de su copa de champagne, observándolo mientras dejaba una leve marca de color carmesí en el borde. Luego lo limpiaba con la servilleta en un gesto delicado.

Cuando toda la sala aplaudió al orador anunciando la aportación económica a beneficencia, sus miradas volvieron a cruzarse. Cómplices uno con el otro. Bernie sentía un nerviosismo singular que ahogaba en vino tinto. Y no era por esa bella mujer que mostraba interés por él. Era su acompañante. Su hermano Jeff, repleto de oro en el cuello, muñecas y dedos. Pelo engominado y aire prepotente y tenebroso. La agarraba por la mano. No como un gesto de amor cualquiera, sino sujetándola posesivamente con fuerza. Como si tuviera miedo a perderla en cualquier momento.

Entonces de nuevo otro estruendo lo sacudió. La gente se levantó de la mesa y aplaudió. Fue el aplauso más fuerte de la noche. El presidente de la cámara de comercio y de una prestigiosa marca norteamericana de importación de petróleo, acababa de dar su parlamento. Tan siquiera había atendido lo más mínimo.

—Ellos me dieron tu contacto. Ellos me desvelaron quién eras y lo qué hacías. Pero ahora, solo quiero saber dónde está ella —balbuceó Bernie sumido aún en sus nuevos recuerdos.

Risas. Más champagne y la sensación placentera de la mejor compañía que podía desear. El tiempo detenido para ambos refugiados. Ocultos al mundo. Desnudos, uno abrazado al otro, dando la espalda al resto de la humanidad.

Un golpe sordo contra la puerta. Pasos. Bernie se sobresaltó. No tuvo tiempo de nada. Clarise gritó algo que no llegó a entender bien mientras buscaba su ropa. Se quedó petrificado sin hacer nada. Observó aquellos tipos entrar como un torbellino. Altas torres que se situaron en la habitación, rompiendo su privacidad sin miramientos.

Él fue el último en entrar.

—Aquí estáis —sonrió solo como él sabe hacerlo—. Juntos los dos. La zorra traidora que me ha engañado durante años, y mi querido hermanito. Ambos podéis daros por muertos.

LAS COSAS NO SON LO QUE PARECEN. Siempre hay que esperar un tiempo prudencial antes de comprometerse a algo. Las promesas, en especial, son las más traicioneras. Lo que digas ahora, será distinto mañana. Y siempre, y digo siempre, somos esclavos de nuestras palabras. Alguien podrá pensar que siempre es mucho tiempo, pero lo que no cambia en años, no lo hace nunca. La vida es una experta en mostrar lo que no es, para conseguir lo que pretende. Es una técnica de engaño depurada hasta el extremo. Solo aquellos que lo saben, que aprenden el juego de luces y sombras, pueden verlo venir. No es mi caso. Yo una y otra vez caigo en sus artimañas kafkianas. No es fácil conservar esta inocencia ignorante.

—¿Dónde está?

—¿Qué importa esa puta engreída? —dijo en tono repulsivo.

Bernie dejó ir la mano a gran velocidad asistiéndole un golpe que resonó por la toda la habitación. Le giró la cara por completo. Luego tuvo que acariciarse los dedos para paliar el dolor que le había provocado. Tenía la cara dura como una roca.

—¿Qué hiciste con ella?

El narcotraficante soltó un gargajo al suelo.

—Gilipollas. Está claro que te enchochaste con ella. Lo mío siempre fue tan solo un intercambio. Aquella mujer follaba como los ángeles, ¿verdad? —sonrió mostrando sus dientes rojizos—. ¿Quieres la verdad? La verdad es que esa zorra corrió tu misma suerte. Un bote tenía su nombre. Pero ella no tuvo tanta suerte como tú. Tan buena que era para otras cosas, al parecer no lo era tanto para sobrevivir. Murió al segundo día. Una desilusión para todos. Sobre todo, para mí, que perdí la apuesta. Creí que aguantaría al menos cinco días.

Me jodió hasta una vez muerta la muy perra.

Bernie se quedó exhorto tras sus palabras. Inmóvil bajo un pensamiento que eclipsaba todo su cuerpo. «¿Muerta?».

—No es posible...

—Te digo que lo está. Así que no me cuentes milongas de llamadas telefónicas. En el camino hacia la muerte, son muchos los espejismos que invaden el pensamiento del náufrago.

«El cuerpo que encontré a la deriva, víctima de las fauces de un tiburón...». Sintió que las fuerzas le abandonaban y tuvo que hacer un esfuerzo para seguir en pie.

—Aunque tuvieras razón, y hubiera conseguido esconder un móvil en la embarcación, en ambas, aún haberlo hecho, cómo explicarías qué hubiera podido llamarte, teniendo en cuenta que ambos teníais los brazos atados a la espalda. De hecho, todavía no entiendo cómo lograste soltarte.

Bernie se puso de cuclillas, aguantando sus codos en las rodillas, y con las manos, se fregó ambas sienes para intentar concentrarse en sus pensamientos.

—Vamos hermanito, no le des más vueltas. Ella está muerta, y tú lo estarás en breve. ¿O acaso creías que saldrías de esto con vida? Desconozco cómo te libraste de una muerte segura, pero estoy convencido de que no podrás lograrlo dos veces. Así que, aunque la conversación ha sido grata, tú y yo sabemos que no podrás salir de este barco con vida.

—¡Cállate! Te equivocaste la última vez cuando me diste por muerto, volverás a hacerlo de nuevo —respondió Bernie con total convencimiento.

Jeff se echó a reír.

—Lo que sé es que no sabías ni quién era yo. Y eso me confirma algo mejor todavía, que tampoco sabes quién era ella.

—¿A qué te refieres? —volvió a mirarlo de nuevo.

Su risotada sonó más fuerte.

—Ella fue quién te dio esa moneda.

«Esta dichosa moneda...».

Clarise, estirada a su el lado en la cama, ambos desnudos, le acarició el poco pelo que Bernie disponía en su pecho. Mantenían el silencio desde que habían recuperado el ritmo pausado de sus respiraciones. Bernie aún sentía un peculiar placer muy sutil con las caricias que ahora recibía de más.

Ella se hizo con la moneda que guardaba en la mesita de noche, y dejando de enredar sus dedos con el bello de su pecho, paseó la moneda en su lugar.

—Esta moneda lo es todo —dijo ella rompiendo el clima de relajación.

Él empezaba a adormecerse. Abrió de nuevo los ojos.

—¿Esta moneda? —asintió—. ¿Qué tiene de especial?

Ella sonrió mientras seguía haciéndola rodar arriba y abajo de su pecho.

—Es lo que puede comprarse con ella.

—Quinientos colones de Costa Rica —dijo sorprendido—. Si no me equivoco, equivale a menos de un dólar.

—Hay cosas que tienen tanto valor, que no hay moneda suficiente que pueda comprarlo.

Bernie se quedó observando sus ojos. No mentían, ni tampoco parecía que estuvieran tomándole el pelo. Aunque no entendió de lo que hablaba.

—Suena poético.

Clarise se abalanzó hacia sus labios y los selló con un largo beso.

—¿Cuál es tu nombre real? —dijo Bernie.

Ella le tapó sus labios con su dedo índice.

—No lo estropees ahora, cariño —susurró con voz melódica y sensual—. Ya sabes que prefiero no dar información que pueda comprometerte. Cuanto menos sepas, mejor.

—Clarise —pronunció alargando la última sílaba.

—El nombre que me pusieron mis padres no es tan sensual —volvió a besarlo.

Mientras se deleitaba en sus gestos de amor, Bernie contempló la pistola de bajo calibre que lucía en la mesita. Siempre cerca de ella cuando se encontraban juntos.

Siguió besándole su mejilla mal afeitada, luego su mandíbula y prosiguió por su cuello.

—¿Cuándo crees que acabará esto, Clarise?

—Cuando toda su organización criminal sea reducida a tan solo cenizas y den cuenta por todos sus crímenes ante la justicia —sentenció con besos en su pecho.

—Era policía encubierta —dijo Bernie interrumpiendo la canción que tarareaba su prisionero.

—¡Bravo, hermano! Siempre fuiste un chico listo. Esa bruja arpía sabía bien lo que hacía. Una traidora infiltrada de la pasma. Vas recuperando la memoria por lo que veo. Quizá no debimos pegarte tan fuerte —se carcajeó.

—Siendo policía —pensó en voz alta—, la mitad de todo el cuerpo estará buscándola en estos momentos. Intentaran localizarla a toda costa.

—No me hagas reír. Esos paletos no me encontrarían ni que les pusiera un

anuncio en la sección de clasificados eróticos. Sé de buena tinta que es de las pocas secciones del periódico que leen.

—¿Cómo sabes que está muerta? ¿Tienes su cuerpo?

—¿Me tomas el pelo? ¿Crees que recupero alguno de los cuerpos de las víctimas? Si lo hacemos así, es precisamente para hacerlos desaparecer. ¿Quieres saber dónde está? Yo te lo diré. Un pedazo en un tiburón, otro trozo en una tintorera, y los restos que ningún otro animal ha querido, descansando en el fondo marino.

Bernie sintió crecer la rabia en su interior y no pudo evitar golpear su rostro con todas sus fuerzas. Esta vez, se resintió de la herida en el hombro, eclipsada a su vez por la hinchazón y la herida abierta que acababa de provocarse en sus nudillos. Mientras el traficante maldecía y se dolía de su rostro, Bernie se escapó hacia el fregadero de la barra de bar. Dejó el agua fría correr y sintió un leve alivio.

—Eres un demonio —dijo mientras se secaba con la toalla—. ¿Cómo has acabado así? No tienes sentimientos. Eres un puto psicópata.

Su hermano Jeff había perdido la sonrisa, y en su lugar, mostraba el labio abierto e inflamado. Sangraba.

—Te lo he dicho. Solo son negocios, hermanito. Todo en esta vida se resume en poder y dinero. Y jamás dejaré que nadie me arrebatte ni una cosa ni la otra. ¡Nadie! Le pese a quien le pese.

—Te perdiste hace mucho tiempo —se limpió el sudor de la frente—. Dudo que alguna vez hayas sido mi hermano mayor.

—A ella la maté por venderme a la policía. Lo tuyo, fue más por placer. El mismo placer que sentías tú mientras te la follabas, ¿lo recuerdas? Pues eso mismo sentí yo al condenarte a muerte en aquel bote. Siempre fuiste un hermano pésimo. Un armario más en casa. Un panoli en la calle. Un fracasado con las mujeres.

Bernie abrió los ojos doloridos. Le resultó imposible contener tanto dolor en un gesto tan simple. Entonces contempló su rostro tan próximo al suyo, que se asustó. La cara de su hermano pegada a la suya. Casi podían tocarse nariz con nariz. Le resultó tan incómodo que intentó retroceder, pero no pudo. Un gorila de dos metros de altura, situado detrás de él, se lo impidió. Solo llegó a ver su sombra, notó su aliento y sus músculos prominentes.

—Vamos, hermanito, no estés nervioso. Éste va a ser el mejor viaje que nunca has hecho.

En ese momento sintió elevarse del suelo. El hombre de atrás los levantó por sus brazos atados en la espalda y lo lanzó hacia el costado con una fuerza virulenta. Bernie, consciente de su vuelo, sintió el aire en su rostro. Luego encajó el golpe de aterrizaje contra unos tablones de madera. El dolor invadió todo su cuerpo, en especial su espalda, hombro, manos y brazos, que seguían maniatados en la espalda.

El aterrizaje grotesco acabó de despertarlo del todo. Afectado por tanto dolor, se dio cuenta estaba íntegramente desnudo. Observó el posado grotesco y desafiante de su hermano. De pie, en lo que parecía la parte trasera de una embarcación, asistía al espectáculo. Sus sentidos no eran los mejores, pero estaba seguro de lo que veía. Aun así, se sintió confuso.

—Eres duro, Ber —dijo vestido de punto en blanco—. Debería de cortarte las pelotas ahora mismo y dársela a los peces de aperitivo. Sin embargo, eres mi hermano y por ello seré piadoso. Que sea una muerte lenta, como la de los demás.

Tras sus palabras, soltó una carcajada repulsiva.

Cuando se hartó de reír, buscó algo en el bolsillo de sus pantalones. Lo observó como si aquel objeto fuera a decirle su próximo paso. Luego lo lanzó con fuerza contra Bernie. Tras golpearle en la frente, la moneda costarricense cayó al suelo de la embarcación.

—Ahí tienes con qué pagar al barquero —sonrió y se rascó los dientes con sus largas uñas—. Eso sí, cuando cruces al otro lado, da recuerdos a papá, mamá, y a todos. Y a tu furcia, que te estará esperando en el infierno. Aunque

habrá tenido que tirarse al barquero para llegar a él. Esa era la única moneda que tenía.

Jeff se giró riendo como una hiena. En el momento en que le dio la espalda, uno de sus secuaces le asistió un golpe seco en la cabeza con la culata de la pistola. Se desvaneció al instante en un humo negro que lo invadió todo.

Se tocó la cabeza. Aun notaba la protuberancia que le había quedado en lugar del golpe.

—Aun te duele —soltó una carcajada—. Hay golpes que no se curan jamás, ¿verdad Ber?

—Tenerte por hermano es uno de ellos.

—Si te digo la verdad, me siento orgulloso de haber sido un hermano mayor de éxito. Te hubiera podido enseñar tanto si me hubieras dejado. La clave es insensibilizarse. Con los negocios no se pueden tener emociones —sus palabras hicieron pensar a Bernie. Aquellas palabras habían sido suyas en más de una ocasión en el pasado—. Si lo haces pierdes el negocio y tu dignidad. Nadie te respeta. Ni tú mismo.

—Estás enfermo, Jeff.

—No respondo por ese nombre. Llámame Don Mario. Ese es mi verdadero nombre. El que me dignifica. Y ahora, suéltame de aquí. Si lo haces puede que te perdone la vida —Bernie no contestó, tan solo lo observó—. Si no lo haces, te juro que te mataré con mis propias manos. ¿Me oyes?

—No estás para dar órdenes. ¿Es que no lo ves? Estoy decidiendo que hago contigo, miserable. Te has convertido en una alimaña despreciable. Me cuesta creer que alguna vez fuimos familia.

—Ya lo ves, hermanito. La familia no se elige —sonrió gozando—. ¡Vamos, suéltame! No te lo diré más veces.

Bernie volvió a sentarse sobre sus piernas. Se llevó las manos a la cabeza.

Demasiados pensamientos y recuerdos le acechaban. Demasiadas cosas por encajar que flotaban sin parar a su alrededor. Se evadió durante unos minutos. En silencio. Halló esa paz que durante tantos días lo había acompañado solo en altamar. En esos momentos en los que únicamente se oía susurrar las olas del mar y su alma quebrarse paulatinamente. Hasta Jeff cayó en el desánimo, abandonándose al mismo silencio. Todo enmudeció.

Cuando Bernie despertó de su letargo, lo hizo de forma estrepitosa. El sonido de la silla de Jeff quebrándose contra la pared le dio un vuelco al corazón. Fue un crujido atronador. Cuando entendió lo que sucedía, su hermano lo envistió con todo su cuerpo voluminoso. Sin frenos. Sin miramientos.

—¡Muere cabronazo! —gritó Jeff con furia.

Ambos cayeron al suelo encima del tresillo tumbado, pedazos de madera y cristales rotos de los aparadores de la pared esparcidos por doquier.

Bernie procuró levantarse lo más rápido que pudo. Apartó el tresillo que lo mantenía preso. Había perdido el cuchillo que guardaba en su cintura y la pistola que ni tan siquiera veía a su alrededor. Se dolió de la cabeza y el hombro donde había recibido el impacto. El mismo hombro que horas antes había recibido un balazo. Volvía a sangrar de nuevo. Sin embargo, la excitación del momento hizo que apenas reparara en los daños sufridos.

Lo primero que localizó fue a su hermano. Por detrás de él, a tan solo un par de metros, se levantaba con lentitud. Le pareció observar un animal salvaje despertando. Cuando se giró hacia él advirtió sus ojos inyectados en sangre y su mirada huérfana de sentimientos. Pudo notar el odio en sus pupilas. Aquel tipo semidesnudo ante él, ni era su hermano, ni un hombre cuerdo con quien poder razonar. Tuvo claro en aquel momento que era un asesino frío y desalmado. Alguien que no dudaba en matar a quien fuera por sus intereses, aunque empezara por su familia.

Lo otro que divisó fue el color rojo correr por la piel desnuda de Jeff. Bajo su barriga prominente y sus calzones, sus gruesas piernas mostraban grandes ronchas de sangre, además de una astilla de madera clavada en el interior de su muslo derecho. El trozo de madera sobresalía aparatosamente. Era tan

grueso, que Bernie se sorprendió que pudiera sostenerse en pie tal y como hacía.

—Te dije que te mataría si no me soltabas —dijo en el mismo momento que descubría la madera en su muslo.

Ante la admiración de Bernie, su hermano, con ambas manos libres, sujetó la madera y tiró hacia fuera para extraerla. Soltó un alarido de dolor y la arrancó de cuajo haciendo brotar cantidad de sangre. Don Mario recuperó su sonrisa dorada a los pocos segundos, a pesar de que ríos de rojo intenso cayeron por su pierna. Volvió la mirada hacia su objetivo sin más, como si nada hubiera ocurrido. Manteniendo la estaca ensangrentada en la mano.

—Y lo voy a cumplir. Te arrancaré la cabeza con mis manos —dijo apartando el tresillo de un solo empujón—. Y voy a disfrutar haciéndolo, renacuajo insolente.

Bernie retrocedió hasta golpear su espalda con la estantería de libros del fondo, al lado de la chimenea. Sus opciones se acababan en aquel instante. Acorralado como estaba, tan solo le valía plantar cara a su oponente. Aunque le ganara sobradamente en peso. Aunque fuera su hermano.

Jeff, movido por la furia descontrolada, arrancó contra él como un miura desbocado. Bernie intentó rehuir de su ataque con sus brazos adelantados, procurando parar el golpe. Apenas lo logró. La fuerza de sus brazos no fue la suficiente para detenerlo, y Jeff, lo alzó por los aires desde su abdomen como si jugará con un muñeco aparatoso.

—¡Detente, Jeff! —gritó de forma inútil mientras se levantaba.

Un par de golpes certeros lo dejaron desestabilizado. Su oído le recompensó con un largo silbido que no se detuvo ni cuando Jeff le zarandó de nuevo. Lo agarró con fuerza del suelo hasta llevarlo a pocos centímetros de él.

—Debiste matarme aquel día que tuviste la ocasión, en aquel pub, ¿recuerdas? En tus manos tenías decenas de vidas condenadas. Morirás con ese peso al pensar que todo hubiera sido muy distinto. Quizá hasta nuestros padres vivirían aún. Quién sabe.

Aunque le asistió un par de golpes con sus codos, no se zafó del abrazo descomunal de su hermano hasta que éste decidió lanzarlo de nuevo por los aires a la otra punta de la habitación. Bernie aterrizó aparatosamente contra el tresillo tumbado. El sonido de madera y huesos quebrados se entremezcló. Un par de costillas le hicieron ver las estrellas. Tan solo se concentró en respirar hondo. En seguir consciente.

Antes de recibir el ataque definitivo, un brillo de esperanza le abordó. Fue un instante, pero lo suficiente para captar ese leve resplandor que le proporcionó una leve opción. Ante la furia descontrolada de su hermano que se abalanzó sobre él, Bernie escapó lo más veloz que pudo hasta el otro extremo de la sala. Agazapado y corriendo a cuatro patas como un perro huyendo de su amo. Jeff intentó asistirle una patada, pero no tuvo éxito. Y aunque se repuso con rapidez llegando hasta Bernie en un par de pasos, cuando fue a clavarle la astilla de madera ensangrentada en su pecho, un disparo le detuvo al momento. El sonido retumbó por toda la estancia. Bernie sujetaba la pistola que había recogido del suelo. La bala impactó contra su hombro derecho. Jeff dando un par de pasos hacia atrás, cayó abatido de dolor. La agitación del momento se extinguió dando paso a sus quejidos constantes.

LA VENGANZA ES PLATO FRÍO. Muy frío. No solo por el simple hecho de la preparación necesaria para que salga a gusto del comensal, sino porqué de hacerlo en caliente, uno puede quemarse la lengua. Cuando los dolores sufridos son muchos, el tiempo hace callos en las heridas. Es una cuestión de supervivencia. Si no puedes huir, no puedes detenerlo y no puedes defenderte, la adaptación es el único camino. Cuando esas durezas se agolpan en el tiempo, desaparece la necesidad de venganza. La situación se ha normalizado hasta tal punto, que uno pasa a entender que debía ser así. Seguramente yo esté en ese punto, y eso, me ayuda a comprender la falta de emoción en mi interior. Ojalá sintiera ganas de vengarme, pero no siento nada. Indiferencia a algo que reconozco debería perturbarme. Ya no corre sangre por mis venas. No es resarcimiento lo que busco, solo justicia.

Bernie volvió a oler la brisa del mar que, durante tanto tiempo, tantos días eternos, se había acostumbrado a respirar. Tuvo la sensación de volver a casa. Sin embargo, nada más lejos. De pie, en la parte trasera del lujoso yate, contemplaba el infinito que lo rodeaba. Aquella estampa había sido lo único que había visto durante semanas. Solo un detalle de tal paisaje desentonaba. El narcotraficante permanecía atado y desnudo en una de las dos motos acuáticas aparcadas en el embarcadero.

—Suéltame ¡joder! —gritó.

Bernie siguió con los preparativos. Manipuló los mandos de la moto fijando con una cuerda la dirección.

—¿Qué coño pretendes, Ber? Aunque me mates, no conseguirás nada. Lo que he logrado, seguirá existiendo, no harás más que reafirmarlo. No puedes hacer nada para evitarlo. Ni tú, ni la furcia muerta de tu amante. ¿Me oyes? —Bernie siguió con lo suyo—. Piensa lo que estás haciendo, aún estás a tiempo. No vas a lograrlo. No llegarás a la costa más cercana. No tienes ni

puta idea de dónde estamos.

—Has dicho lo mismo cuando estábamos encerrados en tu sala. No creo que haga falta recordarte cómo he encerrado a toda su tripulación en un camarote desprovisto de cualquier posibilidad de escapar —dijo Bernie mientras acababa de amordazarlo—. Y aquí estamos tú y yo.

Cuando Bernie terminó los preparativos, saltó al muelle de la embarcación.

—Está todo listo —dijo conservando una sonrisa en sus labios—. Esta situación creo que te va a traer recuerdos. Tú me diste una oportunidad, yo te daré otra.

Bernie se inclinó hacia los mandos de la moto y tras activar la llave del encendido, dio gas bloqueando el mando con un cuchillo hincado en el plástico.

—Lo recuerdo, Jeff —dijo mirándolo a los ojos. Éste los abrió sorprendido y murmuró fuerte, aunque no se le entendió—. Sé cómo financiaste toda esta trama de asesinatos y negocios fraudulentos. Cómo pudiste labrar este maldito imperio de corrupción. No hay secretos que puedan ocultarse para siempre. No para ellos.

Jeff se revolvió en la moto acuática. Sin éxito.

—Arruinaste a padre para tu propio beneficio. Te enteraste de su familia paralela y lo chantajeaste hasta dejarlo sin nada. Bajo la amenaza de ridiculizarlo, destrozarnos familia y acabar con todos, lo dejaste sin dinero y sin ninguna propiedad. Usaste sus tierras para cultivar tu mierda. Y cuando ya no había con qué chantajear, lo echaste a la cuneta del olvido. Ellos me abrieron los ojos del demonio que eres. Lo que has hecho no tiene perdón.

Antes de soltar el freno, lo miró una última vez. Sus ojos llorosos mostraban una impotencia que no había visto hasta entonces.

—Lo veo —dijo en tono solemne—. Ahora veo lo que me comentabas antes. Por fin te has dado cuenta de que estás a punto de morir. Un tipo como

tú, acostumbrado a infligir la muerte. No creo que tengas problemas con ella. Te estará esperando con los brazos abiertos. Ahora el único interrogante que se plantea es cómo lo harás. Será el sol que te consuma. Será muerto de sed, de hambre, o en las fauces de un depredador.

Bernie echó un vistazo a su hombro y pierna. El orificio de bala que lo había atravesado seguía sangrando, igual que su pierna herida. Lo hacía a pesar de que Bernie la había dispuesto un trozo de tela atada con fuerza para detener la hemorragia. Gota a gota se desangraba. Ríos de sangre que tarde o temprano llegarían hasta el agua.

—Un rastro seguro para una muerte segura. Si tuviera que apostar por alguna de esas formas de morir, lo haría convencido que acabarás siendo comida de tiburón.

Soltó el freno. El vehículo tomó una aceleración brusca que hubiera tirado a Jeff al agua, si no fuera por su fijación al volante. Su cabeza se ladeó como la de un muñeco. Los murmullos constantes del narcotraficante se perdieron al instante, al igual que su imagen, que surcó el oleaje en línea recta hasta fundirse con el horizonte.

Bernie volvió hasta el puente de mando del yate donde mantenía encadenado a uno de los oficiales de navegación. Necesitaba a alguien que supiera gobernar aquella nave. Abandonó la popa todavía con la vista puesta en el punto por donde había desaparecido el causante de todos sus males. Por primera vez desde que había vuelto a nacer, respiró profundo. Respiró de verdad.

2 MESES DESPUÉS

MI FORTUNA ES UNA MONEDA. Una que puedo mantener a buen recaudo colgada en mi cuello. Toda una vida dedicada a un trabajo excelente, una carrera meteórica, un éxito laboral atado a unos ingresos económicos abundantes, para que al final de todo, lo único que de verdad me haya hecho sentir afortunado, haya sido una triste moneda extranjera sin prácticamente valor económico. Apenas podría comprar nada con ella. De haberla encontrado en el suelo, lo más seguro es que ni me hubiera detenido a cogerla. Es otro el valor que me brinda. Otro muy distinto. El recuerdo. El honor. El amor. Esta moneda puede comprar algo más importante que un mero bien material. Esta moneda abre las puertas del mismísimo cielo. De mi alma.

Llegó a su destino con su atuendo habitual de empresario; un traje azul a medida y una camisa blanca bien planchada. A pesar de las horas del vuelo hasta aterrizar en el Aeropuerto Internacional Juan Santamaría, volvía acompañarle ese talante de carisma y alto copete. Llevaba el pelo engominado hacia atrás, retomando el estilo de ejecutivo agresivo que siempre le había caracterizado. Conservaba un moreno potente en su tez. Esa tonalidad extrema que tanto sacrificio le había supuesto. Tardaría muchas semanas en desvanecer ese recuerdo permanente. Y cuando lo hiciera del todo, quedaría siempre grabado en su memoria el recuerdo fatal de la experiencia. Sabía que jamás lograría olvidarla.

Caminó por todo el aeropuerto hasta alcanzar el exterior, donde un golpe de calor azotó su cara. El ambiente era sofocante. Algo a lo que cinco semanas atrás, Bernie había estado acostumbrado hasta la saciedad. No con tanta ropa, pero sí a aquella humedad bochornosa.

En parada de taxis subió al primero de la fila y se sentó en la parte trasera del vehículo.

—A Puerto Caldera, por favor.

—Buenos días, señor. Claro que sí, lo que usted diga. Abróchese el cinturón y disfrute del viaje. Bienvenido a Costa Rica.

El vehículo destartalado arrancó el motor y se puso en marcha. Bernie sabía que el trayecto duraba una hora y media. Lo tenía todo calculado. Así que aprovechó para dormir, algo que no había podido hacer en el avión.

Supo que había llegado no solo porque el navegador del móvil así se lo indicó, sino porqué el paisaje cambió a un ambiente marítimo. Aquello era un puerto pesquero antiguo. El principal de todo el país. Barcas de todo tipo se apelmazaban en el embarcadero. Aquellas barcas destartaladas le infundieron un montón de recuerdos. Su cuerpo tembló. No solo la mente conservaba la memoria de lo ocurrido. Todo su cuerpo se puso en tensión. La ansiedad corría por sus venas, pero debía hacerlo. Había llegado hasta allí y no había sido fácil atar todos los cabos para saber que allí se resolvía todo.

—¿Quiere que le deje en algún punto exacto, señor?

Bernie tuvo que hacer un esfuerzo para salir de su bloqueo mental. Por primera vez en todos los trayectos en taxi, que no eran precisamente pocos, se alegró que el taxista le interrumpiera de su pensamiento. En aquella ocasión, tuvo la sensación de que lo rescataba.

—¿Conoce usted esta zona?

—Claro, señor. Mi hermano no vive lejos de aquí —dijo observándolo por el retrovisor. Una sonrisa mellada finalizó su respuesta.

—Voy al embarcadero A25 —dijo tras consultar el mensaje recibido días antes en el móvil.

—Sé dónde está. Justo al otro lado. No se preocupe señor, en cinco minutos estamos allí.

En cuanto llegaron, pagó la carrera al taxista, al cual le dio la instrucción de nos esperarle, y se apeó del vehículo. La brisa marina se le metió dentro de

sus pulmones sin pedir permiso. Aquel olor a pescado crudo. Aquel sabor a mar que eclipsada sus papilas gustativas. Las manos le empezaron a sudar y un calor extremo, recorrió su cuerpo de pies a cabeza.

Delante de él, varias embarcaciones se mecían en un vaivén sutil. La gran mayoría eran botes pesqueros, sin embargo, la que había venido a buscar, era un viejo yate de menos de trece metros.

Caminó hasta ella sorteando los distintos amarres con cuidado de no caerse. El suelo de madera estaba astillado y en unas condiciones pésimas de mantenimiento.

—¿Hay alguien? —dijo ante el yate. No había advertido ningún timbre. Ni una mísera campana con la que delatar su presencia.

Oyó un ruido que provenía del interior. Aunque no estuvo convencido de ello hasta que apareció un hombre por la escotilla principal. Tendría unos ochenta años. Un marinero que había envejecido junto a su embarcación. Mal cuidado y vestido de forma andrajosa. La bolsa de sus ojos le llegaba prácticamente al inicio de su barba blanca y frondosa.

—¿Qué desea, joven? —dijo el anciano con voz rota. Lo observó con ojos incrédulos. Como si no hubiera visto a nadie en mucho tiempo.

—No sé si puede ayudarme, señor. Me envía una amiga —dijo mostrando la moneda de Clarise. Brilló bajo la luz del sol de forma radiante. La mostró acercándola lo más posible a la vista desgastada del hombre.

—Déjeme ver.

Bernie se la cedió. Una vez en su palma arrugada, la inspeccionó al detalle.

—Si estás aquí, entonces es que ella... —su voz se ahogó en una horrenda tos profunda.

Bernie asintió mientras su ataque se intensificó.

—¿Está usted bien? —dijo dando un paso hacia adelante para poderlo auxiliar.

El viejo lo detuvo con un gesto.

—No es nada —se recuperó—. Al final, después de tantos años surcando estos mares encabritados, no será el agua el que me lleve, sino sus aires salados los que acaben conmigo. Maldita tos. Disculpa, entonces, ¿eres su amigo?

—Así es. Me envió antes que ella desapareciera. Hace meses que no se sabe nada de ella.

—Ese mal nacido hijo de Satán —gruñó.

—Ese demonio acabó en el infierno —el marinero lo observó asombrado—. No se merecía un final menos trágico que el que tuvo.

—Me alegro de que sea así. ¿Cómo me ha encontrado, joven? ¿Le dio ella esta dirección?

—Resultó algo más complejo de lo que creía. Y debo confesarle que sin ayuda de unos amigos no me hubiera sido posible. Pero tengo buenos contactos, y ellos fueron los que dieron con usted.

—Hace bien, joven. Hay que tener amigos hasta en el infierno que usted ha nombrado.

Bernie quedó impresionado del posado calmado y la solemnidad de sus palabras.

—Disculpe que sea directo, pero si estoy aquí es porque necesito desvelar el secreto que guarda esta moneda. ¿Puede ayudarme?

—Entre, por favor —dijo tras comprobar que nadie más se hallaba en la zona.

Bernie aceptó la invitación y siguió al anciano hasta su bote.

—Aguarde aquí, mientras busco su respuesta.

Observó el desorden y la suciedad que se apelmazaba por la cubierta de la embarcación. Algo olía de forma nauseabunda, aunque no se vio capaz de determinar el qué. La madera del bote se veía vieja e insegura. El polvo se posaba en los cacharros variopintos del lugar como si hiciera años que no los limpiaba.

—Esta embarcación es antigua —dijo Bernie alzando la voz para que pudiera oírle.

—No somos los únicos que envejecemos —le sorprendió apareciendo por la estrecha puerta de la parte interior—. Esta barca tiene muchos años. Fue de mi padre antes que mía, y del suyo antes que de él.

Cuando se quiso dar cuenta, el viejo octogenario lo sujetó por detrás, poniéndole un cuchillo en el cuello.

—¿Qué hace?

El viejo apretó con fuerza. Demasiada para un hombre de su avanzada edad.

—¿Quién eres? —gritó con energía.

—¡Tranquilo! Mi nombre es Bernie. He venido buscando respuestas. Clarise era mi amiga.

El hombre no aflojó, pero si detuvo el movimiento brusco.

—¿Quién es Clarise?

Bernie cayó en la cuenta.

—¡Valentine! —repitió—. Valentine Baker. Su nombre en clave era Clarise. Solo busco la verdad. ¡Créame!

—¿Cómo puedo estar seguro de que puedo confiar en usted? Un tipo trajeado que se presenta con una moneda y me encuentra tan solo unos días después de haber llegado.

—No le queda más remedio que creer en mi palabra —susurró como pudo

—. No puedo demostrarle nada. Ella fue importante para mí. No se imagina cuánto. Y lo de encontrarle ya se lo he dicho. Tengo unos amigos para los que no existen los secretos. Debe creerme.

Tardó unos segundos, pero por fin lo soltó. Bernie se apartó con rapidez y se masajeó el cuello a la par que intentó serenar su respiración.

—Tiene razón, hijo. La palabra de un hombre debería ser suficiente. Aunque no en este país y en estos tiempos que corren.

—La moneda —balbuceó—. Ella me la dio. De otra forma, ¿cómo hubiera sabido de su importancia? Piénselo.

El viejo gruñó.

—Soy Steven Baker —le ofreció la mano.

Bernie se dejó el cuello y sin apartar la mirada del cuchillo en la otra mano, se la estrechó con fuerza.

—¿Baker? —dijo extrañado.

—Así es. Soy su padre.

—Vaya. Yo... lo siento, señor Baker.

—Era su vida. Así quiso vivirla y así consiguió aquello que consideró más importante. Si le soy sincero, hace tiempo que sabía que acabaría así —tomó asiento quejándose de sus rodillas al hacerlo—. Muchas veces intenté disuadirla. No sabe cuántas. Pero también estoy convencido que, si hubiera podido decidir cómo morir, hubiera elegido esta misma. Haciendo su trabajo. Nada le honraba más que eso. Créame. Ahora vamos a ver esa moneda.

El anciano la depositó encima de la mesa de madera. Con el mismo cuchillo afilado que lo había amenazado, probó de clavarlo en la moneda.

—Pero ¿qué hace?

El anciano siguió forcejeando la moneda con la punta del cuchillo hasta que

logró clavarla en una muesca del borde. Con la punta insertada, le proporcionó un golpe seco que acabó de abrirla del todo.

—Descubrir el secreto de la moneda —dijo Baker—. ¿Acaso no es eso lo que quería?

Bernie apenas salió de su asombro. La moneda se abrió en dos partes iguales. Baker puso ambas mitades en sus palmas abiertas para que pudiera observarlas bien. Cuando las contempló, se dio cuenta que el corte que las unía había sido hecho de una perfección absoluta. Las dos piezas encajaban a la perfección. Aquella moneda había sido acuñada en dos partes para un propósito superior. Al girar ambas partes, se percató que una de ellas escondía un espacio central. Rectangular, de escaso un centímetro.

—Esto es por lo que Valentine sacrificó su vida —dijo Baker.

—Una minitarjeta de memoria —dijo sorprendido al descubrirla en su interior.

Baker fue en busca de su portátil.

—Siéntese —le ofreció su silla y dispuso el portátil en la mesa.

Bernie no pudo disimular la excitación. Sintió una enorme curiosidad. La extraña moneda guardaba el secreto mejor guardado de Clarise. Recordaba la importancia en sus palabras. Aquello lo resolvía todo. Y ahora, estando delante de semejante resolución, iba a descubrirlo. Sintió un cosquilleo en la punta de sus dedos.

Pinchó la tarjeta en la ranura del portátil y con agilidad abrió la carpeta con el contenido que guardaba. Encontró gran cantidad de documentos repartidos por distintas carpetas con una numeración que apenas comprendió.

—Parece que está en buen estado. ¿Qué es toda esta documentación?

Baker guardó silencio mientras se liaba un cigarro de tabaco negro.

Tomó la primera carpeta. Encontró distintos archivos de texto.

—Día 2.530 de infiltración. Objetivo dispuesto a celebrar una reunión con la mafia en la costa de California. Nos dirigimos allí. Su contacto es Julio Gómez Cubero. Un español que controla la droga en esta parte del litoral. Su alias es Toroloco. Posible cierre de trato del armamento robado al ejército boliviano. Volveré a informar en cuanto regresemos.

Bernie cerró el documento con pulso tembloroso. Abrió el siguiente. Observó que disponía de distintas fotografías. En ellas se veían unos cuerpos, aparentemente sin vida, caídos en un suelo arenoso. La imagen mantenía un color sepia distinto a lo instantáneas de color normal. Se acercó al portátil para divisar bien los cadáveres. Enseguida tuvo claro que lo eran. Aunque no apreciaba el color de la sangre, los charcos alrededor de distintos orificios de bala le ayudaron a sentenciarlo. Semejante espectáculo horrendo le espeluznó.

—Por Dios —susurró a pesar de que se mordía los labios.

En el margen inferior de la imagen, descubrió un texto.

—La barbarie ejecutada por los hombres de Don Mario precede sus visitas a lo que llaman, las colonias de armas y droga. Aquellos que no venden lo suficiente tienen siempre el mismo final.

Al acabar de leer, Bernie buscó la mirada cómplice de Steve Baker que permanecía inmóvil en el mismo sitio. Fumando sin contemplaciones de espacio y salud. A pesar de su encuentro visual, el viejo conservó el silencio.

Siguió revisando varios documentos en silencio. Aunque hubiera querido decir algo, apenas le hubiera salido la voz al descubrir imágenes de embarcaciones con individuos desnudos en su interior, botes hundidos, miembros flotando entre maderas. Sabía demasiado bien lo que era todo aquello.

—El trabajo de tantos años al lado de despreciable ser desalmado —dijo Bernie sin apartar la mirada de la pantalla—. Con todo este material, se puede derrocar su maldito imperio de corrupción, prostitución, tráfico y muertes que ha sembrado durante tanto tiempo. Ella estaba en lo cierto. Esto va más allá de cortar la cabeza a la serpiente. Esto acabará con toda la organización.

CUANDO ERES JOVEN crees que puedes cambiar el mundo. Sin embargo, conforme te haces mayor te das cuenta de que nada más lejos de la realidad. No puedes hacer nada. El mundo es el que va cambiándote a ti. Lo que en un principio quisiste cambiar, un día descubres que es eterno. Que el único que cambia eres tú. La vida te cambia a mejor o a peor. Mi hermano acabó convertido en un monstruo desconocido hasta por su propio hermano de sangre. No le reprocho nada porque al final, obtuvo su merecido. Pero aún hoy me siento en parte culpable de haber sido su verdugo. Siento el peso de la justicia. El sacrificio de haberla aplicado. El brazo ejecutor de su nefasto destino. Ese es el precio que pagar cuando uno intenta cambiar el mundo. Los peores cambios son aquellos que uno debe hacer en su entorno más cercano. En su seno más íntimo. En sus raíces. En lo que fue, y lo que pudo haber sido.

—¿Me estás diciendo que te salvaste de morir devorado por un maldito tiburón? —dijo Antony acariciándose la barba—. ¡Eso es imposible!

Sus otros amigos, repartidos por todo el comedor, se echaron a reír. Unos por incredulidad, y otros por la reacción de los incrédulos.

—Es increíble —dijo Caroline.

—Tienes mucha suerte, cabrón —dijo el director comercial Bryan Collins. Cuando éste se dio cuenta del exceso de confianza, ya era demasiado tarde—. Perdón...

Bernie se alejó del mueble bar de donde se servía una nueva copa y se acercó a él. Bryan apenas osó mirarlo a los ojos, como si al ignorarlo pudiera cambiar algo.

—No pasa nada, Bryan —dijo dándole unos leves golpes en su espalda—.

Relájate. Estás en mi casa como un amigo, no como un empleado.

Bryan suspiró aliviado.

—En otro tiempo —interrumpió Gordon de Marketing—, hubiera puesto la mano en el fuego que lo habrías logrado comprando el escualo, medio océano o incluso hasta todo él entero.

Los murmullos regresaron al salón.

—Sin embargo, sabemos que no ha sido así —prosiguió—. Y lo sé, viendo que no pareces el mismo Bernie que nos contrató e incentivó a crecer en la compañía.

—Tienes razón —corroboraron varios de los presentes.

—Ahora eres mucho mejor.

—Y menos de lo que será —dijo el tímido y joven becario levantando su copa de Jack Daniels. Estaba claro que no había sido la única que se había servido aquella noche.

Algunos de sus compañeros aplaudieron y otros silbaron de emoción. Bernie permaneció callado. Solo sonreía y mantenía una mirada que intercambiaba entre sus empleados y el infinito.

—Detecto preocupación. ¿Está bien, Sr. Miller? —dijo Caroline que se le había acercado sin él darse cuenta.

—Sí, aunque no lo parezca, mejor que nunca —le sonrió complacido—. Gracias por tu interés. Y por favor, Caroline, no me trates de usted.

Atravesó el bullicio de sus colegas y se acercó al gran ventanal que daba hacia la noche estrellada. No era como las de alta mar, pero se conformaba. La luna otorgaba una luz omnipresente a toda la calle y los setos, su césped y la piscina de agua cristalina de su propiedad, lucían majestuosos bajo los rayos nocturnos de semejante luz. El movimiento del agua lo hipnotizó durante leves segundos. Después de tantas noches viviendo en aquel medio, se preguntaba si alguna noche no acabaría sucumbiendo a su persistente

insomnio. Quizá fuera aquella. Quizá cuando sus invitados marcharan, se haría con la colchoneta hinchable y tras echarla en la piscina, dormiría a pierna suelta por primera vez desde que había vuelto.

Algo le hizo volver de sus pensamientos. Algo que vio más allá de la piscina. Unas luces de un vehículo detenido ante su casa. Advirtió una persona atravesar la calle bajo la penumbra hasta llegar a su portal. Esperó paciente el momento en que sonara el timbre, pero no lo hizo. La persona se quedó inmóvil ante su puerta. Quieta. Sin moverse ni un ápice. Aunque Bernie se fijó para ver si podía ver de quién se trataba, no pudo más que determinar que llevaba una capucha de la sudadera puesta.

En el momento en que Bernie buscó el móvil en el bolsillo de su pantalón, la persona hizo un gesto preciso. Dejó un paquete encima de la repisa de la puerta de entrada. De un tamaño reducido, pero lo suficiente para que Bernie lo advirtiera. Tras dejarlo y volver a su posición inicial, el desconocido se quitó la capucha de la cabeza. Al echarla atrás, Bernie vio un rostro conocido. Una mujer. Tardó varios segundos en reaccionar. Volvió a tener la sensación de sentir amnesia. Esa impotencia que tan bien conocía. Pero esta vez, era distinto. Unos potentes nervios le habían asaltado el estómago y envenenado su mente con la intriga. Esa mujer. Su mente había caído en fallo antes de retomar la lucidez.

—¿Clarise? ¿Eres tú? —susurró pegando la frente al cristal.

Cuando acabó de pronunciar su nombre, la visita emprendió el camino de vuelta a su vehículo.

—¡Mierda, no! —dijo golpeando el cristal.

Bernie corrió cruzando el comedor, tropezando con los pies de uno, el tresillo donde estaba sentado otro y finalmente, abriendo la puerta con tanta fuerza, que el golpe fue atronador. Bajó las escaleras lo más rápido que pudo. Saltó los peldaños de tres en tres, y en escasos segundos, salía por la puerta principal.

—¡Clarise, espera!

Alcanzó la puerta exterior y tras abrirla, no halló a nadie. Ni siquiera el turismo con el que había llegado estaba allí. Dudó si su cabeza le había gastado una mala pasada. Algo que descartó al comprobar que encima de la columna había el paquete que había divisado desde la ventana. Le tembló el pulso al pensar que podía tratarse de ella.

—Estás viva... ¿A qué estás jugando? —dijo mientras quitaba el envoltorio al pequeño paquete.

Tras arrancar el papel sin miramientos, sostuvo el paquete de escasos diez centímetros en ambas manos. El cartón de la caja tenía una apariencia sencilla. Poco resistente y básico. Aquello no era un regalo. Era más bien un paquete típico enviado por correo ordinario. Aunque ese, no disponía de etiqueta con remitente, ni siquiera con destinatario. Aun así, la abrió.

No esperó a llegar a casa. La curiosidad mezclada con la rareza de creer haber visto a su amada perdida, le exigieron abrirla al instante. En su interior guardaba un fragmento de papel con un satinado grueso. Supo al momento de quién se trataba.

—Esos que prefieren usar paquetes con notas en vez de correos electrónicos —susurró mientras lo abría.

Se lo acercó. Pese la luna llena, las condiciones lumínicas no eran las mejores.

—Querido Sr. Miller —carraspeó—, celebramos que haya sobrevivido. Ha cerrado usted un episodio familiar que jamás debía haberse dado. Pero también ha aportado esperanza y vida a muchos otros. Por ello, será usted agraciado con el don de la elección. Como usted sabe, tenemos ojos y oídos allí donde nadie ve ni oye. Lo sabemos todo, hasta lo que está por venir. En breve usted deberá decidir entre dos caminos. Seguir con nosotros en la omnisciencia o vivir con secretos hasta el final de sus días en la ignorancia.

Bernie hizo una pausa. Observó el ventanal de su casa, desde donde Caroline le observaba con incredulidad. Al ser descubierta levantó mínimamente su mano para saludarle. Él hizo lo mismo y tras dedicarle un par de segundos, volvió sus ojos al manuscrito.

—Si se decide por la consciencia absoluta, vuelva a su piso, brinde en su fiesta y siga con su vida normal. Sabrá de nosotros pronto. Si decide vivir una vida ajena al Secreto, padecerá una amnesia permanente. Sin vuelta atrás. Sin posibilidad de redimirse. Tomada dicha elección volver será imposible, y su nueva vida empezará en las afueras de Verdigris esta misma noche. En las siguientes coordenadas. Usted decide, Sr. Miller.

A LAS OCHO HABÍA OSCURECIDO en una noche tan cerrada, que ni los murciélagos salieron de caza. Cuando Bernie llegó al lugar, tuvo un torrente de sensaciones que apenas supo gestionar. El ambiente olía a aceite rancio. Un olor penetrante que se clavaba en su olfato, absorbiendo cualquier otra percepción de más fragancias. Tan solo el olor de combustible llegaba a competir con él, ambos causados por la gasolinera, a medio abandonar, que se hallaba a pocos metros de donde se encontraba.

—Una noche cálida en el largo invierno —susurró alejándose del coche—. Maldito efecto invernadero.

En cuanto advirtió la aglomeración de módulos, caravanas y tiendas de abundante tela dispar, supo que había llegado y también a quién había venido a buscar. Se adentró en el peculiar barrio, saltando por encima de restos de hierro y basura repartida por toda la calle.

—¿Alyson? —dijo Bernie a un joven yonqui que encontró en el suelo tirado. Apoyaba su espalda en una choza. Por su aspecto no haría demasiado que se había metido algo de droga en el cuerpo. Ojos dilatados, rojos, embolsados en un rostro desencajado. No dijo nada, tan solo levantó su mano temblorosa y le indicó una caravana cercana.

—Gracias —susurró Bernie dándose prisa por alejarse del individuo.

En cuanto llegó, la inspeccionó por fuera. El óxido se la comía a pedazos. Era tan antigua que algunas chapas habían sido sustituidas por maderas, que, con la inclemencia del tiempo, habían ido desmenuzándose. Los cristales estaban tan manchados, que habían perdido la transparencia. Sin embargo, la luz del interior todavía se filtraba por ellos. Supo que había alguien por los gritos que cada vez sonaban más fuertes. Los de una mujer.

Golpeó la puerta con determinación. Los gritos perduraron. Esperó paciente. Volvió a golpear de nuevo, más fuerte.

—Abre la puerta, joder. ¡Vamos! —dijo la mujer—. Malditos drogatas de mierda. A ver qué coño quieren ahora. Abre ya, renacuajo.

Bernie se apartó ligeramente de la puerta en cuanto oyó la cerradura. Abría hacia afuera. Los ojos lagrimosos de un niño de apenas ocho años fue lo primero que advirtió. Mantenía la cara sucia en contraste con los pelos rubios despeinados de su cabeza. Vestía una camiseta de rayas agujereada y unos pantalones cortos dos tallas por encima de la suya.

—Buenas noches, chico —el niño asintió y al sonreír, mostró sus dientes torcidos. Bernie tardó unos segundos en reaccionar—. ¿Está tu madre en casa?

El niño volvió a asentir con la cabeza.

—¿Quién coño es? Diablos, no sirves ni para abrir la puerta —gritó desde el interior.

Abrió la luz del portal exterior. Y aunque parpadeó varias veces, finalmente se estabilizó. La mujer se situó por detrás del joven. Desde allí, analizó la visita inesperada. Mientras inspiraba varias caladas seguidas al tabaco, sus facciones se endurecieron. Su apariencia general, aunque mejor que la del chico, distaba de lucir unas prendas bien conjuntadas. Su pelo rubio, aunque grasiento en la raíz, conservaba una alocada permanente. Los rizos le ayudaban a disimular su falta de higiene.

—¿Quién cojones es? ¿Ha visto la hora que es? Nadie de servicios sociales me avisó que vendrían —en acabar su frase, echó el humo del cigarrillo que sujetaba entre sus dedos amarillentos.

Bernie, ante el amparo de un foco de luz más presente, descubrió que lo que en un primer momento creyó suciedad en el rostro del niño, en realidad eran heridas. Un ojo hinchado. Una mejilla amoratada y una herida en el labio como si se hubiera mordido con fuerza.

—Buenas noches —dijo volviendo la mirada a la madre—. Alyson Miller. No vengo de servicios sociales. Soy Bernie.

—¿Quién dice?

—Bernie Miller.

—Miller... —la mujer reaccionó al estímulo de su apellido. Dispuso una de sus manos encima del hombro del niño.

—¿Podemos hablar en privado?

—¿A qué demonios has venido? ¿Qué narices quieres? ¿Cómo coño me has encontrado? —dijo de malas formas. Sus labios hinchados se mostraban desagradables cuando hablaba—. Graham, ve a ver la tele. ¡Vamos!

El chico se adentró en la caravana sin despedirse. Arrastró los pies hasta desaparecer.

—Le puso su mismo nombre —dijo Bernie una vez solos.

—¿Qué haces aquí? —gruñó con cierto estado de nervios—. ¿Qué quieres? ¿Cómo nos has encontrado?

—Nadie puede esconderse eternamente. No hay lugar secreto que permanezca siempre en secreto. He venido a por él.

Alyson se echó a reír.

—¿Qué dices? ¿Contigo antes que con su madre? ¡Estás loco! Nadie lo va a permitir. No estará mejor con nadie más que conmigo.

Bernie guardó silencio antes de contestar. Dejó que la mujer se deshiciera en insultos antes.

—Voy a serle claro, Alyson. No quiero perder más tiempo hablando con usted. He venido a buscar a mi hermano, y no me iré sin él.

—¿Tu hermano? Ni te conoce. Nunca te has interesado por él. ¿Qué quieres hacer con él? Eres un maldito cerdo asqueroso.

—Ese fue el último deseo de mi padre antes de morir— la interrumpió—, y

lo voy a cumplir. El de usted seguramente fue dejarlo desplumado antes que desapareciera. Seguramente le pagó mi hermano para engatusar a mi padre. Urdieron un plan conjunto para acabar con él. ¿Me equivoco? Y seguro que fue él quién le engancho a la droga. Le abastecería. Pero ya no importa. Tendrá que buscarse otro camello. Y ahora, prepare las cosas del chico y su documentación. Como le he dicho, se viene conmigo.

—Has sido tú el que ha acabado con Don Mario. Eres un bastardo hijo de puta. Voy a llamar a la policía. ¡Lárgate de aquí!

Bernie la agarró por el antebrazo con determinación.

—Escúcheme bien. Ese niño vendrá conmigo porque la mala vida que le está dando, acabará con cualquiera de sus opciones de vivir dignamente. Vendrá conmigo porque es su única opción de futuro. La única. No dejaré que arruine ni un minuto más a mi familia. ¿Lo entiende bien?

—Te denunciaré. Si te lo llevas, te juro que te denunciaré —repitió.

—Hágalo. Yo costearé los costes del juicio. Sería lo justo, aun cuando usted lo pierda me encargará de dejarlo saldado. Si así se queda más tranquila. Mañana enviaré a servicios sociales y créame, esta vez no vendrán de visita rutinaria, porque me encargará de que evalúen todo a conciencia. Deben saber todo lo que sé de usted.

—¿Y qué sabes malnacido?

—Que es una drogadicta que a pesar de que intenta tirar de metadona, sigue metiéndose la heroína de mi hermano. Luego esto —dijo señalando el interior de la caravana—. Estas condiciones insalubres en las que viven. Y lo peor de todo, las marcas de maltrato del chico.

—Es mi hijo y hago con él lo que me da la gana, ¿entiendes? Lo que quiera.

Sus últimas palabras fueron con rencor. Aunque el silencio posterior fue casi más duro. Bernie extrajo del bolsillo de su chaqueta una grabadora que mostró sin reparos. La cinta en su interior corría sin parar.

Alyson se derrumbó, y se echó a llorar de impotencia. De vergüenza.

—¿Qué pasa, mamá? —dijo el niño apareciendo de nuevo.

La mujer se limpió con la manga sucia del jersey. La pintura excesiva en sus ojos corrió por sus mejillas.

—Nada, mocoso. Ve para adentro y recoge tus cosas. Ponlas en la bolsa de deporte que hay en la cocina.

—Pero, mamá...

—¡Hazlo! —gritó empujándolo hacia adentro.

Bernie permaneció inmóvil. Suspiró, aunque no de forma notable.

—Sé que ahora no lo entiende —dijo en un atisbo de compasión. Era su madre y podía entender por lo que pasaba—. Pero es lo mejor para él.

—Cállate, bastardo. Te crees que puedes hacer lo que quieras, ¿verdad? —dijo a regañadientes—. Solo porque tienes dinero. Como siempre has hecho. Cerdo capitalista. Ahora intentas limpiar tu sucia conciencia. ¿Te has vuelto un sensible? No me hagas reír —sorbió su nariz—. Tu padre te quiso y nunca dejaste que se acercara a ti. ¿Y ahora me vienes con estas? ¿Ahora lo defiendes?

—Eso es algo que ya no puedo enmendar —el niño salió con la bolsa arrastrando—. Pero esto sí que puedo.

Bernie lo liberó de la bolsa y marchó hacia el vehículo.

—¡Mamá! —dijo el pequeño Graham abrazado a su cadera. Ésta lo apartó al instante.

—Mocoso sinvergüenza, ve con ese desgraciado. Sé que lo estás deseando. Nunca me has querido.

El niño sollozó y resignado siguió los pasos de Bernie hasta que ambos entraron en su Lexus plateado.

—Soy tu hermano mayor —dijo sujetando su hombro—. No te preocupes. Todo va a salir bien. Estoy aquí porque nuestro padre quería que estuviéramos juntos. Yo cuidaré de ti.

Bernie arrancó el coche y alzó la vista hacia el parasol donde mantenía una antigua fotografía de sus progenitores. Jóvenes, abrazados encima del capó de un coche clásico. Tras besarse la palma de su mano, acarició la instantánea con la yema de los dedos.

—Graham, recuerda bien estas palabras. Perdonar no es una opción, es el único camino. Todos cometemos errores, igual tú cometerás los tuyos, y el perdón siempre empieza por el de uno mismo —dijo santiguándose.

—¿Cómo dices? —dijo el chico confuso.

Bernie sonrió y le acarició los pelos de la cabeza.

Cuando el coche salió del terreno ocupado dispuesto a salir a la carretera nacional, una mujer en el arcén hizo que se detuviera en seco. Bernie la observó con incredulidad. Sin respirar. La pelirroja rompió la oscuridad de la noche. Su oscuridad.

Otra novela
que no te puedes perder:



Para encontrar más información sobre las novelas y el autor:
www.fkgran.com